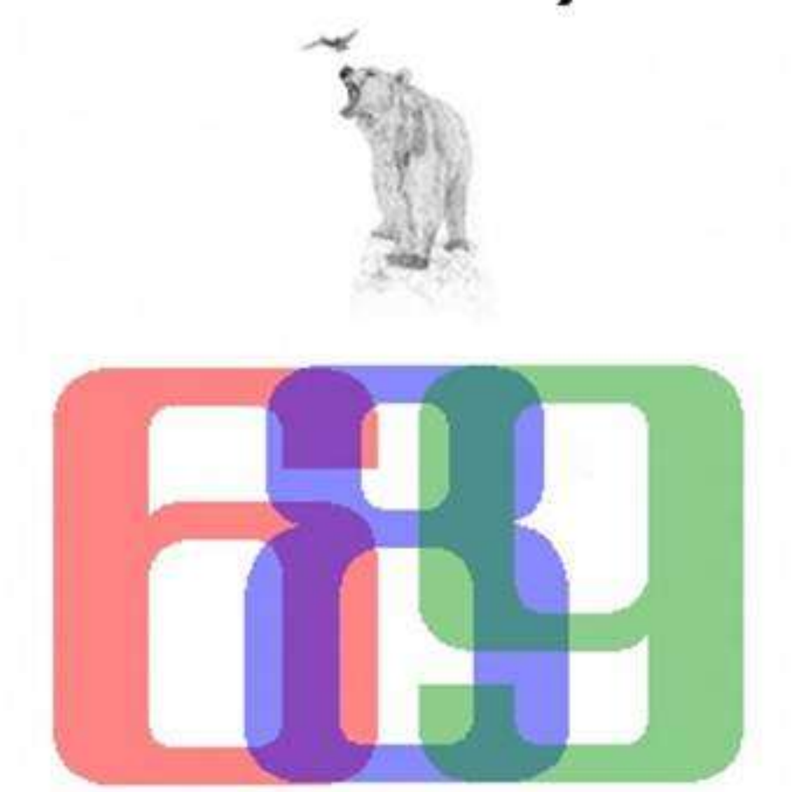
Merche Blázquez



El Maestro del Nuevo Orden

Shari devolvió definitivamente el equilibrio a la Fuerza… ¿o no? Desde luego, dejó huella en nosotros y en los que la conocieron, especialmente en Erson, que está dispuesto a llevar consigo las enseñanzas de su maestra hasta donde sea necesario. ¿Le acompañas?



El maestro del Nuevo Orden

Merche Blázquez

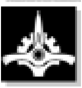


Autora: Merche Blázquez

Publicación del original: 2018



Esta historia es fan-fiction, no forma parte oficial de la continuidad.


tal vez 2 años después de la batalla de Yavin, aunque esta batalla no tuvo lugar en la continuidad de esta historia

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

19.03.18

Base LSW v2.21

Declaración

Prólogo

Creí que con *El Equilibrio de la Fuerza* había quedado saciada mi sed de escribir. Y lo cierto es que así fue en aquel momento, pero alguien dijo algo, y ese algo puso en marcha la máquina de nuevo.

El culpable: Julio Briones. Me dijo que cuando leía, creyó que con Tanrok iba a pasar algo más, que tal vez sería un nuevo sith o algo así.

La verdad es que no sé por qué metí ese personaje ahí. No pintaba nada, era solo un necio, un listillo, que se acercaba a Shari y que molestaba. Solo servía de relleno durante la estancia de Shari y ObiWan en Bunaii. Incluso pensé en eliminar esa parte y hacerlo desaparecer de la historia, pero no llegué a hacerlo, y ahí quedó.

Pues bien, Julio, aquí está el resultado de tu comentario. Quizá fue el destino quien decidió que Tanrok apareciera furtivamente en aquella historia. Nunca sabremos si fue eso o mi subconsciente.

Esta nueva historia es un viaje personal al yo interior del protagonista. Supongo que refleja mi propio viaje. Y aunque ya quisiera yo ser como mi protagonista, os aseguro que no soy la misma ahora que cuando comencé la historia. Ojalá consiga dejar en el lector aunque sea una pequeña huella, pero positiva.

De nuevo doy las gracias a los que se interesan por el fruto de mi extravagante imaginación y pido perdón a los acérrimos seguidores de la historia original por mi ignorancia sobre las profundidades del mundo Star Wars. Pronto, en mis historias, apenas quedarán unos nombres, unas palabras y una filosofía de fondo en común con la saga; todo lo demás será cosecha propia.

Febrero de 2015.

Capítulo 1.- Sueños.

Yoda despierta con una sensación de melancolía. Hace días que piensa en ello, por acercarse la fecha. Ya no hay dolor, queda el grato recuerdo del cariño experimentado. Quince años después, nadie ha conseguido dejar en el Maestro una huella tan profunda como ellos dos. Comenzar el día habiendo soñado con ella es, sin duda, reconfortante.

Windu se sienta con él a desayunar. Por él es más evidente el paso del tiempo, su rostro ya tiene casi tantos pliegues como el de Yoda. También él está melancólico hoy, con un amago de sonrisa que da brillo a sus oscuros ojos. Aparte de Yoda, Obi-Wan fue el único con quien tuvo una amistad realmente íntima. Despertar habiendo soñado con él le hace sentirle cerca de nuevo.

Gon-Adí no era consciente de la fecha que se acercaba, y el sueño de esta noche le ha hecho recordar. Con nostalgia, se acerca al museo del Templo y contempla la espada de Obi-Wan. Es sorprendente que la encontraran a la deriva en el espacio tras la explosión, intacta. Esa espada tiene algo especial.

Inderit comienza hoy su primera tutoría. Hace apenas un mes que alcanzó el grado de maestra, ella ha sido de las últimas de su promoción en conseguirlo. Ayer le presentaron al que será su primer padawan, Kudar-Kaan, de raza mirialán, con 10000 midiclorianos, el doble que ella. No comprende los criterios que sigue Yoda a la hora de adjudicar tutorías, y tardó un buen rato en dormirse pensando en ello. Cuando lo consiguió, soñó con una escena de hace quince años, en que la maestra Shari hacía una lista con los jedi con más midiclorianos, para acabar concluyendo que muchos midiclorianos no implica buen jedi. ¿Significa que Kudar-Kaan no necesariamente es mejor que ella? ¿O que pocos midiclorianos tampoco implica ser mal jedi?

Alainiz cumple su tercer año bajo la tutoría de Erson. Ayer estuvieron hablando un buen rato, recordando un montón de cosas que tienen en común. A él le adjudicaron en su día a Shari, de tutora, la amiga de su padrino, la que la trajo a Corussan, pero no pudieron siquiera comenzar, porque ella murió, y murió el mismo día que su padrino, al que Alainiz añora con frecuencia. Tal vez por eso ha soñado con él esta noche, enseñándole a utilizar la Fuerza, pero recordándole que no es un juego.

Erson ha sido el más madrugador. En mitad de la noche ha soñado con Shari, que le entregaba su libro, como hizo hace quince años. Aunque lloró mucho cuando ella se marchó, finalmente aprendió a llevarla en su corazón, y cada vez que desea reforzar esa sensación relee el libro. Se despertó agradecido por la visita de su maestra, y se puso por enésima vez a leerlo, de principio a fin, en apenas dos horas.

Inderit busca a Yoda. Se siente demasiado insegura para comenzar la tutoría con estas dudas. A ella le cuesta arrancar a hablar, así que él le da el pie:

—¿Preparada para el nuevo reto?

—De eso quería hablarte… Tengo dudas, Maestro.

Yoda no pregunta más y espera que continúe.

—No sé si voy a dar la talla. Él es mucho más poderoso que yo.

Yoda frunce el ceño. Esta joven maestra continúa flaqueando de lo mismo de siempre. Cuando consigue dominar su debilidad alcanza grandes objetivos, pero en cuanto baja la guardia vuelve a las mismas.

—Inderit.

—Dime, Maestro.

—¿Eres un padawan?

Ella siente cierta vergüenza al oír la pregunta, y trata de superarse.

—Hace tiempo que no.

—¿Tanto tiempo como para las lecciones haber olvidado?

La vergüenza vuelve. Trata de refrescar la memoria y recuperar en segundos lo aprendido durante años, pero solo la que salía en el sueño se le repite una y otra vez.

—¿Sabes? Esta noche he soñado con una de las lecciones que me dio la maestra Shari. Me demostró que la calidad de un jedi no se mide por sus midiclorianos.

—Suficiente no has tenido con el sueño, parece. Insegura continúas. ¿Por qué?

—No lo sé.

Como si se tratara de un viejo disco rayado, Yoda repite:

—Insegura continúas.

Como por arte de brujería, otra lección le viene a la memoria: el punto débil. Recuerda lo que ella escribió en el papel anónimo: «El miedo a equivocarme, ese es mi punto débil»; y lo que la maestra les advirtió: «Todos los extremos son malos. No intentéis aplastar una debilidad con su opuesto. Buscad siempre el equilibrio»

—Creo que tengo que meditar más sobre mi punto débil.

Yoda reniega al escuchar la palabra «creo», y ella se da cuenta.

—Rectifico: **Tengo** que meditar más sobre mi punto débil.

Y Yoda, ahora sí, sonríe.

Más tarde, Yoda sale con Windu a la terraza, a disfrutar del sol. Ambos miran al infinito, con sonrisa melancólica.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta Windu.

—Sí. Y parece que ayer fue. Presentes los percibo.

—Sí, muy presentes. Incluso he soñado con Obi-Wan.

—También yo, con Shari soñado he.

Los dos continúan allí, relajados, recordando gratamente, y en ese momento llega Erson, también con el propósito de recordar a su maestra y amiga. El joven saluda a los ancianos y se queda unos metros más allá. Mira al cielo suspirando, sonríe, echa mano a su bolsillo y saca su libro, y lo ojea de nuevo.

Los ancianos le observan. El libro parece haber vivido varias guerras. Tiene las hojas acartonadas y arrugadas, señal de haberse mojado en alguna que otra ocasión, algunas están sueltas, de haberse despegado del lomo, y aun así él lo mira como si de un tesoro se tratara.

—Cuando quieras puedes pedir un ejemplar nuevo, ¿eh? —dice Windu.

—Ni hablar. Este estará conmigo hasta el fin de mis días. Me lo dio ella en persona.

—¿Lo has leído entero alguna vez? —dice Windu bromeando, pues sabe perfectamente que sí.

—Unas 2 veces por semana durante los últimos 15 años.

Y todos ríen.

Erson sigue mirando su tesoro, acariciándolo incluso, regocijándose del bienestar que le transmite llevarlo siempre encima.

—Esta noche he soñado con el momento en que me lo dio.

—¿Seguro que era aquel momento, y no te traía uno nuevo? —pregunta Windu.

—La verdad es que no me he fijado —contesta Erson riendo.

—Era uno nuevo, estoy seguro.

—¿Por qué?

—Porque ese estaba en tu mesilla en ese momento.

Y todos ríen de nuevo.

Tras una pausa y unos cuantos suspiros por parte de todos, Yoda dice:

—También yo, soñado he, que un objeto me entregaba.

—¿Qué objeto? —pregunta Windu.

—Uno que, de Bunaii, ella y Obi-Wan trajeron.

—¿Y seguro que era aquél mismo, y no uno nuevo? —bromea Erson.

—El mismo, espero. Para sustos ya no estoy.

Erson hace ver con su expresión que no entiende por qué lo dice. Windu le hace señales indicando que es mejor olvidarlo.

—¿Algo a ti te entregaba, en tu sueño, Obi-Wan? —pregunta Yoda a Windu.

—No. Más bien me pedía, creo.

—¿El qué? —pregunta Erson, curioso.

—Ropa nueva, supongo. Venía con la ropa quemada, de Bunaii. Hemos tenido sueños simultáneos, Yoda.

—Es curioso que los tres hayamos soñado con ellos —comenta Erson.

—Cuatro —replica Yoda.

—¿Cuatro? —pregunta Windu.

—También Inderit con ella soñado ha. Ummh, curioso, bien curioso es. Más presentes están de lo que imaginamos.

Erson y Alainiz se reúnen para unos entrenamientos rutinarios.

—Hola, pequeñaja.

—Hola, grandullón.

Erson es, para ser humano, considerablemente más alto que los demás jedi. Alainiz, en cambio, es de estatura menuda. Ella le llega a él a la altura del pecho. Verlos juntos hace resaltar ambos extremos. Este saludo surgió espontáneo entre ellos en cuanto empezaron a cogerse confianza.

Alainiz espera mientras Erson prepara unas cosas. Él está ensimismado en lo suyo, y al ir a coger algo de donde lo dejó, sin mirar, no lo encuentra: Alainiz lo ha movido de sitio utilizando la Fuerza, y se ríe, bromeando ya de buena mañana.

—¡Alainiz! ¡Con la Fuerza no se juega!

Pero su expresión no es de enfado, porque él también disfruta el buen entendimiento que tienen.

—Sí, padrino —dice ella, poniendo cómicamente cara seria.

—¿¿Padrino?? —se sorprende él.

—Es que he soñado con él y me decía exactamente eso —dice, riendo.

—Pues ya veo el caso que le haces.

Alainiz se queda dudando ante la respuesta de su maestro.

—¿Me estás riñendo?

Él no se había planteado tal cosa, su respuesta había salido natural, y dice:

—No lo sé —hace una pausa, y pone también una expresión algo cómica—. Pregunta a tu conciencia.

Ella, entonces, se queda seria, callada, y se sienta a su lado, formal.

—¡Qué bien se oye a tu conciencia cuando tú te callas…!

—¡Maestro! —refunfuña Alainiz, pidiendo que no la avergüence más.

Gon-Adí sigue dando vueltas al sueño. Es la primera vez que sueña con alguien que ya no está entre los vivos, y además con un mensaje tan inquietante. Es por eso que decide ir a hablar con Yoda.

—Maestro, quiero saber tu opinión sobre algo.

—Tú dirás.

—Hoy hace quince años de la desaparición de Obi-Wan y Shari.

—Sí.

—Yo no acostumbro a ser sensible a este tipo de efemérides, sin embargo esta noche he soñado con Obi-Wan.

Yoda abre los ojos y pone tiesas las orejas.

—En el sueño me pedía que pusiera a punto su espada.

Yoda piensa: cinco.

—Ya te digo que yo no acostumbro a ser sensible, y este sueño me inquieta. He ido a ver la espada de Obi-Wan, la he sacado, la he encendido… Funciona perfectamente. No

he podido evitar recordar aquel cumpleaños de Shari, cuando acertó a quién pertenecía cada espada, y nos habló de la historia que encerraba la de Obi-Wan.

Yoda escucha con atención.

—Nos está alertando de algo —continúa Gon-Adí mientras Yoda sigue pensativo—. Al menos así entiendo yo el mensaje. ¿Qué opinas?

—Síí… Mensaje… Eso es: un mensaje nos traen, un mensaje complejo. Reunirnos debemos para en conjunto interpretarlo. A primera hora de la tarde a mi despacho ve. Trae la espada de Obi-Wan.

Gon-Adí asiente.

—Así lo haré, Maestro.

A primera hora de la tarde, reunidos en el despacho de Yoda Erson, Inderit, Gon-Adí, Windu y él, el maestro les plantea el motivo de haberles convocado.

—Llamado os he porque una experiencia en común tenemos hoy: todos nosotros un sueño hemos tenido, con Obi-Wan o con Shari, sueños que, reunidos, un significado parecen tener.

Erson hace un gesto con la mano, pidiendo a Yoda permiso para interrumpirle, y él le otorga la palabra con otro gesto de su cabeza.

—Maestro, si ese es el motivo de esta reunión, nos falta otra persona: Alainiz también ha soñado con Obi-Wan.

—Ummh… Hazla venir, pues. ¿Constancia tiene alguien de que haya más soñadores?

Todos niegan. Erson va a buscar a su padawan, y una vez reunidos los seis, Yoda les pide que expliquen su sueño.

—Alainiz, tu sueño aún no conozco. Cuéntame.

—Pues era un recuerdo de pequeña. Mi padrino me enseñaba a utilizar la Fuerza, y me repetía siempre que no era para jugar.

—¿Cómo interpretas tú el sueño?

—Pues eso: que con la Fuerza no se juega. No se me ocurre otro modo de explicarlo, es así de sencillo. La Fuerza ha de utilizarse para cosas importantes, serias, y sobre todo justificadas.

—Más palabras he oído yo, y decías que no las encontrabas —dice cariñosamente Yoda—. ¿Niña eras tú, en el sueño?

—… No… —contesta ella tras pensarlo y extrañarse al visualizarse tal como es ahora.

—Inderit, explica a todos lo que esta mañana me contaste.

—Mi sueño era… —se queda un momento pensativa— Era una clase de moral en que estuvimos hablando de si había una relación directa entre ser o no un buen jedi y el nivel de midiclorianos. Pero Maestro, esta mañana no me di cuenta de que en el sueño yo no era ya la muchacha de entonces, sino como soy ahora.

—¿Cómo interpretas eso tú?

—Yo estaba preocupada porque mi padawan tiene el doble de midiclorianos que yo, y… me da miedo no estar a la altura de lo que se espera de mí. Yo interpreto que me está diciendo que no debo preocuparme por eso.

—Incluso sin estar entre nosotros, lecciones nos da —dice Yoda, mientras percibe a Inderit perdida en el recuerdo—. ¿Algo más te dice el sueño? Pensativa te veo.

—No, es que… estaba recordando aquella clase. Hablábamos de un punto débil, y no nos poníamos de acuerdo en si un buen jedi podía caer en esa debilidad. Propusimos una forma objetiva de «medir» si se es un buen jedi o no, y salió a relucir el tema de los midiclorianos. Yo estaba a favor de esta hipótesis, pero Don Perfecto me la desmanteló.

—¿Don Perfecto? —pregunta Yoda.

—Yo —aclara Erson, sonriéndose.

Yoda le mira, interrogativo, y Erson se encoge de hombros y explica:

—Me acordé de Palpatine. Tenía muchos midiclorianos, ¿no?

Los demás se sonríen por la evidencia, salvo Inderit, que parece estar molesta por tener que reconocer la supremacía de Erson.

—Bien, Erson, te toca tu sueño explicar.

—El mío es bien simple: Shari me entregaba su libro. —Windu le mira con una risilla, aludiendo a la conversación de la mañana—. Pero no sé si era el mismo o uno nuevo —le replica siguiendo la broma—, no me fijé tanto.

—Trata de verte a ti mismo en el sueño. ¿Muchacho eras, o adulto?

Erson tarda casi un minuto en responder. Mientras piensa, su expresión habitual risueña se torna seria, y finalmente dice:

—Era adulto, pero el libro era este, tal cual está ahora.

—¿Y tu interpretación?

—Muy clara: que no baje la guardia.

—¿Sobre qué cuestión?

—Sobre todas —contesta él, extrañado por la pregunta—. El libro contempla todo aquello que debemos tener siempre en cuenta. El sueño me dice que no deje de estar alerta sobre todos y cada uno de los puntos que se tratan en el libro.

—Muy genérica es, esa lección, y al mismo tiempo muy razonable.

Se dirige después a Gon-Adí.

—Te toca.

—Mi sueño es con Obi-Wan: me traía su espada a mi taller y me pedía que le hiciera una puesta a punto.

—¿Y tú se la hacías?

—En el sueño, no, era solo su petición. Pero en la realidad sí lo he hecho —muestra la espada a todos, encendiéndola—. Está en plena forma… «El terror de los Sith», así la llamó Shari.

—Gon-Adí —le reclama Yoda de su viaje por el recuerdo—, tu interpretación, por favor.

—Que el lado oscuro puede resurgir en cualquier momento, que estemos atentos.

—Que no bajemos la guardia —apunta Erson.

—Ya estamos… —se indigna Inderit.

Unos y otros analizan el comentario de Inderit y sacan sus propias conclusiones. Tras esta pausa improvisada, Yoda continúa:

—Windu…

—Lamento decepcionaros, pero yo no veo lección alguna en mi sueño. Obi-Wan se presentaba ante mí con la ropa quemada, tal como venía cuando estuvo en Bunaii. No me entrega nada, no me pide nada, al menos expresamente… No me habla, solo le veo así.

—¿Tu interpretación?

—No sé qué decir, la imagen me trae recuerdos de antaño, pero lo único que llama mi atención y lo sitúa todo en el tiempo es la ropa quemada. ¿Alguno de vosotros se ha fijado en la ropa que llevan en su sueño?

Todos hacen ver que no.

—Bien, por último mi sueño os cuento. También es una escena de hace años. Shari venía de Bunaii, al igual que Obi-Wan en el sueño de Windu, y me entregaba un objeto que de allí ellos trajeron. A mí mismo en el sueño me veo más viejo que entonces. El objeto, una figura de lava es, igual que la que entonces trajeron. En aquella ocasión, Obi-Wan nos la entregó; en el sueño, en cambio, Shari es quien me la da. Sensación de pesar tengo al recibirla.

Erson sigue preguntándose cómo es el objeto en cuestión, pero, ante todo, respeta a sus maestros, y habiéndole dado a entender antes Windu que no conviene sacar el tema, se guarda su curiosidad y medita sobre el sueño de Yoda.

—Maestro —dice Erson—, cuatro de los seis sueños son claramente recordatorios de lecciones o avisos de alerta, en cambio dos de ellos no parecen dar lección alguna.

Yoda no comenta nada al respecto. Para él, su sueño sí es una advertencia, pero le resulta muy doloroso comunicarla a los demás. Prefiere ser prudente y esperar a que el tiempo revele lo que deba suceder. Erson continúa:

—Nos dicen que estemos en guardia, que el lado oscuro amenaza de nuevo, que alguien juega con la Fuerza, y que no nos fiemos del nivel de midiclorianos. Algo ocurre con el lado oscuro, pero ¿cuándo, cómo, quién y dónde? Sabemos cuándo: ahora, porque nos vemos en los sueños tal como somos actualmente. Sabemos cómo: alguien juega con la Fuerza. Tenemos indicios sobre quién: alguien que tiene muchos midiclorianos. Nos falta saber dónde. Vosotros dos habéis dicho que en vuestros sueños ellos venían de Bunaii. Yo, sin duda, iría a Bunaii a ver qué está ocurriendo.

—Así de fácil, Don Perfecto tiene la respuesta, ya podemos irnos —dice Inderit con sarcasmo.

—Mejor mañana temprano, Inderit —añade Yoda.

—¿Cómo dices?

—A Bunaii iréis, tú y Erson, con vuestros padawan, y lo que allí ocurre investigaréis.

Inderit mira a Erson, con rabia; Erson al pasado, con la mirada desenfocada al frente; Alainiz a Inderit, desafiante; y los demás a ellos tres. Luego Inderit vuelve a mirar a Yoda. En esos momentos debería decir «Sí, Señor», pero ni siquiera hace intento de hablar, aunque su cara ya dice que se resigna a cumplir la orden.

Acostumbrado a actuar fríamente en cualquier situación, Windu rompe el silencio:

—A preparar el equipaje, señores. Mañana tendréis una nave preparada.

Los que van a viajar se retiran, y el resto comenta la jugada.

—Lo haces a propósito, ¿verdad? —pregunta Windu a Yoda.

—¡Claro! Dos buenos maestros son, sus diferencias deben de una vez resolver. Cuando a actuar juntos obligados se vean, su rencor aparcarán.

—Tengo una clase individual ahora, ¿me disculpáis? —dice Gon-Adí, con los ojos vidriosos.

Y se va, mientras Yoda y Windu se dan cuenta de que han aludido a un tema doloroso para él.

—Mandaré preparar la nave —dice Windu.

Inderit explica a su padawan su primera misión juntos.

—Mañana nos vamos a una misión.

—¿Ya? Pensaba que antes haríamos otro tipo de entrenamientos o algo así.

—¿Entrenamientos? ¿Para qué? Todos los entrenamientos previos que necesitas los hiciste en la academia, ahora se trata de ponerlos en práctica.

—¿A dónde vamos?

—A Bunaii. Es un pequeño planeta volcánico, no queda muy lejos.

Abre un mapa holográfico y se lo señala.

—¿Y cuál es nuestra misión?

—Parece ser que vamos a la caza de un sith que ni siquiera sabemos si existe —contesta Inderit, con un bufido sarcástico—. Puede que estrenes tu espada.

—Aún no me han dado espada.

—Pues la necesitas. Ven, vamos a pedirla.

De camino nuevamente hacia el despacho de Yoda, Inderit nota que Kudar-Kaan está nervioso. Aunque ella no tiene un nivel de midiclorianos como para percibir con claridad los pensamientos de Kudar-Kaan, sí es muy buena en lógica y en psicología. Se pone en su piel, y deduce rápidamente que al chico le preocupa la dificultad y peligrosidad de la misión.

—No está mal para ser la primera, ¿eh? —le dice, para animarle.

—¿Podremos con él, nosotros dos solos?

—Tranquilo, no vamos solos. Vamos con el maestro Erson y su padawan, Alainiz. ¿Los conoces?

—Al maestro, sí; a Alainiz, no.

—Seguro que sabes quién es: muy bajita, rubia, de piel muy clara, y casi nunca está callada, es un terremoto.

—Ah, sí, ya sé quién es. Es de la promoción anterior a la mía.

—Exacto.

Windu llega al despacho de Yoda a la vez que ellos, pero el maestro no está allí.

—¿Os puedo ayudar yo?

—Sí. Kudar-Kaan no tiene espada todavía, y no me parece buena idea que vaya desarmado.

—No —sonríe—, no es buena idea —y saca del armario del rincón una espada—. Aquí tienes.

—Gracias, Maestro —contesta el padawan.

Capítulo 2.- Viaje al pasado.

Con un ligero equipaje, Erson y Alainiz se dirigen a la plataforma donde se reunirán con sus compañeros de viaje. Ella echa en falta el habitual buen humor de él, y eso le fastidia. Le nota así desde la reunión en el despacho de Yoda, y está claro que Inderit tiene algo que ver.

—Me parece muy fuerte que tengamos que ir con esa.

—¡Alainiz! —le recrimina, enfadado—. Trátala con respeto, es una maestra.

—¿Cuánto respeto? ¿El mismo que tiene ella por ti?

Erson se detiene y mira a Alainiz duramente.

—¿Te parece mal el comportamiento de Inderit?

—Sí —contesta ella, con la misma dureza con que él la mira.

—¿Y por qué te comportas igual que ella?

—¡Porque ella se lo merece!

—¡Ahhh, se lo merece…! A lo mejor yo también me merezco que ella me trate así.

—¿En serio? ¿Te lo mereces?

—No, pero la has juzgado sin conocer sus circunstancias.

Alainiz se queda sin respuesta, y entonces Erson continúa el camino, seguido por ella.

—Puede que tenga sus motivos, pero no justifican que te trate así.

—Muy bien razonado, Alainiz. Ahora cambia los personajes. Tú también tienes motivos. ¿Justifican que la trates así? ¿Qué diferencia hay? ¿Que tú no eres ella? Eso es egoísmo.

—No. La diferencia es que **tú** no eres ella. Eso no es egoísmo.

—No, eso tiene otro nombre: idolatría.

Finalmente ella se rinde.

—Lo siento…

Erson suspira. Siguen caminando. A ella no le gusta nada ese ambiente serio. Además está molesta: su maestro ha insinuado que ella es egoísta, le ha metido el dedo en la llaga. Ese es uno de sus puntos débiles, ella es consciente, pero esta vez no estaba pensando de manera egoísta, y por eso le molesta más, y le dan ganas de ser egoísta de verdad, para que al menos haya un motivo real para reñirla.

—¿Por qué no le echas bronca a ella también, ya que las dos actuamos igual?

—Porque **tú** eres mi padawan, mi responsabilidad, y **ella** es una maestra, es mayorcita, y responsable de sí misma. Cuando tú seas mayor e independiente dejaré de echarte broncas, no te preocupes. ¿Alguna pregunta más?

Desde bien pequeña, Alainiz siempre tiene una pregunta más. Recuerda cómo agotaba a Obi-Wan. Cada respuesta generaba una nueva pregunta, siempre. Al final, Obi-Wan siempre tenía que dejar una pregunta sin responder y pedirle que parase ya.

—Sí. ¿Siempre tienes respuestas para todo?

—No —responde, más serio aún. Ya le gustaría tener todas las respuestas, pero no las tiene. Ella, en cambio, se ríe.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que también has respondido a eso.

Y con la paradoja, Alainiz consigue que Erson vuelva a sonreír, aunque es una sonrisa débil, que pronto desaparece de nuevo.

Antes de subir a la nave, Inderit hace presentaciones, por obligación, sin ganas. Una vez dentro, cada uno ocupa un sitio. Erson, como de costumbre, se sienta a los mandos principales de la nave. Inderit duda si sentarse en el de copiloto o quedarse como pasajera y, mientras se lo piensa, los padawan se acomodan como pasajeros. Se sienta junto a Erson, sin mirarle. Para él es también muy incómodo, y trata de ser, no amable, porque no le sale del alma, pero sí al menos neutral.

—Elección de ruta. ¿La más corta? —pregunta él.

—¿Tú qué crees? —contesta ella.

En el primer contacto, Inderit ya deja muy claro que si va a colaborar con él será para acabar con esto cuanto antes.

—Habrá que desactivar hipervelocidad para atravesar el campo de asteroides.

—¡Qué remedio…!

Segundo intento, y de nuevo Erson recibe desprecio. Alainiz le mira, y le duele sobremanera verle así, y más cuando la situación no es favorable para acercarse a él y tratar de animarle. Esperará un poco a ver si la cosa cambia y, si no es así, ya pensará algo.

En el Templo, un encargado de transporte informa a Yoda y Windu en el despacho de Yoda:

—Ha habido un error en la adjudicación de la nave. Hemos entregado una a medio reparar.

—¿Qué nave? —pregunta Windu.

—La que se dirigía a Bunaii.

—¿Qué le pasa?

—En realidad nada, pero en su último viaje se utilizaron varios recambios, y no han sido repuestos. Si tuvieran una avería en el trayecto, depende de cuál fuera no la podrían reparar.

—Bueno, confiaremos en la suerte. ¿Tienen, al menos, las comunicaciones activas?

—Las de corto alcance, sí.

—¿Solo las de corto alcance?

—Me temo que sí, Señor.

Yoda y Windu se miran. El destino conspira para hacerles recordar el pasado, a pesar de las muchas diferencias existentes entre la situación actual y la de entonces.

—Está bien, gracias por la información.

—Lo lamento, Señor.

El encargado de transporte se cruza con Gon-Adí que entra en ese momento.

—Me olvidé aquí ayer la espada de Obi-Wan.

—Sí —dice Yoda—, en el armario la guardé.

Yoda abre el armario, y se queda parado, mirando.

—No está.

—¿No está? —se alarma Gon-Adí.

Windu se percata rápidamente de lo ocurrido.

—¿Dónde estaba, exactamente? —pregunta.

—Aquí —señala Yoda.

Windu reniega, lamentándose de su torpeza.

—Se la di a Kudar-Kaan.

Gon-Adí hace esfuerzos para no enfadarse, para él las espadas son algo casi sagrado, especialmente si se trata de una pieza de museo, literalmente.

—Lo siento, Gon-Adí, no sabía que estaba ahí.

—Está bien, está bien… —contesta, rechazando que continúe con unas disculpas que no le van a consolar—. Confiemos en que sepa usarla con sentido común.

Gon-Adí se va, controlando su mal humor. Windu frunce el ceño, arrepentido. Yoda suspira, impotente.

—Mace, culpable no te sientas. Gon-Adí la olvidó, yo con las nuevas la mezclé, saber no podías que esa era. Empiezo a pensar que sin duda un sith en Bunaii encontrarán. Esa espada, su propio destino busca.

—Campo de asteroides, desactivando hipervelocidad —dice Erson.

Los demás guardan silencio. Alainiz sigue esperando un mejor momento para acercarse a él. Inderit no suelta ni una palabra, ni mira a nadie. Kudar-Kaan observa el panorama, y se siente abandonado. Alainiz se da cuenta, y le transmite con su mirada sentimientos de apoyo. *«Pobre muchacho»* —piensa— *«menudo comienzo»*. Ella ya lleva tres años de tutoría. Ya hizo las pruebas hace un año, pero se bloqueó y no las superó. Erson le repite constantemente que está perfectamente preparada, pero ella no tiene prisa alguna, le gusta estar bajo su protección, y eso hace que medio inconscientemente, medio a propósito, acostumbre a portarse como una cría. Pero en realidad ya es toda una mujer, tiene casi 18 años, y también toda una jedi, y no va a consentir que Kudar-Kaan se sienta solo: mientras Inderit no reaccione, ella le va a proteger, le va a adoptar.

—Volvemos a hipervelocidad.

Erson pulsa el botón, pero la hipervelocidad no se activa. Vuelve a intentarlo, y nada. Quita el piloto automático y acelera, para volverlo a intentar, pero sigue sin funcionar. Vuelve a poner el piloto automático y se levanta, para revisar el acelerador de partículas. Inderit acude también a ver qué pasa. Nada más abrir el compartimento, notan un olor a recalentamiento.

—Por favor, que haya recambio. No me apetece pasar contigo más tiempo de lo necesario.

Erson soporta el desprecio casi sin inmutarse. Trae el recambio y lo instala. Vuelve a los mandos y pulsa otra vez el botón, y no ocurre nada nuevo. Vuelve al compartimento y cambia la pieza por la anterior. Vuelve a probar. La pieza ha tenido tiempo de enfriarse lo suficiente, y esta vez funciona.

—¡Gracias! —dice ella, pero al cabo de un minuto la nave se frena de nuevo, y una pequeña nube de humo sale del compartimento.

Erson enciende el comunicador para avisar al Templo del retraso que supondrá su incidencia: no recibe respuesta. Realiza unas pruebas de alcance mediante onda ultrasónica: el alcance es mínimo.

—Regresemos —dice Inderit.

—¿Estás segura? Sin hipervelocidad tenemos nueve horas y media a Corussan, y solo media hora a Bunaii. Allí podremos conseguir recambios.

—¡Ah! Pues a Bunaii, claro. Pon la máquina al máximo.

—Ya vamos al máximo.

Ella sigue sin mirarle, y él ya conoce sobradamente la expresión rencorosa de ella hacia él. Se oye un suspiro detrás. Erson mira a los padawan.

—¿Estáis bien? —Ellos asienten.

—*Y tú, ¿estás bien?* —le pregunta Alainiz mentalmente. Antes de contestar, Erson observa posibles indicios de que los otros dos hayan oído a Alainiz, pero todo indica que no.

—*¿Es necesario que te conteste a esa pregunta?*

—*Me gustaría que contestaras «sí»*

—*Ummh… ¿Te gusta que te mienta?*

—*No. Quiero que contestes que sí, pero que sea verdad.*

Él se sonríe.

—*Eres astuta.*

—*Tengo un buen maestro, uno grandullón y muy listo.*

Erson agradece el intento de ella por animarle, y suspira.

—*Vas a tener que esperar un poco, entonces, para que te conteste.*

Aterrizan a las afueras del pueblo. Bunaii está asentado al norte de un volcán majestuoso, expresamente para aprovechar el calor que irradia el suelo. Unos kilómetros más lejos la

temperatura es irresistiblemente baja y la vida no es posible. Tan solo en las proximidades de los cráteres hay posibilidades de desarrollar una civilización.

—Bien. ¿Por dónde empezamos? —piensa en voz alta Erson.

Todos observan a su alrededor. El más perdido es Kudar-Kaan, que no ha sido informado de los acontecimientos que han llevado a Yoda a enviarles allí.

—¿Qué tenemos que buscar? —pregunta el chico.

—Respuesta a un mensaje en sueños —le explica Inderit—. Seis personas hemos tenido simultáneamente sueños en los que aparecen los maestros Obi-Wan y Shari. Habrás oído hablar de ellos, aunque no los conociste.

—Sí. Tengo un libro escrito por ella.

—¿Como éste? —Erson le muestra el suyo, y el chico pone cara extraña al ver el estado del libro.

—Más nuevo, pero sí.

Alainiz se ríe.

—Yo soñé que Shari me enseñaba que la calidad de un jedi no se mide necesariamente por sus midiclorianos. El maestro Erson, que le advertía de no bajar la guardia. El maestro Yoda, que Shari le entregaba una figura decorativa de lava. Alainiz, que Obi-Wan, que era su padrino, le enseñaba a utilizar la Fuerza, recordándole que no hay que jugar con ella. El maestro Gon-Adí, que Obi-Wan le pedía poner a punto su espada. Y el maestro Windu veía a Obi-Wan llegar con la ropa quemada, que venía de aquí, de Bunaii.

—Aha… Muchos sueños a la vez, ¿no?

—Por eso el maestro Yoda dijo que debíamos tenerlos en cuenta.

—Yo también he tenido un sueño esta noche.

—¿Salía alguno de ellos? —interroga Inderit, expectante.

—No, el protagonista era yo, y mi espada en todo caso.

Continúan observando. Alainiz tiene las mejillas muy rojas, y parece asustada. Erson se ha dado cuenta, él también percibe algo que no le gusta nada.

—Dices que Yoda soñó con una figura de lava, ¿no? —pregunta Kudar-Kaan.

—Sí —le contesta Inderit.

—Aquella casa que hay en la falda del volcán tiene un rótulo que dice «Decoración Lonsok. Artesanía en lava»

—¿Eres capaz de leer eso a esta distancia? —dice Erson.

—Sí. Mi vista es mucho más aguda que la de un humano.

Kudar-Kaan no es un mirialán cualquiera. Con él experimentaron genéticamente, modificando su ADN, mezclándolo con el de un jenet, para conseguir, además de su agilidad y rapidez de mirialán, unos sentidos de la vista, oído y olfato muy desarrollados, y una memoria prodigiosa. Eso, unido a sus reflejos, lo convirtieron, ya desde su nacimiento, en un candidato perfecto a jedi.

—¿Cómo pueden vivir aquí en constante incertidumbre? —pregunta Alainiz.

—Hay sistemas de alarma —le dice su maestro—. Se controla la actividad desde el observatorio.

—Me parece que hace tiempo que no funcionan los sistemas de alarma —añade Inderit—. El observatorio está abandonado.

—Tal vez lo hayan trasladado —apunta Erson.

—Un observatorio geológico ha de estar donde ha de estar, depende de la actividad que se pretenda observar, no del capricho o la comodidad.

—Tienes razón…

—¡Vaya! ¡No me lo puedo creer! ¡Don Perfecto me da la razón!

Erson hace caso omiso y sigue observando.

—Pues de alguna manera lo controlan: el pueblo continúa habitado, se ve luz y movimiento, y el volcán no está apagado que digamos —Erson hace una pausa—. ¿Qué os parece? ¿Qué hacemos?

Alainiz se extraña de que Erson no proponga algo concreto. Normalmente su maestro tiene intuiciones, nunca se queda en blanco. Parece como si se estuviera guardando su opinión, dejando la decisión a los demás.

Inderit tiene intuiciones… y dudas, muchas dudas. Se relaja y se concentra para sacar algo en claro. Tiene dos opciones muy claras: el pueblo y la casa en la falda del volcán. En las dos percibe peligro, pero el pueblo le atrae más, y no sabe por qué, así que continúa analizando sus percepciones antes de proponer nada.

Kudar-Kaan es más espontáneo. A él le ha llamado la atención desde el principio el rótulo de la casa en la falda del volcán, y no solo el rótulo, sino el hecho de que la casa esté justamente allí, tan cerca del cráter, y no en el pueblo.

Erson lee pensamientos de todos ellos y se guarda los suyos. Empieza a darse cuenta de que no está bien lo que está haciendo, porque lo está haciendo por miedo, un miedo irracional, sentimental, que solo le hará perder tiempo, y eso es, precisamente, lo que más miedo le da: perder tiempo.

—Visitemos a Lonsok —dice Erson finalmente, aunque lo dice con miedo de estar tomando la decisión arrastrado por alguno de esos miedos.

—No me hace gracia la idea, nos estaremos acercando cada vez más al peligro —replica Inderit, que tan solo necesitaba una propuesta de Erson para disipar sus dudas.

—No esperaba menos de ti. Si yo hubiera propuesto ir al pueblo, tú habrías razonado que si esa casa está justo ahí debe ser por alguna razón.

—Si hay 100 casas en el pueblo, y solo una ahí, debe ser por alguna razón, ¿no crees?

—Está bien, vayamos al pueblo.

—¡No, no me cargarás ahora con la responsabilidad! ¿Has dicho a la casa? ¡Pues a la casa!

—Inderit, ¿quién está cargando a quién con la responsabilidad? ¡Acabarás culpándome de cualquier cosa! Vayamos al pueblo.

—Eso es lo que pretendes, ¿no? Dejar que me equivoque y luego reprochármelo.

Mientras los maestros discuten alzando la voz, los padawan hablan entre ellos.

—Vamos a tener que decidir nosotros —dice Alainiz.

—Voto por la casa —contesta Kudar-Kaan.

—Yo también.

Y empiezan a caminar en dirección al volcán, mientras sus maestros se enzarzan en la discusión.

—¡O sea, que sabes perfectamente que si vamos al pueblo nos equivocamos!

—¡Qué bien se te da tergiversar mis palabras!

Erson resopla, se echa las manos a la cabeza, se frota la cara, se calla lo que se le antoja decir. Cada palabra que sale de su boca se convierte en un arma arrojadiza, y el resultado es precisamente lo que trata de evitar: les hace perder tiempo. Él percibe la actividad volcánica en equilibrio inestable, muy inestable. Alainiz lo había percibido también, él se dio cuenta. Que Inderit no lo perciba es normal, ella tiene un nivel de midiclorianos muy inferior. Pero Erson no le va a argumentar eso bajo ningún concepto, porque les llevaría a una serie de reproches que ya se han hecho muchas veces el uno al otro. Sin embargo corre prisa tomar una decisión: el equilibrio es cada vez más inestable, y si se quedan allí parados les va a sorprender una erupción.

—Vamos a ser razonables por un momento, por favor. ¿Qué te hace pensar que debemos ir al pueblo?

—Dos cosas: La primera es que no me gusta nada quedarme cerca del volcán, parece que estuviera a punto de estallar. La segunda es que percibo algo oscuro en el pueblo, y si no recuerdo mal venimos a buscar un sith.

—Si el volcán estalla, la lava saldrá despedida muy lejos, caerá mucha más en el pueblo que en aquella casa.

—En la casa también hay peligro, y desde allí hay menos vías de escape.

Erson la mira, no está del todo convencido, pero aceptará las consecuencias de la decisión.

—De acuerdo, al pueblo. Vamos, chicos.

En ese momento es cuando echan en falta a los padawan, y los divisan ya muy cerca de la casa de Lonsok.

—¡¿Qué diablos hacen allí?! —dice Erson.

—¡¡¡Kudar-Kaan!!! —grita Inderit, pero los chicos ya no les oyen.

La responsabilidad como maestros prevalece sobre cualquier desacuerdo, así que los dos corren hacia los chicos, y les alcanzan ya dentro de la casa-tienda-taller.

—¡Alainiz! ¡¿Se puede saber qué hacéis aquí?!

—¿Se puede saber qué hacíais vosotros? —contesta ella, con una expresión mucho más madura de lo habitual.

Erson tiene la inercia de ir a repetirle alguna lección, pero su pequeñaja no parece ahora su pequeñaja, sino casi una maestra, dispuesta a recordarle a él otras tantas lecciones.

—Está bien, tienes razón.

—¡Kudar-Kaan, no vuelvas a hacer algo así! Mal comienzo tenemos.

—Ni que lo digas…

—¡Oye, niño! ¡Aunque tú tengas el doble de midiclorianos, **yo** soy tu maestra! ¿Estamos?

—A ver si empiezas a demostrarlo —replica él.

Inderit se queda helada y mira a Kudar-Kaan sin saber si volver a reñirle o pedirle disculpas. Él agacha la cabeza y se aparta a un lado.

Suena un chisporroteo y se apagan las luces.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —pregunta Alainiz en voz alta.

Nadie contesta. La iluminación ha dejado de funcionar, pero hay servicios de la casa que siguen en marcha. En una habitación contigua se ve un resplandor rojizo y con matices intermitentes amarillos. Se acercan a mirar. La habitación tiene el suelo en pendiente hacia una de las esquinas, en la que hay un pozo, del cual sale el resplandor rojo. En la esquina opuesta, una serie de aparatos de observación y una luz amarilla parpadeando. Suena un pitido y la luz cambia a rojo y sin parpadeo. En el exterior de la casa se oye ruido de maquinaria en movimiento: unas gruesas placas rocosas se deslizan y forman una coraza sobre la casa.

Los jedis corren hacia la salida, pero ha sido lo primero en quedar bloqueado. Buscan algún otro acceso: no lo hay. Las ventanas van quedando tapiadas conforme llegan a ellas, y finalmente quedan encerrados dentro del caparazón rocoso, hecho de lava, que cubre completamente la casa. El resplandor del pozo se vuelve más intenso, el suelo tiembla, y unos borbotones de líquido espeso e incandescente rebosan por el borde del pozo. Afortunadamente, debido a la pendiente de la habitación, la lava no llega hasta ellos.

Kudar-Kaan es el único que puede ver algo, los demás aún no tienen la vista adaptada a la oscuridad.

—Hay un cuerpo atrapado en lava de una erupción anterior. Debe hacer poco tiempo, apenas empieza a descomponerse.

El nivel de la lava sube y cubre por completo el cuerpo. Los jedis retroceden a la estancia de la entrada. La lava sube de nivel unos centímetros más, y luego vuelve a bajar, dejando rastro en el suelo. En el resto de la casa no hay señales de que haya ocurrido tal cosa antes, nunca. Se nota una gran diferencia entre el suelo limpio y el que la lava acaba de asolar.

—¿Nos han tendido una trampa? —dice Alainiz.

—No lo creo. Esto parece un refugio más que una trampa. Mira ahí fuera —contesta Erson.

Alainiz busca una rendija entre placas, en una de las ventanas. Un enorme manto de lava ha rodeado la casa, desviado por la coraza, y baja por la ladera en todas direcciones. Habían dejado la nave a mitad de camino entre el volcán y el pueblo, y ya no se ve, engullida por la masa incandescente que avanza lenta pero imparable hacia el pueblo.

—El volcán se ha desbocado, parece una fiera que acaban de soltar de un encierro —dice Erson.

—Teníamos que estar en el pueblo, no aquí. Te lo dije: aquí hay menos vías de escape. De hecho no hay vías de escape.

—Estuve de acuerdo contigo, ¿recuerdas? Hemos acabado aquí por otra razón.

El volcán ruge con fuerza y explota, lanzando rocas ardientes a gran distancia. Alainiz, que sigue mirando por la rendija, ve la lluvia mortal sobre el pueblo. Se queda tan impresionada que no es capaz ni de hablar, y lo que hace es transmitir la imagen mentalmente a Erson, tal cual la ve.

—*No digas nada, por favor, déjala creer que tenía razón.*

—*¿¿Por qué??*

—*Alainiz, te lo ruego, es mejor así.*

Pero Kudar-Kaan también mira por otra rendija, y ajeno a la conversación de ellos dice:

—Maestra, el pueblo está bajo una lluvia de roca incandescente. A pesar del calor que pasaremos aquí, esto es más seguro.

Erson suelta una leve expresión de fastidio por ver truncado su plan. Inderit lo ve, y su enfado crece.

—Así que Don Perfecto volvía a tener razón… Y de nuevo ibas a permitir que me equivocara… ¿A qué precio esta vez?

—Inderit, yo…

—Tú, sí, tú. Tú y tus 16000 midiclorianos y tu perfecta percepción. Y luego, ¿qué? ¿Dejaremos atrás a alguien? Veamos quién es el que menos te importa, ¿Kudar-Kaan? ¡Ah, no, ahora soy yo! ¡Perfecto, fin del dilema! Luego haces una tutoría compartida, seguro que el chico aprende más contigo. Total, Alainiz está casi lista, ella también puede hacer de maestra, y seguro que lo hace mucho mejor que yo.

Alainiz está de acuerdo en lo último, y va a contestar, pero Erson le pide que no lo haga.

—Inderit, las cosas no son como las pintas —dice Erson—. ¿Recuerdas tu sueño?

—¡Mi sueño! —resopla ella— ¿Te cuento cuál ha sido mi sueño durante todos estos años? Mi sueño era salir con Lashmal de allí, pero todos los días despierto y él no está, ni estará, porque tú le dejaste allí tirado, y no me dejaste tampoco a mí acudir en su ayuda, porque **tú** sabías que no había tiempo, **tú** dijiste que él podría salir por sí mismo, **tú** te llevaste la gloria y el reconocimiento del Consejo, y a Gon-Adí para ti solo.

—¿En serio crees que yo salí satisfecho de aquello? ¡NO TIENES NI IDEA! ¡Lashmal era mi compañero más querido, como un hermano! —Los ojos de Erson se llenan de lágrimas—. Él era mi voz cuando yo no encontraba las palabras para expresarme. Era el único que me comprendía sin necesidad de explicaciones. Era… era mi alma gemela —termina diciendo con la voz ahogada.

Rompiendo a llorar, se aleja. Alainiz va tras él, pero él rechaza su compañía y se mete en otra habitación contigua, totalmente a oscuras. Es una habitación llena de estanterías con figuras de lava. Erson encuentra a tientas una columna saliente en la pared, libre de

mobiliario. Allí se sienta en el suelo, con la espalda en la pared, y llora a escondidas de los demás.

Alainiz no necesita verle para saber cómo está, y siente rabia e impotencia. Rabia contra Inderit, que ha hecho que su grandullón esté así, e impotencia porque no puede hacer nada para animarle.

Mientras tanto, Inderit, como poseída, toca botones por todas partes, buscando uno que retire la coraza, para poder salir. Es inútil, lo único que controla la maquinaria es el sensor de actividad, y el sensor dice que no se puede salir. Con mal humor, acaba rindiéndose y se sienta también en el suelo, en la esquina contraria al pozo, mirando la lava.

Kudar-Kaan parece ajeno a todo. Él inspecciona los utensilios que hay en la habitación del pozo, al mismo tiempo que trata de entender qué le pasa a su maestra. Siempre ha sido muy observador, y le gustan los escenarios mudos. La arqueología es una de sus pasiones. Observando los restos de civilizaciones desaparecidas es capaz de imaginarse con detalle su forma de vida. La casa de Lonsok le dice muchas cosas, aunque no se trate de un pasado lejano. El mostrador en orden, pero con algunos objetos en él, como si fueran a usarse en cualquier momento. Las luces estaban encendidas cuando llegaron. En una mesa, junto al pozo, un cuenco con una especie de aceite y una brocha. En el suelo, un utensilio con forma de cucharón al final de un largo palo, de un material muy resistente a altas temperaturas, engrosado con varias capas de restos de lava petrificada, señal de que se utiliza para extraer líquido del pozo y echarlo en moldes que también hay por el suelo y la mesa, algunos abiertos, impregnados de aceite para que después la lava no se adhiera, otros cerrados y vacíos, un par cerrados y llenos, y uno cerrado, lleno solo hasta la mitad. *«La muerte le sorprendió trabajando»*, piensa Kudar-Kaan.

Observa después los equipos de detección de actividad, pero sin acercarse, porque su maestra está allí sentada, y no parece muy predispuesta a que le hagan compañía. El papel con el registro cuelga por el borde de la mesa. Una gráfica excesivamente plana en su mayor parte, que de pronto sube y dibuja una sierra tétrica como los dientes de un fantástico monstruo. Recuerda el observatorio abandonado a las afueras del pueblo. Parece que Lonsok opinaba que no se debía abandonar la observación. Si la actividad volcánica hubiera cesado, Lonsok habría tenido que cerrar su negocio, y aquello no tenía aspecto de estar en declive, ni mucho menos. De hecho, desde la estancia de la entrada, Kudar-Kaan ve las numerosas figuras almacenadas en la habitación donde está Erson. La escasa luz no es impedimento para él.

Alainiz vuelve a sondear cómo está Erson, y nota que se ha calmado. Se acerca a él, guiada por su percepción, porque la vista de poco sirve. Él no rechaza su acercamiento esta vez.

—Lo siento, Alainiz. Un maestro jamás debería dar un espectáculo tan lamentable ante su padawan.

—Lo dices por ella, ¿no?

—Yo hablaba por mí.

—Pues yo veo mucho más lamentable su actitud que la tuya.

Erson no hace más comentarios. La vista se va acomodando a la oscuridad, y Alainiz ve que tiene el libro abierto y lo está mirando.

—Te vas a dejar los ojos.

—Me lo sé de memoria, me basta con ver un par de palabras para coger el hilo.

Alainiz sabe que cuando Erson está así, no hay nada que hacer. Solo una vez le habló de Lashmal, nunca más ha querido hacerlo. Le contó que, al morir Shari, Erson se había quedado sin tutor, y eran muy escasos los disponibles, y a Yoda no le parecían apropiados para él, y que se hizo una excepción, y Gon-Adí, que ya tenía adjudicado a Lashmal, aceptó hacerse cargo también de Erson, pero que perdieron a Lashmal en una misión, de la que nadie quiere nunca hablar.

Kudar-Kaan sigue preguntándose qué le pasa a Inderit. Discretamente, se pone a leerle el pensamiento, cosa que ella apenas percibe, y en el fondo lo prefiere, para ahorrarse dar explicaciones. Kudar-Kaan ve recuerdos, en los que Erson rescata a Inderit, atrapada en arenas movedizas. Ella grita «¡¡LASHMAL!!» y Erson tira de ella «¡No hay tiempo, tenemos que salir de aquí!» y ella insiste, pero él no se lo permite, y una avalancha de agua les obliga a salir corriendo. Después de eso, dolor, rabia, rencor…

Alainiz vuelve afuera. Ya que no puede hacer nada por Erson, intentará hacer algo por Kudar-Kaan.

—Esto tiene pinta de ir a durar un buen rato —dice Alainiz.

—Solo hasta que se pongan en serio a hablar de ello. Es una estupidez, los dos se sienten mal, y nadie tiene la culpa.

Alainiz frunce el ceño, no esperaba una respuesta así.

—Me refería al volcán.

—Ah… Entonces estoy de acuerdo.

Erson ha oído a Kudar-Kaan. El chico tiene mucha razón. Consciente de que puede recibir otro rechazo, sale de la oscuridad y va junto a Inderit.

—Erson, olvídame, por favor, imagina que no existo. A ver si acaba esto de una vez y podemos salir de aquí.

Él se queda sentado a su lado.

—He dicho que me olvides, déjame sola.

—¡Uy! ¿Y esa voz? ¡Si no hay nadie más aquí!

—¡Estúpido…!

—¿Por qué? ¡Solo hago lo que me has pedido! Si hago lo que dices tú, te parece mal, y si hago lo que me parece bien a mí, también te molesta. ¿Qué tengo que hacer, entonces, dejar de existir?

—Mira, por fin tienes una buena idea.

Un borbotón de lava sale disparado fuera del pozo, hacia ellos. Los reflejos de Erson responden y usa la Fuerza para frenar el líquido y mantenerlos a ambos a salvo. Inderit, por más que lo intentara, no podría hacer algo así, sus midiclorianos no dan para tanto.

—¿Otra vez? ¿Cuántas veces más me vas a restregar que eres mucho más poderoso que yo?

—¿De qué estás hablando? Solo hago lo que puedo para que todos salgamos bien de aquí.

—«… Para que todos salgamos bien de aquí»… ¡Vaya! ¡Don Perfecto piensa en todos!

Erson se desespera.

—**Siempre** pienso en todos, y hago todo lo que puedo. Si no hago más es porque **no puedo**. ¿Cómo hay que decirlo para que lo entiendas? No pude sacaros a los dos, tuve que elegir. Quise sacarle a él, y me dijo «Saca a Inderit, yo podré solo, y Gon-Adí ya está en camino». Yo sabía que no había tiempo, tuve que elegir. ¡TUVE QUE ELEGIR! Él tenía más probabilidades que tú de salir por sí mismo.

—No me dejaste ir en su ayuda —dice ella, llorando.

—No había tiempo, Inderit, tú misma lo viste.

—No me dejaste ayudarle. Él me habría ayudado a mí. Si le hubieras sacado a él, él me habría ayudado a mí.

—Entonces ahora estaríais muertos los dos. No había tiempo, Inderit, entiéndelo. Solo podía salvarse uno.

Inderit llora. Erson la acompaña en su dolor.

—No podíamos hacer nada… Gon-Adí estaba más cerca que nosotros y tampoco consiguió llegar hasta él, el agua le arrastró afuera.

Ella continúa llorando, sin contestar. Él trata de consolarla y pone una mano en su hombro, y ella rechaza el gesto de nuevo.

Erson desiste, se levanta y vuelve a la entrada. No hay asientos en ninguna parte, así que vuelve a sentarse en el suelo, contra una pared. Alainiz espera otra vez a que se calme un poco y entonces acude a su lado.

—Nunca me habías contado lo que pasó con Lashmal —dice ella, y espera que él conteste algo, pero sigue en silencio—. No permitas que te haga sentir culpable, tendría que agradecerte que la salvaras. En serio, no entiendo a esta mujer.

Erson se remueve. Alainiz se da cuenta de que ha sacado de nuevo el libro de su bolsillo, y lo ha vuelto a abrir, allí, a oscuras.

—¿Otra vez con el libro? Erson, lo tuyo es obsesión. Te lo sabes de memoria, pones en práctica todo lo que se dice en él, eres… como dice ella: perfecto. ¿Aún crees que puedes aprender algo nuevo volviendo a leerlo? Tendría que leerlo ella, y no tú, que le hace mucha más falta. Si lo leyera solo la centésima parte de lo que lo haces tú, no sería tan estúpida.

Erson mira de pronto a Alainiz con el ceño fruncido. Ella se asusta, se da cuenta de lo que ha dicho, y se ruboriza.

—Lo siento… —dice a su maestro, recordando que ya le ha reñido más de una vez por lo mismo.

Erson se levanta y vuelve junto a Inderit. En cuclillas delante de ella, le ofrece el libro.

—Toma, lee. Te ayudará mucho.

Ella sigue llorando, sin coger lo que él le ofrece.

—Por favor, Inderit… Lee.

Por primera vez, Inderit mira a Erson cara a cara. No puede dejar de llorar. Coge, temblorosa, el tesoro de Erson, lo abre, se frota los ojos y aparta las lágrimas tratando de aclarar la vista.

—No puedo, no hay suficiente luz.

Erson resopla, se pone en pie. Mira a su alrededor y se acerca a la mesa donde se encuentran los utensilios de trabajo de Lonsok, buscando alguna idea. Ve los moldes, con su abertura superior, ve el cuenco de aceite, y esto le sugiere algo, pero le falta un elemento más. Busca en la entrada, en los cajones del mostrador, y no encuentra lo que necesita. Se para a pensar. Vuelve a la mesa de utensilios, se quita la camisa y la hace jirones.

—¡¡¿Qué haces?!! —pregunta Inderit, boquiabierta.

Erson no contesta. Coge uno de los moldes abiertos, lo cierra. Por la abertura superior, que Lonsok utilizaba para introducir la lava líquida, echa todo el aceite del cuenco, quedando lleno el molde más o menos hasta la mitad. Junta varias tiras de tela, anudándolas, y luego las retuerce formando una especie de cordón, que introduce poco a poco en el molde relleno de aceite, dejando el extremo fuera. Se acerca con todo ello al pozo y pone en contacto el extremo del cordón con la lava, hasta que se incendia y se forma una llama, que se estabiliza y empieza a alimentarse del aceite; y se lo lleva a Inderit.

—Toma, ya tienes luz.

Ella se queda petrificada.

—Vamos, date prisa, no me gusta quemar mi ropa inútilmente.

Inderit empieza a leer. Erson se queda cerca pero a cierta distancia, vigilando la lava. Desde la entrada, los padawan comentan:

—¿Siempre es así de ingenioso? —pregunta Kudar-Kaan.

Alainiz asiente sonriente, orgullosa.

—¡Qué pasada!

Luego, Alainiz comienza a reír y dice:

—Erson —él contesta con un gesto de la cabeza—. Ya tenemos uno de los mensajes: ropa quemada.

Y por fin, Erson, sonríe a su pequeñaja.

Capítulo 3.- Reconciliación.

Las horas pasan en el encierro-refugio de la casa-taller de Lonsok, y el calor empieza a hacer mella. Alainiz se ha acomodado sentada en el suelo, en una esquina, de forma que al relajarse no se cae hacia los lados, y se queda dormida. Kudar-Kaan, tres cuartos de lo mismo. Erson sigue pendiente de la lava. Inderit lee. Al llegar a un nudo, la llama no consigue superarlo, y la improvisada lámpara se apaga. Ella se levanta y se acerca al pozo, y la enciende de nuevo para continuar. Erson se siente satisfecho, pero no dice nada.

Un rato más tarde, Inderit se levanta, apaga la lámpara, y se acerca a Erson, libro en mano, dándoselo.

—Gracias.

Erson lo coge.

—De nada.

Inderit se queda allí, de pie, a su lado, en silencio, observando la lava, con él. Erson prefiere no romper el silencio y seguir percibiendo la nueva paz. Ella, por lo visto, también se siente bien así.

El pozo escupe de nuevo, y como siempre, Erson controla el efluvio.

—¿Te importa si nos vamos de aquí? Empiezo a cansarme de controlar la lava.

Ella sonríe y asiente, y salen entonces a la entrada, no sin antes recoger la lámpara, por si les hiciera falta de nuevo, y dejarla sobre el mostrador. Allí se sientan, juntos, y siguen en silencio un rato más.

Inderit suspira. Erson la mira. No parece la misma que salió de Corussan.

—¿Estás bien? —pregunta él.

—Mejor que antes —hace una pausa—. Pero no tan bien como tú.

—Date tiempo.

—Tiempo… Tardé tres años más de lo debido en superar el tercer grado por culpa de esto. Perder a Lashmal fue muy duro para mí.

—Fue muy duro para todos. Gon-Adí continuó la tutoría para no dejarme colgado, pero después no quiso volver a hacer ninguna más. Muchas veces se equivocaba y me llamaba a mí Lashmal, y al darse cuenta se quedaba afligido, callado, durante horas. Otras veces ni se daba cuenta, y entonces yo disimulaba para ahorrarle el dolor, y por dentro deseaba que fuera Lashmal quien realmente estuviera allí con él, y haberme quedado yo atrapado en las arenas movedizas.

—Admiro tu entereza —dice Inderit mientras suspira de nuevo.

Erson hace unas caricias a su libro y sonríe.

—¿Has visto? Tiene efecto inmediato —dice, señalando el libro a Inderit, que no entiende a qué se refiere—. Hasta hace unas horas, tus sentimientos hacia mí eran destructivos.

—Lo siento —contesta ella con una sonrisa.

Pero el arrepentimiento se vuelve tan sincero que se echa a llorar. Al verla él, le coge la cabeza, y la apoya en su pecho, abrazándola, y ella le abraza a él por la cintura.

Los sollozos despiertan a los jóvenes. Alainiz ve la escena y le parece estar soñando. Se levanta a comprobarlo. Ve en el mostrador la lámpara construida por Erson. Se asoma a la habitación del pozo… Todo sigue como antes. Mira por las rendijas desde las ventanas… Fuera todo sigue igual. Desorientada, vuelve a sentarse, junto a Kudar-Kaan.

—¿Ves? Era cuestión de sentarse a hablar.

Inderit se siente observada por los chicos. Nota que Kudar-Kaan le lee la mente, y ve la cara seria de Alainiz. Consolada, y mucho más fuerte, va junto a su padawan.

—Kudar-Kaan… Siento mucho cómo me he estado comportando hasta ahora, a duras penas te he prestado algo de atención.

—Yo siento haberte hablado antes como lo hice, Maestra —dice, aludiendo al reproche que le hizo sobre su mal comienzo.

Inderit contesta con un gesto, sin palabras. No tiene con su padawan la confianza necesaria para expresar más. Él vuelve a leer su pensamiento, y la comprende.

—Yo no puedo hacer eso —dice ella, con una sonrisa.

—¿El qué?

—Leer el pensamiento. Noto que tú lo haces, pero yo no puedo hacerlo contigo.

—¿Te molesta? —pregunta él, algo asustado.

—No, en absoluto —contesta, acompañando su respuesta con una sonrisa—. De momento no tengo pensamientos inconfesables que esconderte. Lo único de lo que puedo avergonzarme… ya lo has visto.

Alainiz aprovecha para acudir junto a Erson. Llega hasta él un poco seria, y sin hablar. Él la anima con una sonrisa y una caricia en el mentón, y por fin ella sonríe, tímidamente.

—¿Estás bien? —pregunta ella. Y él sonríe más, plenamente satisfecho y contesta:

—Sí, muy bien.

Ella le dedica una sonrisa más, y se gira a mirar a los otros.

—¿Y tú? —devuelve Erson el interés.

—Empiezo a agobiarme de estar aquí dentro. Tengo hambre y mucho calor, y ganas de ir al servicio.

—No eres la única. Vamos a ver qué encontramos por la casa, no creo que Lonsok se moleste si le asaltamos la despensa.

Coge la lámpara y la enciende de nuevo en la lava del pozo. Acompañado por Alainiz, sale por la puerta que hay tras el mostrador.

La vivienda de Lonsok es tan ordenada como su almacén, o más. Lo primero que encuentran es el baño, a medio camino entre la tienda-taller y la vivienda.

—Tú primero —dice Erson, cediendo el paso y la lámpara a Alainiz.

Después ella sale y le cede el paso a él, y luego continúan los dos hacia el interior de la casa.

A un lado, una habitación, con una cama individual, una mesilla con un despertador y un libro en ella, una silla con algo de ropa bien doblada o colgada en el respaldo, y un armario, con poca ropa, sencilla y funcional.

En el centro, un pozo, como el que usa para extraer la lava, pero más pequeño, y sellado con una tapa de algo parecido a cristal, resistente tanto a golpes como a la temperatura. Desde allí se ve bien la actividad volcánica. Una lengua de lava trata de salpicar hacia arriba, pero choca con la tapa transparente y no sale de su agujero.

Al otro lado, la cocina, limpia y recogida, dispone de unos fogones, armarios sencillos y muy bien cuidados, una despensa perfectamente organizada, en la que no sobra ni falta nada, y un refrigerador. Abren el refrigerador. La energía eléctrica dejó de funcionar cuando ellos llegaron, hace ya unas 20 horas, y en el interior del aparato ya no se mantiene la temperatura ideal, pero los pocos alimentos que hay, todavía están en buen estado.

—Esto se echará a perder.

Erson elige lo más perecedero. Recuerda cómo su madre insiste siempre en consumir a tiempo ese tipo de alimentos. Lo hacía siempre, cuando él era pequeño y vivía aún en el hogar familiar, y lo continúa haciendo cuando va a visitarla. Ofrece un poco a Alainiz, pero ella lo rechaza, con cara de desgana.

—¿No te gusta?

—Sí… no sé. No me apetece.

Erson se extraña. Hace apenas cinco minutos, ella dijo que tenía hambre.

—¿Qué te pasa, pequeñaja?

—Nada.

—¿Por qué?

—«¿Por qué?», ¿el qué?

—¿Por qué no quieres hablar de ello?

Ella le mira medio de reojo, y suspira con fastidio. Son muchas las ocasiones en que, cuando él le pregunta qué le pasa, ella contesta «Nada», y entonces él siempre dice «¿Nada, o es que no quieres hablar de ello?», y al final le sonsaca, y acaba hablando de lo que le pasa.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no sabes: lo que te pasa, o la razón por la que no quieres hablar de ello?

Ante ese tipo de preguntas, ella se toma tiempo para contestar, porque siempre que contesta a la ligera, él va replicando sus respuestas, hasta dar con la clave.

—Las dos cosas.

Y Erson ve con claridad que Alainiz no sabe qué le está pasando, pero sí sabe que no quiere hablar de ello, y eso significa que no es nada bueno. La dejará meditar, a ver si ella misma encuentra respuestas.

—Voy a buscarles, seguro que también tienen hambre.

Erson vuelve a la entrada, lámpara en mano. Alainiz queda totalmente a oscuras. Es una sensación desagradable, no por la oscuridad en sí, sino por el silencio y la soledad, y por no ver nada a pesar de tener los ojos abiertos. Los cierra, y así la sensación es más familiar, como si pretendiera dormir. Vuelve a abrirlos al oír que llegan todos.

—¡Qué buena idea, Erson! —dice Inderit—. Empezaba a ser insoportable la espera.

Alainiz echa una mirada poco amistosa a Inderit, inconscientemente. Entre todos, buscan en los cajones y armarios los enseres necesarios para preparar la mesa, y al hacerlo encuentran muchas cosas más.

—Mirad, linternas —informa Alainiz—, de recarga manual, no habrá problema de que puedan agotarse.

—Y si queréis seguir con la lámpara, aquí hay un bidón de aceite —Añade Inderit.

—Registros de la actividad del volcán desde hace… —Kudar-Kaan mira al fondo del montón de papeles— ocho años.

—Diarios con noticias locales, sobre la actividad del volcán, y sobre política —dice Erson—. ¡Qué extraño!

—Extraño, ¿por qué? —pregunta Kudar-Kaan.

—Porque son dos temas muy dispares, y los guarda como si fueran uno solo. Más abajo hay otros montones de diarios, con otros temas, y cada tema está archivado por separado, excepto estos dos.

—¿Qué os parece si comemos y dejamos la investigación para después? —dice Inderit—. No sé vosotros, pero yo pienso mejor con el estómago lleno, y de todos modos parece que tenemos aún unas cuantas horas por delante de encierro.

Una vez saciados pero sin abusar, dejan todo bien recogido. La digestión y el cansancio acumulado empieza a adormecerles, y negarse a descansar no parece tener sentido, viendo el registro que el detector de actividad continúa emitiendo sin cesar.

—Deberíamos aprovechar la cama y descansar, llevamos muchas horas en pie y no sabemos lo que vamos a encontrar cuando podamos salir de aquí —dice Erson.

—¿Nos turnamos? —propone Alainiz—. A suertes, a ver a quién le toca primero.

—Sí, pero de dos en dos —añade Erson—. Si lo hacemos de uno en uno, al último le tocará demasiado tarde.

Los demás se miran unos a otros con recelo.

—¿Y cómo nos emparejamos? —pregunta Kudar-Kaan, al que todas las posibilidades le resultan algo incómodas.

—A suertes, claro. No seáis criaturas, se trata de dormir. La cama es lo bastante grande para dos. El que salga elegido dormirá conmigo.

Erson hace a los tres colocarse en círculo, suficientemente distanciados, y hace girar su espada láser, apagada, en el centro, hasta que se para apuntando a Inderit.

—La suerte está echada. Vosotros dos —dirigiéndose a Alainiz y Kudar-Kaan— habéis echado una cabezada antes, así que primero dormiremos nosotros. No perdáis de vista el pozo, por favor.

Capítulo 4.- El volcán.

Los maestros se van a dormir, y los padawan vuelven a la tienda-taller, para poder vigilar el pozo. Se sientan en el suelo, contra la pared. Kudar-Kaan trata de sacar conversación, pero Alainiz no parece estar por la labor, y contesta con monosílabos sin entrar al trapo, hasta que el chico se da por vencido. Allí sentados, mirando la lava, sin moverse y sin hablar, y haciendo la digestión, terminan dando cabezadas.

—Tenemos que hacer algo, o nos quedaremos dormidos —dice Alainiz.

—¿Vamos a ver el almacén de figuras?

—Vamos.

Entran en la sala donde Lonsok almacena las figuras pendientes de entrega. Desde allí ven el resplandor de la lava del pozo, suficiente para mantener la vigilancia, pero insuficiente para iluminar las figuras, al menos para la vista de Alainiz, porque Kudar-Kaan las ve perfectamente sin tener que usar la linterna.

Empiezan a recorrerlo por su derecha. Las primeras figuras representan animales mitológicos o extinguidos. Kudar-Kaan disfruta, los conoce todos, debido a su pasión por la arqueología y las civilizaciones antiguas, y va explicando a Alainiz lo que sabe de cada uno, con gran entusiasmo. Con esto, el adormecimiento desaparece por completo.

Después ven animales reales. Las figuras, verdaderas obras de arte, transmiten la belleza, gracia o fuerza de cada uno de ellos. Alainiz se sorprende gratamente al ver sumanes, animales en peligro de extinción, de los que solo queda una colonia, preservada en la Reserva Natural Obi-Wan Kenobi, en su planeta de origen, Sitéridas. Su madre le contó que se trataba de un proyecto ideado por su padrino, que no tuvo ocasión de llevar a cabo en vida. El gobernador que le sucedió lo hizo realidad, y lo llamó así en su honor. Ahora es ella quien ilustra a Kudar-Kaan sobre el tema.

—En dos días he oído mencionar al Maestro Obi-Wan Kenobi más que en todo el resto de mi vida —dice él—. Incluso soy portador de su espada.

—¿De su espada? —se extraña Alainiz.

—Sí, mira.

Kudar-Kaan enfoca con la linterna una discreta inscripción en la empuñadura que dice «045. Espada perteneciente a Obi-Wan Kenobi»

—Lo que no sé es qué significa el «045».

—Es el código de catalogación del museo. ¿De dónde la has sacado?

—Me la dieron anteayer.

—¿Quién?

—El Maestro Windu.

—¿Cómo es posible? Seguro que no tenía ni idea de lo que te estaba dando.

—¿A qué te refieres?

—¿Que a qué me refiero? Llevas encima una pieza de museo, la espada de mi padrino. Esta espada dio muerte a cuatro Sith, y cuando su dueño murió en un accidente

aeroespacial, quedó intacta, a la deriva, entre Corussan y Terdossan. ¿Tienes la menor idea del valor que tiene?

Kudar-Kaan no tenía ni idea, efectivamente, y ahora empieza a darse cuenta, y recuerda el sueño que tuvo la noche antes de partir hacia Bunaii: luchaba contra alguien oscuro, supuestamente un Sith, y le vencía, matándole con su espada, que en realidad no es suya, sino de Obi-Wan.

—Supongo que tendré que devolverla, ¿no?

—Por la cuenta que te trae.

—¿No sería mejor que la llevaras tú?

—Ni lo sueñes, no quiero ser responsable si le pasa algo. Era mi padrino y le quiero mucho, pero no me hago responsable de su espada.

—¿Y tengo que hacerme responsable yo, que no he tenido nada que ver?

—Sí —dice ella, con un tono que cualquiera pensaría que es una maestra—, te ha tocado. Así son las cosas, muchas veces tenemos que hacernos responsables de cosas que no hemos elegido.

Y le deja pensativo mientras ella continúa mirando figuras, hasta que él reacciona y la sigue.

Finalizados los animales, encuentran plantas, flores, árboles, y demás vegetales, pero no atraen su atención. Después, media pared llena de corazones y demás símbolos de amor. Se entretienen leyendo las inscripciones que ven: «Juntos para siempre», «Sin ti no soy nada», «Te amo»… Muchas de las inscripciones son sencillamente iniciales de los enamorados: «M y P», «A y R», «O y V»… Kudar-Kaan se ríe al ver una con «K y K»

—Mi padre se llama Kalomir y mi madre Kensa. Yo creo que estaban de guasa cuando decidieron mi nombre.

Alainiz se percata entonces de que las primeras iniciales coinciden con las de sus padres, Midila y Prest, y se sonríe. Son iniciales mucho más comunes, así que no le había llamado la atención antes. Después ve «E y A», y se queda embobada. Kudar-Kaan la observa. Luego, «I y E», y se queda seria.

—¡¡¿Qué haces?!! —increpa a Kudar-Kaan, al notar que le está leyendo el pensamiento— ¿Quién te ha dado permiso para meterte en mi mente? Que no se te ocurra volver a hacerlo, con la Fuerza no se juega.

La piel olivácea del chico enrojece.

—Lo siento.

A Alainiz ya no le apetece seguir viendo figuras, ni estar cerca de Kudar-Kaan. Sale y se sienta tras el mostrador, arrinconada, a pensar. Acaba de tomar conciencia de un punto débil que explica muchas cosas y que no sabe cómo va a mantener bajo control. Kudar-Kaan lo sabe, lo ha visto en su mente. Ese dichoso crío está en todo, no pierde detalle de nada de lo que pasa a su alrededor. Una buena cualidad para un jedi, pero incómoda para

ella, tanto como cuando Erson la mira fijamente exigiendo la verdad. Erson no puede enterarse, no debe enterarse.

Kudar-Kaan se hace cargo de cómo se siente Alainiz, y entiende que lo mejor es quedarse lejos de ella y no molestarla más, y sobre todo, dejar de espiar pensamientos ajenos sin previa autorización, a menos que esté bien justificado.

Continúa mirando figuras, dejando ya aparte las de amor, y encuentra bustos de personajes ilustres. Algunos de ellos son históricos, y otros actuales. Tres de las figuras están tapadas con una funda, especie de capucha. Kudar-Kaan levanta una de las capuchas. No conoce al personaje representado, pero una inscripción lo deja bien claro:

«Tanrok Larsuss, Gobernador y salvador de Bunaii. Tu pueblo te estará siempre agradecido». Vuelve a tapar el busto y destapa otro, y comprueba que es igual, así como el tercero. *«Debe haber hecho algo muy grande. Seguramente hablan de él los diarios que encontró Erson antes»* —piensa—. *«Pero, ¿por qué habrá tapado Lonsok los bustos?»*

—Alainiz, voy un momento adentro, a por los diarios. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El chico se queda extrañado. Le ha parecido que Alainiz contestaba, pero no la ha oído realmente.

—¿Alainiz?

—Que sí, ve.

Kudar-Kaan vuelve al poco rato con los diarios guardados por Lonsok con noticias sobre política y sobre el volcán, los pone sobre el mostrador y empieza a ojearlos.

—¿No tienes otro sitio donde ponerte a hacer eso? —pregunta Alainiz, molesta por tenerle cerca.

—No. En la mesa de ahí dentro pueden acabar quemándose.

Y sigue a lo suyo sin dar importancia a la molestia de Alainiz, hasta que ella decide ponerse a revisarlos con él.

Diferentes titulares les van contando la historia del lugar:

Campaña electoral:
Tanrok promete acabar con la amenaza del volcán.

Tanrok arrasa en las elecciones del 10-D

La actividad del volcán se estabiliza

Kudar-Kaan vuelve adentro, a por los registros de actividad, y coteja las fechas. Efectivamente, la evolución de la actividad entre los últimos dos titulares que ha leído, es

de estabilización. Se le ocurre ir a la habitación del pozo a ver el registro actual, y en el momento en que entra, una violenta salpicadura de lava alcanza la mesa donde estaban los utensilios. Él salta hacia atrás, al mismo tiempo que, instintivamente, trata de frenar la salpicadura con el uso de la Fuerza, sin conseguirlo.

—¿Cómo lo hace Erson?

—Él tiene 16.000 midiclorianos.

Pasado el peligro, consigue acercarse a ver el registro. La actividad es mucho más intensa que en el de las fechas coincidentes con el titular, pero hay algo que le llama la atención: Cuando él ha tratado de frenar la salpicadura, la actividad ha descendido levemente. Se dispone a comprobarlo, haciendo uso de la Fuerza de nuevo, y ve, en directo, el descenso de actividad en el registro. A Kudar-Kaan se le eriza la piel.

—Alainiz, ven a ver esto —ella acude junto a él—. Fíjate en el registro. Mira lo que pasa si intento retener la lava.

Alainiz comprueba estupefacta el efecto en el registro.

—Deja de hacer eso, por favor. No juegues con la Fuerza.

—No juego, hago comprobaciones para entender lo que está pasando aquí.

—Lo sé, perdona, pero es que es espeluznante, y tengo un mal presentimiento.

—Yo también.

Pero la necesidad de saber más es superior al miedo, y Alainiz comprueba si con ella surte el mismo efecto. Para su sorpresa, el efecto es mayor aún. Al dejar de hacer uso de la Fuerza repentinamente, por el miedo, la vuelta a la actividad alta es más violenta, generando un pico en el registro, y una salpicadura más. Ella repasa lecciones sobre miedo y sobre el uso de la Fuerza, medita unos momentos, y controla racionalmente la situación.

—Probemos por un momento los dos juntos.

El resultado es, como esperaban, la suma de las dos aportaciones.

—Suéltalo despacio —él lo hace, a la vez que ella.

El registro dibuja fielmente lo que ellos hacen, obedeciendo a sus órdenes de control. Ellos se miran, compartiendo opinión.

—Ese Tanrok está loco, loco de verdad —dice ella.

—Es un inconsciente. Ahora entiendo por completo a Lonsok. Mira esta figura.

Kudar-Kaan le muestra un florero gigante junto a la entrada. Es una réplica del volcán, incluso se distingue perfectamente la casa-taller de Lonsok. El cráter es el orificio en el que se introducen las flores, idea bien absurda, cuando lo que por naturaleza ha de salir de él es lava. En la base de la montaña, una inscripción en letras rojas, imitando ríos de lava, dice:

La soberbia del hombre traerá la destrucción

La naturaleza siempre se abre camino

—Ya sabemos quién juega con la Fuerza: Tanrok —dice finalmente Alainiz—. Kudar-Kaan, cuida bien de esa espada, que la vamos a necesitar. Los sueños van cobrando sentido.

Tras esto, continúan mirando los titulares, y pasan de esta manera el tiempo, mientras los maestros descansan. Erson despierta antes que Inderit y va junto a ellos, y los encuentra estudiando los titulares.

—¡Qué aplicados! ¿Cómo está la fiera? —pregunta, refiriéndose al volcán.

—Desahogándose —contesta Alainiz—. Tenemos cosas interesantes que contarte.

—Pues contadme.

—Yo preferiría esperar a que despierte Inderit, para no tener que contarlo dos veces —dice Kudar-Kaan.

—Tienes razón. Ve a despertarla.

Al quedarse a solas por un momento con Erson, Alainiz deja de pensar en el volcán. No hace más que mirarle, mirarle fijamente, de arriba abajo. Tras destrozar su camisa se quedó con el torso desnudo, y así continúa. Ella hace esfuerzos para no dejar la vista fija ahí, y trata de mirarle a la cara, pero eso es peor: se encuentra con esos ojos que la analizan sin piedad y que ven su interior como si fueran rayos X. Disimuladamente, vuelve su atención a los diarios esparcidos en la mesa.

—¿Por qué huyes?

—No huyo.

—Sí lo haces.

La llegada de Inderit y Kudar-Kaan la salva por esta vez.

—Buenos días —saluda Inderit.

Erson mira por las rendijas, está amaneciendo.

—Sí, es por la mañana. ¿Has descansado bien?

—De maravilla.

Alainiz le dedica otra mirada dura, inconscientemente.

—Ya estamos todos. Adelante —dice Erson, invitándoles a hablar.

—El volcán responde a la Fuerza —cuenta Alainiz, llevándoles junto al detector de actividad y haciendo una demostración con Kudar-Kaan.

—Chicos, eso no es buena idea, estaos quietos —dice Inderit.

—Lo sabemos, Maestra, era solo una demostración.

Erson mira atrás en el registro, buscando los momentos en que él ha retenido salpicaduras de lava, pero no hay descensos de actividad a esas horas. Los jóvenes no lo entienden, Erson es mucho más poderoso que ellos, y si ellos pueden frenar la actividad volcánica, él debería poder, también, mucho más. En ese momento salta una nueva salpicadura, y Erson la detiene y la obliga a volver atrás. Comprueban de nuevo el registro, y no hay variación.

—No entiendo nada —dice Kudar-Kaan.

—Es sencillo —contesta Erson—. Yo solo freno la lava que amenaza nuestra integridad, no trato de acallar las entrañas del planeta, eso no es necesario ni conveniente.

—Pero si nosotros podemos hacerlo, tú también, ¿no?

—Supongo que sí.

Todos esperan una demostración, así que él la hace, y el descenso es espectacular.

—No la sueltes de golpe —le previene Alainiz, y él asiente.

—Quiero probar yo también —añade Inderit, y se concentra en ello, y se ve una pequeña fluctuación, casi imperceptible.

—Estoy perdiendo el hilo —dice Erson—. ¿Por qué jugamos con la Fuerza?

—Comprobamos que se puede contener al volcán, porque alguien lleva años haciéndolo —responde Alainiz.

—¿Años? Eso es una estupidez, no quiero ni pensar en el efecto rebote.

—Por eso está así ahora, esto es el efecto rebote.

Kudar-Kaan le muestra los registros de los ocho años, rápidamente, y sigue explicando conclusiones.

—Lonsok sabía lo que estaba pasando, y lo que iba a pasar —les enseña la sentencia grabada en el volcán/florero—. Y también sabía quién era el responsable.

Va al almacén de figuras y coge uno de los bustos tapados, lo lleva hasta el mostrador y lo destapa.

—Tanrok Larsuss —explica Kudar-Kaan, señalando uno de los titulares—, gobernador de Bunaii. Se presentó a las elecciones prometiendo acabar con la amenaza del volcán, y arrasó, y empezó a cumplir su promesa. Hasta entonces, la frecuencia habitual de erupción era cada dos o tres meses, y a partir de entonces cesaron por completo, hasta el punto de clausurarse el observatorio.

Inderit y Erson siguen la explicación atentamente. Kudar-Kaan va mostrando titulares, y Alainiz acompaña la exposición con los registros correspondientes.

—Primer descuido: Tanrok y familia se van de vacaciones, hace tres años —continúa Kudar-Kaan—. El observatorio ya no existía para entonces, pero Lonsok tiene registro de todo. Se ve perfectamente cómo el nivel de actividad aumenta paulatinamente, y cuando está a punto de estallar vuelve a descender. Los titulares dicen que Tanrok regresa por razones de salud, sin haber llegado a su destino de descanso.

—¿Quién era el enfermo, él o alguno de sus familiares? —pregunta Inderit.

—Los diarios no lo dicen. Hemos buscado a conciencia ese dato, pero no consta —contesta Kudar-Kaan—. Unos meses más tarde, la esposa de Tanrok fallece en un accidente doméstico. Según la prensa, subió a una escalera para alcanzar a un armario alto, perdió el equilibrio y cayó, golpeándose con la mesilla y desnucándose. Murió en el acto. Ese mismo día hay otra erupción, y después desciende aún más su actividad.

—Tengo un mal presentimiento —dice Erson—. Si yo fuera el volcán estaría muy, pero que muy cabreado.

—Y yo creo que el volcán está de acuerdo contigo —añade Alainiz.

—Última parte de la historia: Hace unos 20 meses, el único hijo que le queda vivo cae enfermo. El volcán empieza a sufrir alteraciones puntuales, llegando incluso a erupcionar. No hay sistema de alarma, y la erupción les coge por sorpresa, provocando

unas 50 víctimas mortales, y eso que solo dura diez minutos. Inmediatamente después, vuelve el control, hasta ayer. La última noticia relacionada con Tanrok es la muerte de su hijo enfermo, un día antes de esta erupción. El último diario ni siquiera está archivado, sino sobre el mostrador.

—Has dicho «el único hijo que le queda vivo» —dice Inderit—. ¿Qué pasó con los otros?

—Eso ha sido difícil de encontrar, pero aquí está: Tenía dos niñas, que murieron en una erupción, hace ocho años. Los registros empiezan en esa fecha, en cambio no hay diarios guardados hasta que empieza la campaña electoral de Tanrok, hace cinco años.

—Y en esos tres años, ¿cómo está el volcán? —pregunta Erson.

—De todo un poco —dice Alainiz, mostrándolos—. Los primeros meses es normal, después hay pequeños tramos de descenso, al principio son solo minutos, y después días enteros. Le siguen recuperaciones violentas con erupciones, y de nuevo descensos. El periodo más largo de descenso es de tres meses, seguido por una erupción muy fuerte, y justo entonces comienza la campaña electoral.

—Ensayos —dice Inderit, y Erson asiente.

Inderit crea mentalmente un perfil de personalidad sobre Tanrok. Por su parte, Erson se para por un momento a percibir. El volcán sigue furioso.

—¿Has intentado comunicarte con él? —pregunta Erson a Alainiz.

—Sí, pero está muy alterado, no colabora.

—Comunicarse, ¿con quién? —dice Inderit.

—Con el planeta. Hace unos meses estuvimos en Tatooine y Terraris, aprendiendo.

Inderit se siente inferior al ver que ellos son capaces de tal cosa y ella no. Kudar-Kaan percibe su frustración, pero no dice nada. Erson se descalza y hace una señal a Alainiz indicándole que lo haga también. El uno frente al otro, se cogen las manos.

—Quema.

—Es psicológico, relájate.

—¡Quema mucho, Erson!

—No, tranquilízate. Es tu conciencia, has jugado con él y lo sabes. Arrodíllate.

Alainiz se arrodilla, y Erson también. A ella se le escapan unas lágrimas, y luego se calma.

—¿Mejor? —pregunta él, y ella asiente.

Cierran los ojos y permanecen así unos tres minutos. Luego los abren y se levantan.

—¿Lo habéis conseguido? —pregunta Inderit.

—Sí. Necesita un par de días más de desahogo, o explotará. Dice que aquí estaremos bien.

Alainiz se ha quedado inmóvil, ensimismada, mientras Erson se calza de nuevo. El contacto con un planeta siempre la deja conmocionada.

—Déjame ver tus pies —le pide Erson.

—Estoy bien.

Le deja ver, de todos modos, las plantas de sus pies, y están perfectamente, sin señal alguna de quemadura. Erson sonríe satisfecho.

—¿Qué tal si os vais vosotros ahora a descansar? —le propone.

Y Alainiz asiente, coge su calzado, enciende la linterna, y se va descalza a la cama, seguida por Kudar-Kaan.

Capítulo 5.- Conversando.

Inderit y Erson se quedan en la tienda-taller. Erson ojea los diarios que hay sobre el mostrador mientras Inderit, con aspecto triste, mira el pozo, como hipnotizada. Erson percibe pesadumbre, y se acerca a ella.

—Los chicos han hecho un gran trabajo filtrando la información —dice Erson.

—Sí, son muy buenos —contesta ella, y tras decir esto, está a punto de echarse a llorar.

—¿Qué te pasa? —pregunta él cariñosamente.

—No entiendo al Maestro Yoda. No sé qué puedo aportar a Kudar-Kaan. Me estoy sintiendo un padawan más, incluso estoy aprendiendo de los chicos.

—Nunca se deja de aprender, pero eso no significa que no tengas nada que aportar.

—Eso que habéis hecho vosotros… —ya está llorando—. Yo… Yo nunca podré hacerlo.

—No puedes saber eso si no lo has intentado.

—Es que jamás se me habría ocurrido intentarlo.

—¿Y qué? A mí tampoco se me había ocurrido hasta hace cuatro meses. ¿Qué importancia tiene eso?

Inderit busca la respuesta a esa pregunta, y no la encuentra.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Por un chamán que conocí. Los dos aprendimos el uno del otro. Él empezó a utilizar la Fuerza para más cosas, aunque lo llamara de otra forma. Nosotros hablamos de Fuerza y midiclorianos, y él de espíritus y elementos, pero la armonía que buscamos es la misma. Congeniamos muy bien.

Ella guarda silencio. Envidia, de forma sana, las experiencias vividas por él.

—Alainiz… No te compares conmigo, tú tienes tu propia vida y tus propias experiencias.

—¿Alainiz?

—Perdona, Inderit —contesta riendo, al percatarse—. Es la costumbre, llevo tres años con ella.

—¿Cómo es que lleva tanto tiempo? Es una chica muy espabilada.

—Eso mismo me pregunto yo —contesta con fastidio—. Se bloquea, dice. Está perfectamente preparada, actúa casi como una maestra muchas veces, son muy pocas ya las ocasiones en que tengo que corregirla o guiarla, y me consta que cuando yo no estoy con ella es mucho más madura; pero en cuanto le mencionas las pruebas se viene abajo. Ya las hizo hace un año, y se bloqueó, y desde entonces es como si se negara a madurar.

—Síndrome de Peter Pan.

—No exactamente. No quiere separarse de mí, y por otra parte se molesta si la trato como una cría.

—Ah… Eso es otro síndrome —dice Inderit con cierto sarcasmo.

Mientras tanto, en la cama, ninguno de los chicos duerme. Kudar-Kaan lo ha intentado, pero ha oído un leve golpecito de algo en la almohada, y al mirar qué podía ser, ha visto a Alainiz llorando.

—Alainiz.

—Qué.

—¿Estás bien?

Ella tarda en contestar, suspira, y dice:

—Duérmete.

—Te oigo llorar.

Viéndose delatada, ella deja de disimular, aunque sigue controlando sus sollozos lo suficiente para que no la oigan los maestros.

—Déjame, por favor.

Kudar-Kaan suspira y se da la vuelta, aunque sigue sin poder dormir, percibiendo el estado de ánimo de ella.

Los maestros continúan su conversación…

—¿Qué síndrome? —pregunta Erson.

Inderit se sonríe. Le parece mentira que Erson sea tan ingenuo, y le contesta haciendo referencia a vivencias en común.

—¿Te acuerdas del punto débil de Shari?

Erson se acuerda perfectamente. «*Como para olvidarlo…*», piensa.

—Sí —y espera que Inderit continúe hablando, pero ella ya ha dicho suficiente—. Ya… Yo también he pensado en esa posibilidad.

—¿Posibilidad? Me mata con los ojos desde que me prestas atención.

Erson rebufa y asiente, pero no dice nada, y a Inderit le resulta extraño.

—¿No piensas hacer nada al respecto?

—¿Qué puedo hacer?

—Tú sabrás, eres su maestro. Mira el lado positivo: tienes experiencia en el tema.

—¿Experiencia? —dice él, echando balones fuera.

—¡Actitud defensiva! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡No me digas que aún piensas que nadie se enteró de lo tuyo!

Él se cruza de brazos, reforzando su defensa.

—Eras el favorito de Shari, y todo el mundo lo veía menos tú, que le pedías más atención aún. Siempre te trató de un modo especial, y tú no tenías suficiente. Si nadie te hizo nunca ningún comentario fue porque Lashmal nos lo prohibió tajantemente.

Erson se rinde a la evidencia y devuelve los brazos a su posición natural.

—Parece hereditario —dice Erson, resignado—. De maestro a padawan.

Desde la habitación, Kudar-Kaan lo ha oído todo. Alainiz está más tranquila, pero sigue sin dormir, y él, que empatiza con ella, tampoco puede.

—Deberías hablar con él.

—Déjame, por favor.

—Cuanto más esperes, peor será.

—¿Quieres hacer el favor de meterte en lo tuyo? —replica con pocos modales Alainiz.

Él se gira de nuevo para tratar de dormir, y ella vuelve a llorar.

—Por favor, Kudar-Kaan, ni una palabra de esto, ¿vale?

—Yo no saco ningún beneficio de contarlo, eres tú quien debe hablarlo con él.

—Nadie va a decir nada. ¿Queda claro?

—¿Y piensas que así evitarás que se entere? Es tu maestro, te conoce mejor que tu madre. Puede, incluso, que se haya dado cuenta ya, antes que tú.

Alainiz reflexiona. En los últimos días, Erson le ha preguntado varias veces ya por lo que le pasa y por sus reacciones, y ella no ha sabido contestar, o ha eludido hacerlo. Resultaba más fácil escabullirse cuando ella misma no era del todo consciente. Será mejor controlarse y tratar de olvidar todo esto. Al fin y al cabo, Erson jamás se lo consentirá, de eso está segura. Le conoce bien, después de tres años.

Finalmente, Kudar-Kaan se duerme, pero Alainiz sigue sin pegar ojo. Después de unas cuatro horas se levanta y va a donde están los maestros. Erson percibe al instante que no está bien, y la lleva lejos de Inderit para hablarle.

—¿Has descansado?

Ella niega con la cabeza, no le mira, cierra los ojos mientras habla:

—Hace mucho calor, es imposible.

—Aquí hace más calor aún.

—Al menos no molesto a Kudar-Kaan dando vueltas en la cama.

—Eso es cierto —reconoce Erson, aunque sabe perfectamente que no es el motivo real—. Pero cuando él se levante, irás tú, esta vez sin excusas. ¿De acuerdo?

Alainiz asiente, mirándole tan solo un momento. Él va a sentarse de nuevo junto a Inderit, y Alainiz se queda plantada en medio sin saber qué hacer, y termina sentándose enfrente de ellos, en la pared contraria.

—La cosa se agrava —dice Erson a Inderit, hablando en voz baja para que Alainiz no le oiga—. Me miente.

—Es el proceso normal. Eso significa que es consciente de lo que le pasa, de que no es recíproco, y de que tú no lo apruebas. Está pensando cómo salir de esto sin que tú llegues a enterarte.

—Pues llega tarde.

—Pero ella no lo sabe. Y es mejor que de momento no lo sepa, así madurará tratando de controlarlo.

—¿Y qué pasa si no consigue controlarlo?

—Que tendrás que intervenir.

Erson se queda en silencio. Está casi tan perdido como Alainiz, preocupado por ella, y decepcionado, no sabe muy bien si de ella o de él mismo como maestro. Trata de recordar cómo lo hizo Shari con él. Ella le negó todo contacto que no fuera estrictamente el de la hora de clase. Pero ¿cómo podría hacer algo así él con Alainiz, siendo su tutor?

—Sería más fácil si fuera un androide —suspira—. La reprogramaría y ya está. Con la mente humana no es lo mismo, nunca sé cómo va a reaccionar.

—Eso es porque no conoces los mecanismos de la mente.

Él la mira, esperando una explicación más extensa.

—Primero tiene que estudiar el problema ella. Por como está, el problema viene de atrás pero acaba de tomar conciencia de ello. Se la ha aleccionado de que eso no es bueno, de que no se le permite a un jedi. Pero hasta ahora era solo teoría, y ahora tiene que ver cómo encaja su experiencia en esa teoría. La primera reacción siempre es de negación: está convencida de que su caso no es como la teoría que le han enseñado, que ella controla. Después vendrá la ira, la depresión, la negociación y, por último, la aceptación. No intentes hacerla llegar a la aceptación sin haber pasado por esas fases, porque no funciona. Sería como enseñar vuelo acrobático a alguien que no se haya sentado nunca a los mandos de una nave.

—¿Y se puede hacer algo para acelerar el proceso?

—¿Acelerarlo? Sin saltarse las fases, sí, claro. Se pueden introducir elementos que fuercen la entrada en la siguiente fase. De todos modos, si lo haces pero la fase anterior no está superada, se mezclarían. Es decir: podría tener alternancias entre negación e ira, por ejemplo. Eso ocurre mucho con la ira y la depresión.

Erson recuerda momentos de su vida que encajan perfectamente en el molde que Inderit acaba de mostrarle, especialmente la muerte de Shari. Primero no podía creerlo, estaba convencido de que en cualquier momento despertaría de la pesadilla y ella estaría allí. Tomar conciencia de la realidad le puso furioso, y durante unos días estuvo intratable. Después se encerró en sí mismo y lloró mucho, y por más que lloraba no se consolaba. Todo empezó a cambiar cuando cogió el libro, que había guardado en el rincón más inaccesible de su armario durante la fase de ira, y empezó a leerlo. El llanto se calmó, encontró enseñanzas que le ayudaron a recuperar el control, sin desterrar el sentimiento. «*¡Negociación!*», piensa. Y por último aceptó su muerte y abandonó la negación, la ira y la depresión, guardando para siempre lo mejor de aquel sentimiento.

—Erson, ¿recuerdas cómo empezamos este viaje tú y yo? Acabo de darme cuenta de que yo misma he seguido todo el proceso. Me había quedado atascada durante años en la transición entre la negación y la ira. El Maestro Yoda introdujo un elemento acelerador: obligarme a venir contigo. Se manifestó la ira claramente, breve pero intensa, y a continuación la depresión. Cuando estaba así, tú introdujiste un nuevo elemento: el libro. La depresión había avanzado deprisa, y cedí a tu propuesta, acepté negociar. Y ya no me duele.

Él sonríe. Suspira satisfecho. Desde el otro extremo de la sala, Alainiz se enfurece al verlos congeniar tan bien.

—Eres una Maestra excepcional.

—¿Quién, yo?

—Sí. Tienes una capacidad extraordinaria para tratar a la gente.

—Eso no tiene nada que ver con ser Maestra, ni siquiera con ser jedi. Es solo psicología.

—Ya, claro: negación. Ja, ja, ja.

—Eh, no, no. No confundas. Esas fases se refieren a vivencias traumáticas.

—Entonces, lo tuyo, ¿qué es?

—No sé de qué hablas.

—De tu inseguridad, de que eres capaz de hacer cosas que nadie más puede, y sin embargo crees que no eres nadie, y no das valor alguno a todo lo que aportas.

—¿Lo que aporto? ¿Qué aporto yo? Dime.

—Me estás enseñando muchísimo sobre cómo llevar el problema de Alainiz.

—Pero eso no tiene nada que ver con un jedi, te repito que es pura psicología.

—¿Y qué? Forma parte de ti. Lo utilizas en tu día a día como jedi, y consigues cosas fantásticas así.

—¿Como qué?

—¿«¿Como qué?»? Recuerdo un tratado de paz que lleva tu nombre.

—Pero eso… No tiene importancia alguna, era muy sencillo.

—Si fuera tan sencillo lo habrían resuelto antes los mediadores, diplomáticos y resto de jedi que intervinieron antes que tú.

—Pero eso es porque no se pararon a analizar las necesidades de cada uno.

—Pues precisamente, Inderit. Tú ves esas cosas que nadie más ve.

—No tiene nada que ver, Erson —dice, cada vez más tristemente—. Eso no es una aptitud de jedi. Yo nunca podré hacer las cosas que haces tú.

—Ni yo las que haces tú. ¿Por eso tendría que sentirme inferior?

—Tú puedes aprenderlas. En cambio para mí, tus cualidades son inalcanzables.

—Te equivocas, Inderit. No todo depende de los midiclorianos.

—Yo nunca podría comunicarme con el planeta —insiste en su negación.

—Eso no es cierto. Podemos comprobarlo cuando quieras.

—Vosotros leéis el pensamiento y habláis mentalmente. Yo no puedo, tengo que recurrir a leer el lenguaje corporal y a mensajes en clave para que me entendáis a mí.

—¿Y no te parece valioso?

Ella niega, con pesar. Al otro lado, Alainiz ve los sentimientos de Inderit, y a Erson intentando animarla, y su ira crece. Se levanta, va hacia la puerta, y la golpea descargando su furia y llorando, deseando salir de allí. Al instante, Erson acude a su lado.

—¡Eh, eh! ¿Qué te pasa, pequeñaja?

—¿Cuándo se va a acabar esta mierda? ¡Estamos encerrados como bestias!

Erson palidece. Nunca la había visto perder la paciencia así, ni usar ese vocabulario. Además, y por muy nerviosa que esté, siempre responde con dulzura cuando la llama con su apodo cariñoso.

—¡Oiga! ¿Quién es usted, y qué ha hecho con mi pequeñaja?

—¡No me trates como a una cría!

—¿Cómo quieres que te trate? —pregunta él, dando pie a una posible confesión.

—¡Como a tu padawan! Tenía entendido que era yo, tu padawan, no ella. ¡Y te necesito!

Él se queda perplejo ante semejante demostración de egoísmo y celos.

—¿Cómo te llamas?

—No estoy para bromas.

Pero él insiste, serio.

—¡¿Cómo te llamas?!

—Alainiz —responde ella sin mirarle, enfadada.

—Alainiz, ¿mi padawan?

—¡Sí!

—¿Y ella? ¿Cómo se llama? —pregunta señalando a Inderit.

—Inderit.

—¿Dónde está Inderit?

—Allí.

—¿Y dónde estoy yo?

—Aquí.

—¿Con Inderit, o con Alainiz?

Ella le mira un momento, y agacha la cabeza, llorando.

—Conmigo.

—Aha, con Alainiz, mi padawan. ¿Y a quién he dejado con la palabra en la boca para acudir a tu lado cuando me necesitabas?

Ella no contesta. Se da cuenta de lo que él trata de decirle, y hunde la cara más aún.

—Alainiz, mírame, por favor —ella obedece con gran esfuerzo, y él le habla dulcemente, con cariño—. Todos necesitamos ayuda alguna vez, padawan y maestros, todos. Tú eres mi prioridad, pero no mi exclusividad. Soy tu maestro, pero no soy de tu propiedad. Siempre que me necesites estaré a tu lado. Pero, por favor, no me requieras sin necesidad. ¿De acuerdo?

Ella asiente sin dejar de llorar, aceptando la lección muy a su pesar.

—¿Puedo irme ya?

—No —dice ella, suplicando con la mirada.

—¿Por qué?

—Necesito una cosa —él espera la petición—. Un abrazo.

Él se ablanda, la mira con cariño y suspira, y la abraza mientras le dice al oído:

—Tonta.

Por los poros de la piel de su torso desnudo, Erson percibe los sentimientos de Alainiz, aunque ella ha tratado en lo posible de no dejarlos asomar. Inderit piensa: *«¡¿Qué haces, loco?!»*

Alainiz le deja marchar, pero le sigue mirando, de una forma en que nunca antes le había mirado. Se pregunta si Erson se habrá dado cuenta de algo, o si habrá conseguido esconderlo.

Él va de nuevo junto a Inderit, preocupado. Mientras se sienta le dice en voz baja:

—Acabo de meter la pata.

—No lo sabes tú bien. Ese abrazo te va a costar muy caro, Erson.

Erson reniega, moviendo la cabeza de lado a lado, arrepintiéndose de haber concedido a Alainiz el abrazo que le pedía. Ahora, ella, no solo es consciente de lo que le pasa, sino que desea continuar así.

—¡Qué torpe soy! ¿Ves lo que te decía? Yo no sé tratar a las personas como es debido. Tú tienes un don que yo envidio.

—Pero tú puedes aprenderlo, yo no puedo aprender lo que haces tú.

Erson se pone en pie y pide a Inderit hacer lo mismo.

—Ven aquí, descálzate —ambos se descalzan y él le coge las manos como hizo con Alainiz—. Cierra los ojos y visualiza que tus pies penetran en el suelo, como si fueran raíces y tú fueras un árbol.

Inderit lo hace, y pronto siente como si de esas raíces subiera la savia que le da vida, y que le hace saber que todo está volviendo a su equilibrio. Pensaba que quemaría el suelo, y no es así, lo que siente por los pies es vida, energía. Erson le suelta las manos, ella abre los ojos. No entiende muy bien lo que ha percibido, y le cuesta creer que lo ha hecho, dudando de si es real o producto de su imaginación por desearlo.

—¿Qué tal? —pregunta él.

—Extraño.

—¿Bueno o malo?

—Bueno, pero no sé cómo interpretarlo, son… sensaciones nada más.

—¿Qué sensaciones? Vamos, habla, expresa algo.

—Me ha… aceptado. Es como si me concediera vida. Pero no he notado esa alteración que vosotros decíais.

—¿Qué es lo que has notado? —pregunta sonriendo. Erson sabe lo que es, porque él también lo ha notado.

—Que pronto va a volver todo a la normalidad.

—¡Exacto! Ha aceptado tu entrada porque has ido con buena intención, y ha dicho que finalmente no van a ser dos días, sino que en pocas horas todo habrá terminado.

—Yo no percibo con tanto detalle como para determinar si son días u horas —apunta Inderit, pero con una actitud positiva ya.

—Cuestión de práctica tan solo. En general acostumbramos a pisar el suelo como si fuera algo inerte, cuando en realidad se trata de un ente con energía, con más midiclorianos de los que podemos incluso soñar. Tú solo pon tu intención de hablar con

él, y él será quien te hable. Aunque tú tengas pocos midiclorianos, él tiene todos los que hacen falta para conseguir que tú le oigas.

—Es genial —dice, muy feliz—. Me he sentido muy cómoda.

—Perfecto. Ahora te toca a ti enseñarme a mí a entender a las personas.

—Eso no va a ser tan sencillo —responde riendo.

—¿Lo ves? Lo tuyo tiene más mérito.

Inderit está feliz, por la experiencia y porque empieza a darse cuenta de que Erson tiene razón. Observa un instante a Alainiz, que no puede oírles por lo bajo que hablan, pero sí les ve, gracias a la acomodación de la vista y al resplandor de la lava del pozo, que les ilumina un poco.

—No sé cómo empezar, pero de momento te doy un consejo.

—Adelante.

—Busca algo de ropa para taparte.

—¿Por qué? —dice él, levantando una ceja, asombrado—. Hace un calor tremendo.

—Ya… Pero a mí me empieza a inquietar mirarte.

—Pues no me mires.

—Vale —responde pícaramente, y dando a entender que no le supone ningún esfuerzo hacerlo—. Ahora díselo a ella.

Erson interrumpe su respiración. Mira de reojo a Alainiz para que ella no se dé cuenta de que lo hace. La pequeñaja no le quita el ojo de encima.

—Parece mentira que seas tan grandullón y tan listo, y al mismo tiempo seas tan cortito para algunas cosas.

Erson vuelve a mirar a Inderit, y a retomar la respiración, y piensa en cómo hacer caso del consejo sin levantar sospechas para Alainiz.

—Alainiz.

—Qué.

—Ve a dormir. Finalmente no estaremos tanto tiempo, y si esperas a que despierte Kudar-Kaan tendremos que irnos y tú no habrás descansado.

—Vale.

—Te acompaño.

Van juntos a la habitación, y Erson se asegura de que Alainiz se acuesta. Luego se da la vuelta y hace ver que se acuerda de algo al ver el armario. Lo abre, echa un vistazo a la ropa y elige una camisa.

—Me irá bien esto para salir de aquí, o llamaré un poco la atención.

Alainiz se ríe, y se queda conforme con los razonamientos, y se duerme. Al llegar Erson de nuevo junto a Inderit, le comenta:

—Bueno, creo que esta vez lo he hecho bien.

Y así, continúan charlando unas horas más mientras los padawan duermen, compartiendo conocimientos, y preparando tácticas de comunicación en clave por si son necesarias cuando salgan de allí.

Capítulo 6.- Contactando.

Kudar-Kaan despierta al notar algo extraño: más silencio que antes. Se levanta y va a la entrada. Los maestros están junto al detector de actividad, ellos también han notado un cambio. La luz del avisador se pone verde y el silencio se rompe con el movimiento de las placas protectoras. La luz invade el lugar y ciega a Erson y a Inderit, y Kudar-Kaan se adapta al instante.

Junto al pozo, el cadáver de Lonsok ha quedado totalmente cubierto de lava, convertido en tétrica estatua. En el exterior, un montículo marca el lugar donde ha quedado sepultada la nave que les trajo, y al norte, parte del pueblo ha desaparecido por completo.

—Llegó la hora. —Dice Inderit.

Erson va a despertar a Alainiz.

—Alainiz —la llama, poniendo la mano en el hombro de ella—, nos vamos.

Ella entreabre los ojos, sin abandonar aún la fase de sueño. No es consciente de dónde está, la luz cambia el aspecto del lugar y hace que le resulte desconocido. Reconoce a su grandullón, sentando en la cama junto a ella, y es como si no existiera nada más alrededor, solo él, mirándola, hablándole.

—¿A dónde? —pregunta ella, como si no tuviera sentido tener que abandonar ese momento y lugar.

—El volcán se ha calmado, ya podemos salir.

Ella cierra los ojos de nuevo, con fastidio. Oye a Inderit y Kudar-Kaan, que están haciendo una última visita al baño. Por fin recuerda dónde está y por qué. Ha dormido apenas tres horas, no ha sido suficiente.

—*¿Estás bien?*

—*Muy cansada.*

—Lo sé, pero tenemos que irnos.

El panorama en el pueblo es desolador. Una tercera parte, la más cercana al volcán, está arrasada por la lava, que está casi solidificada, pero aún caliente. Han de dar un buen rodeo para acceder a la parte menos afectada. En ella, destaca el hospital, donde se concentra todo el ajetreo. Patrullas de emergencias recorren las calles en busca de heridos, y dejan señales marcando los lugares donde encuentran cuerpos que corre menos prisa retirar.

Kudar-Kaan está angustiado, casi llorando, y se tapa con las manos las orejas. Su maestra acude en su ayuda.

—No dejes que te afecte, no podemos hacer nada, nuestra misión es acabar con la causa de esto, no aplacar la consecuencia.

—Todo son lamentos y llantos, no puedo dejar de oírlos, vienen de todas partes —dice el chico, muy afectado.

—Yo no lo oigo, pero te entiendo. No te sumes a su dolor, eso no calmará el suyo. Haz lo que ellos quisieran hacer y no pueden: encontrar al responsable y no permitir que vuelva a ocurrir.

Interiormente, Kudar-Kaan obedece la pauta marcada por Inderit, y lo que era dolor y angustia se vuelve indignación serena.

—Tenemos que comunicar con el Templo —dice Erson—, hace casi tres días que no saben nada de nosotros.

Buscan un centro público de comunicaciones. El lugar está lleno de gente, enviando mensajes tranquilizadores a sus familiares. Han de esperar un poco para que les toque turno en un terminal libre. Algunas personas los miran con recelo; el pueblo es pequeño, con una media de 500 habitantes, y es fácil distinguir a los extranjeros. Por fin, Erson empieza a escribir:

«Estamos en Bunaii. Nos sorprendió una erupción volcánica y estuvimos atrapados. Ya tenemos información sobre el individuo al que buscamos, falta localizarlo. Hemos perdido la nave, buscaremos alternativas. Mantendremos contacto siempre que sea posible.

Erson Estelakaus»

Al enviar el mensaje, aparece un aviso:

Error de transmisión
Inténtelo de nuevo más tarde

—Debe haber saturación —dice Alainiz.

Erson vuelve a seleccionar destino y pulsar en «Enviar», y el error se repite. Mira a su alrededor: nadie más tiene problemas para enviar mensajes.

—Voy a puentear, a ver qué pasa.

Y añade algo al principio del mensaje anterior.

«A la atención de Midila Tramard:

Soy el maestro de Alainiz. Tenemos que hacer llegar un mensaje a Corussan, y desde donde estamos no nos es posible. Por favor, hágalo llegar:

Estamos en Bunaii. Nos sorprendió una erupción volcánica y estuvimos atrapados. Ya tenemos información sobre el individuo al que buscamos, falta localizarlo. Hemos perdido la nave, buscaremos alternativas. Mantendremos contacto siempre que sea posible.

Erson Estelakaus»

Esta vez selecciona como destino Sitéridas, envía y…

Mensaje erróneo
Revise el texto y vuelva a intentarlo

Erson, Inderit y Alainiz se echan a reír. Kudar-Kaan ríe también, pero por contagio, ya que no sabe por qué ríen.

—Como hacker es bueno, pero en táctica es patético. Ja, ja, ja, ja —dice Erson, divirtiéndose como un crío.

—Quiere jugar a las palabras prohibidas. Ja, ja, ja, ja —se suma Alainiz a la diversión.

—No os alteréis tanto —añade Inderit en tono burlón, y mueve la cabeza como si echara hacia atrás la melena, melena que no tiene—. Hace calor —y vuelve a mover la cabeza.

—Sí —sigue riendo Erson—. Pero tú sonríe, que estás más guapa.

—Venga, Erson, envía ese mensaje de una vez —dice Alainiz tratando de dejar de reír.

—Hazlo tú misma, pequeñaja —y le cede el asiento.

Ella se acomoda frente al teclado, y con toda la naturalidad del mundo escribe:

«Hola, mamá.

Estoy en Bunaii, con mi grandullón. Estamos pasándolo muy bien, aunque hace mucho calor. Dile a nuestro jefe que ya hemos encontrado la fuga y muy pronto estará reparada, y que esta porquería de nave ha terminado de estropearse, que tendremos que volver en transporte público. Besos y abrazos para todos.

Alainiz»

—¿Te parece bien así?

—Está perfecto, envíalo.

Esta vez, el envío no da error alguno. Erson suspira, mira hacia el techo, como si saludara a alguien, y luego salen todos de allí, entre risas.

—¿Alguien me va a explicar qué pasa? —reclama Kudar-Kaan.

—Explícaselo, Erson —dice Inderit.

—¿Yo? ¿Por qué? Es tu padawan.

—Es cierto… Falta de costumbre. Pues verás —se dirige al chico—: Tanrok ha bloqueado los mensajes a Corussan, tanto directa, como indirectamente. Si tratas de enviar algo a Corussan, no puedes, y si tratas de enviarlo a otra parte, mencionando Corussan, tampoco. Seguramente tampoco se pueda mencionar Templo, ni jedi, ni Yoda,

ni Senado, ni ninguna otra palabra que sirva para hacer referencia a las autoridades jedis o de la República.

—Ah… Y por eso el mensaje con lenguaje de andar por casa sí se puede enviar, ¿no?

—Eso es.

—¿A quién se lo habéis mandado?

—A mi madre —contesta Alainiz.

—¿Y lo entenderá?

—Sí. Mi madre fue durante seis años secretaria de Obi-Wan, y aprendió mucho sobre detectar y descifrar mensajes en clave. Además, no hace falta que lo entienda todo, basta con que entienda «dile a nuestro jefe», y sabrá que tiene que reenviarlo a Corussan. No es la primera vez que nos sirve de enlace.

—Lo de la fuga, ¿te referías a Tanrok?

—Claro, al Sith que hemos venido a buscar.

—Pero aún no le hemos encontrado.

—Nos ha encontrado él a nosotros, que viene a ser lo mismo —aclara Inderit.

—Ah, ¿sí?

—Cuando me veas hacer dos veces muy seguidas un gesto poco habitual, fíjate bien en lo que digo en medio de las dos veces. Dije «hace calor». Quédate con las iniciales y forma una frase breve en contexto con la situación: «hay cámaras». Tanrok habrá recibido un aviso en cuanto alguien ha tratado de comunicar con Corussan. Ya sabe que estamos aquí, y nos ha visto.

—Y… ¿qué es lo que os hace tanta gracia de que nos haya encontrado?

—Que ha cometido la torpeza de dejar que nos demos cuenta. Toda la ventaja que podía obtener, la ha perdido.

—Pero… Vosotros también le habéis hecho saber que os habéis dado cuenta. Habéis saludado a la cámara. ¿Eso no le hará cabrear?

—Sí.

—… ¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—Que estará cabreado.

—¿Y…? ¿Cuál es el problema?

Kudar-Kaan se queda pensativo. Su instinto le dice que no es bueno cabrear a alguien que puede hacerte daño, y supuestamente, Tanrok les puede hacer mucho daño. ¿Por qué provocarle?

—Que es… ¿peligroso?

Inderit pone una cara cómica, asombrándose por lo que ha dicho el chico. Erson y Alainiz ríen para sí.

—Kudar, cielo… ¿Puedo llamarte Kudar?

—Sí, claro —contesta, confuso.

—Ya no estás en la Academia. Ahora, el peligro, será como tu sombra: te acompañará siempre. El secreto está en esquivarlo y usarlo como aliado. ¿Que Tanrok se

cabrea? Perfecto, así cometerá errores. Estamos en igualdad de condiciones en cuanto a información sobre el enemigo, pero él es uno, y está cabreado, y nosotros somos 4, tranquilos, y bien avenidos. ¿Quién lleva ventaja?

Alainiz hace un gesto de sarcasmo al oír «bien avenidos». Erson lo percibe, pero no hace comentarios.

—¿Cómo sabemos que solo es uno? —pregunta Kudar-Kaan.

—Tú leíste los diarios. ¿Se mencionaba a alguien más?

—No.

—Seguro que hay alguien más detrás de todo esto, pero ese alguien está en la sombra, y no está aquí ahora.

—¿Cómo sabes que no está aquí ahora?

—Le habríamos detectado.

Acostumbrado a tener más información que nadie, debido a sus finos sentidos, esta vez Kudar-Kaan reconoce que los demás están muy por encima de él.

—¿Algo más? —pregunta su maestra.

—No. Gracias.

—Yo añadiría algo más —dice Alainiz.

Inderit le cede la palabra con un gesto.

—En realidad, Tanrok tiene a cinco en su contra: nosotros cuatro, y el planeta. Y el quinto está bastante más cabreado que él.

Kudar-Kaan mira al suelo. Sin proponérselo, percibe la energía que irradia, y recuerda lo que vio hacer a Erson y Alainiz. Le gustaría poder traducir a palabras lo que percibe.

—¿Me enseñaréis a hablar con él?

Erson cruza miradas con Alainiz e Inderit, sonríe y contesta a Kudar-Kaan:

—Claro, pero en otro momento. Ahora vamos a visitar a Tanrok.

Sin que Kudar-Kaan se diera cuenta, mientras tenían esta conversación, se estaban dirigiendo al edificio más importante del pueblo: La Sede de Gobierno.

Un sentimiento de orgullo le invade. Se siente privilegiado por formar parte de ese equipo, y afortunado por tener como maestra a alguien que ve con claridad todo lo que escapa a su especial percepción. Si consigue aprender a ver lo que ve ella, no habrá dato alguno que se le escape.

En la entrada del edificio, Erson se presenta al recepcionista.

—Buenas tardes. Mi nombre es Erson Estelakaus. Mis compañeros y yo venimos en representación del Consejo Jedi. Queremos ver al Gobernador.

—¿Al Gobernador? El Gobernador no está disponible sin cita previa.

—Creo que nos está esperando. ¿Le importaría comprobarlo?

El hombre mira a los jedi con recelo.

—Esperen aquí, por favor.

Mientras el recepcionista entra en un despacho contiguo a hacer las consultas pertinentes, ellos observan a su alrededor. La entrada se comunica con un hall, en cuyo centro hay un pedestal con un busto de Tanrok, idéntico a los que Kudar-Kaan encontró tapados en el almacén de Lonsok. En la mesa del recepcionista hay un intercomunicador, con una luz verde encendida, señal de que funciona, y a pesar de ello, el hombre no lo ha utilizado. Kudar-Kaan oye un ruido de movimiento, proveniente del techo: cámaras orientables. Todos perciben que son vigilados y escrutados. El recepcionista vuelve.

—Lo siento, pero no consta ninguna cita con ustedes, y el Gobernador no se encuentra aquí. Si lo desean podemos planificar una visita para mañana.

—Mañana… —Erson se gira a pedir opinión a los demás—. ¿Mañana?

Todos parecen opinar a favor, ya que no hay más remedio.

—Está bien: mañana. ¿A qué hora?

—A media mañana, a las 11h.

—Bien. Aquí estaremos. Gracias.

—Vienen ustedes de muy lejos. Les proporcionaremos alojamiento.

—Muy amable. Gracias.

El recepcionista les conduce a través del hall, por un pasillo que comunica con un edificio adjunto, y después un ascensor a la segunda planta. Una vez arriba, al final del pasillo, abre con llave una puerta marcada con el número 12, y les invita a entrar.

—Aquí tienen la llave. Solo les podemos ofrecer alojamiento, no comidas. Son libres de entrar y salir cuando lo deseen, siempre a través de la entrada principal. Los recepcionistas de los diferentes turnos estarán informados de su presencia aquí.

—No lo dudo. Gracias de nuevo —contesta Erson.

El hombre se retira, y ellos cierran la puerta. Una rápida inspección para ver que disponen de un salón central, dos habitaciones, cada una con dos camas, y un baño completo. Una simple ojeada a las paredes y al mobiliario, y ven algo más.

—Aquí también… —dice Erson, y remueve la nariz como si le picara—… hace calor.

—Y mucho —contesta Inderit, moviendo su imaginaria cabellera antes y después de hablar, al encontrar un micrófono oculto en una lámpara de mesa.

—¿Qué tal si nos lavamos un poco y salimos a buscar un lugar donde cenar?

Todos están de acuerdo, y así lo hacen.

El único establecimiento cercano donde comer algo es una cafetería-bocadillería situada a tres calles de la Sede de Gobierno. Prácticamente no hay clientes, solo un par de agentes de la ley haciendo una pausa tras varias horas de ronda por la zona afectada por la riada de lava, retomando fuerzas, antes de que oscurezca y no se puedan permitir un segundo de respiro. Un camarero les recibe.

—Buenas tardes. ¿Cuatro?

—Sí, para comer algo, por favor —contesta Erson.

—Por aquí. Síganme.

El camarero les conduce a una mesa preparada para cuatro comensales y les entrega el tríptico de la carta de bocadillos.

—¿Para beber?

—Agua —contestan los cuatro a la vez.

El camarero toma nota y se aleja en busca de lo solicitado, dándoles tiempo para elegir. Inderit ve a Kudar-Kaan en actitud de alerta, y con un pequeño gesto se muestra interrogativa. El chico responde alzando levemente la mano, indicándole que espere. Al regreso del camarero con el agua, cada uno dice lo que ha elegido, él toma nota, recoge el tríptico y se aleja de nuevo, colocando el lápiz en su puntiaguda oreja. Kudar-Kaan lo coge utilizando la fuerza, sin que el camarero se percate.

—Erson, ¿me prestas tu libro un momento? —dice el muchacho.

—Claro —contesta Erson, sorprendido—. Devuélvemelo intacto, tu vida va en ello.

Kudar-Kaan se ríe, mofándose del estado en que se encuentra el libro.

—Haz lo que dice —dice Alainiz, siguiendo la broma—. No escucharás en tu vida una amenaza más seria.

Disimuladamente, coge una servilleta de papel y la apoya en el libro abierto, en sus manos, y se pone a escribir, evitando a toda costa que el camarero, que está en la barra, vea lo que hace. Luego hace ver que le enseña a su maestra algún fragmento.

—Maestra, lo que dice en este párrafo… Me gustaría saber tu opinión.

Ella lee: «El camarero es un jenet, tiene una vista y un oído extraordinarios, nos oye desde cualquier parte del local. Lo que él no sabe es que yo oigo lo mismo que él, tengo los genes modificados con los de su raza. Desde la cocina ha estado hablando con alguien y le ha dicho que nos tiene controlados».

—Mi opinión… es que todo se resume en que no hay que bajar la guardia.

A Erson le hace gracia escuchar en boca de Inderit palabras que son frecuentes en él, y siente curiosidad.

—¿A ver? —coge el libro, lee, y sonríe—. Sí, opino lo mismo.

—*¿De qué va tanto misterio?* —pregunta Alainiz.

—*El camarero es un espía, con vista y oído muy finos, y le han encargado estar pendiente de nosotros.*

—*¡Qué honor! Nos prestan mucha atención para no habernos recibido todavía.*

—*Sí… Nos están facilitando mucho la investigación. Ya sabemos que no nos quieren aquí.*

Después de tres años juntos, las mentes de Erson y de Alainiz funcionan casi por igual, y en ambas salta la alarma al decir «no nos quieren aquí».

—*Oh, oh… La cocina no se ve desde aquí* —le dice ella, al tiempo que él se levanta y hace una señal a los demás para que hagan lo mismo.

—Camarero, cancele el pedido, por favor, tenemos que irnos —dice Erson.

—¡Pero si ya está en marcha! —responde el espía.

—No importa. Nos vamos.

Y deja 50 daktarios sobre la barra, suficiente para pagar lo que habían pedido.

Una vez fuera, al aire libre, sin gente alrededor que pueda oírles ni lugar posible donde esconder una cámara o un micrófono, Inderit es la que habla.

—¿No echáis de menos el encierro en la casa de Lonsok?

—Sí —contesta Erson—. Vamos para allá. Prefiero cenar a oscuras, a que me envenenen.

El camarero contacta de nuevo con quien le hizo el encargo:

—Se han marchado sin comer, Señor.

—¿Crees que sospechaban algo?

—No lo sé, no han hablado de ello. Solo han comentado un párrafo de un libro que lleva el más alto, han dicho que no hay que bajar la guardia, y al cabo de un minuto se han levantado, sin más, como si hubieran recibido una llamada urgente.

—¿Qué clase de libro era?

—«El Equilibrio de la Fuerza», un libro de bolsillo, tapa negra y letras con efecto relieve. Estaba muy estropeado, pero parece que el alto lo tiene como un tesoro, ha bromeado con que el pequeño se jugaba la vida si no se lo devolvía tal como está, y por lo visto todos saben que le tiene ese aprecio al libro.

—¿Algo más a destacar?

—Nada, Señor.

—¿Sabes hacia dónde han ido?

—No, Señor. Esto está en un callejón, no veo nada a menos que salga tras ellos, y si hiciera eso, se darían cuenta. Solo sé que fueron a la izquierda.

—Eso no nos dice mucho. Está bien, gracias. Estaré unas horas fuera. Activa los sensores, por si acaso.

Llegando a la casa de Lonsok, una nave cruza el cielo sobre ellos. Los cuatro dirigen sus miradas hacia ella.

—Apuesto mis midiclorianos a que Tanrok va en esa nave —dice Inderit.

—Conservarás los que tienes. Nadie va a apostar contra ti. Incluso yo percibo su negatividad —le contesta su pupilo—. ¿Verdad?

Erson y Alainiz se ríen.

—¿A dónde irá? —pregunta Kudar-Kaan.

—¿A dónde irías tú? —le dice Erson.

—No lo sé. Tendría que preguntar a mi maestra.

—¡Bingo!

—No entiendo…

—Va a hablar con su maestro —le explica Inderit—, porque no sabe cómo enfrentarse a nosotros.

Capítulo 7.- El Maestro oscuro.

Tanrok aterriza en Urumai, planeta volcánico mucho más activo que el suyo. Allí, la lava fluye constantemente por la superficie, sin pausa. Por eso lo eligió para estudiar formas de controlarla, mucho antes de plantearse siquiera el presentarse como candidato a Gobernador. De hecho, la comparativa entre ambos planetas no le fue útil. Lo que sacó en claro de aquella expedición fue conocer al que se convirtió en su maestro, que estaba designado allí para mantener a raya a las bandas de tráfico de chatarra.

Urumai se utiliza a modo de gran incinerador. Allí llegan naves cargadas con toda clase de residuos metálicos descartados para el reciclaje. Los contenedores se vacían directamente en la lava, donde la basura se funde, pasando a formar parte de la masa incandescente del planeta. Es un planeta muy grande, que lleva ya más de dos siglos sirviendo a este propósito, y según los estudios anuales hechos por espectrografía, aún le quedan otros 20 siglos más de poder soportar esta función, antes de empezar a colapsarse.

Los chatarreros piratas merodean con frecuencia el espacio cercano y asaltan y roban naves que acuden a verter los residuos, aniquilando a la tripulación. Luego seleccionan de entre la carga lo que pueden revender, y abandonan el resto en el espacio, puesto que para deshacerse de ello en los planetas-vertedero hay que pagar unos impuestos que de ninguna manera van a asumir. Esta actividad va llenando el espacio de basura, causando accidentes en el tráfico espacial con hipervelocidad.

—Bienvenido, mi aplicado aprendiz.

—Saludos, Maestro.

—Me alegra verte tan bien, a pesar de todo.

—El corazón acaba endureciéndose. Ya no me afecta prácticamente nada, pero no estoy dispuesto a ser carnaza de jedi. Ahora que nada me ata, quiero seguir adelante y desarrollar todo mi poder.

El maestro sonríe, complacido de que su aprendiz solicite de este modo seguir siéndolo.

—Traigo toda la información que he podido recopilar sobre ellos. No es gran cosa, son muy escurridizos.

Maestro y aprendiz se sientan ante un terminal de computador. Tanrok introduce el dispositivo de memoria con las grabaciones obtenidas por las cámaras del centro público de comunicaciones, de la recepción de la Sede de Gobierno, y de la habitación que proporcionaron como alojamiento a los jedi. Las dos primeras grabaciones no tienen sonido, tan solo la última es totalmente audiovisual. El Maestro detiene la reproducción en el momento en que Erson mira arriba, en el centro de comunicaciones.

—¡Vaya! Mira a quién tenemos aquí: Erson.

En la imagen detenida se ve a los cuatro, pero no se distingue en ningún momento la cara de Inderit.

—Y la rubita es su padawan. El chico me suena de haberlo visto, pero nada más. A ver si consigo ver a la otra mejor. Ha de ser otra maestra, eso es seguro. Se trata de dos maestros con sus padawan.

Continúan la reproducción. En la recepción de la Sede tampoco consigue reconocerla. Es al escuchar su voz en la habitación cuando la reconoce.

—¡¿Inderit?! ¡Impresionante! ¡La muy tozuda lo ha conseguido, ha llegado a maestra! Pero, ¿Inderit y Erson, juntos? ¡¿Qué me habré perdido?! —se sorprende el maestro.

—Veo que los conoces.

—Sí, claro. Compañeros de promoción, nos conocemos desde niños —comienza a explicar—. El alto es Erson, el más fuerte de las últimas generaciones, supera en midiclorianos al mismísimo Yoda. La chica es su padawan, Alainiz, todo un carácter, pero muy dependiente de él. La maestra es Inderit, todo lo contrario a Erson, no hay jedi con menos midiclorianos que ella, no sé cómo ha conseguido el grado de maestra. El chico debe ser su padawan, seguramente le he visto alguna vez, pero debía ser muy pequeño; sobre él no sé nada.

»El más peligroso es, sin duda, Erson —continúa el maestro—. No existe en la actualidad nadie que le supere en midiclorianos. Es sereno, paciente, inteligente como pocos, recto, y un espadachín de primera. Su tutor fue el instructor del manejo de la espada en la Academia jedi. Está pre-designado para el Consejo, imagínate, y tiene solo 30 años. Tan portentoso como él, solo recuerdo a la maestra Shari.

—¿Pre-designado?

—Sí. Aún no es miembro porque no hay vacantes, pero en cuanto haya una, será él quien la ocupe. No me sorprendería que terminara siendo el sucesor de Yoda.

Tanrok suspira con gesto de resignación.

—Su padawan es lo más nervioso que he visto, y a pesar de eso sorprende su astucia. Es desconfiada por naturaleza. Si ve una posibilidad entre mil de que no seas de fiar, no se fía de ti, y acaba encontrando en qué la engañas. Lleva tres años con Erson, cosa poco habitual en un padawan, y menos siendo como es ella tan capaz. Ha aprendido de Erson todo lo que se puede aprender, piensan ambos al unísono, o si a uno no se le ha ocurrido algo, se le ocurre al otro. Juntos son realmente duros de pelar.

—Me lo estás pintando muy negro.

—Ya habrá tiempo de poner color. Paciencia, amigo —le consuela—. Primero veamos lo que tenemos. Inderit: cuidado con ella, no la menosprecies por tener menos midiclorianos, es especialmente aplicada, y una psicóloga sin igual. Ráscate la nariz mientras hablas, y ella sabrá que estás mintiendo. No destaca en nada más, pero solo con mirarte sabe de qué pie cojeas. Lo sorprendente es que ella y Erson vayan juntos: no se soportan, tienen una rencilla desde sus tiempos de padawan.

El maestro apaga el reproductor. Con la información que tiene, empieza a cavilar para buscar solución al problema.

—Más de cincuenta jedi en activo, y envían a Erson… Algo les ha alertado. ¿Estás seguro de que Lonsok no llegó a comunicarse con Corussan?

—Segurísimo. Mis hombres le siguieron desde el propio centro hasta su casa. No le perdieron de vista desde el intento fallido de enviar el mensaje hasta que acabaron con él. No llegó a comunicarse, te lo juro por mis difuntos.

El maestro sigue pensando…

—Enfrentarnos a ellos sería una temeridad, tenemos que ser más sutiles y eliminarlos sin que nadie sospeche, o traerlos a nuestro terreno. ¿Pusiste en práctica el plan inicial de emergencia?

—Sí. No funcionó. Entraron en el local, pero se fueron sin probar la comida. Yinmie dice que solo les oyó hacer comentarios sobre un libro de Erson al que tiene mucho cariño.

El maestro sonríe, se levanta, y coge dos libros, iguales, de las estanterías que cubren las paredes de la estancia.

—¿Este, tal vez?

—Sí, El Equilibrio de la Fuerza, me dijo.

—¡Cuánta razón tenía la maestra Shari! El punto débil es como la mala hierba. La suerte nos sonríe, querido aprendiz, tenemos armas con que vencer a Erson. Toma —le entrega uno de los libros—, tendrás que leerlo para que funcione, y llevártelo, por supuesto.

Tanrok toma el libro, y lo primero que ve es quién lo escribió: Shari Min.

—La debilidad de Erson siempre fue, y es, la maestra Shari. Todo lo que salga de ella, es para él una verdad absoluta. Su ejemplar de este libro es una buena muestra de ello, lo tiene hecho una piltrafa de tanto que lo usa.

Al decir esto, el maestro se da cuenta de que ha entregado a su aprendiz el ejemplar que está más nuevo.

—No, mejor llévate este otro.

—Son iguales, ¿no? ¿Por qué tienes dos?

—Extravié el mío y pedí otro, y después de tener el nuevo encontré el primero caído por detrás de mi cama. Son iguales, pero no lo son: cuanto más usado esté, más le convencerá.

» Si consigues que Erson crea que todo esto fue idea de Shari, lo tendrás a tus pies, y una vez convencido él, los demás le seguirán como corderitos. Esto —muestra el libro— te lo dio ella, que fue quien te enseñó a utilizar la Fuerza para ayudar a tu pueblo.

—Hay parte de verdad en eso —añade Tanrok, animado con el plan.

—Utiliza la base de verdad, y construye el resto sobre ella. El libro será la prueba física de que fue ella quien te enseñó a hacer lo que haces, por lo tanto está bien hacerlo, y en consecuencia, ellos deben ayudarte a continuar. ¿Me sigues?

—Sí.

—Léelo, de lo contrario no funcionará. Piensa que él prácticamente se lo sabe de memoria. Has de mostrarte como un fiel discípulo de Shari, y todo buen discípulo de Shari ha leído este libro, y no una o dos veces en la vida, sino varias al cabo del año.

—¿Tú lo has leído?

—Desde luego, aunque hace ya años que no lo releo…

El maestro trata de recordar cuándo fue la última vez que lo leyó. Se encontraba ya en Urumai, eso lo recuerda bien. Lo cogió porque se sentía infravalorado, al haberle destinado allí, como un vulgar vigilante. En esa ocasión la lectura fue caótica y dispersa, ya que sus salidas al espacio en busca de los piratas le tenían bastante ocupado, y le quedaba poco tiempo de relax. Cree recordar que ni siquiera terminó de leerlo, y fue por entonces cuando conoció a Tanrok, y no volvió a acordarse del libro.

—¿Cuándo te entrevistas con ellos?

—Mañana a media mañana.

—Te dará tiempo, bastan cinco o seis horas. Centra la estrategia en esto, conviértelos en tus aliados. No se te ocurra enfrentarte a Erson con la espada, por nada del mundo, él está mil veces por encima de ti en eso. Y no bajes la guardia con respecto a los demás. Vigila tu lenguaje corporal, Inderit estará pendiente de eso. Métete en el papel, la chica no se creerá nada, hasta que sea su maestro quien le imponga que ha de creerte. El muchacho no será problema, acaba de comenzar su tutoría, es un perfecto novato, pero fíjate bien en ellos, en cualquier detalle que te sirva para conocer sus puntos débiles y fuertes. Tienes que convertirte en su amigo, ¿entiendes?

—Entiendo, maestro.

—Me gustaría estar a tu lado, pero se desmontaría el plan. Los dos me conocen.

—No te preocupes, sabré hacerlo.

En la casa de Lonsok, Erson y Alainiz preparan cena para todos, mientras Inderit y su pupilo echan un vistazo a los diarios coleccionados. Ya es de noche, y la iluminación no volvió a funcionar, así que han de utilizar de nuevo las linternas y la lámpara de aceite. Kudar-Kaan es mucho más rápido leyendo, y termina la revisión un buen rato antes que su maestra. Mientras ella sigue leyendo y comprendiendo los motivos que llevaron a Lonsok a recopilar toda esa información, él estudia de nuevo la habitación del pozo.

Erson va a avisarles de que la cena está lista.

—Un momento, déjame terminar de leer, serán cinco minutos —dice Inderit.

Erson va a ver qué hace Kudar-Kaan, y se queda con él observando. El chico está alumbrando el cadáver, que está cubierto por una capa de lava ya solidificada, ni muy gruesa, ni muy fina, suficiente para conservar la forma del cuerpo.

—Debía ser bastante anciano —comenta el chico.

—Sí —contesta Erson, y le sobreviene una extraña sensación, al tomar conciencia de que esa persona, que ahora yace ante sus ojos, tuvo contacto en alguna ocasión con Shari.

Se pregunta qué ocurrió allí, si Shari fue expresamente a buscar una de aquellas figuras, o fue un encuentro casual. Su querida maestra nunca le habló de Bunaii, ni de Lonsok, ni de la figura con la que soñó Yoda. Y la echa de menos, y con la mano en su bolsillo, acaricia el libro sin darse cuenta.

—Ya está. Vamos —dice Interit.

De nuevo en la Sede de Gobierno, se asean y se acuestan todos. En una habitación, Inderit y Kudar-Kaan charlan un poco antes de coger el sueño. En la otra, a Alainiz le incomoda el silencio.

—¿Estás despierto? —pregunta en voz baja, para evitar despertarle en caso negativo.

—Sí.

—*Háblame.*

Erson estaba ensimismado, repasando la información de que disponen. Ante la petición de su padawan, percibe ansiedad en ella. Ya lleva un tiempo así, y cada vez que él pregunta, ella esquiva el tema.

—*¿De qué quieres que te hable? ¿De tus progresos? Sabes lo que opino al respecto, y yo ya sé tu repuesta: Estás perfectamente preparada para pasar las pruebas. Tú dices que no puedes, que te bloqueas. Eso son los hechos, faltan los motivos, pero tú no quieres hablar de ello, así que: fin de la conversación.*

Ella suspira y no responde. Y termina llorando en silencio, cuando nota que Erson se ha dormido ya. El fino oído de Kudar-Kaan oye las lágrimas que caen en la almohada, y el chico intenta algo que no había hecho nunca: hablarle mentalmente.

—*¿Estás bien?*

—*No* —y su llanto se hace más intenso.

—*¿Puedo ayudarte?*

—*No.*

Él no insiste. Ya ha comprobado el genio que tiene Alainiz cuando se la molesta, y su intención no es esa. Siente simpatía y cierta complicidad por ella, y sabe lo que necesita para dejar de estar así: hablar con Erson. Pero ya se lo dijo, y ella le pidió que no se metiera en esto.

Por la mañana, Tanrok se dispone a recibirles a la hora prevista. Por la noche estuvo leyendo el libro de Shari, como le indicó su maestro, y aunque la lectura no le llevó demasiado tiempo, tras terminarlo, tardó por lo menos un par de horas en dormirse. No podía dejar de pensar en lo que había leído, y empezó a replantearse ciertas cosas. Su maestro le dijo que tratara de hacerse amigo de los jedi, y así lo va a hacer. Lo extraño es

que ahora lo desea de verdad, a pesar de ser consciente de que ellos no estarán predispuestos.

Tanrok sale de detrás de la mesa de su despacho para recibirles y saludarles de pie, cara a cara. Al encontrarse frente a Erson, siente una sincera admiración por él. Erson percibe su gran nivel de midiclorianos, y algo en común con él mismo que no logra identificar. La mirada recíproca que se dedican dura más de 10 segundos. El anfitrión, finalmente, habla primero:

—Maestro Erson Estelakaus… Su presencia aquí es un honor para mí.

Y le tiende la mano, que Erson estrecha, con un leve gesto de reverencia.

Los demás observan. Alainiz tiene buen olfato para la gente, y su primera impresión sobre Tanrok es bien clara: no le gusta ni un pelo. Inderit contempla con sorpresa la sinceridad de Tanrok y el respeto con que responde Erson. Kudar-Kaan observa, memorizándolo todo para después preguntar a su maestra.

—Seré sincero, Gobernador. Lamento decirle que nuestra visita no es precisamente de cortesía.

—Espero hacerles cambiar de opinión. Pero antes, les pido que me acompañen en el desayuno. Me consta que no lo han hecho aún.

Erson piensa la respuesta. Ese hombre es el mismo que encargó al jenet tenerlos controlados. No tienen pruebas de que trataran de eliminarles envenenando su comida, pero no pueden bajar la guardia. Alainiz es más intuitiva para estas cosas, y Erson recurre a ella.

—*¿Qué dice tu instinto?*

—*Dice que ni hablar.*

—*De acuerdo.*

—Muy agradecido, pero preferimos ir al grano.

—Como quieran. Yo voy a desayunar, y la mesa está preparada para cinco. Que coman o no, es elección suya.

Tanrok les conduce por unos pasillos hasta llegar a un comedor con una mesa grande, ya preparada. Hay en ella jarras grandes con zumos, leche y diversas bebidas nutritivas, y bandejas con pan, frutas y viandas varias, todo presentado para que cada cual se sirva a su conveniencia. Tanrok se sienta presidiendo la mesa, Erson e Inderit en los asientos contiguos a él, uno frente al otro, y a continuación, Alainiz y Kudar-Kaan.

—*Está todo junto. Lo que él tome está limpio.*

—*Los platos y vasos están separados.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*El veneno puede estar en nuestros recipientes y contaminar la comida. Cambia tu vaso por el suyo.*

Y Erson lo hace como ella le sugiere, con la Fuerza, en un momento en que Tanrok no mira.

—Si cambian de opinión, aquí tienen. Con su permiso, yo comenzaré mientras charlamos.

Ellos asienten y observan.

Tanrok se sirve zumo y algunas viandas, y empieza a comer.

—Erson, ¿me permite tutearle?

—Adelante.

—De ti, sé bastante. Te sigo desde que interviniste en la recuperación de Shari. Tienes un buen currículo. ¿Algún otro jedi ha sido galardonado a la edad de nueve años?

—Creo que no —admite Erson.

—Pero no conozco a los demás. ¿Me los presentas, por favor?

—¡Claro! Mis disculpas. Ella es la Maestra Inderit Arsans —Inderit saluda con un gesto—, y él, su padawan, Kudar-Kaan. Aquí mi padawan, Alainiz Tramard.

—Arsans… ¿La del tratado de paz?

—La misma —contesta ella.

Tanrok silba, dando a entender asombro.

—Veo que el Senado se ha tomado en serio mi llamada.

Ellos no saben nada de llamada alguna, pero no es bueno parecer desinformados ante Tanrok, así que Erson contesta de un modo que ni afirma ni desmiente lo que dice.

—Al grano, Gobernador. Está Ud. haciendo un uso indebido de la Fuerza.

—¿Indebido? Erson, tutéame, por favor. Tú y yo tenemos niveles similares de midiclorianos.

—Sí, de eso me he dado cuenta. ¿Cuántos? Por curiosidad…

—12.000 —contesta Tanrok sin inmutarse. Erson acoge la respuesta también con frialdad. Inderit recuerda su sueño para mantener la calma. Alainiz hace cálculos. Kudar-Kaan acude a Alainiz, aprovechando que puede comunicarse con ella.

—*Yo tengo 10.000. ¿Y tú?*

—*11.000, pero eso no es lo más importante: el entrenamiento es primordial.*

—¿Me pasáis el pan, por favor?

Alainiz, que no está dispuesta a dejar que él coja un pedazo de pan determinado, elige uno al azar y se lo envía utilizando la Fuerza, porque con las manos no sería de buena educación.

—Vaya… Así también puedo cogerlo yo, pero no me parecía apropiado utilizar la Fuerza para algo tan banal. Con la Fuerza no se juega, señorita.

Alainiz se enfurece, y se le nota en la cara. Erson la llama a la calma con una simple mirada, y la defiende:

—No eres el más indicado para juzgar eso. Tú estás jugando con ella de una forma muy peligrosa.

—¡¿Jugando?! —replica Tanrok, soltando los cubiertos con mal humor y mirando a Erson con actitud de víctima—. Erson, creo que en ningún momento te has puesto en mi lugar para poder decir eso. ¿Acaso no lo harías tú para proteger a tu padawan? Imagina la responsabilidad de proteger a todo tu pueblo. ¡No puedo creerlo: envío una llamada de socorro y venís a mi casa a acusarme!

Tanrok se levanta y va junto a la ventana, y dando la espalda a todos, mira al exterior, contemplando el desastre de la reciente erupción.

—Sabía que seríais reticentes a ayudarme, pero no esperaba esto.

Erson aprovecha la ocasión para pedir opinión, con un gesto, a Inderit. Ella contesta con otro gesto que no se cree la actuación de Tanrok.

—Si lo que deseas es ayuda, te ayudaremos, a hacer las cosas bien. —Añade Erson.

—*Dudo mucho que esté dispuesto a hacer las cosas bien* —le dice Alainiz.

—*Agotemos la vía diplomática.*

Tanrok se vuelve, se acerca a Erson, y se inclina hacia él.

—Erson, necesito ayuda urgentemente, mi fuerza no es suficiente.

—Suficiente, ¿para qué?

—Para mantener a raya el volcán.

—No lo hagas.

—¡Muy gracioso! ¿Se te ocurre otra solución?

—¿Qué ha pasado con el observatorio?

—Eldur se reía de él.

—¿Eldur?

—Es el nombre del volcán.

—¿Qué quieres decir con que se reía?

—Hasta hace diez años, sus erupciones empezaban lentamente, y el observatorio lo detectaba con suficiente antelación para poner en marcha el protocolo de emergencia. Empezó a ser cada vez más súbito, hasta que la antelación quedó reducida a un minuto escaso. Hace ocho años, en cosa de tres meses, la población se redujo en 100 personas, de 512 iniciales, a 412.

Tanrok hace una pausa, como si no fuera necesario terminar la explicación, por ser evidente.

—¿Y…?

Tanrok responde con una exagerada expresión de asombro.

—¿Tienes hijos?

—No.

—Yo los tenía, tres, dos niñas gemelas y un niño. Las niñas murieron en una de esas repentinas erupciones.

—*Encaja con lo que vimos en los diarios y los registros* —dice Kudar-Kaan a Alainiz, que le hace una pequeña seña para indicar que ha recibido el mensaje.

—No estaba dispuesto a permitir que siguiera ocurriendo, y empecé a poner en práctica lo que Shari me enseñó. No es fácil aprender a utilizar la Fuerza solo, con la única ayuda de esto:

Tanrok saca de su bolsillo el libro que su maestro le dio, y que ha leído esa misma noche, y lo pone en la mesa, delante de Erson.

—¿De dónde lo has sacado?

—Ella me lo dio.

Erson se queda pensativo. Recorre con el dedo la tapa del libro, de arriba abajo, como acariciándolo. Mete la mano en su bolsillo y toca el suyo, y queda ensimismado. Inderit le observa, y se resiste a creer lo que ve: Erson está empatizando con Tanrok. Ojalá pudiera hablarle mentalmente, le reprendería sin dudarlo. Como no puede, le da una patadita por debajo de la mesa. Erson la mira, pero no parece darle importancia, y sigue ensimismado. Alainiz se suma a Inderit, y ella sí que puede hablarle.

—*¡Erson! ¿Qué diablos te pasa?*

—*Nada, estoy bien.*

—*No te lo crees ni tú.*

—*Estoy bien, pequeñaja, no pasa nada.*

Erson coge una jarra de zumo y se sirve, y echa unos tragos. El libro sigue en la mesa, y él continúa mirándolo. Mientras tanto, Tanrok ha vuelto a sentarse y continúa con su desayuno, mirando de vez en cuando a Erson, esperando a que diga o haga algo, sin dejar de poner cara de preocupación.

—Necesito ayuda, Erson, estoy agotado. Te necesito… Por favor.

Erson le mira a los ojos, tratando de leer en ellos. Mira un instante a Inderit y lee su pensamiento: *«Ni se te ocurra, te está tomando el pelo»*.

—Me gustaría hablar contigo con calma —dice Erson a Tanrok.

—*¡¿¿Quéeee??!* —le increpa Alainiz.

Tanrok suspira con cierto alivio. Inderit y Alainiz tratan, en lo posible, de que no se les note en la cara su desacuerdo. Ya hablarán con Erson cuando no esté Tanrok delante.

—Hoy tengo una agenda muy apretada, tendrá que ser mañana.

—De acuerdo.

—Podéis continuar alojados aquí.

—Gracias, pero en ese caso te voy a pedir un gesto de buena voluntad —Tanrok presta atención—: Que retires las cámaras y micrófonos de nuestra habitación.

Tanrok piensa un momento en la petición. Es evidente que pese a estar interesado en conversar, Erson no confía en él. Tras la lectura del libro, desea sinceramente ganarse su apoyo, así que acepta el trato.

—Entiendo… Está bien. Enviaré a los técnicos en cuanto sea posible. Nos vemos mañana a la misma hora.

—De acuerdo.

—¿Desayunaréis conmigo?

—Yo sí. Los demás no vendrán.

—*Erson, ¿qué estás haciendo? No entiendo nada.*

—*Negociar.*

Y Tanrok, que percibe el rechazo por parte de Inderit y Alainiz, entiende como otro gesto de buena voluntad el hecho de que Erson vaya a venir solo a hablar con él.

Los jedi se levantan, y Tanrok corresponde con lo mismo. Erson le tiende la mano para saludarle, y él la estrecha.

—Hasta mañana —se despide Erson.

—Hasta mañana, Maestro.

Una vez fuera, todos esperan una explicación por parte de Erson, en especial Inderit y Alainiz, con bastante mal humor.

—Vamos a la habitación, esperaremos a los técnicos, y luego hablamos.

Pero Alainiz reclama su explicación mientras se dirigen a la habitación.

—*Yo no pienso esperar. ¿Me explicas de qué va esto? ¿Cómo se te ocurre negociar con semejante hipócrita?*

—*¿Hipócrita, por qué?*

—*¡Ha intentado matarnos! No hay nada bueno en ese tipo.*

—*No tenemos pruebas de eso. Nos fuimos por una intuición, y ahora ha bebido de mi vaso y no le ha ocurrido nada.*

—*Esperemos unas horas para verlo.*

—*Eso es exactamente lo que haremos, y si tienes razón, todo estará resuelto.*

—*¿Y si no le pasa nada?*

—*Entonces habremos sospechado sin motivo real.*

—*¿Y qué harás?*

—*Hablar con él.*

—*¡No, no, no! Ese tipo es malo, lo veo. Hazme caso, Erson, por favor, no va a salir nada bueno de ahí.*

—*Alainiz… No basta con las intuiciones, podemos equivocarnos, hay que investigar.*

—*¿Es que no tienes suficiente con el paripé que ha montado? Te ha tratado como si fuerais amigos de toda la vida. ¿Cuándo se ha ganado ese derecho?*

—*Alainiz, reconsidera tus percepciones cuando estés más relajada. A ti te cae mal cualquiera que en algún momento tenga un desacuerdo conmigo, como Inderit.*

—*No te equivoques, Erson. Inderit me cae mal, pero es de fiar, y este tipo no lo es.*

—*Ya hemos discutido esa cuestión: en unas horas sabremos más.*

Una vez en la habitación, Alainiz se tira en la cama, enojada. Inderit se sienta en el sofá del salón, y mira sin cesar a Erson, que ve perfectamente lo que está pensando. Kudar-Kaan observa a unos y otros, y escucha con atención todo lo que llega a sus oídos, sea desde las dependencias de la Sede, sea desde la calle. El chico oye pasos que se acercan, y el titilar de herramientas que chocan entre sí por movimiento.

—Ya vienen los técnicos.

Capítulo 8.- Miedos.

Los operarios realizan su trabajo bajo la supervisión de los jedi. Retiran cámaras y micrófonos, incluso algunos que a ellos les habían pasado desapercibidos. Después, con su intimidad garantizada, dejan salir todo lo que han estado guardándose:

—Supongo que me he perdido tu conversación con Alainiz. Te toca repetirla, quiero una explicación. No puedo creer que te dejes manipular de esa manera —dice Inderit a Erson.

Erson se muerde la lengua para no contestar. Alainiz no quiere escuchar de nuevo las respuestas.

—Me voy a tomar el aire. Kudar, ¿vienes?

Kudar-Kaan mira a su maestra, que piensa un segundo lo que contestar. Una rápida mirada aquí y allá, e Inderit ve que Erson le pide que le deje marchar. La psicóloga detecta que su compañero quiere hablar, y quiere que sea a solas.

—Ve, pero tened mucho cuidado, no bajéis la guardia.

Alainiz se ofende por el aviso. Ella sabe perfectamente cuidar de sí misma, y también del chico. Ya lo dice Erson continuamente: está preparada para hacer las pruebas, ya es toda una jedi.

En cuanto los chicos salen, él deja ver sus emociones. Ella ve preocupación, pero también determinación, y principalmente, nerviosismo.

—Te ha atacado de lleno a tu punto débil —dice ella, pero él no contesta, solo la mira, con más nerviosismo cada vez—. ¿Cómo puedes no darte cuenta? Ha sido mencionarte a Shari y te ha dominado. Tenías que verte, acariciando el libro… ¡Erson, despierta!

Él no ha dejado de mirarla. Aguanta la bronca, que ya esperaba, pero no responde avergonzado, ni irritado, sino nervioso:

—¡Tenía el libro! —le dice, recalcándolo como si ella no se hubiera percatado de ese detalle.

—¡Ya me he dado cuenta! ¡Te está haciendo un ataque directo!

—¿Conoces a alguien que acostumbre a llevarlo encima? —dice Erson, como si no entendiera que tal cosa fuera posible.

—A ti, sin ir más lejos.

Erson asiente, acompañando una sonrisa sarcástica y nerviosa.

—¿Alguien más?

—No.

—Pues él lo llevaba… Una de dos: o es un fanático de Shari, como yo, o lo tenía preparado.

—¡Voto a ciegas por lo segundo!

Él vuelve a asentir, cada vez más nervioso, moviéndose caóticamente por la habitación.

—Si se trata de lo primero, hablando con él conseguiremos resolverlo por las buenas.

—¡Erson! —replica ella, pidiéndole que reflexione.

—Si es lo segundo, lo tenía todo muy bien preparado.

—¡Exacto!

Él asiente con seguridad, erguido, y la mira directamente. Ella se siente aliviada, pero algo no le encaja en su expresión.

—¿Te das cuenta, Erson? —él asiente, sin dejar de mirarla a los ojos. Su expresión cambia repentinamente, y pasa a ser el maestro, primero de su promoción, que a todos supera con creces.

—¿Qué harías para atacar el punto débil de aquel hombre que se aleja? —pregunta él, señalando por la ventana.

—Déjate de acertijos, esto es muy serio.

—¿Qué harías? —insiste él.

—¡No lo sé! —contesta Inderit irritada—. ¡No le conozco!

—¡Eso es!

Ahora Inderit ve que Erson le está hablando con toda lucidez, pero no comprende su razonamiento.

—¿Qué intentas decirme?

—Que sabe mucho de mí, para ser la primera vez que nos vemos. Y yo no le mencioné a Shari en ningún momento. A ver: ¿qué sabíamos nosotros de él antes de que nos recibiera?

—Lo que leímos en los diarios de Tanrok.

Erson asiente.

—Seguro que él lee los semanales de la República, de ahí que te reconociera por tu apellido.

—Somos figuras públicas, Erson.

—Ya… Pero no recuerdo que los semanales lleven sección de cotilleos. No hay rankings de puntos débiles. —Ella le mira, confusa—. ¿O sí?

—No.

—Entonces, ¡¿de dónde ha sacado esa información?!

El tono de Erson al hacer la pregunta es duro, enojado. Inderit repasa mentalmente los acontecimientos de los últimos días, en busca de algún descuido que haya podido dar información a Tanrok. Erson lee su pensamiento.

—La casa de Lonsok está limpia. Allí, como mucho, nos habrá oído Kudar-Kaan.

Erson percibe los pensamientos de Inderit, asustada por la posibilidad de que su padawan sea una especie de espía.

—No te preocupes, él es de fiar, el olfato de Alainiz es infalible, y fíjate: le ha pedido ir con ella.

Ambos siguen pensando, y llegan a la vez a la misma conclusión. Es Inderit quien lo dice:

—En el bar, le dijiste a Kudar que te devolviera el libro intacto, que su vida dependía de ello.

Erson asiente, resignado.

—¿Y de ese comentario, hecho en tono de broma, saca la conclusión de que es mi punto débil? Es mucho deducir, ¿no te parece? Y casualmente tiene un ejemplar con el que hacer el ataque. ¿Cómo diablos lo ha conseguido, si solo se edita en el Templo?

—A lo mejor es cierto que se lo dio ella. Su comportamiento durante la entrevista ha sido contradictorio: había momentos en que su expresión corporal era tan controlada que se notaba mucho que mentía, y otros en que se soltaba sin miedo y hablaba con sinceridad, dejando ver sus emociones. Mezclaba mentira y verdad.

—Pues yo quiero saber hasta dónde es mentira y hasta dónde es verdad. Ayer le vimos salir corriendo con su nave, supuestamente a ver a su maestro. Casualmente ahora sabe cuál es mi punto débil, casualmente también tiene un ejemplar del libro, y casualmente también lo lleva encima, como yo. Muchas casualidades veo ahí.

—Erson, no sé a dónde quieres ir a parar con esos razonamientos, me estás dando la razón sobre Tanrok.

—Tanrok es solo un títere, un títere con muchos midiclorianos. Me preocupa más quién lo maneja, porque es alguien que me conoce bien y que tiene acceso al Templo. ¡Es un **compañero**! Un compañero que se ha desviado del buen camino o ha perdido la cabeza.

—¿Y quieres encontrarle a través de Tanrok?

—Sí. Pero no solo eso. Quiero ver hasta qué punto se ha desviado, y si hay posibilidades de rehabilitarlo, tanto a él como a su pupilo.

—¿Rehabilitarlos?

—Tú misma has dicho que a veces era totalmente sincero. No sé cómo explicarlo, pero entre Tanrok y yo se ha establecido una especie de conexión, y te aseguro que cuando me pedía ayuda era **sincero**. Inderit, necesito hablar con él y averiguar más.

Erson se sienta en el sofá y suspira preocupado.

—Debo andar con pies de plomo: no creerme todo lo que dice por el simple hecho de mencionar a Shari, ni dejar de creérmelo solo porque está tocando mi punto débil. No se debe aplastar una debilidad con su opuesto.

Inderit recuerda la parte del libro donde se dice precisamente eso.

—De lo que estoy segura es de que tú has leído el libro mucho más que él.

—Yo también —contesta con agradecimiento y una sonrisa tranquilizadora—. ¿Entiendes por qué debo hablar con él? Tengo que despejar todas estas dudas.

—Sí… —asiente ella—. Quien no parece haberlo entendido es Alainiz.

—A ella no le he explicado todo esto. El tema de mi punto débil es un poco espinoso para hablarlo con ella en este momento.

—En algún momento tendrás que hacerlo.

—Y lo haré, pero ahora mismo necesito centrar toda mi atención en Tanrok, y te aseguro que con Alainiz es mucho más fácil ignorar su enfado que el aluvión de preguntas que provocaría explicarle esto.

Ella se ríe. Erson suspira y mira por la ventana, hacia el volcán. Por fin en silencio, empieza a relajarse.

—Erson, ¿y todo esto ha pasado por tu cabeza en unos segundos cuando te ha puesto el libro delante?

—Sí.

—Impresionante… Y yo que pensaba que habías caído de cabeza en su trampa…

Él sonríe con complicidad.

—Si tú te lo has creído, probablemente él también, ¿verdad?

—Sí. ¿Era parte del plan?

Y Erson asiente, con picardía.

—¡Qué canalla! Me la has pegado bien, me habías asustado.

—Dudo que te asustaras más que yo. Estoy muerto de miedo. No puedo presentarme mañana en estas condiciones, tengo que recuperar la calma y centrarme. Ayúdame, Inderit, tu apoyo en estos momentos es muy valioso.

—Te relajarás mejor en la casa de Lonsok.

—Tienes razón. Aviso a Alainiz y vamos.

—*Alainiz, vamos a la casa de Lonsok, buscadnos allí después.*

—*Entendido, a la casa de Lonsok. Allí iremos.*

Nuevamente en la casa de Lonsok, Erson elige la habitación del pozo para meditar y recuperar su equilibrio. La cercanía de las entrañas del planeta en esa habitación le transmite una energía pura, libre de prejuicios y de miedos, característica común a todas las energías planetarias.

Este es un planeta joven, Erson lo sabe, lo percibe después de algo más de tres días sobre él. Es como un niño lleno de vitalidad que necesita correr y jugar todo el día. Pero ahora el registro indica quietud, mucha quietud, demasiada. Erson siente la frustración del planeta, lo ve como ese niño inquieto al que ordenan no moverse de la silla, sin haber hecho nada malo para que le castiguen, simplemente porque quieren que se parezca al niño del vecino, que es muy tranquilo.

Habiendo luz, el lugar es muy agradable. Hace calor, sí, pero es un calor amable, y Erson tiene el antojo de descalzarse para sentirlo más cerca. Y así, cómodo, saca su libro y lee un capítulo en particular: El miedo.

En el pueblo, los padawan charlan mientras pasean por la zona devastada por la erupción de hace unos días. La lava petrificada termina de repente, formando una pared, como si algo la hubiera frenado en su camino, algo invisible ahora, y esa pared delimita dos partes del pueblo: la afectada y la intacta. En la intacta quedan la Sede de Gobierno, los

comercios, los centros de servicios públicos, y la mayoría de viviendas. En la afectada están las viviendas más pobres, con lenguas de lava sólida adherida a sus paredes parcialmente calcinadas. Algunas parecen abandonadas, en otras, sus moradores tratan de adaptarse a las modificaciones que ha sufrido su espacio habitable.

Ante la puerta de una de esas casas, una mujer permanece de pie, inmóvil, absorta, con la mirada perdida. Los chicos se fijan en ella. Alainiz entra en su mente, curioseando, y ve la imagen de una cuna, con un bebé dentro, cubierta de lava. La visión la llena de rabia, y maldice a Tanrok.

—¡¡Malnacido!! ¡Ojalá te caiga encima todo el dolor que estás provocando! —dice en voz alta, casi llorando, mientras Kudar-Kaan la mira, sin saber qué decir—. Hay que acabar con ese tipo cuanto antes, no sé a qué espera Erson.

—Alguna razón importante debe tener, confía en él —le contesta el chico, que según se alejaban de la Sede de Gobierno pudo oír algo de la conversación que tenían Erson e Inderit.

Kudar-Kaan está acostumbrado a guardar secretos, muchos secretos. Por sus finos sentidos, se entera de muchas cosas que ocurren a su alrededor y que supuestamente se hacen o dicen en privado. Desde pequeño, respeta la privacidad de toda esa información, utilizándola solo si es absolutamente necesario. En esta ocasión, sabe que lo hablado entre los maestros no debe saberlo Alainiz, porque dificultaría la misión en que Erson se ha visto involucrado.

—¡Qué remedio, es mi maestro! Si no lo fuera se iba a enterar.

—¿Qué quieres decir con que «se iba a enterar»?

—Que me opondría totalmente a lo que quiere hacer. ¡Quiere hablar con él! ¿Te lo puedes creer?

Kudar-Kaan se lo cree, claro, pero hace como si no supiera nada, y desvía la conversación a otra cuestión.

—Bueno… Lo de que siga siendo tu maestro, en el fondo está en tus manos.

—¿Tú también? —protesta Alainiz—. ¡Qué pesados estáis con eso!

—Es que es verdad, Alainiz, lo sabes perfectamente.

—Me gustaría verte en mi situación.

—No sé… —dice él, con picardía—. Inderit no me atrae.

Alainiz contesta pegándole en el brazo, con una expresión de indignación amistosa, y Kudar-Kaan se ríe.

Poco a poco, se van alejando del pueblo mientras caminan, en dirección al volcán. Sobre ellos surca el cielo una nave, que no es la primera vez que ven.

—Míralo, otra vez a ver a su maestro —dice Alainiz.

—A lo mejor va a otra parte. Dijo que tenía la agenda completa hoy.

—¿En la misma dirección que ayer? ¡Ya! —replica, desconfiada—. Este va a pedir consejo sobre su entrevista de mañana a solas con Erson.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Intuición, percepción… Es algo innato. Cuando tengo cerca a alguien como él, se me eriza la piel y me duele la cabeza en un punto muy concreto.

—¡Qué pasada! Me gustaría tener esa intuición.

—Y a mí tener tu oído.

—Tú puedes conseguirlo, yo no.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Con un amplificador de sonidos como el que usan los sordos. En cambio no hay nada para aumentar la percepción extrasensorial.

—¡¿Cómo que no?! El entrenamiento.

Kudar-Kaan oye algo y se gira a mirar hacia el pueblo.

—¡Están levantando una barrera!

Alainiz mira hacia el suelo, prestando atención a su percepción. Sus mejillas se ponen rojas, igual que cuando aterrizaron allí.

—¡Va a estallar! ¡CORRE!

Los dos echan a correr hacia el volcán, porque ir hacia el pueblo es inútil, ya que la barrera es infranqueable. La distancia es larga, y la tensión, grande. Kudar-Kaan es más rápido y se da cuenta de que Alainiz se queda atrás. Vuelve con ella, la hace subir a su espalda, y sigue corriendo con ella a cuestas. Por suerte, Alainiz abulta y pesa poco, y él está fuerte. Casi a mitad del recorrido, ella ve que es inútil.

—¡No llegaremos! ¡Al observatorio!

Kudar-Kaan sigue su orden al momento, y en diez segundos más llegan al observatorio. En una esquina del edificio hay una especie de burladero, señalizado como «Refugio». Entran, y cubren la entrada con las placas rocosas pero ligeras que hay allí, ya preparadas a tal efecto. Exhausto, Kudar-Kaan se sienta, con la respiración agitada.

La luz verde del sensor pasa a amarilla intermitente. Erson no entiende la razón, el cambio que acaba de percibir en el volcán parecía de alivio, de alegría. Confusos los dos, tardan un par de segundos en darse cuenta de lo que ocurre, y cuando lo hacen es demasiado tarde, la luz ya es roja, y la maquinaria se ha puesto en marcha.

—¡Los chicos! —exclama Inderit, corriendo hacia la puerta, pero algo la paraliza y no la deja avanzar.

—No sirve de nada —dice Erson—, no llegaríamos ni a veinte metros.

Ella se da cuenta entonces de que es él quien la ha frenado.

—¡NOOO! —grita ella, con la imagen de Lashmal grabada a fuego en su recuerdo—. ¡Déjame ir! ¡No lo repitas, Erson, son nuestros padawan!

Él tiene los ojos semi-inundados, pero insiste, con una serenidad que ella no entiende que pueda ser real.

—Pueden apañárselas ellos solos. Si salimos ahí, seremos nosotros los que estaremos perdidos.

—¡Erson, por lo que más quieras! —sigue gritando, desgarrada de dolor—. ¡Retén al volcán, yo no puedo!

Él niega con la cabeza. Ella a duras penas lo ve, por la repentina oscuridad. Las placas protectoras terminan de sellar la casa. El nivel de la lava en el pozo sube casi diez centímetros, aunque no hay borbotones repentinos. Al fin y al cabo, hace tan solo dos días que terminó la otra erupción, y no ha habido tiempo de acumular demasiada energía.

Mientras Inderit sigue llorando, desesperada, Erson coge una linterna que ellos mismos habían dejado el día anterior en el cajón del mostrador, y va al interior de la casa en busca de la lámpara de aceite, para iluminar la estancia más cómodamente.

Erson mira por una de las rendijas, en dirección al pueblo. La lava empieza a fluir, lentamente, ladera abajo, sin explosiones violentas. Trata de localizar las siluetas de los chicos. Si viera que corren peligro, concentraría toda su fuerza en desviar la lava y mantenerlos a salvo. Pero no los ve, no se ve a nadie, solo el observatorio a medio camino.

—*Alainiz.*

—*Estamos en el refugio del observatorio, estamos bien.*

Con un enorme suspiro, sale de su concentración.

—Están refugiados en el observatorio.

—¡Gracias al cielo!

Inderit respira hondo y se tranquiliza. El nivel de la lava sube un poco más, pero ya no le preocupa como antes. Luego reflexiona sobre su pérdida de control, dando gracias porque Erson no haya reaccionado igual.

—¿Cómo lo consigues? —dice ella.

—¿El qué?

—Mantener la calma a pesar del miedo. Porque tú has sentido miedo, igual que yo, ¿verdad?

Erson, que de nuevo tiene su libro en las manos, se lo muestra.

—Claro, qué pregunta más tonta. ¿Me lo prestas otra vez?

—Toma. Capítulo 8. El secreto está en plantearse cómo reaccionarías si no tuvieras miedo.

—Sí, la teoría es fácil. El problema es que el propio miedo no te deja ver eso.

—Por eso es el 8, el lazo sin fin. Atrapa a la vez tu cabeza, arriba —señala la lazada superior del número 8—, y tu corazón, abajo —señala la inferior—. Ambos tiran con igual fuerza, y si no haces algo para remediarlo, la lucha nunca termina. Pero como no hay cuerpo que lo resista, tienes que romper el lazo por algún punto para que uno de los dos gane. Si rompes por arriba, preservando el corazón —tapa con el dedo la parte superior derecha del número 8—, estás eligiendo el 6. Has de romper por abajo —tapa con el dedo la parte inferior izquierda—, dejando vulnerable el corazón, para dar preferencia a la cabeza y así alcanzar el 9.

Inderit le mira con escepticismo, no entiende a qué viene el juego con el lazo. Él abre el libro por el índice, y entonces ella ve:

«6.—El punto débil»

Y más abajo:

«9.—La elección correcta»

Una sonrisa incrédula se le escapa, y al mirar a Erson ve una expresión con cierta picardía.

—¿Qué te parece? —dice él.

—Que tienes mucha imaginación.

—Puede ser, pero funciona.

Erson continúa meditando junto al pozo mientras Inderit lee. El volcán le parece alegre, juguetón, con ganas de soltar su energía, pero sin furia. Trata de comunicarse con él más a fondo. Con tantas dudas sobre la historia explicada por Tanrok, quisiera que un testigo fiable le contase qué ocurrió cuando Shari estuvo allí.

Tras un rato de concentración, lo deja por imposible. No comprende el mensaje que Eldur le da, y lo achaca a que no ha conseguido aún liberarse de la influencia de su punto débil.

Inderit lee con atención el capítulo 8. En su época de Academia creía haber entendido todo lo que la maestra Shari explicaba acerca del miedo. Ahora se da cuenta de que cuando verdaderamente lo entiende es cuando lo experimenta. En el libro se explica que un jedi con un miedo no controlado puede llegar a utilizar la Fuerza inconscientemente, tratando de eliminar aquello que le da miedo, y que dado el gran nivel de midiclorianos que tiene un jedi, esa pérdida de control puede resultar catastrófica.

Se acerca al sensor de actividad y repasa la evolución de la última hora. Primero hubo una subida bastante brusca, deduce que es el inicio de la erupción. Después, una bajada importante, que dura solo unos minutos, y vuelta al nivel en que empezó la erupción. Desde ahí, una leve sierra cuyo nivel medio desciende paulatina y regularmente.

Inderit recuerda cuánto se asustó nada más comenzar la erupción, y cómo se relajó al saber que los chicos estaban a salvo.

—Erson.

—Dime.

—Si yo, con 5000, por miedo, soy capaz de esto —le señala el bajón que provocó—, ¿qué pueden hacer 12000?

Erson expresa con un bufido la gravedad de lo que ella plantea.

—Detenerlo por completo.

—Y si, al percibir que ya no hay peligro, esos 12000 se relajan y dejan de ejercer presión, ¿qué hará el volcán?

—Volver a su estado natural, sin darnos tiempo de reacción.

—Se dice que el dolor más grande es perder a un hijo. El miedo a que eso ocurra debe ser también muy grande.

Erson ata cabos con todo lo que Inderit le dice. Ella continúa:

—¿Qué edad crees que podían tener las niñas cuando murieron?

—Si estás en lo cierto… entre año y medio y dos años —ella asiente—. Mañana te lo confirmo, pero apuesto a que será así.

Cada uno vuelve entonces a lo suyo, satisfechos de avanzar en la comprensión de la situación.

—Inderit.

—Dime.

—¿Quién era aquella que decías que no aportaba nada?

Ella se ríe con ganas.

—Una que conocí hace años. No sé qué fue de ella, la perdí de vista.

En Urumai, Tanrok saluda de nuevo a su maestro, con una gran sonrisa.

—¡Qué animado se te ve! Cuéntame, ¿qué tal ha ido?

—Perfecto, ha entrado de lleno. Hemos quedado para hablar mañana a solas los dos.

El maestro pone cara de asombro.

—No sé muy bien qué ha pasado, pero hemos conectado desde el primer momento. No acaba de fiarse de mí, pero ha dado un paso al frente para acercarse, para escucharme. Quiere conocer la historia a fondo.

—Ten mucho cuidado al profundizar, Tanrok, se trata de un maestro jedi de los grandes.

—Lo sé, Maestro, pero hay algo en él que… No sé explicarlo, está interesado. Tenías que haberlo visto parando los pies a Inderit y a Alainiz. Ellas se oponían totalmente, incluso a comer del mismo plato que yo, en cambio él me ha acompañado tomando zumo, y mañana compartirá mesa conmigo.

—Así que les ha parado los pies… —reflexiona el maestro.

—Sí, tal como me dijiste. Se nota quién es el líder.

—No sé, amigo —dice el maestro—. Demasiado fácil, no acaba de encajar con Erson.

—Ha ocurrido tal como dijiste, ha funcionado, Maestro.

—Sí… Pero puede que esté mostrando lo que tú quieres ver.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede que haya visto nuestras intenciones y te esté haciendo creer que ha caído en la trampa, sin ser cierto.

—No, no lo creo —contesta él tras meditarlo unos segundos—. Me dejó claro que no acaba de fiarse: me pidió una muestra de buena voluntad, y él me dio otra.

—No sé, Tanrok, no lo veo claro. Estás entusiasmado, y eso no es bueno. Tienes que ser prudente. ¿Qué muestra te pidió?

—Retirar cámaras y micrófonos de su habitación.

El maestro abre los ojos como platos.

—¿Y se lo concediste? ¿Ya no podemos saber lo que hablan entre ellos?

—Sí, pero a cambio, él va a venir solo, ellas no podrán influenciarle, solo yo.

—Espero que tengas razón. De todos modos no acabes de fiarte, y si ves el menor indicio de que no está de tu parte, corta por lo sano y acaba con él antes de que reaccione. ¿De acuerdo?

—Sí, Maestro, no te preocupes.

—¿Tienes activos los generadores de escudos?

—Eso, siempre.

—Bien. Tengo que dejarte, amigo mío, me estoy retrasando en el envío del informe a Corussan.

—Gracias por todo, Maestro. Hasta la vista.

Tanrok embarca de nuevo en su nave, y el Maestro oscuro se queda preocupado mientras retoma sus tareas, preguntándose cómo ha llegado hasta el punto de pedir a Tanrok que elimine a Erson. Erson era su compañero. Más que eso, era su amigo.

El refugio del observatorio tiene una compuerta en el suelo que da a un túnel, que a su vez comunica con el interior del edificio. Al abandonarlo, lo dejaron protegido por placas de lava solidificada, así que el interior es seguro. Allí hay luz, porque las placas protectoras no cubren todas las ventanas. Las que dan al lado opuesto al volcán no están completamente tapadas, sino solo protegidas de lluvia de rocas por una gran cornisa.

Los chicos entran a mirar, mientras el volcán suelta lo que necesita soltar. Un sensor similar al de Lonsok, pero más grande y algo más complejo, está conectado a una serie de aparatos de transmisión. Todo está en buen estado, aunque lleno de polvo y apagado.

Alainiz encuentra el cuadro eléctrico y activa los conmutadores. Se hace la luz, los aparatos se reinician automáticamente y empiezan a registrar la actividad del volcán, guardando los datos en una computadora. En la pared, unos cuadros con video-hologramas muestran distintas erupciones de antaño.

Se sienta ante la computadora, Kudar-Kaan observa desde detrás. El programa de registro tiene una interfaz anticuada, pero funciona, y casi es más intuitiva que las modernas. Un icono de «Búsqueda», otro de «Escala», otro de «Imprimir», y poco más a destacar. Alainiz entra en Búsqueda, y aparecen unos campos a seleccionar: «Por fecha», «Por actividad». Selecciona «Por fecha», y aparecen más opciones: «Comenzando por», seguido de unos campos a rellenar para introducir una fecha; y «Mostrar periodo», seguido de otros seleccionables: «Año», «Mes», «Semana» y «Día». Por curiosidad,

selecciona el día de su nacimiento, y mostrar periodo «Día». El registro mostrado en pantalla es espectacular.

—Parece que hubo movimiento por aquí el día que yo nací —comenta Alainiz, provocando una sonrisa en Kudar-Kaan.

—¿Mañana es tu cumpleaños?

—Sí, dieciocho.

—Mira qué subida. Empezó de forma muy repentina, ¿no?

—Yo diría que más que una subida es un salto, como si los sensores no funcionaran y de repente empezaran a hacerlo.

Kudar-Kaan observa y reflexiona, y le da la razón, y para comprobar si están en lo cierto, se le ocurre provocar un salto similar.

—Pon el registro actual.

Alainiz lo hace, y él desconecta uno de los cables que van desde los sensores físicos hasta el aparato que después lo transmite a la computadora. El resultado confirma su teoría. Después vuelve a seleccionar el registro de aquél día y mira cómo terminó todo. La sierra de actividad se mantuvo en un ritmo ascendente hasta alcanzar un pico al cabo de unos 10 minutos, y después empezó a descender, hasta volver a lo que sería el nivel de calma. En total, más o menos media hora desde el pico hasta la estabilización.

En la esquina inferior de la pantalla, Alainiz pulsa en «Día +», y aparece el registro del día siguiente, con el mismo nivel en que quedó tras la erupción. Pulsa de nuevo, y lo mismo. Kudar-Kaan le dice la fecha de su nacimiento, y consultan los datos. Ese día todo estaba tranquilo, con los mismos niveles que los días posteriores al nacimiento de Alainiz. Consultan los días siguientes, y encuentran, una semana más tarde, una erupción. La señal sube poco a poco, sin saltos, hasta superar una línea roja que delimita el nivel de riesgo, y al llegar al pico vuelve a bajar, igual que el día en que nació ella.

—Tanrok es un mentiroso patológico —dice Alainiz—. Se puede prever perfectamente la erupción con media hora de antelación por lo menos.

—Recuerda que dijo que empezó a ser más súbito hace diez años, y lo que estamos mirando es de hace quince años.

Alainiz pulsa seis veces en «Año +». El registro indica una actividad mucho más baja y sin la típica sierra. Avanza por días, y encuentra una erupción. La subida es mucho más repentina que años atrás. «*¡Tanrok decía la verdad!*», piensa ella, pero por otra parte se niega a creerlo.

—No, no, no. Sigue sin convencerme. Este tipo tiene la culpa de esto, no sé cuándo ni cómo, pero es así. Mi intuición no admite otra cosa.

Un rato más tarde, el volcán se calma. El registro en el observatorio indica actividad normal nuevamente. Los padawan deciden dejar todo como estaba, apagado, y continuar camino a la casa de Lonsok, en cuanto el suelo se pueda pisar. Al ir a mover las placas de

lava sólida que protegían la entrada, no pueden, porque la nueva riada se ha adherido a ella. Tratan de empujar ambos a la vez, pero las placas no ceden. A Alainiz no le preocupa la situación, sabe que utilizando la Fuerza pueden mover las placas sin dificultad, y se le ocurre poner a prueba a su compañero.

—Kudar, utiliza la Fuerza.

—Lo intento, pero no consigo moverla.

—¡Por favor, hazlo conmigo, yo sola no puedo!

Él lo intenta, y ella finge que también, y las placas siguen sin ceder. Alainiz recuerda cómo le enseñó Erson a tener fe en su propia Fuerza, y prepara un plan para enseñar a Kudar-Kaan.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta él.

—Tendremos que esperar a que vengan a buscarnos. Ya se lo he dicho a Erson, vienen hacia aquí.

Ella sigue haciendo intentos disimulados de mover las placas, con el esfuerzo tan solo de sus músculos, y él empuja también, pero no lo consiguen. De pronto, Alainiz se planta con cara de susto:

—¡Dios mío! ¡El volcán va a estallar otra vez, y ellos están ahí fuera! ¡Tenemos que abrir!

Y finge de nuevo esforzarse en ello.

Kudar-Kaan, aterrorizado, concentra toda su Fuerza, y las placas se mueven. Escruta la zona que se extiende entre ellos y el volcán, conteniendo la respiración.

—¡No los veo!

Mira a Alainiz en busca de ayuda, y ella está riéndose. Entonces se da cuenta de lo que ha pasado.

—¿Ves como podías?

—¡No tiene gracia, me has asustado!

—Lo sé, el miedo es poderoso, para bien y para mal. Pero has aprendido que sí podías.

—¿No había formas más sutiles de demostrármelo?

—Sí, pero son más lentas.

El chico todavía está alterado y con la respiración agitada, y la mira enfadado. Ella se queda seria.

—No te enfades, por favor. Lo siento.

En la casa vuelven a tener luz natural. Inderit deja la lectura y sale a la puerta a echar un vistazo. Desde allí se ven las siluetas de los chicos acercándose.

—Ya vienen.

Erson asiente, muy levemente, y sigue con su meditación. Centra su atención en percibir todos los movimientos de Tanrok, pero de momento no percibe nada.

Llegan los jóvenes y saludan. Erson, inmerso en su concentración, no contesta. Alainiz se acerca a él, extrañada, y al hacerlo percibe sus pensamientos: Tanrok. Han pasado un par de horas desde que discutió con Erson, y ya lo había olvidado, pero ahora, esto, le hace enfadar de nuevo. No comprende la obsesión que ha cogido con él, es como si su Maestro hubiera perdido el sentido común. A lo mejor Inderit puede ayudarle a devolver las cosas a su sitio. La mira un momento y, cuando Inderit la mira a ella también, le hace un gesto casi imperceptible para pedirle hablar donde Erson no las oiga. Entran las dos en la habitación donde se almacenan las figuras.

—Tenemos que hacerle recapacitar, se está equivocando con Tanrok, tú también lo has visto, ¿verdad?

—Sí. Hemos hablado de ello, y me da la razón, pero él ha visto más cosas, va más allá que nosotras, siempre va más allá. Desde pequeños, cuando todos sacábamos una conclusión, él sacaba cinco, y no se equivocaba. Dale un voto de confianza.

—¡No puedo! ¡Tanrok me pone los pelos de punta, y Erson está tratando de conectar con él!

—Lo sé, Alainiz, pero tiene sus motivos, créeme.

—¿Qué motivos?

—No es momento para explicártelos. Necesita concentración, y dice que tú haces muchas preguntas.

—Así que… eso ha dicho…

—Sí.

Alainiz reconoce que es cierto, que siempre le acribilla a preguntas, y ahora tiene una pregunta en el aire que nadie le responde: ¿Por qué Erson hace lo que hace? Inderit ve que la negativa a responderle le provoca angustia. No le dará esa respuesta, pero sí algo para que se tranquilice.

—Mírale bien. ¿Te parece alguien fuera de control?

Alainiz le mira. Está junto al pozo, de pie, con la mano izquierda apoyada en la pared, brazo en alto, y la cabeza agachada, mirando la lava. Tiene aspecto cansado.

—No.

—¿Qué ves? Dime lo primero que te venga a la mente al mirarle.

Ella mira, mira tratando de entender, y solo le viene una cosa a la mente al verle así, pero no lo entiende, no tiene sentido para ella, y sacude la cabeza, renegando.

—¡Vamos, dilo! Lo primero que te venga.

—Soledad —dice finalmente.

—Bien. Eso es porque esta batalla ha de librarla él solo. Le afecta a él, a nadie más.

—Pero, ¿a ti te lo ha explicado?

—Sí.

—¿Y por qué a mí no?

—Ya te lo he dicho: necesita concentración. No le atosigues.

Alainiz sigue el consejo. Comprende que si Erson ha de enfrentarse solo a algo serio, algo que solo él puede hacer, y necesita concentración, no es momento de preguntar más,

sino más bien de lo contrario: colaborar para facilitarle la tarea. En su interior, la desconfianza en Tanrok persiste por un lado, y la confianza en Erson resurge por el otro.

Se acerca a él a observarle en silencio, y entonces Erson la mira y la saluda.

—Hola.

—Hola… —contesta ella tímidamente—. ¿Cómo estás?

Erson responde con una mueca mezcla de sonrisa y ceño fruncido, dando a entender que no del todo bien.

—¿Puedo ayudarte?

Él sonríe, agradeciendo el ofrecimiento.

—No… Eso sería ir en contra de tus principios y tus percepciones. No te pediría nunca algo así.

—¿Y qué pasa con tus principios?

—¿Los míos? —dice, extrañado en un primer momento por la pregunta—. Están bien, los sigo.

Ella no contesta, y Erson deduce que no lo comprende.

—Alainiz, mis principios son como los tuyos. Lo que cambia es la percepción. Percibo cosas distintas a las que percibes tú, y eso hace que tome otro camino.

—¿Cómo es posible que no percibamos lo mismo?

—La percepción se basa en la experiencia. Tú y yo llevamos juntos tres años, pero antes de eso hemos tenido vidas distintas, con experiencias distintas, y mis experiencias hacen que yo vea aquí cosas que en este momento me resulta difícil explicarte.

—A ella se lo has explicado.

—Inderit y yo hemos compartido muchos años, en la Academia y tras dejarla. Tenemos experiencias comunes. Ella lo entiende fácilmente.

—Y entonces, ¿qué debo hacer yo?

—Seguir tu instinto.

—¿Y si mi instinto contradice al tuyo?

—Sigue tu instinto, Alainiz. Si tu instinto dice tajantemente que no debo acercarme a Tanrok, impídemelo.

—¡No puedo oponerme a ti, Erson! —solloza Alainiz.

—Sí puedes, y debes, si realmente crees que es lo correcto. No me consientas hacer algo que no está bien. ¿Qué pasa si yo pierdo el juicio? ¿Me consentirías cualquier cosa por el simple hecho de tratarse de mí?

—¿Entonces, qué hago? No estoy de acuerdo contigo, pero tampoco tengo claro que deba oponerme.

—Pues mantente al margen hasta que algo haga que te decantes por una opción.

—¿Y si por esperar llego tarde?

—Eso no ocurrirá, tu instinto te alertará antes.

Alainiz medita la lección. Su instinto le dice que Tanrok no es de fiar, y también que Erson sí lo es, y una cosa contradice a la otra, a su modo de verlo. No puede apoyar a Erson, pero dejarle solo en su cometido le hace sentir mal, porque le distancia de él.

Erson observa los sentimientos de Alainiz. Él también ve el distanciamiento. Es ley de vida: al madurar, cada cual toma su camino. Para él no supone un problema, pero ella se resiste a iniciar el suyo sola. Tendrá que acompañarla un poco más.

—Hay algo en lo que sí puedes ayudarme —Alainiz revive al oírle—. Intento hablar con Eldur, que me cuente lo que pasó aquí cuando estuvo Shari, y lo que me contesta no tiene sentido. No sé si le estoy entendiendo mal. Pregúntaselo tú. No te diré lo que yo interpreto para no condicionarte.

Ella se descalza. No le quema el suelo como la otra vez, se siente bien. Cierra los ojos y se concentra. Minutos más tarde los abre, y frunce el ceño.

—¿Puede ser que te esté confundiendo con Shari?

—Eso mismo me ha parecido a mí. No lo entiendo. Llevo su espada, pero ya lleva conmigo más tiempo de lo que estuvo con ella, no creo que su energía permanezca aún.

—Pues no sé, pero parece tal cual que habla de ti como si hubieras estado aquí hace muchos años.

En la estancia de la entrada, Kudar-Kaan está en silencio, escuchando a Erson y Alainiz. Inderit le observa. El chico es bastante callado, y eso hace que cueste más conocerle un poco.

—Me gustaría saber en qué piensas cuando estás así.

—Reflexiono sobre lo que oigo. Oigo muchas cosas, y de todas se aprende algo, sobre todo cuando vienen de vosotros. En estos días me siento como si tuviera tres maestros, no uno solo. No me da tiempo a reflexionar sobre todo lo que aprendo de vosotros.

Ella no dice nada. Le asaltan una especie de celos al ver que Erson y Alainiz ocupan parte de su terreno. El chico percibe su malestar.

—Y encima, también estoy aprendiendo de ti a interpretar los silencios. Antes analizaba las palabras, ahora, las palabras y los silencios, me va a estallar la cabeza.

—Ja, ja, ja, ja.

—No te rías, es verdad.

—¿Y qué conclusiones sacas de todo eso que oyes y no oyes?

Kudar-Kaan se queda pensando qué contestar a eso. Sus conclusiones se basan en cosas que sabe por todo lo que ha oído, y no tiene claro si ha de mantenerlo en secreto o por ser su Maestra se lo puede contar todo.

—Déjalo, Kudar. Yo también interpreto silencios. ¿Vienes conmigo a la cocina y empezamos a preparar algo?

Y Kudar-Kaan sonríe y asiente.

Un rato más tarde, ya tienen lista una comida ligera.

—Esto ya está. Llámales.

El chico asiente.

—*La comida está lista* —dice Kudar a Alainiz sin moverse de allí.

—*Vale* —contesta ella.

—¡Kudar! ¿Me has oído?

—Sí, ya se lo he dicho.

—¿Hablas mentalmente con ellos?

—Con Alainiz, sí.

—¡Qué frustración! —dice Inderit—. Me siento excluida.

Mientras comen, las conversaciones serias dejan espacio a las informales. Hablan de lo sabrosa que es la comida de allí, y la comparan con aquellas que sus numerosos viajes les han dado ocasión de probar.

Suena un pitido en la habitación del pozo. Kudar es el que está sentado más cerca de la salida, así que acude a ver qué ocurre, y vuelve al cabo de un minuto.

—El papel del registro se estaba terminando. He puesto un rollo nuevo de los que hay en el mostrador.

—Estupendo, gracias —contesta Erson.

—Qué pena que no esté conectado a una computadora, como el del observatorio. Es mucho más práctico —dice Alainiz.

—Las máquinas son prácticas hasta cierto punto —le dice Erson, gran dominador de la informática—. Es un error pensar que lo hacen todo por nosotros, porque somos nosotros quienes las programamos. Harán lo que les ordenemos, ni más, ni menos.

—Totalmente de acuerdo. Por muy práctica que sea la computadora, si cortan la electricidad como han hecho allí, deja de funcionar.

—Me gustaría saber si siguen funcionando.

—Sí que funcionan, lo hemos encendido todo y hemos curioseado un poco. Está muy bien. Hay registros guardados desde hace muchísimo tiempo, sin gastar papel, todo al alcance de un clic. Hemos visto cómo estaba el volcán el día en que yo nací, y el día en que nació Kudar.

—¿Y no miraste el del día que nací yo? —replica Erson bromeando, recuperando así el ambiente que suele haber entre él y su padawan.

—Pues no. No pienso en ti a todas horas, creído —contesta Alainiz respondiendo al pique, y sigue explicando lo que han visto en el observatorio—. El día que nací yo, parece que se desconectó algún cable, y la señal quedaba falseada, aparentando normalidad. Cuando lo conectaron de nuevo faltaban unos 10 minutos para una erupción. Debieron tener un buen lío ese día aquí.

«*Si es que en cuanto llegas tú empiezan los líos*», piensa Erson, mientras sonríe pícaramente.

Alainiz le da un tortazo en el brazo.

—¡¡Si no he dicho nada!! —replica Erson riendo.

—¡Pero lo has pensado!

—Eso sí —reconoce, siguiendo con la amistosa discusión.

Ella se pone a pegarle de broma, y él a taparse con las manos mientras ríe a más no poder. Pero de pronto él se pone serio y le pide que pare.

—Para —dice Erosn, pero Alainiz no hace caso—. ¡Para! ¡Para, por favor!

Ella se queda quieta y asustada. Erson salta de su asiento y corre a ver el registro. Los otros tres se miran. Nadie sabe qué pasa, así que van tras él a comprobarlo.

Encuentran a Erson concentrado, mirando el registro, con un gesto como de imposición de manos, que suele usar cuando utiliza la Fuerza. Ha detectado el regreso de Tanrok y que al hacerlo vuelve a ejercer su poder sobre el volcán.

—¿Estás haciéndole un pulso a Tanrok? —pregunta Alainiz.

—Más o menos. Le estoy apantallando.

Silencio de todos, preservando su concentración. Finalmente baja las manos, pero su Fuerza permanece activa, anulando el efecto de la de Tanrok.

—Terminemos de comer. No me hagáis perder la concentración, por favor.

Las dudas que asaltaban a Alainiz hasta hace un rato se disipan. Al fin y al cabo, lo importante no era eliminar a Tanrok, sino evitar que siguiera haciendo lo que hace. Este sí es su Erson. La nueva experiencia cambia su percepción. Ahora sigue pensando que Tanrok no es de fiar, y que Erson sí lo es, y ya no es contradictorio. Y ahora sabe que la forma de ayudar a Erson es quedarse al margen y dejar que él hable con Tanrok, a solas. Ya no hay distanciamiento, ahora hay más unión.

Capítulo 9.- Erson y Tanrok.

Erson se sienta en la cama de Alainiz, que despierta en ese momento, mirándola y sonriendo.

—Buenos días, pequeñaja —saluda, y le da un beso en la frente—. Feliz cumpleaños.

Ella sonríe también. No podía empezar mejor el día.

—Buenos días.

—Arriba, que tenemos que planificar algunas cosas. Dentro de una hora debo estar ya con Tanrok.

Alainiz es la última en asearse. Con el cabello aún mojado, se reúne con los demás a escuchar a su Maestro, mientras se hace de nuevo una trenza con su larga melena rubia.

—*¿Me oyes?* —dice Erson mentalmente, dirigiéndose a Inderit.

Ella no contesta, la respuesta es no.

—No quiero estar solo con Tanrok, pero no podéis venir conmigo. Kudar, ¿crees que desde aquí podrías escucharnos?

—Lo veo difícil —dice el chico, tras poner atención a lo que oye en ese momento—. Hay muchas paredes y muchos sonidos que se interponen. Desde la calle sería mejor, solo tendría como obstáculo el cristal de la ventana.

—No tenemos tiempo ya para comprobarlo, esperemos que así sea. Contando con que será posible, todo lo que crea importante y no sea audible, se lo diré a Alainiz.

Inderit está seria, de nuevo se siente inferior. Él se da cuenta.

—Inderit, tendrás que interpretar el lenguaje no verbal en función de lo que yo describa a Alainiz. Me fijaré todo lo que pueda.

—De acuerdo.

—Sobra decir que si en algún momento creéis que algo no va bien, debéis intervenir.

Silencio de los tres.

—Pero todo irá bien.

—¿Cuál es el final esperado? —pregunta Alainiz.

—Salir con Tanrok detenido y con información.

Los tres aceptan las peticiones de Erson y sus explicaciones.

Se acerca la hora de la cita. Erson echa un vistazo a los demás. Kudar, como siempre, está escuchando, y escuchando. Inderit, seria, como en los momentos más trascendentales. Alainiz, preciosa, con su trenza recién hecha y ese rostro rosado, casi níveo. Erson la ha visto hacerse mujer, y está muy orgulloso de ella, salvo porque debería haber pasado ya las pruebas y no lo ha hecho.

Se levanta y suspira.

—Nos vemos después.

Se dirige a la puerta, pero cuando está a punto de abrirla, Inderit le llama.

—¡Erson!

—Qué —contesta, girándose hacia ella.

—Ten cuidado, no te atasques en el ocho.

Las palabras de Inderit le llegan al corazón. Erson sonríe, se acerca a ella, y le da un beso en la mejilla. Luego se dirige de nuevo a la puerta, y cuando está a punto de abrirla, le llama Alainiz.

—¡Erson!

Él se queda parado. Es la segunda vez que le frenan cuando está dispuesto a afrontar el reto que le espera. Se gira hacia ella y responde.

—Qué.

—Ten cuidado, no te fíes de él, hazme caso, por favor.

Erson pierde la mirada en el suelo. Sabe que Alainiz tiene buen olfato, y eso contradice en cierto modo la sensación que le produce la cercanía de Tanrok. Aunque sabe que miente, detecta algo en él que le da cierta esperanza. Pero ella tiene razón, no es de fiar y debe ir con cuidado. Suspira y se acerca a ella, y también le da un beso en la mejilla. Luego se dispone de nuevo a marchar.

Kudar-Kaan sonríe, parece divertirse. Cuando Erson está a punto de abrir la puerta, le llama.

—¡Erson!

Él inspira profundamente, se arma de paciencia, saca su sonrisa más amable y se gira a contestarle.

—Quéee.

—Que la Fuerza te acompañe.

Erson ríe para sí, pero las palabras del chico también le enternecen. Ambos se miran con complicidad, y Erson se acerca a él y le da un beso en la mejilla, igual que a las mujeres, haciendo reír a todos.

Por fin consigue salir de la habitación. Pasillo adelante, siente que no va solo, que no solo la Fuerza le acompaña, también sus compañeros.

Tanrok recibe a Erson de pie, con un apretón de manos. Al igual que el día anterior, los dos sienten una conexión especial. Erson recuerda el aviso de Alainiz y muestra una expresión amable, sin más. Tanrok, en cambio, sonríe abiertamente.

—La mesa está preparada. ¿Me acompañas?

—Desde luego.

Inderit, Alainiz y Kudar-Kaan salen de la habitación unos minutos después que Erson y abandonan el edificio. Pasean por los jardines que lo rodean y se sientan en un banco situado bajo la ventana de la sala donde Erson y Tanrok se han reunido.

—Desde aquí les oigo bien —dice el chico.

—Estupendo —contesta Inderit.

—¿Habéis pasado buena noche? Espero que el alojamiento sea lo bastante cómodo.

—Sí, todo bien, gracias.

—Tus amigos, ¿desayunarán fuera?

—Sí, claro.

—Me sorprende que hayas querido que hablemos a solas.

—Lo supongo. El chico de momento solo observa, pero ellas… Ellas tienen una opinión muy distinta a la mía en esto. No estarían muy dispuestas al diálogo.

—¿Dicen algo?

—De momento solo formalidades. No puedo ir repitiéndolo todo, me perdería parte de lo que dicen. Iré resumiendo. Erson le ha dicho que ha ido solo porque vosotras no estaríais dispuestas a dialogar.

—Tiene razón —dice Alainiz.

—Entiendo… Sin embargo, tú confías en mí. ¿Por qué?

—La verdad es que no lo sé, no tengo una respuesta lógica a esa pregunta. Es… una intuición. Veo algo en ti que me recuerda a mí.

Tanrok sonríe, complacido.

—Tal vez sean los midiclorianos.

—Es posible. Habrías sido un gran jedi. ¿Por qué no fuiste a la Academia?

—Esa es una de mis grandes frustraciones en la vida. Yo quería ir, pero mis padres no consintieron.

—Aha… Entiendo. Mis padres tampoco eran partidarios de ello, pero yo les convencí.

—¿En serio?

—Sí.

—Vaya… Ojalá hubiera tenido yo ese punto de rebeldía.

—¿Lo consideras una rebeldía?

—Bueno, quizá no he dado con la palabra adecuada. Me refería a tener el valor de insistir, desobedeciendo a sus deseos. Esa espinita me quedó clavada de por vida. De pequeño soñaba que me convertía en un jedi, y luchaba contra los rebeldes, blandiendo mi espada láser.

Erson se sonríe. Tanrok ha utilizado dos veces el concepto de «rebeldía», con connotaciones totalmente opuestas. Tanrok interpreta la sonrisa como un gesto de empatía hacia él, por su relato.

—¿Llevas encima tu espada?

—Claro, siempre la llevo.

—Yo voy desarmado —dice Tanrok, serio.

—¿Qué insinúas?

—No me parece justo, se supone que este encuentro es de buena voluntad.

Erson está realmente sorprendido, pero tiene muy claro que no piensa dejar lejos de sí su espada.

—Tanrok, incluso a los encuentros diplomáticos voy armado. Siempre voy armado.

Tanrok intuye motivos sentimentales, y cambia su expresión de desconfianza por otra de complicidad, para indagar un poco.

—¿Razones sentimentales?

—No entiendo —contesta Erson, sin ser cierto.

—¿Pertenecía a alguien querido? ¿O te la dieron nueva?

—No tengo ni idea. Me la dieron y punto, y desde entonces no me he separado de ella. No veo por qué tendría que hacerlo ahora.

—Porque yo estoy desarmado.

—Estamos en tu terreno. Esto está lleno de trampas que puedes activar en cualquier momento. Si quieres que deje atrás mi espada, vayamos a otro lugar.

Tanrok le estudia detenidamente. Erson no muestra preocupación alguna, y está muy seguro de sí mismo.

—Te veo nervioso, y no deberías tener motivo. Nadie que tenga buenas intenciones teme mi espada. ¿La temes tú?

Tanrok piensa en su oscuro maestro, y también en lo que ha leído en el libro de Shari. Según su maestro, debería temer la espada de Erson. Pero él quiere hacer las cosas de otro modo. La lectura le ha tocado en lo más profundo, y quiere acercarse más a Erson, ser más afín a él.

—No. Lo siento, la desconfianza se había apoderado de mí. Supongo que tengo muy asumido que te opones a lo que estoy haciendo.

—Probablemente, pero recuerda que estoy aquí para que me convenzas de lo contrario. Cuéntame cómo empezó todo.

En el jardín, Kudar-Kaan explica:

—Tanrok está preguntando a Erson por qué no deja fuera su espada, si es por motivos sentimentales, y él ha dicho que no, pero que nunca se ha separado de ella y no lo va a hacer ahora.

Las mujeres se miran, y por poco no se les escapa una carcajada.

—Si en algún momento notas que lo que dice Erson es poco convincente, avísame —dice Inderit.

—Vale.

—Pues verás: Justamente hoy se cumplen 18 años de aquello —dice Tanrok, y Erson se percata de la coincidencia: ese día nació Alainiz—. Hasta entonces, aquí todo transcurría con normalidad. Teníamos al volcán controlado desde el observatorio, el sistema de emergencia funcionaba perfectamente. Cada dos o tres meses, los sistemas avisaban de que Eldur se alteraba, pero no pasaba nada: todo el mundo ponía sus protectores, con veinte minutos era suficiente para prepararse, y aún quedaban diez más para que la erupción comenzara.

—Está contando lo que pasó aquí hace 18 años, tal día como hoy. Por cierto, Alainiz, felicidades.

—Gracias.

—Ese día, hubo una avería en los sensores y no saltaron las alarmas. No sé por qué, pero en ese momento estaban aquí los Maestros Min y Kenobi, y ellos percibían lo que iba a pasar. Nos llevaron a todos a la falda del volcán, junto a aquella casa —señala por la ventana—. ¿La ves?

—Sí.

—Dice que se averiaron los sensores, y que Shari y Obi-Wan los llevaron a todos a la falda del volcán, junto a la casa de Lonsok.

—Ajá, lo que vimos en el registro —contesta Alainiz.

—Mientras él volvía al pueblo a revisar si quedaba alguien, comenzó la erupción, y ella se ocupó de controlarlo todo, y nadie salió herido.

Erson va asintiendo, escuchando al tiempo que come. Observa el lenguaje no verbal de Tanrok, pero no entiende del tema, y nada le llama la atención. Tanrok continúa hablando:

—Yo me ofrecí a ayudar a la Maestra, aunque no hizo falta, porque ella podía sola, y me explicó cómo lo hacía, y me dijo que practicara mucho el uso de la Fuerza por si alguna vez volvía a ocurrir algo así.

Kudar-Kaan frunce el ceño. Algo no encaja en lo que oye, pero lo cuenta a las mujeres:

—Dice que la Maestra Shari controló el volcán, y le enseñó a él a hacerlo por si era necesario en un futuro.

—¿Que Shari le enseñó? —Dice Inderit—. No me lo creo, ella no enseñaría a utilizar la Fuerza a alguien como él.

Alainiz tampoco se cree lo que Kudar-Kaan transmite, aunque no sabría explicar por qué.

Erson escucha. Ha conseguido controlar su miedo, y está cómodo y tranquilo, lo cual le permite no mostrar ni un ápice de alteración de ánimo al escuchar la historia, y poder analizar fríamente lo que Tanrok le cuenta. Tanrok, en cambio, muestra emociones, como un buen actor en su mejor actuación, esperando una respuesta emocional por parte de Erson.

—*¿A qué viene esta pausa?* —pregunta a Alainiz, para que ella lo transmita a Inderit.

—Inderit, Erson pregunta por qué Tanrok hace una pausa.

—Espera su reacción a lo que está contando. Dile que se mantenga frío y rompa el silencio con algo banal.

—*Dice Inderit que te mantengas frío y rompas el silencio con algo banal.*

—*Gracias, pequeñaja.*

—Esto está buenísimo. ¿Qué es?

—Confitura de babap, un hongo que crece en las cuevas más antiguas al calor de la lava.

—¡Mmmh, delicioso! Pero continúa, por favor.

—Ja, ja, ja, ja. Se ha puesto a alabar la comida —explica Kudar-Kaan.

—¡Muy bien, Erson! —responde Inderit.

Alainiz sonríe, orgullosa de que su grandullón haga tan bien las cosas, y sigue pensando en por qué está tan convencida de que Tanrok miente.

—Pues como iba diciendo, ella me enseñó a controlarlo, por si alguna vez era necesario, pero durante muchos años no hubo ninguna necesidad. Todo iba bien, como siempre, con las erupciones habituales avisadas con tiempo por el sistema de emergencia.

Erson sigue escuchando con atención, y disfrutando de las delicias.

—De pronto, el tiempo con que el sistema nos avisaba empezó a reducirse. Es decir, no es que el sistema fallara, sino que desde que avisaba hasta que comenzaba la erupción pasaba menos tiempo, porque la actividad aumentaba más bruscamente. Recuerdo la primera vez que nos sorprendió así, porque fue precisamente cuando estaban a punto de nacer mis pequeñas.

A Erson le alerta este detalle, y viendo que el amor por sus hijas es un punto débil de Tanrok, se muestra afectado, para que él crea que empatiza.

—Vaya… ¡Qué oportuno! —Luego se dirige a Alainiz—. *Alainiz, ¿habéis oído eso?*

—Kudar, ¿qué acaba de decir Tanrok?

—Que durante muchos años todo iba bien y no hizo falta poner en práctica lo que Shari le enseñó, pero luego empezó a reducirse el tiempo entre el aviso y la erupción, y que la primera vez que les sorprendió fue cuando sus hijas estaban a punto de nacer.

—Se empiezan a confirmar nuestras teorías —dice Inderit.

—*Oído, y dice Inderit que encaja.*

—Mi esposa estaba de parto. Yo estaba bastante nervioso, como comprenderás. Los médicos dijeron que la cosa iba para largo y teníamos que tomarlo con calma y controlar todo muy bien, porque un parto doble es más complejo que uno sencillo. Entonces fui a tomar una infusión relajante, haciendo un esfuerzo por tranquilizarme, y sonó la alarma. A duras penas habían terminado de colocar las protecciones cuando estalló, y muy violentamente.

—*Que Kudar os repita esto palabra por palabra.*

Pero no es necesario que Alainiz se lo pida, porque Kudar-Kaan ya lo está haciendo.

—Exacto —dice Inderit—. Cuando él se relajaba, el volcán quedaba liberado.

—¿Cuánto hace de eso? —pregunta Erson.

—Diez años y poco —responde Tanrok, y continúa con el relato—. Hubo decenas de muertos en aquella ocasión, gente que merodeaba por la calle después de colocarse las protecciones, porque contaban con los diez minutos más de margen, y no los tuvieron.

Erson da por terminado el desayuno, y ahora le escucha activamente.

—¿Hubo alguna complicación en el parto? —pregunta, mostrando interés.

—Sí, se cortó el suministro eléctrico, y los aparatos de control dejaron de funcionar. Los médicos echaron mano de sus conocimientos más rudimentarios, y afortunadamente todo terminó bien, pero el rato que pasamos no se lo deseo a nadie.

»De todos modos —continúa Tanrok—, aquello habría quedado en una anécdota, si no fuera porque se repitió al cabo de cinco meses. Era la primera vez, tras el nacimiento de las niñas, que mi esposa y yo nos decidíamos a dejarlas con una niñera y salir a cenar y divertirnos a solas una noche. Cuando estábamos por los postres, la alarma empezó a sonar, y la erupción comenzó antes de que terminasen de colocar las protecciones en el restaurante donde estábamos. Por suerte, las de nuestra casa estaban automatizadas, y teóricamente las niñas estaban a salvo, pero nosotros éramos padres primerizos, y nos preocupábamos. Intentamos contactar con la niñera, y fue imposible: las comunicaciones habían quedado cortadas.

En el jardín, Kudar-Kaan va resumiendo todo lo que Tanrok cuenta.

—Sigue confirmándose —dice Inderit.

—Inderit —dice Alainiz—, ¿a qué teoría te refieres?

—A que Tanrok, por miedo, bloqueaba el volcán involuntariamente, y en cuanto se relajaba dejaba de hacerlo y… ¡¡Booom!!

—¿Te puedes hacer una idea de lo asustados que estábamos?

—Sí, me hago una idea.

—Durante tres meses más, no tuvimos valor para separarnos de ellas, esperando en cualquier momento una erupción repentina… Pero no se producía ninguna. Al final, animados por la calma, intentamos de nuevo pasar una noche en pareja.

Erson le mira, esperando la continuación, aunque la imagina perfectamente. Lo que le interesa no es lo que ocurrió, sino cómo lo cuenta él.

—… Y volvió a suceder, Erson, como la otra vez, cuando nos iban a traer los postres. Yo no podía creerlo, salí corriendo hacia mi casa antes de que las protecciones estuvieran listas, y aún así no llegué a tiempo. La automatización salvó a mis hijas, pero yo sufrí quemaduras en el 10% de mi cuerpo.

Erson guarda silencio. No había visto señal alguna de quemaduras en Tanrok, su rostro está intacto. Pero, al fijarse bien, observa en su cuello parte de las cicatrices. El resto del cuerpo está tapado por la ropa y por unos guantes que en ningún momento se ha quitado, ni para comer.

—Esa fue la última vez que intentamos salir mi esposa y yo. Y de nuevo, mientras permanecíamos a su lado, no hubo ninguna erupción más. Las niñas crecieron sin más sobresaltos, y cuando iban a cumplir dos años, las llevamos por primera vez a la escuela. Una escuela a las afueras del pueblo, con las protecciones sin automatizar. Nadie se acordaba ya del volcán, llevaba casi año y medio en calma. Y ese día explotó, y se llevó por delante lo que yo más quería: mis hijas.

Tanrok empieza a dar muestras de claro sufrimiento al avanzar en el relato. Erson está convencido de que toda la historia sobre sus hijas y las erupciones del volcán es real. Ve en sus ojos el miedo y el dolor, revividos al contar la historia. Afecto y miedo juntos, mala combinación para alguien con un nivel de midiclorianos como el que tiene Tanrok. Y dolor, que alimenta el miedo. Y nadie que le enseñe a controlar esos sentimientos.

—Unos días después del funeral de las niñas, supimos que venía en camino otro bebé —continúa explicando Tanrok—. Me juré a mí mismo, y a mi esposa, no permitir que le ocurriese lo mismo que a las niñas.

Tanrok se levanta de la mesa, va hasta la ventana, y mira hacia el exterior, dando la espalda a Erson. Mete las manos en los bolsillos y continúa hablando.

—Para entonces, habían pasado diez años desde que la Maestra me enseñó a controlar el volcán, y apenas me acordaba de cómo hacerlo, pero cogí de nuevo el libro que me dio al despedirnos, y con la ayuda de las lecciones que hay en él, encontré la manera.

—*Que me dé la espalda y se meta las manos en los bolsillos, significa que miente, ¿verdad?*

Alainiz recibe el mensaje, y lo repite a Inderit.

—Sí, claramente —responde ella, y Alainiz lo transmite a Erson—. Sobre todo porque está diciendo que Shari le dio el libro hace 18 años, cuando todavía no se había escrito. Ja, ja, ja, ja.

Erson también se ha dado cuenta del desfase de fechas. Su pregunta sobre si miente hace referencia a lo que Tanrok dice sobre que aprendió él solo, con la ayuda del libro. Nadie sabe mejor que él lo que dice el libro, y el libro no trata en absoluto de técnicas del uso de la Fuerza, sino de si es correcto, o no, usarla en cada situación, y de cómo encontrar el equilibrio personal para hacer el mejor uso de ella. Si bien es cierto que, para alguien con 12.000 midiclorianos, la técnica es algo que se aprende por sí solo, como un niño aprende a caminar, y que puede estarse refiriendo a que las lecciones del libro supusieron un aprendizaje personal, que esté mintiendo al decir eso le confirma que aprendió de otro modo.

—¿Dónde empezaste a practicar?

—Aquí, en Bunaii.

El lenguaje no verbal sigue diciendo que miente. Erson deduce que practicó en otro planeta, porque ante una pregunta abierta, si hubiera sido en Bunaii habría contestado «en casa» o «en el observatorio» o «junto al cráter del volcán» o el lugar concreto del planeta donde hubiera sido, porque Bunaii lo habría dado por supuesto.

—Y conforme vi que podía hacerlo, pensé que debía hacerlo por todo mi pueblo. No soy el único que ha sufrido pérdidas por culpa de Eldur. Así que ofrecí al pueblo mis aptitudes.

«Y las usaste para hacerte con el poder», piensa Erson.

—Durante años he protegido al pueblo con total eficacia, y ahora mis fuerzas empiezan a fallar. Necesito que me ayudes, Erson.

—¿No ha habido ninguna erupción en todos estos años?

—No. Bueno, sí. Me explico: Al principio hice pruebas, claro, y cuando dejaba de hacerlas, estallaba de nuevo. Cuando me eligieron Gobernador, mi compromiso con el pueblo fue total, y mientras yo estuviera en Bunaii, todo estaba controlado. El problema venía cuando por compromisos políticos debía salir del planeta. Entonces, antes de irme, hacía colocar todas las protecciones, porque sabía lo que ocurriría al alejarme.

—Aha… Entonces, hace cuatro días… ¿habías salido del planeta?

Tanrok palidece, y su lenguaje corporal cambia totalmente.

—No. Eso fue por otro motivo —reconoce con tristeza—. En todos estos años ha habido tres excepciones: la muerte de mi esposa, la noticia de la enfermedad de mi hijo y, ahora, su muerte. No era capaz de mantener la concentración. Mi hijo murió hace cinco días.

Desde el jardín, Kudar-Kaan ha ido explicando todo lo que oye, y todo encaja a la perfección con lo que ya sabían por los diarios que Lonsok guardaba.

Tras un silencio que Erson aprovecha para meditar, Tanrok continúa, esquivando de nuevo la mirada.

—El problema con que me encuentro ahora es que ya no consigo concentrarme como antes. La prueba la tienes en la erupción de ayer.

Erson no muestra ninguna reacción a lo que dice Tanrok, pero sabe que el motivo real de la erupción del día anterior era que él había salido del planeta.

—Y por eso quieres que te ayude…

—Sí.

Erson se recoloca en su asiento. Mira detenidamente a Tanrok, con esa mirada penetrante, inquisitiva y analizadora que tantas veces ha tenido que soportar Alainiz.

—Para eso tienes que conseguir que confíe en ti. —Tanrok parece no comprender—. Así que… ¿qué tal si empiezas a contarme la verdad?

—Te he contado la verdad.

—Los dos sabemos que no.

—No. Lo que los dos sabemos es que vienes convencido de que soy una especie de Sith o algo así, y no vas a cambiar de opinión.

Erson no contesta a la acusación.

—Conoces la fábula de los cinco individuos, ¿verdad? —dice Tanrok, y Erson asiente—. Tú crees que soy el 4, cuando en realidad soy el 1. Somos víctimas del volcán, y yo he conseguido mantener a salvo a mi pueblo, y por eso me adora.

—Puede que no seas el 4, pero sí el 5.

—¿El 5?

—Sí, mientes para ocultar tu delito.

Tanrok enrojece y se pone nervioso.

—Te juro que te he contado la verdad.

—Ya… Todo eso de que empezó a reducirse el tiempo antes de estallar, sí. Y que tú aprendiste a controlarlo, y en ocasiones puntuales fallaste, también. Pero has adornado la historia con unas cuantas mentiras.

—¿En qué crees que miento?

—Tengo información que tú no tienes. Esa es mi ventaja, y mientras no me demuestres que eres de fiar, conservaré esa ventaja a toda costa.

—La cosa se pone seria —dice Kudar-Kaan en el jardín—, Erson le ha dicho que sabe que miente, y le está pidiendo la verdad.

Erson espera paciente a que Tanrok hable, y Tanrok pasea arriba y abajo nervioso. De vez en cuando mira a Erson, que le mira a él en todo momento, sin perder detalle de sus

reacciones. El Gobernador de Bunaii se siente perdido, y recuerda el aviso de su maestro, y también recuerda lo leído en el libro de Shari.

—Para que veas mi buena voluntad, empezaré yo por reconocer mis mentiras —dice Erson.

—¡¿Me has mentido?!

—Solo un poco. —Erson saca su espada y la deja sobre la mesa—. Mi espada: pertenecía a Shari, me la dio ella personalmente al despedirse de mí, antes de morir, así que… sí, tiene un gran valor sentimental. Aunque esa no es la razón principal para no separarme de ella, haría lo mismo si no tuviera ese valor.

Erson espera la reacción de Tanrok, que sigue en silencio y confuso al ver que, a pesar de la confesión, Erson no se ha debilitado lo más mínimo.

—Te toca.

—No me lo puedo creer —dice Kudar-Kaan—, Erson está mostrando sus cartas.

—¡Cómo que está mostrando sus cartas! ¿Qué quieres decir? —pregunta Inderit.

—Está reconociendo en qué ha mentido él. ¿Por qué hace eso?

—Quiere llegar a un entendimiento por las buenas y le está forzando —contesta Alainiz.

—Es inútil, Tanrok no va a llegar por las buenas a ningún lado —replica Inderit.

—Pero ya conoces a Erson. Él tiene que intentarlo por las buenas hasta el final.

—Sí, hasta que un día eso sea su final.

—¡No digas eso, Inderit, Erson es el más fuerte!

—Y el más ingenuo también.

—Sí, eso también —reconoce Alainiz con un suspiro.

Erson sigue esperando a que Tanrok empiece su confesión, pero él ha enmudecido, y mira por la ventana, pensando en cómo salir del embrollo en que se ha metido.

—Si no lo haces tú, lo haré yo. De lo contrario no sería justo.

Tanrok le echa una mirada nerviosa, miedosa. Erson saca su libro y lo pone también sobre la mesa.

—¿Llevas encima el tuyo?

—Sí.

—¿Lo has leído?

—Sí.

—¿Entero? ¿De principio a fin?

—Sí.

—No.

—¡Sí lo he leído! ¿Qué sabrás tú?

—Sé que no te lo dio Shari.

—¡Tú no estabas aquí para verlo! ¡Me lo dio ella!

—¿Cuántas veces estuvo Shari aquí?

—Solo una, y fue suficiente para dejarme marcado de por vida.

—Eso no lo dudo, a mí también me marcó.

Erson espera de nuevo a que Tanrok se decida, pero él sigue en silencio. Erson suspira.

—¿Lo has leído todo, desde la portada hasta la contraportada?

Tanrok le mira con desconfianza y algo de confusión. No entiende que repita la pregunta especificando de ese modo. Erson abre el libro por la primera página y le señala la reseña editorial. Tanrok palidece al ver que la primera edición se publicó tres años más tarde de la visita de Shari a Bunaii.

—Entonces, qué, ¿hablamos en serio? —Pregunta Erson a un Tanrok que se ha vuelto a sentar, hundido.

—Creo que le ha enseñado la fecha de edición del libro, pero no estoy seguro, apenas hablan.

—*Erson, ¿qué pasa? Kudar-Kaan no os oye.*

—*Nada, pequeñaja, todo va bien.*

—*Pero dime qué haces.*

—*Le he demostrado por fechas que Shari no pudo darle el libro.*

—*De acuerdo.*

—Sí, ha sido eso —explica Alainiz a los demás.

—Tanrok… —Tanrok no contesta, tiene la mirada clavada en la fecha de edición—. ¿Sigues queriendo que te ayude?

Sentimientos contradictorios asaltan a Tanrok. Piensa en su maestro, que le avisó de que no sería fácil engañar a Erson. Piensa en lo leído en el libro, que le llama a sincerarse. Piensa en el ofrecimiento de Erson, que está sacando a la luz las verdades, y al mismo tiempo despojándose de sus armas y sus ventajas. Piensa también en su pueblo, y en que las fuerzas empiezan a fallarle, en eso sí ha dicho la verdad. Y piensa en la oportunidad que tiene delante: recibir ayuda del más fuerte de los jedi.

—Sí.

—Bien. Te ayudaré, pero te ayudaré a hacer las cosas como se deben hacer, no como tú pretendes hacerlas.

—No te entiendo.

—Te lo explicaré. ¿Por qué necesitas mi ayuda?

—Porque me empiezan a fallar las fuerzas.

—No, no te fallan las fuerzas.

—Sí me fallan, eso es cierto.

—Eso es lo que tú crees que es cierto, pero te equivocas.

—¡Es un crack, se lo ha ganado! Erson se está imponiendo, y sin violencia —explica Kudar-Kaan.

—Has leído el libro, ¿verdad?

—Sí… —vuelve a contestar Tanrok, inseguro ya, porque antes contestó lo mismo y resultó ser que no.

—¿Has comprendido lo que es el miedo?

Tanrok no sabe qué contestar. Erson sigue construyendo su razonamiento.

—¿Tienes algún equipo de registro de la actividad volcánica?

—Sí.

—¿Podríamos verlo?

Tanrok le conduce hasta su despacho. Allí abre un pequeño armario que contiene el sensor con su correspondiente equipo de registro.

—*Alainiz, cambiamos de lugar, estamos en el despacho.*

—*Bien.* —Y lo comunica a los demás, por si fuera necesario moverse para seguir escuchando.

—Fíjate bien en el nivel de actividad —dice Erson—. Está en calma.

—Debería ser más bajo, ya no puedo controlarlo como antes. Te lo estoy diciendo, me fallan las fuerzas.

—Está como debe estar. Tu acción no le afecta porque yo la estoy contrarrestando. Mira lo que pasa si yo dejo de actuar.

Erson libera su fuerza, y ambos ven como la gráfica desciende hasta un nivel mucho más bajo.

—¿Desde cuándo estabas haciendo eso?

—Desde ayer tarde, cuando regresaste a Bunaii.

Tanrok siente el impulso de negar que había salido de Bunaii, pero se reprime, quiere ganarse la confianza de Erson.

—Ahora suéltalo tú, y verás como vuelve al nivel de antes.

—No. Eso es peligroso.

—No lo es. Así es como había estado toda la vida, daba tiempo para prepararse, ¿recuerdas?

Tanrok le mira, asustado. Erson ve, por fin, sinceridad, y tira de él para devolverlo al buen camino.

—Relájate y suéltalo, vamos.

Él lo suelta, aunque tembloroso, viendo como la gráfica vuelve al nivel de antes de que lo hiciera Erson.

—¿Lo ves? No pasa nada.

—Estallará.

—Sí, de aquí a dos o tres meses, pero empezará despacio, dará tiempo a prepararse.

—No, te equivocas. Será repentino, y será un desastre.

—¿Tienes registros de cuando nacieron tus hijas?

—Sí —dice Tanrok, y los saca de un archivo que conserva en estantes sobre el aparato de registro.

Buscan la fecha concreta y cotejan las gráficas.

—¿Lo ves? ¡Es repentino!

—Sí, pero mira de qué valor parte.

—Es más bajo, ¿y qué?

—Que lo estabas reprimiendo.

—¡Yo no hacía nada!

—¡Lo hacías, inconscientemente! ¡Lo hacía tu miedo!

Tanrok mira registros y comprueba fechas. Comprueba los últimos días, alrededor de la muerte de su hijo. Tras ella, su represión no es tan intensa.

—¡Me fallan las fuerzas! ¡No lo reprimo como antes!

—No te fallan las fuerzas, te falta la motivación. Ya no tienes seres queridos a los que proteger. ¿Lo entiendes?

Tanrok entiende solo a medias.

—Todo esto ha sido un error —concluye Erson—, ha llegado el momento de dejarlo.

—¿Un error?

—Sí. Tu miedo tomó el control de tus midiclorianos y rompiste el equilibrio natural de Eldur. Por eso cambió el ritmo, por eso se volvió imprevisible.

—¿Me estás diciendo que yo soy el culpable de la muerte de mis niñas?

Erson le mira a los ojos y contesta:

—Sí.

Tanrok siente que su mundo se derrumba sobre él, aunque apenas hay ya escombros que le puedan hacer daño, porque ya estaba prácticamente destruido tras la pérdida de su familia. Se da cuenta de todo, entiende lo que Erson le dice. Su maestro nunca le había explicado así las cosas. Ojalá hubiera sido Erson su maestro, y no él.

Aún así, hay cosas que no alcanza a comprender. Es cierto que no fue Shari quien le enseñó. Es cierto que tenía miedo. Incluso es cierto que poco a poco se dio cuenta del poder que ejercía sobre el volcán, y empezó a practicarlo de manera consciente por su cuenta, y que su maestro tan solo le enseñó tácticas para mantener ese poder ininterrumpidamente. Pero él no se inventó el modo de hacerlo.

—Pero… Shari lo hizo. No me enseñó a hacerlo, pero ella sí lo hizo.

—No, ella respetaba el equilibrio natural, no hizo eso, estoy seguro. Debió ser otra cosa, algo para manteneros a salvo, sin afectar al volcán.

—Ella paró la erupción, te lo aseguro. Yo estaba allí. Lo que pasa es que tú estás convencido de que eso no se debe hacer, y no aceptas que ella, tu ídolo, lo hiciera. Eso para ti sería reconocer que no era perfecta.

Erson no contesta a la acusación formulada por Tanrok. Vuelve a atacar su punto débil, y necesita tiempo para racionalizar y meditar, para saber si tiene razón o no.

—Erson está dudando —explica Kudar-Kaan—. Tanrok le está haciendo dudar sobre si Shari ejerció presión sobre el volcán.

—¡No, Erson, otra vez no! —dice Inderit, como si él pudiera oírla.

—¿Cómo puede dudar en eso? —se pregunta Alainiz—. Shari era la Maestra de Moral, íntegra como nadie. Erson aprendió de ella. Es tan simple como plantearse si él lo haría, para saber si ella lo haría o no. Son iguales en eso.

Sus propias palabras la sorprenden, al descubrir en ellas la respuesta a algo que quedó pendiente: «iguales»

—*Erson, ya sé por qué el volcán te confunde con Shari.*

—*Ahora no, pequeñaja.*

—*Sí, ahora, es importante.* —Silencio de Erson, que cede a la insistencia—. *Su percepción proviene de su experiencia, y su experiencia con ella fue la misma que contigo. ¿Entiendes?*

Tras pensarlo un instante, vuelve a pensar en la acusación de Tanrok. Shari es como él, y él no rompería el equilibrio del volcán. Shari no lo hizo.

—*Sí. Gracias, cielo.*

Tras un silencio incómodo, Erson suspira y vuelve a hablar con seguridad.

—Desde luego, tu maestro ha sabido indicarte bien cómo hacerme dudar.

—¿De qué estás hablando? —responde Tanrok. Pero su lenguaje corporal indica que empieza a ponerse nervioso. Erson le mira con una sonrisa condescendiente.

—Shari solo desvió la lava para que nadie saliera herido, no frenó la erupción.

Pero Tanrok sigue empeñado en validar sus actos ante Erson.

—Pregunta a Lonsok, él estaba allí —dice, a sabiendas de que no es posible.

—¿A quién?

—Al hombre que vive en la casa del volcán.

—Me temo que no va a poder ser.

—¿Por qué?

—Porque está muerto.

Tanrok hace ver que la noticia le afecta profundamente, pero de nuevo, su lenguaje no verbal indica que miente, y Erson se da cuenta.

—¡¿Muerto?! Nadie conocía a Eldur como él, es una pérdida terrible. ¡Haré que encuentren al culpable y se hará justicia!

Erson tiene que hacer un esfuerzo para mantenerse inmutable, porque casi se echa a reír. En el jardín, en cambio, Kudar-Kaan lo expresa libremente.

—Ja, ja, ja, ja. Tanrok está tan nervioso que empieza a cometer unos errores garrafales. Se acaba de delatar: Erson ha dicho que Lonsok está muerto, y él ha respondido dando por sentado que ha sido asesinado.

—Eso significa que lo mató él, o lo mandó hacer a alguien. La cuestión es que él es el responsable —razona Inderit en voz alta.

—Nos estamos desviando del tema. ¿Quieres que te ayude, o no?

—¡Por supuesto que quiero! ¿Aún no te ha quedado claro?

—Pues no. Te he pedido sinceridad y cada vez me mientes más.

—Erson —dice Tanrok, inclinándose hacia él, cara a cara a un palmo de distancia—, si no me ayudas, mi pueblo terminará sepultado bajo la lava.

—No. No me has entendido. Al pueblo le voy a ayudar. La pregunta es si quieres que sea contigo, o contra ti.

—¿Contra mí? ¡Yo he protegido a mi pueblo durante años!

—No, Tanrok. Lo que has hecho es condenarlo. Pero la raíz del problema no eres tú, es quien te ha animado a hacerlo, que no ha tenido en cuenta nada de lo que aprendió en su formación como jedi. Tu destino depende de si continúas fiel a él, o rompes el vínculo.

—Él hizo lo que la Orden no quiso hacer. Me negaron la formación jedi de niño porque se opusieron mis padres, y me la volvieron a negar años más tarde porque ya era mayor. ¡Tengo 12000 midiclorianos! ¡Él fue el único que accedió a sacarles partido!

—¿Quién es él para contravenir la decisión del Consejo?

A punto de contestar, Tanrok se da cuenta de que Erson quiere el nombre.

—No sigas por ahí, Erson. No delataré a mi maestro.

—«Delatar». Has utilizado la palabra con total propiedad. Delatar es revelar a la autoridad que alguien incumple la ley o la norma. Tu subconsciente sabe que está mal lo que ha hecho.

La mirada de Tanrok huye de la de Erson, su respiración se agita, su corazón se resquebraja, y Erson, implacable, avanza hacia su objetivo.

—Dime quién es.

Él sacude la cabeza de lado a lado.

—Le encontraré con o sin tu ayuda.

—Él me lo ha enseñado todo.

—Lo ha hecho mal.

Tanrok respira agitadamente, debatiéndose entre la lealtad y sus deseos de poder, y finalmente vence su egoísmo.

—Enséñame tú.

—¿Yo?

—Sí. Tú eres un gran Maestro, de los mejores. Hazme tu padawan.

A Erson le cuesta creer lo que oye, pero niega lenta y firmemente con la cabeza.

—Ni hablar.

—¿Por qué no? Contigo aprendería como es debido. Puedo ser un gran jedi.

—Ya no, tu momento pasó. Debiste empezar de niño.

—¡¿Qué importa la edad?! ¡Shari fue admitida con 23 años!

—¡¿Cómo osas siquiera compararte con ella?! Ella llegó a la Orden con una moral tan estricta como la de un jedi, inculcada desde niña. ¡Tú no le llegas ni a la suela del zapato! ¡Tus midiclorianos están gobernados por el miedo y la posesividad! Si fuera posible, haría que te los quitaran hasta dejarte menos de 1000. ¡Eres un peligro público, Tanrok!

—Esto no me gusta —dice Kudar-Kaan—. Están levantando la voz, se están alterando los dos.

—¡Vamos! —ordena Inderit, y se levanta para acudir a dar apoyo a Erson, llevando con ella a los padawan.

—*¡Erson!* —intenta comunicarse Alainiz. Él no atiende y no contesta, pero ella insiste en darle el mensaje—. *Vamos a intervenir*.

Tanrok está enfurecido, pero intenta no perder el control. Su maestro tenía razón, no era nada fácil engañar a Erson. Ahora tiene que pasar al plan B y escapar de él, por la fuerza si es necesario.

—¿Qué va a pasar conmigo? —pregunta, fingiendo aceptar su destino valientemente.

—Te llevaré ante el Consejo y allí se decidirá.

—¿Y con él?

—Eso no es de tu incumbencia.

Ambos sostienen la mirada. Ambos saben que su negociación ha terminado.

—*Alainiz, se acabó. Venid.*

—*Estamos llegando.*

Capítulo 10.- El Terror de los Sith.

Tanrok manipula un pequeño mando a distancia en su bolsillo. Se inicia un rastreo por infrarrojos que localiza a los presentes en la estancia, identifica al que posee el mando del dispositivo, y establece un seguimiento sobre Erson.

Ajeno a esto, Erson saca las esposas y avanza hacia Tanrok.

—Tanrok Larsuss, queda detenido por uso indebido de la Fuerza.

Tanrok saca la mano del bolsillo y apunta con el dispositivo a Erson pulsando un botón. Un escudo láser se activa encerrando al jedi. La puerta se abre y entran los demás.

—¡Tanrok!

Tanrok se gira hacia la puerta y acciona el botón rojo del dispositivo, que acciona escudos láser sobre todos los presentes excepto el poseedor del mando.

—Por encima de mi cadáver. ¿O pensabais que me iba a entregar?

Los jedi se miran entre ellos. Erson está decepcionado, pero pasa página rápidamente para afrontar la situación del momento. No es fácil librarse de un escudo láser, aunque tampoco imposible. Tanrok, por su parte, planea su fuga. Ejerce de nuevo su poder sobre el volcán, bruscamente y con gran fuerza, para crear una situación muy inestable que mantenga ocupados a los jedi mientras él abandona el planeta.

—No te servirá de nada, te encontraremos —dice Erson.

—Entonces volveremos a vernos, pero en condiciones más equilibradas. Y yo de ti no estaría tan seguro, el volcán está a punto de estallar, a menos que hagas algo por evitarlo. ¡Qué ironía, ¿verdad?! Ahora tendrás que ser tú quien reprima el volcán, si quieres proteger al pueblo. A lo mejor los chicos pueden echarte una mano cuando estés agotado, pero con Inderit yo no contaría mucho… Con tan pocos midiclorianos no podrá hacer nada.

Erson se concentra en el volcán, y lo percibe reprimido, muy reprimido, asfixiado por la presión y deseando liberarse. De momento no va a estallar, porque Tanrok continúa reprimiéndolo, pero si lo suelta de golpe no habrá quien lo pare.

Intenta compensar la acción de Tanrok, como hiciera el día anterior, pero al tener ya tanta presión acumulada, el resultado sería igualmente una erupción.

Mientras Erson piensa, la angustia le ahoga. No quiere hacer lo que Tanrok le obliga a hacer, pero algo tiene que hacer. Él se está marchando, y en cuanto se aleje del planeta dejará de ejercer su poder sobre él.

Inderit, que se da cuenta de la situación, se siente fracasada, consciente de que no podrá ayudar a Erson.

Alainiz no parece afectada por el peligro, solo mira al hombre del que no se fió desde el principio, maldiciéndolo por dentro.

Y Kudar-Kaan, que no ha dicho nada y tan solo mira y estudia a cada uno, dice:

—¡Tanrok, espera! —Tanrok se gira, desconfiado—. Llévame contigo.

Inderit palidece, y Tanrok se muestra interesado.

—Llévame contigo, te lo ruego. Aquí estoy desperdiciando mi tiempo. Toda mi vida **he soñado** convertirme en un gran jedi, y a mis **quince** años, al comenzar este… **capítulo** de mi vida… me adjudican una Maestra inútil, que ni siquiera se da cuenta de que existo.

—¡Kudar! —exclama Inderit, casi sin voz, herida por sus palabras—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡No es cierto!

—Solo te preocupas por ti. No me estás enseñando nada. Quiero un Maestro dispuesto a sacar partido a mi poder, no una psicóloga de pacotilla.

Con puñales en el corazón, Inderit no es capaz de replicar nada. Mientras tanto, Tanrok sonríe cínicamente y contesta mientras le libera del escudo:

—Eres un jedi ambicioso. Llegarás lejos con las enseñanzas de mi maestro. Inderit tuvo su oportunidad y la desaprovechó. Ella se lo pierde.

—Gracias, Tanrok —dice Kudar-Kaan con entusiasmo.

—¡Kudar…! —balbucea una Inderit que no puede creer lo que oye. Pero su padawan ni se gira para despedirse.

La Maestra queda destrozada, no puede apenas pensar. Erson, por su parte, vigila con temor el volcán, aterrorizado porque al alejarse Tanrok tendrá que hacer lo que no quiere hacer, lo que su amada Shari tampoco hizo, lo que sabe que no está bien, porque será la única manera de mantener a salvo no solo al pueblo, sino también a ellos mismos.

Alainiz, indignada, les reprocha a los dos:

—¡¿Queréis dejar de miraros el ombligo de una vez y escuchar con las orejas?!

Ellos la miran, confusos.

—Kudar, que siempre habla en un tono que raya el pasotismo, de pronto parece el protagonista de una ópera clásica, ¿y a vosotros no os llama la atención?

Los Maestros se percatan entonces de que Alainiz tiene razón, pero parecen fuera de servicio.

—Ha resaltado tres cosas: «he soñado», «quince» y «capítulo». Dijo que él también había soñado algo, pero que el protagonista era él, y en todo caso su espada. Erson, ¿qué dice el capítulo 15 del libro?

—Es… sobre la mentira, sobre si está bien o mal mentir, en función de su propósito. Cuenta también cómo Shari engañó al Lord Sith y le hizo bajar la guardia, y así le venció.

—¡Pues ya sabéis lo que está haciendo Kudar!

—¿De verdad crees que es eso? —pregunta Inderit con miedo de albergar demasiadas esperanzas y decepcionarse después.

Alainiz la mira con asombro. La Maestra vuelve a flaquear, a pesar de que sus últimas conversaciones con Kudar-Kaan han sido muy provechosas y el chico estaba animado y le agradecía las enseñanzas, y empezaban a congeniar muy bien.

—¿Tampoco sabéis que le han dado por error la espada de Obi-Wan?

—¿El Terror de los Sith? —preguntan a coro los Maestros.

—Sí. Kudar no es tonto, sabe muy bien lo que hace, y en cualquier momento estará aquí liberándonos.

—¡Es muy inexperto, tenemos que ayudarle! —dice Inderit, a la vez que su inteligencia despierta de la pesadilla y se pone a trabajar en buscar la forma de liberarse del escudo.

—Pero si lo consigue… —reflexiona Erson— el volcán quedará libre… —se concentra en percibir cómo está el planeta, y nota que en ese momento ocurre lo que temía—. ¡Alainiz, ayúdame, tenemos que contenerlo!

Erson y Alainiz se concentran en reprimir las entrañas del planeta, pidiéndole perdón en todo momento por hacerlo. Inderit usa sus conocimientos para deducir, por la forma de pensar de Tanrok, dónde están los mandos de control de los escudos. Los encuentra, y trata de accionarlos desde allí utilizando la Fuerza, pero no lo consigue.

—Sé cómo liberarnos, pero no consigo accionar los mandos. Están camuflados en el detector de incendios.

—Sigue intentándolo, Inderit, puedes hacer más de lo que crees. Ten fe en ti misma —la anima Erson, que necesita toda su Fuerza para lo que está haciendo, y no puede ayudarla.

Ella se concentra más… Y consigue desactivar solo su escudo. Entonces, ya libre, acude a liberar a los demás. Antes de llegar hasta los mandos, la puerta se abre. Inderit saca su espada y se pone en guardia.

—Vámonos de aquí, ya tenemos nave —dice Kudar-Kaan, muy excitado—. El volcán está muy calentito, no hay apenas tiempo.

—¿Y Tanrok? —pregunta su Maestra.

—No… él no viene. Está indispuesto.

—¿Indispuesto?

—Un poco… muerto.

—¿Un poco? —pregunta Erson, recuperando su humor a pesar de la inminencia del peligro.

—¿Sin cabeza, es mucho o poco?

—Suficiente —contesta Alainiz muy feliz.

En el exterior, la nave de Tanrok está preparada y con los motores en marcha. Junto a ella, el cadáver, con la cabeza separada del cuerpo, y señales de quemadura de láser en el corte. Erson se queda mirándolo, serio, lamentando que su oponente haya terminado así.

—Erson… vámonos —le recuerda Inderit.

—No podemos. Tenemos que proteger al pueblo.

—Los sistemas de alarma del observatorio funcionan, solo es cuestión de encenderlos —le recuerda Alainiz.

—¡Todos a bordo! —exclama un Kudar-Kaan acelerado por la acción, que tira de ellos tras de sí.

La nave de Tanrok es versátil, sirve tanto para viajes espaciales como para desplazamientos flotantes sobre suelo. Kudar-Kaan es buen piloto, y en apenas medio minuto llegan al observatorio.

Los chicos accionan los interruptores. Los equipos se reinician. Erson mantiene el control del volcán. Inderit disfruta viendo a su padawan y se emociona. Los sensores comienzan a enviar datos y la gráfica de registro se dibuja en el monitor. Erson se sienta delante de él y lo observa mientras poco a poco disminuye la Fuerza con que lo retiene. Antes de que la actividad llegue al límite de emergencia se para y pulsa en la opción Aviso a población.

Aquí Erson Estelakaus, Maestro jedi, desde el observatorio geológico de Bunaii.

El gobernador Tanrok Larsuss ha muerto, y la actividad volcánica volverá a su comportamiento de hace 15 años. Se debe retomar la vigilancia desde el observatorio. En estos momentos, la prioridad es activar las protecciones, ya que en unos minutos comenzará una erupción que puede ser muy violenta. En los próximos días, el Senado y el Consejo jedi enviarán un comité de apoyo que ayude a Bunaii hasta el restablecimiento de la normalidad. Que la Fuerza os acompañe a todos.

—Kudar, ¿ves bien el pueblo desde aquí? —pregunta Erson.

—Sí. Veo mucho movimiento de repente. Está claro que les ha llegado el mensaje.

—Avísame cuando terminen.

Erson sigue concentrado. Su expresión es muy seria, y al mismo tiempo muy serena. Impone un gran respeto cuando está así. Alainiz le mira sin pestañear, embobada, rebosante de admiración y amor. Inderit se siente reconfortada por haber hecho las paces con él. Kudar-Kaan, también concentrado, colabora con Erson en su tarea.

—Ya está, ya no hay movimiento, todo el mundo está a cubierto.

Erson se pone en cuclillas en el suelo, para tocarlo con sus manos, cierra los ojos, y agacha la cabeza. Alainiz comprende lo que está haciendo: pedir perdón al planeta por haberle retenido con su Fuerza.

—Ahora sí. Vámonos —dice Erson, levantándose.

En silencio, vuelven a la nave de Tanrok. Nadie parece tener interés por pilotar. Erson se va directamente a uno de los asientos traseros. Alainiz no duda en ocupar el más cercano a él. Kudar-Kaan mira a su Maestra, y le invita con un gesto a ocupar el asiento del piloto, pero ella rehúsa y se lo cede a él.

Erson apoya la cabeza atrás y parece a punto de dormirse. Alainiz no deja de mirarle.

—¿Cansado?

—No. —Pero sabe bien por qué se lo pregunta—. No me gusta que las cosas acaben así, ya lo sabes.

—No había otra manera, Erson.

—No digo que la hubiera, digo que no me gusta.

Kudar-Kaan establece el rumbo y pone el piloto automático. Se gira como tratando de participar en la conversación de Erson y Alainiz, y su Maestra observa a todos, y rompe el silencio que se ha producido.

—Te has estrenado pronto —dice Interit a su padawan—. ¿Cómo te sientes?

—No sé… Al principio estaba como emocionado, por tener un papel importante en la misión, pero ahora siento… repugnancia.

—Te entiendo perfectamente —le dice Erson.

—¿A ti también te pasa?

—Sí.

—¿A cuánta gente has matado?

Erson cierra los ojos y no contesta, y Kudar-Kaan mira a Alainiz, esperando que ella le explique por qué Erson reacciona así.

—No le gusta hablar de ese tema.

—Entiendo… ¿Han sido muchos?

—Demasiados —contesta Erson, sin abrir los ojos.

—Diez —le aclara Alainiz.

—¡¡¿Diez?!! ¿En cuántos años?

—En quince. Desde que empezó su tutoría hasta ahora, diez en quince años.

Kudar-Kaan sacude su cabeza como un perro recién salido del agua, dando a entender su mayúscula sorpresa por el dato.

—¿Lo ves? —replica Erson a Alainiz—. No soy el único al que le parece mucho.

Y Alainiz resopla pensando «no tiene remedio», al tiempo que Inderit estalla en carcajadas.

—Ha sido así de ingenuo desde pequeño —dice Inderit a Alainiz entre risas—, no creo que cambie nunca.

Al llegar a Corussan, allí es casi de noche. Los cuatro se dirigen a la sala del Consejo, donde solo está el Maestro Windu.

—Celebro veros de regreso. Después del mensaje en clave temíamos que encontrarais complicaciones.

—No es que haya sido un paseo, pero la principal amenaza está eliminada —informa Erson.

—¿La principal? ¿Quedan más, entonces?

—Sí, pero no hemos logrado averiguar de quién se trata.

—Pues hay que averiguarlo sin falta. No perdáis un minuto.

—Con tu permiso, Maestro: no corre tanta prisa, y es un tema delicado que deberíamos hablar con el Consejo. Por mi parte preferiría descansar esta noche y hablar de ello mañana.

Erson es la voz del grupo, pero en todo momento busca la aprobación y participación de Inderit. Windu percibe el gran cambio en la relación personal entre ellos dos.

—Yo aún diría más —apunta ella—: Es más urgente enviar apoyo a Bunaii que salir en busca de la amenaza.

La actitud de Erson indica que está de acuerdo con su compañera.

—Bien. Entonces nos reuniremos mañana, esta noche va a ser imposible. Tenemos varias ausencias, el Maestro Menghus está gravemente enfermo, y varios miembros más han acudido a su lado. Mañana a primera hora esperamos vuestro informe.

Erson no dice nada, pero su expresión delata que la noticia le afecta, y mucho. Se trata de uno de sus maestros más queridos y, además, su falta pondría en marcha el procedimiento de sustitución, con lo que él tendría que ocupar una plaza en el Consejo, responsabilidad que no le apetece afrontar, pero acepta, cumpliendo con lo que esperan de él.

—Tengo mucha hambre —dice Alainiz tras despedirse todos. Y Kudar-Kaan e Inderit están de acuerdo con ella. Erson, en cambio, compartió desayuno con Tanrok, y el poco apetito que pudiera tener se lo han quitado su muerte a manos de Kudar-Kaan y la noticia de la enfermedad del Maestro Menghus. Así que, mientras los demás van al comedor en busca de un tentempié, él se retira a su habitación a asearse y meditar, releyendo su libro.

Un rato más tarde, llama a su puerta Alainiz.

—Estás muy serio. ¿Estás bien?

—¿Otra vez me vas a sacar el tema? Ya te dije que no me gusta que las cosas acaben así.

—A veces pienso que eres demasiado blando.

—¿Tú crees?

—Sí. Yo habría terminado con él mucho antes. Estaba claro desde el principio que no se podía sacar nada en limpio.

Pero Erson no hace comentarios al respecto, y se crea un silencio que dura casi un minuto. Se pudiera o no, él veía una mínima posibilidad de resolver la situación por las buenas, y su conciencia se negaba a pasarla por alto.

—No sé qué temo más, cuando me sermoneas o cuando te callas así.

—No te preocupes, no estoy así por ti.

—Ah… Pensé que no me creías capaz.

—Te creo capaz, de eso y de muchas cosas más. Y hablando de creerte capaz, ¿qué te parece si ponemos fecha?

Alainiz palidece de repente y se arrepiente de haber sacado una conversación que les ha llevado a donde no quiere ir.

—No… no quería decir eso.

—Sí que querías. Querías decirlo, y lo has dicho.

—Maestro, para eso no… —él la interrumpe, sin dejarle terminar una frase que ha oído muchas veces: «no estoy preparada para las pruebas».

—¿Te das cuenta de que solo me llamas Maestro cuando tratamos un tema del que no quieres hablar? A ver, ¿por qué no?

—Porque… —y se queda en blanco, mientras Erson suspira decepcionado—. Ten piedad de mí, Maestro.

—Hace un momento has dicho que soy blando.

Ella agacha la cabeza, no tiene manera de contestar sin que suene a excusa barata.

—De mañana no pasa que hablemos de lo que te bloquea.

Por la mañana, Erson no comenta a Alainiz nada sobre su conversación de la noche anterior, y ella tiene la esperanza de que pase el rato y se le olvide.

Tras el desayuno, los cuatro miembros de la misión a Bunaii se presentan ante el Consejo para informar de lo ocurrido con todo detalle. Todos quedan asombrados del arrojo del joven Kudar-Kaan, pero él, modesto, replica:

—No estoy seguro que haberlo hecho yo, esta espada parece moverse sola. Por cierto, aquí la devuelvo, en perfecto estado.

Pero entonces, parece que todos los miembros del Consejo piensan lo mismo a la vez, y miran a Gon-Adí, que es quien determinó que se guardara en el museo.

—No —dice entonces Gon-Adí a Kudar-Kaan—, quédatela. Ella te eligió a ti.

—¿De verdad? —dice el chico emocionado. Y todos asienten con cariño.

—Digno de ella has demostrado ser. Mejor servicio hace contigo que guardada en una vitrina —dice Yoda.

El chico mira a su Maestra, que le sonríe. Él sonríe también, y se siente compenetrado con ella más de lo que habría imaginado cinco días antes.

La reunión continúa con la toma de decisiones. Será necesario enviar un comité de apoyo a Bunaii y que alguien se encargue de investigar y encontrar al maestro de Tanrok. Nadie mejor que ellos mismos para cumplir con esos cometidos: Inderit y Kudar-Kaan dirigirán el comité de apoyo. Inderit sabe bien cómo tratar a la gente que sufre y ayudarles a salir adelante. El Maestro Yoda se lo propone.

—Será un honor y un placer, Maestro —contesta ella.

—Erson —continúa el Maestro—, por lo que contado has, indicios tienes sobre quién el maestro oscuro puede ser. Lo mejor será que tú mismo de ello te encargues.

—Sí, Maestro.

Yoda percibe cierto malestar en Erson. Le mira a los ojos, él le devuelve la mirada, a sabiendas de que el Maestro lee en su interior. Hay una gran afinidad entre Erson y Yoda, una conexión especial que se forjó cuando Shari se fue, y que ambos cuidan y alimentan. Yoda le comprende. Hablará con él a solas más tarde.

—Y ahora, vosotros dos —Yoda se dirige a Erson e Inderit— a mi despacho acompañadme.

En el despacho, contiguo a la sala del Consejo y comunicado con ella, Erson e Inderit esperan a que Yoda les hable, pero él, en lugar de eso, les observa en silencio, primero mirando a uno, después al otro, vuelta al primero… Ellos se miran el uno al otro, preguntándose qué será lo que quiere decirles, y por qué esa espera y observación. Ambos expresan con gestos no saber a qué viene el misterio, y vuelven a mirar al Maestro, expectantes, con la complicidad de estar en iguales condiciones.

—Perfecto —dice entonces Yoda, satisfecho con lo que ve.

Ellos, sorprendidos, se miran de nuevo y sonríen, al comprender que han pasado con éxito la prueba que les han planteado.

—Gracias, Maestro —dicen los dos a la vez, y Yoda vuelve a sonreír.

—¿Quién el primer paso dio?

—Él —dice ella.

—Ella —dice él.

Yoda levanta una mano, indicándoles que cesen el juego.

—De acuerdo, más no preguntaré. Solucionado está, que es lo que importa. Inderit, una lista prepara con lo que necesitas para tu misión. Erson, ahora al Senado debo ir, pero después, contigo quiero hablar.

—Sí, Maestro —contestan ambos.

De nuevo en la sala del Consejo, Inderit llama a Kudar-Kaan y ambos se van a cumplir con el encargo. Erson calcula el tiempo que tiene hasta el regreso de Yoda, y hace un gesto a Alainiz para marcharse, y ella le sigue.

—¿A dónde vamos?

—A dar un paseo.

Tras un trayecto a pie de unos diez minutos, llegan al gran pulmón de Corussan, el Parque de los Antiguos. Es una vasta extensión donde disfrutar de lo que el resto de la ciudad carece por completo: vegetación. Entre árboles, arbustos, flores y césped, hay caminos de tierra serpenteando entre ellos, asientos donde descansar, elementos de formas extrañas donde se divierten los niños, espacios equipados para hacer deporte,

estanques, animales acuáticos, aves que sonorizan el aire y casetas habilitadas para la venta de distintos productos alimenticios y de ocio.

Alainiz está encantada. Mira a su grandullón, y le parece más grande incluso, al hinchar sus pulmones. Él elige un gran árbol con varios nidos en sus ramas y un hueco en su tronco, donde un pequeño roedor tiene su madriguera. Se descalza, se sienta en el césped a la sombra del árbol, e invita a Alainiz a hacerlo también. Ella se sienta de espaldas al gran tronco, bien cerca, de forma que puede apoyar la espalda y descansar. Él, a un metro de distancia, frente a ella.

—¡Qué delicia! —dice Alainiz.

—¿Sí? Estupendo, porque no nos iremos de aquí hasta que me cuentes lo que te pasa.

Capítulo 11.- Ultimátum.

Una bofetada de realidad azota a Alainiz y la deja petrificada, más blanca aún de lo que suele ser.

—Cuando quieras. Soy todo oídos —le dice su Maestro. Ella le mira, estupefacta, pero no lo soporta más que unos segundos y luego mira el césped ante sus piernas cruzadas. Le cuesta creerlo, y vuelve a mirarle a él, que la mira con paciencia, y sus ojos huyen de nuevo. Suspira. Vuelve la cara a un lado, y observa a la gente que pasa, sola o en grupos, ajena al aprieto en que ella se ve. Le gustaría camuflarse entre ellos, pero Erson no deja de mirarla. No es la mirada inquisitiva de otras veces, parece más bien la de un amigo, un amigo que la acompaña en silencio en un momento difícil, provocado por él mismo, paradójicamente.

Echa la cabeza hacia atrás, apoyándola en el tronco. Arriba, a un lado, dos aves siguen un ritual de apareamiento grabado en sus cerebros diminutos. Oye a Erson moverse y le mira: está sacando su libro y se dispone a leer mientras espera. Ella cambia de postura, junta y encoge las piernas, y las rodea con sus brazos, llevando las rodillas al pecho y apoyando la cabeza en ellas.

Él la mira un momento, sin levantar la cabeza. Percibe sin esfuerzo alguno cómo se siente, y verla así le duele, pero hace esto por su bien. Mientras ella se encierra en sí misma en posición fetal, él lee el capítulo 11 del libro de su Maestra: La relatividad del bien y el mal. Allí repite detalladamente una fábula que les enseñó en clase:

> —Cinco individuos, cuyas características y circunstancias desconocemos, salen al bosque una mañana. Los cinco se encuentran con un animal, hembra, de una especie en extinción, con dos crías de pocos días de edad. Los cinco matan a ese animal (la madre de las crías) y regresan a su hogar.
>
> —El individuo número 1, a su regreso, explica a los suyos lo sucedido, y es festejado y tratado como un héroe.
>
> —El individuo número 2 llega consternado, explica lo ocurrido, provoca disgusto en los demás y recibe una seria reprimenda.
>
> —El individuo número 3 vuelve como si no hubiera ocurrido nada, no hace comentario alguno sobre el suceso, y nadie le hace preguntas.
>
> —El individuo número 4 llega satisfecho pero prudente, explica lo ocurrido, y provoca en los suyos aprobación.
>
> —El individuo número 5 llega nervioso, evita el tema y a sus congéneres, levanta sospechas, y al averiguarse lo ocurrido recibe un severo castigo.
>
> —El ejercicio consiste en describir las circunstancias de cada uno para que un mismo hecho provoque reacciones tan diversas en ellos y en los suyos.
>
> En el margen, escrito por él, a mano, un individuo más:

El número 6 llega a casa con dos cachorros bajo el brazo y dice que los ha encontrado junto a su madre muerta, ha sentido lástima y se los ha traído para cuidarlos hasta que sepan valerse por sí mismos. Su padre sospecha que él ha matado a la madre, pero no dice nada porque no tiene pruebas y porque ve que su intención no era actuar mal y que ya está haciendo algo por minimizar el daño causado y limpiar su conciencia. Así que le deja quedarse con los cachorros.

Hubiese preferido que Alainiz eligiera ser el 6, pero en vista de que pasa el tiempo y no lo hace, ha tenido que intervenir. Y no quiere que acabe siendo el 5, por eso la está forzando a ser el 2.

Cierra el libro y la mira otra vez. Ella sigue en posición fetal, aunque ha levantado un poco la cabeza. Una gran nube cubre el sol. Alainiz se estremece y encoge su cuerpo aún más. Erson se concentra en su respiración y controla su temperatura corporal. Alainiz le mira un instante. Le conoce, y sabe que si ha dicho que no se irán de allí hasta que ella le cuente lo que le pasa, será capaz de soportar cualquier inclemencia sin dar muestra alguna de molestia, el tiempo que haga falta.

De hecho llevan ya casi media hora allí. Alainiz deja de una vez de observar a Erson y empieza a meditar. Contar lo que le pasa… Hasta hace unos días ni siquiera era consciente de lo que le pasaba, pero ahora todo encaja. ¿Y Erson quiere que se lo cuente? No, no puede.

Erson ve a Alainiz entrar en materia, sus gestos y suspiros lo confirman. Sin darse cuenta, ha aprendido algo sobre lenguaje no verbal, aunque le falta mucho para llegar a los niveles de Inderit. Le parece una gran idea que sea ella quien dirija la comisión de apoyo a Bunaii. Es buena, muy buena, más de lo que ella cree. Por fin va asimilándolo, y ahora que ha aceptado la pérdida de Lashmal y se ha desbloqueado será una pieza fundamental en la paz de la Galaxia.

Pero, ¿cómo salir de allí sin contárselo? Él ha dicho que no se irán hasta que lo cuente. No se le pasaría siquiera por la cabeza inventar algo para salir del paso, porque Erson no

tardaría ni diez segundos en pillarla. Descartado totalmente… Un suspiro más, y se pone a enredar toqueteando el césped mientras sigue pensando.

Erson ve como Alainiz se va desinflando. El plan empieza a funcionar.

No hay escapatoria, tendrá que decírselo, pero ¿cómo? Y ¿qué pasará entonces? Cierra los ojos e intenta visualizar el momento en que se lo dice y lo que ocurre después, pero por más que lo intenta no consigue ver nada. Trata de visualizar que él contesta que siente lo mismo, pero sabe que eso es tan solo un sueño, un deseo irracional y estúpido, y que la realidad será mucho más dura.

Una hora y media ya esperando. Erson se levanta y hace estiramientos. Alainiz le mira desde el suelo, sentada, y la perspectiva es vertiginosa.

—¿Nos vamos? —pregunta ella.

—No —y se vuelve a sentar.

Unas gotas empiezan a caer. Erson no se inmuta. Alainiz mira al cielo, pero rápidamente ha de dejar de hacerlo porque el agua empieza a caer con más fuerza, y los ojos se protegen cerrándose. La lluvia es fría y hace a Alainiz temblar. Ella se encuentra bajo la parte más espesa de la copa del árbol, no como Erson, que rápidamente ha quedado empapado, y aún así sigue como si nada ocurriese.

—¡Erson! —él contesta únicamente con un gesto—. ¡Está lloviendo!

Él mira hacia arriba, como si lo necesitara para comprobarlo.

—Sí —y vuelve a su pose inmutable.

Bufidos de Alainiz dan señales de que se pone nerviosa. Se remueve y se acerca más aún al tronco, intentando refugiarse del frío líquido. Erson no se mueve. Ella se siente culpable. Le mira. Él está soportando eso porque ella aún no se ha decidido a hablar. Sería tan sencillo como hacerlo, ya, y podrían irse de allí. Pero entonces se sentiría muy mal, por haber cedido por la incomodidad de la lluvia, y no por convencimiento. Él se está empapando, por ella. Qué menos que hacerlo ella también. Se relaja, se aparta un poco del tronco, acercándose a él, quedando en una zona donde el agua cala más.

Erson se da cuenta. Le parece bien, y no dice nada.

Alainiz se sensibiliza. Es el momento de meditar. ¿Cómo empezó todo? ¿Cuándo empezó a sentir algo? Se dio cuenta al ver el corazón grabado con las letras «A y E». Siempre ha tenido mucho cariño a su Maestro, pero fue entonces cuando sintió que lo quería solo para ella, y entendió por qué se le hacía un nudo en el estómago cada vez que pensaba en que si superaba las pruebas se separaría de él. Vuelve a mirarle. Él tiene los ojos cerrados, concentrado en mantener la temperatura corporal y no empezar a tiritar. Al verle así, solo puede pensar en que le ama. Y no se atreve a decirlo. La lluvia camufla las lágrimas que empieza a derramar.

Cesa de llover. Al menos el aire ha quedado tibio y apenas se mueve. Erson la mira de nuevo, y la ve derrotada. Su cabeza apoyada en una de las manos, con el codo sobre la rodilla. La cara hacia el suelo. Recuerda que hace quince años era él quien se sentía así, aunque Shari no le obligaba a hablar.

El sol sale de nuevo. Tres horas ya. A Alainiz le duele el trasero de estar tanto rato sentada en el suelo que al principio parecía mullido de césped. Mira a Erson otra vez, y él hace un gesto como preguntando si quiere decirle algo. Ella vuelve a agachar la cabeza. Bufidos, sollozos, suspiros de resignación… todo se mezcla en Alainiz, que no quiere seguir allí. Ya ha comprendido que dejar pasar más tiempo no sirve de nada. Vuelve a llorar. Y cuando ya no le quedan dudas, ni llanto, ni más opciones, dice:

—Me he enamorado de ti.

Él la mira, suspira, y sin cambiar el semblante dice:

—Aha.

—¿Cómo que «aha»? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—¿Tal vez esperabas que dijera que yo siento lo mismo?

Ella hace un gesto de negación, resignada y con la cabeza gacha.

—No, claro. Supongo que esperabas una bronca.

Ella no contesta, pero suspira y vuelve a mirarle, esperando la lógica bronca.

—La bronca no es necesaria, Alainiz. La presión del ultimátum y tu conciencia ya han hecho ese trabajo.

Erson hace una pausa y la observa: tiene los ojos llorosos, y su boca parece no haber conocido la sonrisa en toda su vida, pero ya no agacha la cabeza, sino que le mira, a la espera de algo más.

—Ya lo sabía —dice Erson, y la expresión de ella se vuelve furiosa.

—¿Lo sabías y me has hecho pasar por esto? ¿Por qué?

—¡Porque necesitaba volver a mirarte sin que huyas de mí, volver a hablar de cómo estás sin que esquives el tema! Ahora podremos volver a ser sinceros.

Una mezcla de rabia y arrepentimiento hace a Alainiz echarse a llorar de nuevo. Él se sienta a su lado y, con un brazo, rodea sus hombros.

—Pequeñaja… ¿Sabes cuánto tiempo hacía que no podía abrazarte así, sin miedo a que interpretaras que siento lo mismo que tú? —ella solloza con más fuerza—. ¿Qué te crees, que yo no te quiero? ¡Claro que te quiero! ¿Cómo podría no quererte, si eres lo más bonito que ha pasado por mi vida? Pero a diferencia de ti, yo no soy esclavo de ese sentimiento. Estos tres años han sido maravillosos, y mentiría si dijera que tengo ganas de que terminen, pero no podemos alargar una situación que ya no nos aporta nada.

Alainiz mira arriba, en busca de aire nuevo que respirar, de aire fresco que calme su llanto. La pareja de aves ya no está, fue a refugiarse de la lluvia. Las gotas rezagadas en las hojas resbalan de una a otra, camino del suelo, por una improvisada y caótica escalera, y algunas caen sobre Alainiz, que las recibe temblando. Erson la abraza más, la arropa con su cuerpo.

—¿Estás bien conmigo, verdad? —ella asiente—. Sí… estás cómoda como en un colchón. Pero ¿sabes qué les pasa a las personas que pasan demasiado tiempo en cama? Que poco a poco se olvidan de caminar, y hasta de moverse, y ya no pueden salir nunca de allí, y terminan llagadas, pudriéndose en vida. Yo no quiero verte así. Me duele ver que te pudres en el colchón en lugar de mostrarte en todo tu esplendor, como deberías. Alainiz, quiero verte brillar y que muestres tu luz al mundo.

—Ya, pero es que… ¡en cuanto pienso en ello me pongo muy nerviosa!

—¡Pero eso no es excusa! —le replica Erson con cariño—. A ver, ¿qué te ha hecho decidirte a hablar?

—Que no tenía sentido seguir esperando: tú no ibas a ceder, tenía que hablar tarde o temprano, y retrasarlo más era torturarme a mí misma.

—Exacto, igual que pasar tus pruebas: no te librarás de hacerlo, y cuanto más lo retrases, más sufrirás los nervios. ¿O se te ocurre alguna manera de eludirlas eternamente?

Alainiz se queda pensativa. Las palabras de su Maestro le hacen razonar dejando a un lado sus sentimientos. Se da cuenta entonces de que en ningún momento le ha pedido ni ordenado que deje de sentir lo que siente, sino únicamente que haga lo que debe hacer. Cuando lo haga tendrá que separarse de él, tanto si las supera como si no. No le permitirán continuar tutoría si por segunda vez resulta «no apta»

Unas ráfagas de viento anuncian otro chaparrón, más fuerte que el anterior. Erson se levanta y tiende la mano a Alainiz para ayudarla a hacerlo.

—Vamos, tengo cita con Yoda dentro de veinte minutos y tengo que cambiarme de ropa primero.

—¿Veinte minutos? —pregunta extrañada mientras se levanta—. ¿Y si no me hubiera decidido a hablar?

—Confiaba en que lo harías a tiempo, eres inteligente.

Alainiz se siente una marioneta en manos de su Maestro, y eso le toca el orgullo. Con simulada rabia en un fondo de cariño dice:

—¡Te odio, Erson Estelakaus!

—No es cierto —replica él, también con cariño—. Hace un momento has dicho lo contrario.

—¡Me haces cambiar de opinión!

—¡Perfecto! Un problema resuelto, entonces.

—¡AAAAAAHHHHHH, eres insoportable!

En el despacho de Yoda, el gran Maestro se interesa por lo que tiene a Erson tan serio. Él lo intuye, más o menos, pero a los dos les beneficia expresarlo juntos.

—Tu misión te desagrada, veo.

—No es que me desagrade… Bueno, sí, me desagrada, es cierto.

—¿Por qué?

—Porque sé que se trata de alguien cercano. Eso no me impedirá hacer lo que deba hacer, pero no será plato de mi gusto.

Yoda recuerda a Obi-Wan, regresando tras matar a Anakin, con el corazón destrozado y los ojos rojos de llorar. Erson percibe sus pensamientos.

—Yo también pensaba en él. No me apetece verme en la misma situación.

—¿Tan cercano presientes que es?

—Sí.

Yoda suspira. A él tampoco le gustaría verse en la situación, pero al igual que Erson, sabe que el deber está por encima. Y eso le recuerda otro tema que tenía que hablar con él.

—El Maestro Menghus, muy mal está. Los médicos dicen que no hay esperanzas.

—¿Le perdemos?

—Sí. Visitarle puedes, pero dudo que te reconozca.

—No, gracias —dice, con un suspiro resignado—, prefiero recordarle en buenas condiciones.

—¿Sabes por qué te hablo de ello, verdad?

—Sí, Maestro, lo sé.

—Siempre penosa la incorporación de un nuevo miembro es, porque significa que a otro hemos despedido. Espero entre nosotros tenerte muchos años.

—No tantos como tú, Maestro, yo soy humano.

La conversación les deja tristes y el silencio se instala con fuerza, como entrenamiento para el luto que se acerca. Yoda cambia de tema.

—¿Los sueños que tuvimos recuerdas?

—Sí.

—Respuesta todos tienen ya, excepto el mío.

Erson repasa los sueños. Alainiz soñó que Obi-Wan le decía que no jugara con la Fuerza, y Tanrok jugaba con la Fuerza. Inderit soñó que muchos midiclorianos no implica mejor jedi, y ha quedado demostrado que ella es mejor que Tanrok, y que es una buena maestra para Kudar-Kaan. Gon-Adí soñó que debía poner a punto al Terror de los Sith, y la espada cumplió con su cometido. Él mismo soñó que debía repasar el libro y mantenerse alerta, y eso ha sido clave para resolver el misterio. Windu soñó que veía a Obi-Wan con la ropa quemada, y él mismo quemó su ropa para conseguir luz. Y finalmente, Yoda soñó que Shari le entregaba una figura de lava, y eso les condujo a la casa de Lonsok.

—Sí que la tiene, nos hizo ir a la casa de Lonsok y allí encontramos toda la información.

En ese momento, Alainiz llama a la puerta. Quedaron en reunirse allí después de ponerse ropa limpia y seca.

—Buenas tardes, Maestros.

—Buenas tardes, Alainiz —contesta Yoda.

Erson la saluda con un simple gesto, y Yoda continúa hablando:

—También yo he pensado que ese era el motivo, pero anoche nuevamente esa escena soñé, aunque algo cambiada.

—Yo también he vuelto a soñar con Shari —dice Erson.

—Y yo también —añade Alainiz.

—¿Con Shari o con Obi-Wan? —le pregunta Erson.

—Con Shari. Me ha extrañado, porque a duras penas la recuerdo.

Tras un cruce de miradas, Erson pide una puesta en común para interpretar el significado.

—¿En qué ha cambiado tu sueño? —pregunta a Yoda.

—Al recoger la figura, mis manos tiemblan, cae, y se rompe.

—Maestro… En ningún momento nos has dicho cómo era la figura. ¿Por qué omites ese dato?

—Miedo… —contesta Yoda tras un pesaroso suspiro.

—Maestro… —le reprende con cariño Erson.

Consciente de que llega el temido momento, Yoda abre un cajón de su mesa y saca una pequeña figura de lava, con forma de dos corazones entrelazados, atravesados con lo que aparentemente es una flecha, pero que al mirar de cerca resulta ser una espada láser.

Erson se queda de piedra, Alainiz controla con esfuerzo un rubor que está a punto de delatarla.

—*¡Dios mío! ¿Lo sabe?* —pregunta Alainiz a Erson, aterrorizada.

—*No lo sé.*

—Esta es la figura que de Bunaii ellos trajeron, igual que la que en sueños me entrega. Erson, ¿seguro estás de que a encontrar a ese Maestro puedo enviarte?

—Sí, Señor.

—¿No te corresponde, pues?

—No, Señor —pero su respuesta suena triste, y Yoda le conoce bien.

—Intuyo que a quién corresponde sí sabes, pero no delatarás.

—Intuyes bien, Maestro.

—Está bien… Tu sueño explícanos.

—Es un recuerdo de una clase con ella. Fue al principio del curso. Nos pidió escribir los motivos que nos animaban a continuar instruyéndonos para convertirnos en jedi. Yo cambié mi respuesta varias veces, y la definitiva fue que quería llegar a ser como ella.

—¿Cómo lo interpretas?

—No lo sé. No me pareció importante hasta que tú has dicho que has vuelto a soñar. Creí que el sueño se debía a lo ocurrido en Bunaii. El volcán me confundía con Shari, porque mi interacción con él fue igual que la de ella. No sé a qué otra cosa puede hacer referencia el sueño.

—Alainiz, te toca —dice Yoda.

—A mí me entrega dos sumanes, y ya está, no me dice nada.

A los Maestros les cuesta unas décimas de segundo procesar la información.

—¿Sumanes? —dice Yoda extrañado.

—Son animales en peligro de extinción, protegidos en la reserva Obi-Wan Kenobi.

—¿Cachorros? —pregunta Erson.

—Sí, eran pequeños.

Erson mira a Yoda, y Yoda también a él. Probablemente no exista nadie más que ellos dos para quien la escena tenga significado.

—*Ahora sí lo sabe.*

Erson recuerda a Shari, diciéndole que si se empeñaba en que existiera un número 6, tendría que cuidar a los cachorros y así paliar el daño provocado y limpiar su conciencia. Ella fue estricta con él y le obligó a hacerlo, a resolver su problema. Ahora, Alainiz está en el lugar de él, y él en el de Shari. «Quiero llegar a ser como la Maestra Shari», recuerda de nuevo, y entiende que ha de serlo también en lo estricto.

—Lo siento, Alainiz. Tu sueño da sentido al mío. Toma —le ofrece su libro.

—Tengo el mío —dice ella, algo temblorosa.

—El mío tiene notas que no tiene el tuyo. En la página que está marcada encontrarás el significado de tu sueño.

Ella abre el libro y lee. Conoce la fábula de los cinco individuos, pero no sabía nada del sexto. Al conocerlo, lo entiende todo. Yoda tiene la mirada perdida en la figura que aún sostiene. Erson, totalmente serio, continúa:

—Será mejor que vayas a pasar una temporada a casa de tus padres.

—Pero… ¡tenemos que ir en busca del Maestro oscuro!

—Tú no estás en condiciones de venir conmigo a ninguna parte, y menos a buscar a un Sith.

—¿De qué estás hablando? ¡Estoy en perfectas condiciones, estoy preparada, tú mismo lo dices continuamente!

—¡ALAINIZ! —levanta la voz Erson—. ¡No es una sugerencia, es una **orden**! Ve a tu casa, y dedícate a leer y a cuidar de los cachorros.

Y mientras Erson se retira apesadumbrado por haber tenido que ponerse duro con ella, Alainiz, de piedra, asimila la orden con una punzada en el corazón. Yoda tiembla, y la figura cae al suelo, rompiéndose en dos partes. Como si de su propio corazón se tratara, Alainiz emite un gemido de dolor, y Yoda la mira con pena.

—A Sitéridas, tu hogar, partirás mañana. El Maestro Windu te acompañará.

Capítulo 12.- Traición.

La mañana siguiente hay ajetreo en las plataformas de despegue. Los primeros en partir son Alainiz y el Maestro Windu, y Erson les acompaña para tener unas últimas palabras con ella. Los droides de servicio ayudan a Windu a subir el equipaje, y Maestro y Padawan se quedan a solas. Ella no mira a Erson ni un momento, y parece muda.

—Alainiz, sé que ahora estás rota por dentro, pero cuando tomes distancia verás las cosas de otro modo.

Ella sigue sin mirarle y sin hablar. Él se pone en cuclillas frente a ella para interponerse entre sus ojos y el suelo.

—Lo que te dije ayer es cierto: yo te quiero, pero no de esa forma, y me duele verte así, pero necesitas esto.

Ella gira la cara hacia otro lado y no puede evitar echarse a llorar en silencio. Él se la coge con suavidad para obligarla a mirarle.

—Cuídate. Volveremos a vernos pronto.

Alainiz mete una mano en su bolsillo, saca el libro de Erson y se lo da, diciendo entre sollozos:

—Toma.

Erson suspira.

—¿Llevas el tuyo?

—Sí.

Él se guarda su libro, se pone en pie, le da un beso en la frente, y la mira subir a la nave.

Una nave nodriza se equipa con material de construcción, víveres, material sanitario, unidades de energía y personal para hacerlo funcionar y distribuir todo. Naves de transporte van y vienen, y terminan guardadas en el hangar de la nodriza para, una vez en destino, volver a servir para hacerlo llegar a Bunaii.

Varias naves autónomas más, para desplazamiento de personal desde la nave nodriza hasta la superficie, y una para Erson, que iniciará la investigación en Bunaii y partirá después en solitario a buscar al responsable último de tanta tragedia.

Los jedi reciben las últimas instrucciones por parte del Maestro Yoda. Inderit y Kudar-Kaan suben a una de las naves, y Erson a otra.

Erson pone en marcha su nave, y lo primero en funcionar es, como de costumbre, el asistente de navegación, con su menú Inicio y las opciones:

- Destinos recientes
- Favoritos
- Nuevo destino

Con la vista fija en «Destinos recientes», recuerda de pronto que usaron la nave de Tanrok para regresar a Corussan. Sus compañeros ya han despegado hacia la nave nodriza, y entonces él usa el comunicador para hablar con ellos:

—Inderit, no me esperéis, yo no iré a Bunaii.

—¿Por qué? —contesta ella desde su nave mientras Kudar-Kaan sigue pilotando.

—Porque la primera pista para mi misión está aquí. Que la Fuerza os acompañe.

—Que la Fuerza te acompañe, Erson, y recuerda: no te atasques en el 8, ve siempre hacia adelante, al 9, nunca retrocedas al 6.

—Lo haré —dice sin poder evitar una sonrisa—, no te preocupes. Gracias.

Erson baja de la nave sin haber despegado. Yoda solicita explicación.

—¿Qué ocurre?

—Necesito la nave en que vinimos desde Bunaii.

Los compañeros de las plataformas le conducen hasta ella. Está en perfectas condiciones para viajar. Sube y enciende los equipos. Selecciona «Destinos recientes» y ahí aparecen:

- Templo jedi, Corussan
- Sede de Gobierno, Bunaii
- Maestro, Urumai

«No es posible que sea tan sencillo, si hasta lo ha nombrado "maestro". Urumai es el lugar perfecto donde practicar el control de la lava».

Entonces recuerda los continuos problemas con chatarreros piratas en lugares como ese, y que hace años se decidió enviar a algunos jedi a varios lugares así, para controlar esas peligrosas actividades.

Enciende el comunicador y hace una llamada a su compañero Aldinaruumm, que lleva el registro de los jedi destinados fuera de Corussan.

—Aquí Erson, necesito una información, por favor.

—Adelante, compañero, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Puedes decirme a quién tenemos en Urumai?

—Claro, a V. V.

A Erson se le eriza la piel. V. V. es el acrónimo con que llamaban a Vert Vertissen entre los compañeros de promoción, el que fuera durante los últimos años su compañero de entrenamientos con la espada, por ser el de estatura más cercana a la suya, y con quien alcanzó un nivel de confianza solo superado por Lashmal.

—Erson, ¿me recibes?

—Sí, disculpa. A V. V., recibido. Gracias.

Erson selecciona el destino con un solo clic. La nave le llevará directamente hasta Vert. En esos momentos lo agradece, le costaría mucha fuerza de voluntad pilotar voluntariamente hasta allí. *«¡Vert! ¿Cómo es posible?».*

Siente una punzada en el corazón, y después rabia. El piloto automático le permite perderse en recuerdos.

Desde pequeños, a alguien le hizo gracia la coincidencia de iniciales y empezó a llamarle V. V. Después todos le llamaban así, incluso los maestros. Cuando empezaron a dar el estirón, Vert y Erson destacaron sobre los demás, y Gon-Adí los emparejó para las prácticas con la espada, para que ambos tuvieran un rival de envergadura apropiada para un buen entrenamiento. Entre bromas, Erson también llamaba a su compañero V. V., hasta que un día él le replicó «¿Y tú qué, E. E.?», y al caer en la cuenta estuvieron un buen rato riendo. Desde entonces, Gon-Adí dio en llamarles «los dobles».

Vert era un buen compañero. Se esforzaba, le costaba alcanzar los objetivos. Muchas veces, Erson le ayudaba por las tardes, repasando las lecciones juntos. Y Vert superó el segundo grado como todos los demás, y con buena nota, y también su tutoría, aunque eso ya le costó un poco más, por sus indecisiones. A partir de ahí, Erson le perdió un poco la pista, pero sabe que hizo varias veces las pruebas para el grado de Maestro, y nunca las superó.

Por la ventana frontal se divisa ya el rojo planeta volcánico de Urumai. La nave inicia maniobra de aproximación. Una plataforma parece estar esperándole con los brazos abiertos. La nave toma suelo.

Erson suspira. Repasa sus bolsillos y accesorios: libro, espada… todo en su sitio. Desciende de la nave y se dirige a la única puerta que comunica la plataforma con el edificio adyacente. Luego un ancho pasillo, no tiene pérdida. Sus sentidos ya le confirman que Vert está allí. Finalmente, una puerta se abre, y al otro lado está él, sentado tras una mesa. La puerta se cierra tras Erson. Ambos se miran unos momentos.

—Sabía que no tardarías en venir.

Erson, sin mediar palabra y sin moverse del sitio, saca y enciende su espada.

—No voy a luchar contra ti, Erson. No me apetece suicidarme.

Vert saca su espada y la deja sobre la mesa, y a continuación invita a Erson a sentarse, con un gesto.

—Le dije que no sería fácil… En cuanto vi que terminaba el día y no venía a verme ni me enviaba mensaje alguno, supe que todo había terminado.

Erson, sentado frente a él, no hace comentario alguno. Su expresión es una mezcla de dolor y rabia. Vert saca del bolsillo su ejemplar del libro y reflexiona sobre él.

—Me pregunté qué diablos tiene este libro para que siendo tu punto débil, sea al mismo tiempo tu punto fuerte. Hacía años que no lo leía —mira a Erson, con arrepentimiento sincero—. Me he equivocado, Erson, he cometido un grave error, y ha llegado el momento de volver al camino. Bajé la guardia y… —suspira—. Ha sido un gran error.

La rabia de Erson parece calmarse, o al menos ceder parte de su terreno al dolor.

—¿Me llevarás ante el Consejo?

—Sí.

—Me alegro de que seas tú quien lo hace.

Erson gira la cara. A él no le alegra en absoluto. Y Vert pone sus manos sobre la mesa, y se las ofrece para que le espose. Erson saca los grilletes y, sin acercarse a él, se los lanza.

—Hazlo tú mismo.

Vert suspira de nuevo, comprende la reacción de Erson, y continuando con su propósito de acabar con su error, obedece y abre las anillas para colocárselas él mismo. Cuando ya se ha puesto una y se dispone a ponerse la otra, Erson dice:

—A la espalda, por favor.

Y a Vert le duele, porque significa que no se fía de él, pero obedece de nuevo, consciente de que se merece el trato que le da. Después de la experiencia con Tanrok, Erson está demasiado escarmentado para confiar en Vert. Inderit y Alainiz tienen razón: es ingenuo y blando. No piensa serlo esta vez, un traidor no lo merece.

En la nave, camino de Corussan, Erson mira siempre hacia afuera, adelante, para no ver a Vert. Vert le mira, y luego agacha la cabeza, varias veces.

—Te debo una explicación.

—¡Guárdatela para el Consejo, no quiero saber nada!

Vert agacha la cabeza de nuevo. La oscuridad le envuelve cada vez más. ¡Dio orden a Tanrok de eliminar a Erson! ¿Cómo conseguir el perdón de Erson? ¿Y el propio? ¿Cómo volver a sentirse digno? Aún no lo sabe. De momento acatará la decisión que el Consejo tome sobre él.

Al llegar al Templo, Erson tiene la opción de cubrir la cabeza del detenido para no ser visto durante su trayecto a la sala del Consejo, o no hacerlo. Le mira de frente, y Vert le responde sosteniendo la mirada, con un fondo suplicante. Erson aprieta los dientes y decide no cubrirle. El camino hasta la sala del Consejo se hace largo para los dos. Cada mirada que cae sobre Vert le hace pesar el corazón una tonelada más, y coloca en el de Erson una nueva pieza de la dura coraza que se está formando.

Con un silencio sepulcral, Yoda recibe a Erson y Vert. Mira a Vert un instante, y después centra su atención en Erson. Tenía razón, era alguien tan cercano como percibía. Se puede saborear en el ambiente el dolor y la coraza de Erson.

Yoda hace venir a un par de caballeros jedi de guardia.

—A una celda llevadle hasta que el Consejo se reúna.

Se lo llevan, y Yoda se queda a solas con Erson.

—¿Cómo estás?

Él no contesta, solo suspira.

—Una pesada tarea encomendarte debo. El Maestro Menghus muy enfermo continúa, y en este tipo de juicio impar número necesitamos ser. Asistir deberás en su lugar.

La coraza de Erson parece haberse completado, y asiente, sin más.

En Sitéridas, Windu acompaña a Alainiz al hogar de sus padres.

—¡Alainiz! ¡Qué sorpresa, mi niña! Creí que ya no podrías venir por tu cumpleaños.

—Al final sí he podido, ya ves —dice mientras se abrazan y besan—. Vengo a pasar unos días.

Windu colabora en no levantar sospechas sobre el motivo de la visita. Él sabe cómo se siente Alainiz, lo ha percibido bien durante el viaje.

—Saludos, Midila —dice el Maestro.

—Un placer verle de nuevo, Maestro Windu. ¿Qué le trae a Ud. por aquí?

—Rutina. Voy a ver qué tal va el gobierno. Hemos aprovechado para venir juntos.

Alainiz agradece el capote, aunque sin entender por qué se lo echa.

—Estaremos en contacto —dice Windu, y Alainiz asiente.

Alainiz se instala en su habitación. Los objetos que hay en ella le traen recuerdos de su niñez. Ahora todo eso parece tremendamente lejano, como si perteneciera a una desconocida. Sus pensamientos nada tienen que ver con los de aquella pequeña que jugaba en los jardines del palacete.

—¿Estás bien? —pregunta su madre.

Ella la mira y no puede mentir, y agacha la cabeza, triste.

—¿Qué pasa, mi niña?

—Ahora no, mamá, por favor.

Windu visita al Gobernador y le pregunta por la marcha de su pueblo. El último año ha sido muy pacífico y no ha habido que movilizar al ejército en ningún momento. Con el tiempo parece que los vecinos exteriores han aceptado la nueva condición de Sitéridas. El Maestro le pide alojamiento, explicándole sin entrar en detalles que ha de quedarse cerca de Alainiz por un tiempo. El Gobernador le facilita lo que pide y se despiden hasta otro momento. Una vez en su habitación, un droide le lleva un mensaje remitido desde Corussan:

Maestro Windu:

Se te requiere en el Templo para un reunión extraordinaria del Consejo jedi lo antes posible.

Fdo.:

Gon-Adí

Portavoz del Consejo

Dos días después, todos los miembros del Consejo han regresado al Templo desde sus diferentes destinos. Falta uno, el Maestro Menghus, cuya salud es crítica, y a quien sustituye Erson. Ya ha hecho sustituciones en otras ocasiones, pero nunca para una reunión como la de hoy. En completo silencio, ocupa el asiento habitual del Maestro Menghus, dos lugares a la derecha de Yoda, justo a continuación de Windu.

El detenido es llevado ante el Consejo, en el centro de la sala, de pie. El juicio comienza con la exposición de la acusación por parte del Maestro Windu.

—Vert Vertissen, se te acusa de incumplimiento de tus votos como Caballero jedi en los siguientes aspectos:

- Difusión de conocimientos sobre la Fuerza y la Orden jedi a personas ajenas a ella sin consentimiento del órgano competente.
- Usurpación de funciones de Maestro sin la capacitación correspondiente.
- Incitación al uso indebido de la Fuerza.

Y como consecuencia de ello se te acusa también de imprudencia temeraria con resultado de muerte de entre 150 y 200 personas a lo largo de 8 años.

—¿Cómo te declaras?

—Culpable —dice una voz mortecina salida de Vert—. También soy culpable de conspiración en intento de asesinato contra Erson, Inderit y sus padawan.

Los miembros del Consejo miran a Erson, que se mantiene inmutable. Esta acusación no estaba en la lista, porque ellos no lo habían mencionado en el informe al no tener pruebas. Erson, con un escudo protegiendo sus pensamientos para que nadie los vea, está quieto como una estatua, con la mirada inexpresiva al frente, atravesando a Vert, como si no estuviera allí, en el centro del círculo.

—¿Por qué? —pregunta un dolorido Yoda.

—Las razones que puedo dar no sirven de excusa. Fui un mal jedi, bajé la guardia, no cumplí con la disciplina aprendida.

—¿Qué pasó? —pregunta otro de los 13 miembros reunidos.

—En varias ocasiones traté de alcanzar el grado de Maestro sin éxito. Eso me molestaba. Entonces fui destinado a Urumai, y me sentí infravalorado.

—Es un destino tan digno como cualquier otro —le replica Windu.

—Es cierto, pero yo no lo vi así en aquel momento, y me sentí menospreciado. No supe controlar mi debilidad, y entonces conocí a Tanrok Larsuss, de Bunaii, que fue a Urumai buscando un lugar donde practicar el uso de la Fuerza para mantener bajo control

la actividad volcánica. Mi vanidad se alimentó de sus deseos de encontrar un Maestro que le guiara en los misterios de la Fuerza, y accedí a entrenarle.

A Vert le cuesta hablar, la garganta se le seca y los ojos se le humedecen. Inspira hondo para controlar sus emociones y continúa.

—Le ayudé a utilizar la Fuerza y a conseguir el poder en su planeta. Sentía satisfacción con sus éxitos, los vivía como propios. Perdí los escrúpulos y no me importaba pasar por encima de quien fuera para conservar eso.

Los consejeros escuchan bajo una gran pesadumbre. Erson permanece totalmente impasible, como una estatua, con la mirada fija en un punto indeterminado y su escudo en pie.

—Le… di instrucciones… para eliminar a cualquiera que amenazase la continuidad de nuestro modo de actuar. Nos encargamos de eliminar al viejo Lonsok… y lo intentamos con Erson, Inderit y sus padawan.

Vert hace un esfuerzo por mirar a Erson. Erson le devuelve la mirada, la más dura y desconfiada mirada que jamás vio nadie en él. Vert baja la suya, con el ceño fruncido, hasta que el Maestro Yoda le hace una pregunta:

—¿Cómo el intento fue?

—Hicimos concurrir las condiciones para conducirlos a un bar, donde un secuaz de Tanrok les serviría comida envenenada.

Se genera un murmullo mirando a Erson, que sigue mirando fijamente a Vert.

—Pero no cayeron en la trampa, su instinto les sirvió bien.

Erson suspira levemente y piensa en Alainiz, lejos de allí ahora. Retira su dura mirada de Vert y la posa de nuevo en el infinito, más allá del suelo.

—Lo que cuentas está considerado alta traición —dice Windu—. ¿Eres consciente de eso?

—Sí, Señor. —Contesta un Vert desolado.

—¿Por qué confiesas?

Vert, que se está derrumbando, se toma tiempo para armarse de valor un poco más.

—No quiero continuar el camino que he iniciado.

Aprieta los ojos y agacha la cabeza. Empieza a temblar. Recompone su rostro y frena las lágrimas que llegan a sus ojos, ahogando en ellas su voz.

—¿Y qué camino quieres tomar?

—El que el Consejo decida, Señor.

Los miembros se miran unos a otros, está claro que el veredicto es de culpabilidad, falta decidir la sentencia. Yoda suspira, triste. Cuando las preguntas terminen, él dirigirá la votación del jurado.

—¿Algún atenuante en tu defensa alegas?

—No, Señor. Lo único que puedo decir es que me arrepiento sinceramente.

Yoda escruta sus sentimientos para ver el grado de sinceridad con el que habla. Erson también mira a Vert, con la misma mirada fría con que lo lleva haciendo todo el tiempo. Windu no disimula en absoluto lo que piensa. Cada uno decide según su conciencia.

—Solo dos caminos posibles hay: expulsión o rehabilitación. Ahora el Consejo votará. Erson, por ser suplente y primera vez, opción tienes de hacerlo en tu turno, o el primero, o el último, y elegir si en voz alta o en secreto votar.

Erson asiente levemente y elige:

—El primero, y en secreto.

—En ese caso, desvelado tu voto será solo si necesario para un desempate fuera.

Él asiente de nuevo. El Maestro le indica con un gesto que proceda a votar. Junto a su asiento, en una pequeña mesa, hay papel, lápiz y una pequeña bola hueca con sus dos semiesferas enroscadas. Vert le observa, él escribe tapando con su mano, dobla el pequeño papel varias veces hasta hacerlo caber en la esfera, la cierra y la entrega a Yoda. A continuación votan los demás, continuando por la derecha de Erson. Los votos se emiten en voz alta y en presencia del acusado.

—Rehabilitación.

—Rehabilitación.

—Expulsión.

—Expulsión.

—Rehabilitación.

—Expulsión.

—Expulsión.

—Expulsión.

—Rehabilitación.

—Rehabilitación —dice Gon-Adí.

—Rehabilitación —dice Yoda.

—Expulsión —dice Windu.

Todos quedan sobrecogidos al darse cuenta del empate. Vert cierra los ojos y suspira acongojado. Se imagina su destino, lo aceptará con la dignidad que le sea posible. Yoda abre la pequeña bola que encierra el voto secreto. Erson sigue impasible.

—Rehabilitación —lee, sorprendido y aliviado.

El acusado recibe la sentencia con lágrimas. Erson, en cambio, continúa frío e inexpresivo, se levanta, se despide con una reverencia, y se va sin más, mientras Vert le mira marchar.

Alainiz, equipada con agua y un pequeño picnic en una mochila, empieza a caminar. Su destino es la Reserva Natural Obi-Wan Kenobi, a tres horas de camino a pie. El sol de Sitéridas calienta con fuerza, tal como acostumbra a hacer, y enrojece su piel, que no está acostumbrada a tanta radiación. Al adentrarse en la reserva, la frondosidad del bosque la protege.

Hace una pausa para comer algo y refrescarse, junto a un río de aguas heladas y limpias. Se moja la cara y bebe de sus propias manos. La reconforta tanto que, sin darse

cuenta, al cerrar los ojos, se visualiza en pleno contacto con el planeta y se comunica con él, tal como aprendió a hacerlo con Erson. Todo es perfecto, en equilibrio.

Después trepa a un árbol de enormes ramas y se queda allí, en silencio, observando la belleza natural. Pronto se acostumbra a los sonidos y aprende a distinguir unos de otros. Y allí están: los sumanes. Los oye pero no los ve. Le gustaría tener la agudeza visual de Kudar-Kaan para poder verlos.

Se sumerge en recuerdos de la reciente misión. Inevitablemente llega a los momentos en que tomó conciencia de lo que le pasa, y recuerda lo que Kudar le decía: «deberías hablar con él», «lo de que siga siendo tu maestro, en el fondo está en tus manos». Oye un rugido infantil que proviene justo de debajo suyo. Allí están: una hembra de sumán con dos crías. Los observa sin moverse para no hacer ningún ruido que les haga huir, hasta que continúan su camino y se alejan. Encantada de haber podido verlos de cerca, baja del árbol y regresa a casa.

Erson no puede dormir. En cuanto cierra los ojos y se queda traspuesto le viene la imagen de Vert compungido, seguida de la de Bunaii inundado de lava con heridos por todas partes. ¡Cuánto sufrimiento innecesario! Se levanta de la cama y va junto a la ventana. Mira el tráfico aéreo de Corussan, que no cesa por muy intempestiva que sea la hora. Es el único sonido que rompe el silencio, aunque si se concentra más le parece oír a lo lejos un llanto. En realidad no sabe si lo oye o si es su alma atormentada quien se lo hace imaginar.

Se sienta en la cama, enciende una pequeña luz y abre su libro. Busca en él algo que le apacigüe, y no lo encuentra. Es como si el espíritu de Shari hubiera abandonado las páginas. Cierra el libro y apaga la luz, y se acuesta, y al cerrar los ojos evoca a su maestra, intentando adivinar qué le diría ella, tal como le dijo que hiciera cuando se despidió de él.

Y no encuentra respuesta que le consuele, y su corazón quiere llorar pero sus ojos están secos, y siguen pasando las horas sin poder conciliar el sueño.

Alainiz espera el fin de la jornada de su madre paseando por los jardines del palacete. El lugar le recuerda a su padrino. Recuerda como le enseñaba a utilizar la Fuerza. Eran pequeñas cosas, simples juegos. Ahora sabe mucho más, especialmente tras sus tres años con Erson. Erson… ¿Qué estará haciendo? ¿Estará en Corussan? Allí es de noche ahora. Cierra los ojos y por un momento siente con toda seguridad que puede percibirle y saber cómo está. Percibe sufrimiento, y quisiera estar allí y hacer algo para remediarlo, pero no puede, y eso le provoca más sufrimiento. Encendida de rabia, desea expulsar fuera de sí y de él todo ese dolor, y lo empuja hacia fuera.

—¡Alainiz! —grita su madre.

Al oírla sale de su trance y abre los ojos. Ante ella, los arbustos del jardín han prendido en llamas. Midila pide ayuda a los sirvientes y corre hacia ella. Alainiz se ha quedado paralizada, horrorizada, porque sabe perfectamente que lo ha provocado ella. Su madre la zarandea para que reaccione y se aleje mientras los jardineros enfocan las mangueras hacia el fuego.

—¡Mamá, lo siento! —consigue decir entre sollozos.

Capítulo 13.- Desvelos.

Por la mañana, Erson se sienta a desayunar junto a Gon-Adí, o a intentarlo, al menos. Su Maestro tutor es su mejor amigo, le conoce y le comprende, y comparte su modo de ver las cosas.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estarías tú?

—Igual que tú —contesta resignado.

Yoda y Windu llegan también al comedor y vienen a sentarse junto a ellos. Erson saluda a duras penas con un simple gesto. Para todos es evidente que no está de humor. Inevitablemente, sale el tema aún candente de Vert.

—¿Participarás en la rehabilitación de Vert? —pregunta Yoda a Erson.

Él suspira sin levantar la vista del plato, y contesta negando con la cabeza.

—¿Reniegas de tu voto? —dice Windu.

—No, no reniego —contesta él, ofendido.

—Sí reniegas. Tu voto fue decisivo.

—No, Maestro, el tuyo fue el decisivo, yo fui el primero en votar.

—Expulsión es lo que merece, tú mejor que nadie deberías reconocerlo.

—¡Claro! ¡Es lo mejor para nuestro orgullo! —dice con sarcasmo—. ¡8000 midiclorianos entrenados, sueltos por la Galaxia sin guía ni control! ¡Una idea fantástica, sin duda!

Sin terminar su desayuno se levanta, recoge su bandeja y se va. Windu se queda contrariado, no se había planteado las cosas así. Los otros le miran, a ver cómo reacciona, hasta que sacudiendo la cabeza dice:

—Me recuerda a Shari.

Alainiz se queda en su habitación y no sale ni para comer. Su madre se preocupa y va a verla, y la encuentra cabizbaja, llorando en silencio. Se sienta junto a ella y acariciando su melena le aparta el cabello para verla mejor.

—Cuando eras pequeña llorabas gritando como una loca.

Ella solloza casi imperceptiblemente. Su madre sigue hablándole.

—Este llanto es distinto, es de mujer, de mujer enamorada.

Alainiz aprieta los ojos, y las lágrimas acumuladas caen juntas rápidamente.

—Es Erson, ¿verdad? —dice Midila.

Ella asiente.

—Y no te corresponde —añade.

Ella niega con la cabeza.

—Dice que también me quiere, pero no de esa forma. Me quiero morir, mamá —dice Alainiz llorando, y se abraza a su madre.

—No digas eso.

—No soporto estar lejos de él.

Midila intenta consolarla abrazándola fuerte, y se acuerda de Obi-Wan, y de cómo estaba los primeros días, antes de empezar a ejercer su cargo.

—Alainiz, ¿recuerdas a tu padrino?

—Sí.

—¿Y a Shari?

—Menos, pero también.

—¿Sabías que ellos se amaban? Vivían separados, cumpliendo como jedi, pero no por eso dejaban de amarse. Seguro que tú también puedes hacerlo: ser una buena jedi sin dejar de amarle.

—¿De qué me sirve si él no siente lo mismo? Además, ya no sé si quiero ser jedi.

—¡¿Cómo que no quieres?! ¿Qué vas a ser, si no?

—No lo sé. ¿Qué clase de jedi sería? ¡Mira lo que he hecho en el jardín!

Midila suspira contrariada, ya no sabe qué más hacer para animarla. Lleva tres días allí y la ve cada vez peor. Vuelve a acordarse de Obi-Wan: él tardó unas dos semanas en levantar cabeza, y Windu estuvo todo ese tiempo con él, hasta que superó su depresión y pudo salir adelante… Probablemente, Windu sepa qué hacer para ayudar a su hija. Dijo que iba a Corussan a algo importante y volvería. Cuando vuelva hablará con él.

Erson no tiene adjudicada ninguna tarea en estos días. Pasa la mayor parte del tiempo en su habitación. A ratos va al centro de entrenamiento y observa a Gon-Adí dando las clases, eso siempre le ayuda a meditar. A veces el Maestro le invita a practicar un poco, los dos se sienten bien entrenando rutinariamente. Pero ahora, a Erson no le apetece y rehúsa siempre.

Gon-Adí sí se ha comprometido a participar en la rehabilitación de Vert, y cada día, al terminar sus clases, charla con él durante una hora y media o dos. A veces lo hacen mientras entrenan con la espada, otras mientras pasean. Erson prefiere no encontrarse con él, por eso está casi siempre en su habitación.

A Vert se le encargan tareas rutinarias el tiempo que no está con sus Maestros rehabilitadores. Una mañana le toca colaborar en la línea de autoservicio del comedor. Erson entra a desayunar y al seguir el camino habitual se encuentra con él. Vert acaba de colocar una bandeja de comida en la línea y Erson está a punto de servirse de ella. Cada uno a un lado de la barra, se miran sin hablar. Erson apenas ha dormido, Vert tampoco descansa bien. Vert sostiene la mirada, arrepentido, Erson ya no tiene fuerzas para mirarle con la dureza de días atrás. Ambos miran la comida y vuelven a mirarse el uno al otro. Los dos saben en qué están pensando. Vert coge un tenedor y prueba un bocado de la comida de la bandeja. Erson empieza a ver de nuevo a su compañero y amigo, a lo lejos, y le echa de menos. Se sirve comida de la bandeja y continúa su camino.

Esa tarde, Erson se queda a mirar a Vert y Gon-Adí entrenando con la espada, escondido tras las columnas del piso superior. Reconoce en Vert al que entrenaba con él siendo niño y se pregunta cómo pudo llegar a perder el control así. Una punzada le encoge el corazón. ¿Cómo pudo un hombre bueno perder la cabeza así?

Echa mano a su bolsillo y saca el libro. Capítulo 6: El punto débil. Lee de nuevo desde ahí, pensando en Vert. ¿Por qué dejó de pisotear su mala hierba? Tal vez no se dio cuenta de su nuevo punto débil. ¿Por qué no estuvo en guardia? Él siempre lo tiene muy presente, y medita cada día. ¿Por qué no lo hizo Vert?

Windu vuelve a Sitéridas. Midila se las apaña para cogerle aparte y hablar con él.

—Maestro, Alainiz está muy mal, necesito su ayuda.

—¿Qué le ocurre?

—Está enamorada.

El secreto está desvelado, ya no hace falta disimular.

—Sí, lo sé. Por eso la hemos traído aquí.

—Me gustaría que usted le hablara de Obi-Wan y Shari. Sé que usted les ayudó a llevarlo bien.

—No es lo mismo, Midila, en el caso de ellos era recíproco.

—Lo sé, pero tiene que haber algo que usted pueda hacer. Está fuera de control, ayer desató su poder y prendió fuego en el jardín. Nosotros no podemos frenar un arrebato así, no tenemos esa clase de poder.

—Haré lo que pueda —dice Windu con pesar.

Windu la encuentra en el jardín, contemplando el desastre que provocó. Esa joven tiene poco que ver con la inquieta padawan que suele acompañar a Erson, a la cual es imposible mantener callada. Nunca ha hablado con ella en privado, ni de temas personales. No sabe lo receptiva que estará.

—Hola.

Ella le mira, medio asustada.

—Hola.

—¿Cómo estás?

Alainiz no contesta, solo encoge los hombros, y sus ojos se humedecen. Avergonzada, los esconde de la vista del Maestro.

—Tu madre me ha pedido que te hable de Obi-Wan y Shari.

Ella no sabe qué decir.

—Pero no te voy a hablar de ellos. Te hablaré de mí. Ven.

La lleva a sentarse frente al estanque, y comienza a explicar su historia.

—No son pocos los jedi que han pasado por lo mismo que tú —comienza—. Da igual la raza, el sexo, la edad y los midiclorianos.

Alainiz mira al Maestro. No es tan alto como Erson, pero es muy robusto, y su piel oscura contrasta brutalmente con la de ella, tan clara. Parece un gigante temible al lado de su pequeño cuerpo.

—En mi caso no se trataba de una compañera, sino de una senadora. Me destinaron a protegerla en los tiempos de la guerra contra los separatistas. Era bella, fuerte y valiente. Plantaba cara a los rebeldes en el Senado hablando claro, y eso la convertía en una incómoda amenaza para ellos. En muchas ocasiones atentaron contra su vida.

Alainiz escucha sin decir nada, mirando el estanque. El reflejo del sol en el agua la ciega, y eso hace que se imagine las escenas que Windu le describe.

—Yo la admiraba profundamente por su fortaleza. Su encanto como mujer hizo el resto y la misión que me habían encomendado se convirtió en un empeño personal. Veía amenazas donde no las había, estaba desquiciado protegiéndola, y cuando había una amenaza real, mis sentidos no estaban lo bastante finos para detectarlo.

Alainiz le mira. Jamás se habría imaginado tanta humanidad en ese hombre rudo.

—Yoda se dio cuenta y me apartó de ella. Mi obsesión era tal, que a pesar de la distancia creía percibir los peligros que la acechaban, y seguía intentando protegerla en la distancia, malgastando mis fuerzas en proyectarme hasta donde ella estaba.

La joven suspira. Se ve retratada en el relato de Windu.

—Me planteé seriamente dejar la Orden, pero Yoda me ayudó a ver que eso no me serviría más que para hundirme más. Si yo pensaba que mi vida no tenía sentido lejos de ella, menos sentido tendría lejos de ella y sin servir al pueblo.

Alainiz le mira un momento y agacha la cabeza.

—Tú también te lo has planteado, ¿verdad?

Ella asiente.

—No has hecho aún los votos ni las pruebas, eres libre de dejarlo.

Ella le mira, incrédula.

—Pero piénsalo: ¿Cómo te sentirías? ¿Es mejor eso que lo que sientes ahora?

Alainiz suspira profundamente y contesta:

—No.

Hombre grande y oscuro junto a mujer pequeña y blanca, compartiendo emociones. Él la mira y le hace un gesto pidiendo su opinión. Ella contesta esforzándose en sonreír.

—No concibes como posible dejar de amarle, ¿verdad?

Ella hace una mueca confirmándolo.

—Es normal.

—¿Por qué?

—Porque no dejarás de amarle, solo aprenderás a vivir con ello, pero sin él.

Y el llanto sobreviene de nuevo a Alainiz. Windu la rodea por los hombros con su brazo, apoya su cabeza en él, y la abraza. A lo lejos, Midila los observa y sonríe.

Erson pasa media noche más en vela, leyendo de nuevo. No comprende que alguien que ha recibido la misma formación que él pueda olvidar lo aprendido y bajar la guardia. Cuando por fin se duerme, lo hace hasta el mediodía.

Al despertar, baja al comedor. Desde la entrada ve a Vert, de espaldas, sentado solo. Siente que debería sentarse con él, pero el rencor aún duele, y decide salir a comer fuera del Templo.

Alainiz no consigue pegar ojo. En cuanto los cierra, visualiza el jardín ardiendo. Le duele haber hecho daño al planeta, un daño que cuesta mucho reparar. Su conciencia protesta continuamente, y le recuerda que podría haberle ocurrido en la reserva, donde el socorro no habría llegado tan rápido, y los sumanes podrían haber muerto, extinguiéndose para siempre.

Hastiada de sufrimiento, rompe con su pasado. Se corta la melena y se compra ropa nueva. Y esa noche coge un punzón metálico y una vela y va al lugar donde cometió su delito.

Enciende la vela y se arrodilla. Calienta el punzón en la llama, y con la punta candente marca en su pecho, sobre su corazón, una «S». Vuelve a calentarla y marca una «i», después una «t», y así hasta completar «Sitéridas». Después, con su piel ampollada e incluso sangrante en algunos puntos, cierra los ojos y se concentra para comunicarse con él y pedir perdón.

De vuelta en su cama, y a pesar del dolor, consigue, por fin, dormir.

Erson apenas sale de su habitación, y cuando lo hace no se queda en el Templo, para evitar encontrarse con Vert. Yoda le busca, preocupado. Gon-Adí echa en falta sus visitas como espectador por las tardes. Se está encerrando en sí mismo y nadie consigue acceder a él. La lectura de su libro no le reconforta. Por las noches cierra los ojos pidiendo a su Maestra que le visite en sueños, que le aporte un rayo de luz, pero lo único que ve cuando el sueño le vence son ríos de lava engullendo personas. Y se despierta para no seguir viéndolo.

A veces se sienta a hacer figuras de papel, algo que suele funcionarle para encontrar respuestas o, como mínimo, para que su atormentada mente deje de buscarlas por un rato, pero las figuras no surgen, o son caóticas y deformes, y termina aplastándolas dentro de su puño.

Windu valora cómo está Alainiz. Hace días que no llora ni pierde el control. Se percibe una gran madurez en ella. Parece que es el momento de regresar, y le pregunta.

—¿Cómo estás?

—Bien —contesta ella, seria pero sincera.

—¿Lista para regresar a Corussan?

Ella suspira hondo, y contesta con un movimiento de cabeza que sí.

Capítulo 14.- Lavarse las manos.

Erson regresa al Templo siendo ya de noche. Como viene siendo costumbre los últimos días, evita en lo posible encontrarse con los demás. Varias personas esperan el ascensor, así que él toma el camino de las escaleras, no importa que sean doce pisos.

Al pasar por la planta de la terraza, una percepción familiar atrae su atención: Alainiz. No había vuelto a pensar en ella desde que la dejó subiendo a la nave. Ahora que la percibe le apetece verla, como apetece por la mañana oler la brisa fresca.

Ropa distinta, el cabello corto, y con una actitud mucho más serena, parece que en esas dos semanas hubiera madurado cinco años.

—¿Alainiz? —dice Erson asomándose apenas desde la entrada de la terraza.

—Hola —contesta ella, girándose, con una tímida sonrisa.

—¡Guau! ¡Qué cambio! Y no me refiero a tu cabello.

Ella responde sonriendo un poco más. Él se acerca, y una vez junto a ella la observa con más detalle. Ella sonríe cariñosamente. La sensación que tiene Erson es la de tener delante a una vieja amiga, de ningún modo a su padawan.

—Te veo muy bien —dice Erson.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—¿Yo? Bueno… Aquí estoy.

—Eso no suena muy bien.

—Ya… La verdad es que no me apetece hablar de ello.

Alainiz siente una pequeña punzada. Le gustaría que Erson la tratara como una buena amiga, y de momento no parece que vaya a ser así. Él percibe lo que piensa, y le rectifica.

—No, no es por ti… Es que… han pasado cosas en tu ausencia que… —y suspira, sin saber cómo seguir.

Ahora es ella quien trata de leer el pensamiento de él, para poder entenderle. Percibe dolor y tristeza, pero no los detalles de la causa. Tal como cientos de veces ha hecho él con ella, Alainiz cambia de tema.

—Supongo que no seguiremos con la tutoría, ¿verdad?

—No lo necesitas —contesta él, y sonríe, y ella le devuelve la sonrisa.

Erson no hace más que mirarla y maravillarse por el cambio. Su vestimenta realza sus atributos femeninos y le dan una imagen de mujer calmada, nada que ver con la niña preguntona que era antes, y siente que puede hablar con ella con total sinceridad.

—¿Y con nuestra amistad? —pregunta Alainiz.

—Eso sí. Además, me hace mucha falta —y su semblante se vuelve triste.

Ella no dice nada, solo le mira, preocupada, y él agradece que no le acribille a preguntas, incluso la falta de ellas le hace querer hablar.

—¿Recuerdas que te dejé algunas preguntas sin contestar?

—No sé a cuáles te refieres.

—Mi reacción ante Tanrok…

—Ah, sí.

—Entonces no era buen momento para hablarte de lo que me pasaba. Ahora sí lo entenderás. Estaba asustado y tenía que calmarme y concentrarme en lo que estaba ocurriendo. Tanrok me estaba atacando directamente a mi punto débil.

Alainiz muestra interés por la historia, y Erson continúa.

—El maestro de Tanrok resultó ser uno de mis compañeros de promoción. Él me conocía bien, y sabía que, en mis tiempos de Academia, me enamoré.

Alainiz ata cabos. El libro… Siempre con el libro a cuestas. Ahora todo encaja.

—¿De Shari?

Erson asiente, y Alainiz no puede evitar echarse a reír.

—¿En serio? ¡Qué puntería! Ja, ja, ja, ja.

—¿Puntería? ¿Por qué dices eso?

—Mi madre me ha contado que ella y Obi-Wan…

—Ah, ya… De eso me enteré más tarde, después de pasar por un calvario.

—¿Qué pasó?

—Pasó que cuando tu mente se centra exclusivamente en esa persona, no te das cuenta del alcance de tu propio poder. Tus midiclorianos se ponen al servicio de tus deseos y tus impulsos. No te da tiempo a pensar en lo que haces, simplemente ocurre, lo haces, pierdes el control. Perdí el control, y ella se acercó a mí, furiosa, y me dijo que hasta nuevo aviso sería únicamente mi Maestra. No recuerdo haber pasado tanta vergüenza en toda mi vida.

—Pero, ¿qué habías hecho?

—Me proyecté junto a ella y la acaricié.

—¡La acariciaste! —repite Alainiz con incredulidad.

—Sí.

—¡Pero qué ingenuo eres, Erson! A cualquier cosa llamas perder el control.

—No me percaté de que lo hacía hasta que vi que ella lo había percibido.

—Pero eso no es perder el control. Perder el control es que tu rabia se exteriorice prendiendo fuego al jardín que tienes ante ti.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Erson al imaginarlo.

—No podría dormir si me pasara algo así.

—Yo tampoco podía. Ahora ya sí. Le pedí perdón con una ofrenda, y pude volver a dormir.

—¿Una ofrenda? —pregunta Erson tembloroso.

Alainiz tira hacia abajo de su escote hasta mostrar la marca hecha en su pecho con el punzón ardiente. Erson palidece al ver el nombre «Sitéridas» grabado.

—Fuego por fuego, era lo justo.

Horrorizado, fija la vista en el suelo. La ofrenda demuestra que Alainiz aprendió bien la moral que él le inculcó, pero no puede creer que su pequeñaja haya podido perder el control hasta ese punto. Él mismo la entrenó, confiaba ciegamente en ella, y ella ha cometido una atrocidad contra su propio planeta. Nada de lo que le enseñó ha servido para evitarlo.

Todo su esfuerzo ha sido destruido, reducido a cenizas en aquel jardín. Un calor incontrolable sube a sus mejillas y humedece sus ojos.

—Erson, ¿estás bien? —Erson la mira un instante a los ojos e intenta entender lo que le dice—. Está lloviendo, vámonos.

Pero él vuelve a bajar la vista al suelo y no se mueve de allí.

—Esta vez no me voy a quedar a mojarme contigo.

Él la mira. Le cuesta comprender lo que oye, su mente está en otro lugar, atrapada. Ni siquiera se había percatado de que empezaba a llover.

—No. Ve tranquila.

—¿Tranquila? No estás bien, Erson.

Él niega levemente con la cabeza, sin dejar de mirar al suelo. Alainiz se da por vencida. Cuando Erson está así no se puede hacer absolutamente nada. Le coge por el brazo para reclamar un momento su atención.

—Cuídate, ¿vale?

Y Erson asiente, y se queda allí, mojándose, durante un par de horas, hasta que la lluvia cesa y el viento consigue que su cuerpo se encuentre peor que su espíritu.

En su habitación, Erson se cambia de ropa con desgana y luego se queda junto a la ventana, con la mirada perdida en el infinito, un par de horas más. Finalmente se acuesta, rendido.

La exposición al frío y la lluvia le traen fiebre, y la fiebre, pesadillas. Se ve entrenando con la espada, con Vert como contrincante. Su rabia aflora y toma las riendas del entrenamiento, atacando ferozmente a Vert, hasta matarlo. Intenta despertar para poner fin a la situación, pero no puede moverse. Unas lenguas de fuego se burlan de él acercándose a su cara y alejándose de nuevo. Esta vez, el calor le despierta, y se encuentra sudando, y con el brazo derecho agarrotado, con el puño cerrado, como si sujetara su espada.

Al incorporarse y destaparse, le entran temblores. Se levanta y bebe agua. Coge una manta adicional y la pone sobre la cama, y se acuesta de nuevo, tiritando.

Cada vez que el sueño empieza a apoderarse de él, nuevas pesadillas le disturban, hasta que, habiendo amanecido ya, consigue dormir hasta media tarde, y despierta mucho mejor. Come algo ligero pero caliente, y se acerca al centro de entrenamiento a ver a Gon-Adí entrenar con Vert, sin esconderse esta vez.

Vert le mira en cada instante de descanso. Espera recibir un atisbo de perdón, pero no encuentra nada: Erson ha levantado escudos inconscientemente. Gon-Adí observa a uno y a otro, y decide intervenir.

—Erson, ¿te animas?

El pulso se le acelera, y su escudo se rompe. Vert le mira, temeroso y deseoso de acercarse a él y demostrarle de una vez su voluntad de cambiar. Erson mira a su Maestro, y éste le invita con un gesto a acercarse.

Se levanta y acude lentamente frente a él. No dejan de mirarse en ningún momento. Erson coge su arma y la enciende, y continúa mirándole. Vert se anima y pone la suya en guardia. Erson le estudia. De pronto se ve atacándole con tanta furia que lo mata. Aparta la vista al suelo, apaga y guarda su espada y dice:

—No puedo.

Y Gon-Adí suspira renegando, y Vert se desinfla.

Al día siguiente, Windu busca a los miembros del consejo para una reunión extraordinaria.

—¿Ha ocurrido algo? —le pregunta Gon-Adí.

—Erson ha pedido audiencia.

—¡¿Erson?!

—Sí.

Erson espera de pie en el centro de la sala del Consejo a que los últimos miembros lleguen, serio y con aspecto de no dormir bien. Una vez que todos se han acomodado, Yoda le pregunta:

—Bien, Erson. El motivo de esta audiencia esperamos nos expliques.

—Solicito una excedencia, Maestros.

—¿Una quéee? —pregunta Windu incrédulo.

Erson suspira en lugar de contestar. Es una pregunta retórica.

—¿Suspender temporalmente tu compromiso con la Orden es lo que pides? —pregunta Yoda, y esta pregunta no es retórica, ya que al Maestro le cuesta a veces comprender el lenguaje oral.

—Justo eso, Maestro.

—¿Por qué? —dice Yoda con el ceño fruncido y el corazón dolido, y antes de que Erson comience a hablar, Windu interrumpe:

—¿Te das cuenta de la falta que haces aquí?

—Soy consciente de ello, Maestro. He meditado mucho antes de decidirme a pedir esto.

—Mucho, no siempre implica bien.

Erson sostiene la mirada de Windu, afectado por su reacción.

—No estoy en condiciones de dar lo que se espera de mí.

—¡Eso es una actitud cobarde! Sabías que en cuanto quedara una plaza vacía sería para ti. El Maestro Menghus nos abandonará muy pronto, y ahora te desentiendes, te lavas las manos diciendo que no estás en condiciones y nos dejas así.

El sufrimiento de Erson se hace cada vez más palpable. Gon-Adí no hace más que mirarle. Conoce sus gestos y lo que significan, y sabe cómo piensa y siente Erson. Yoda, por su parte, no entiende las palabras que se están diciendo el uno al otro, y se limita a percibir el estado de ánimo de Erson para encontrar la respuesta a su pregunta.

—¡Precisamente por eso, Maestro Windu! ¿Cómo puedo formar parte del órgano que representa a la Orden si he perdido la fe en lo que la Orden significa?

—¡Perdido la fe! —exclama Yoda, herido. Erson le mira apenado y atormentado.

—Los últimos acontecimientos me han afectado mucho. Me cuesta confiar en los compañeros. Incluso dudo de mí mismo.

Se hace un silencio triste. Todos lamentan la situación, y la mayoría comprende que no se le puede negar lo que pide. Windu, sin embargo, sigue tratando de convencerle de que no lo haga, pero ya no tiene la actitud alterada de hace unos minutos, sino que va admitiendo su derrota.

—Ahora tenemos que votar. ¿Qué hacemos si resulta un empate?

Erson suspira, compungido.

—Ojalá la presión por algo tan insignificante pudiera resolver mi problema.

—Windu —dice Yoda—, si contar con su voto quieres, claro está que a favor sería.

Windu se frota la cara con las manos, nervioso y desesperado. Finalmente se rinde.

—Haced lo que queráis. Yo me lavo las manos, no pienso asumir las consecuencias de esto.

La votación no es necesaria. Todos, excepto Windu, asienten sobre la cuestión. El Maestro de piel oscura, mano derecha de Yoda desde hace muchos años, cruza sus manos y tapa su boca con ellas. Su ceño fruncido le da un aspecto más duro aún de lo que suele aparentar. Pero todo es fachada: bajo ese aspecto, un corazón enorme le lleva a los ojos unas lágrimas que él se niega a dejar salir.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —pregunta Yoda.

—No lo sé exactamente. Mínimo un mes, máximo un año.

—¿Y si pasa un año y tu problema no se ha resuelto?

—Maestro, si eso ocurre, es que no soy apto para estar aquí. Mi intención es irme para regresar bien, con fuerzas renovadas y las ideas claras.

—¿A dónde irás?

—Lo primero, a casa, con mi familia. Después, no lo sé.

—Una vez al mes saber de ti quiero.

—De acuerdo.

—Si dejaras un mes de informarnos de tu estado, expulsado serías.

—Sí, Señor —contesta Erson, aunque un poco contrariado.

—¿Cuándo marcharás?

—En cuanto prepare mis cosas: hoy, si es posible.

Sin ganas de despedirse de nadie, Erson solo visita a su Maestro antes de abandonar el Templo. Es tarde, se acabaron todas las clases y también la rehabilitación de Vert, y Gon-Adí se ha quedado en su taller, reparando unas espadas. Termina de recoger todo y se está lavando las manos, cuando en la entrada aparece Erson, como un fantasma.

—Hola. No te he visto llegar. ¿Te marchas ya?

Erson asiente muy levemente, y se acerca. Deja sobre un asiento su bolsa de equipaje, bastante ligera, y saca de su bolsillo y su cinturón el libro que siempre le acompaña y su espada.

—Me gustaría que tú me guardaras esto.

Gon-Adí coge los objetos como si le estuvieran entregando las pertenencias de un difunto ser querido.

—¿Por qué?

—Porque debo ir solo.

—Yo te veo bastante solo ya.

—Necesito saber lo que soy realmente, sin vuestra influencia.

Gon-Adí suspira, y mientras lleva los objetos a un cajón con llave, piensa en quién está más influenciado por quién, si Erson por sus Maestros o si ellos por él.

—A mí me preocupa más lo que es la Orden sin ti.

—No te entiendo.

—Eres la torre de este castillo, y si la torre cae, el castillo está perdido.

—Por favor, no me hagas sentir culpable. Un sermón es lo último que necesito.

—No era mi intención, Erson. Lo que quiero decir es que algo muy grave está pasando en la Orden para que alguien tan fuerte y tan influyente como tú se hunda.

Erson siente una punzada en el corazón, y los ojos se le humedecen. Gon-Adí le abraza, y Erson le aprieta con fuerza, haciendo caer las lágrimas, sin dejar que se oiga su llanto. Retoma luego el control y se seca la cara con sus manos y sus mangas. Gon-Adí le entrega la llave del cajón, y él la rechaza.

—Guárdala tú.

—No, es tuyo, lo necesitarás cuando vuelvas.

—No sé si volveré.

Gon-Adí recuerda las palabras exactas que ha dicho Erson con respecto a los objetos: «Me gustaría que tú me guardaras esto», y no «Me gustaría que tú guardaras esto». Inconscientemente, ha dicho que volverá para recuperarlo.

—Sí lo sabes, pero no eres consciente. Has de andar tu propio camino para verlo tan claro como lo veo yo.

Erson coge la llave un momento y la mira. No se decide a guardarla. Gon-Adí le azuza.

—Llévatela como prenda.

—No —replica, sacudiendo la cabeza—. Podría perderla. Como prenda me llevo el recuerdo de tus palabras.

Gon-Adí sonríe. Coge la llave y la clava en la tierra de una maceta que decora la entrada de la sala, hasta hundirla completamente. Erson sonríe también.

—Adiós, Maestro.

—Hasta la vista, Erson.

Y en un gran transporte público que se dirige al sistema Uldeser, Erson se acurruca junto a la ventana, con la cabeza agachada y tapada por su capucha para que nadie le vea la cara.

Capítulo 15.- En casa.

El sistema Uldeser consta de una única estrella, orbitada por seis planetas. Los tres más cercanos a él no albergan vida, unos por no disponer de atmósfera, otros por tenerla demasiado densa e insalubre. El cuarto, Nurdon, tiene la atmósfera y estructura más parecida a la del planeta originario que se haya encontrado en el universo conocido. Los siguientes, principalmente hielo y gas, también son inertes.

Erson desciende de la gran nave que le trae desde Corussan. Son muy pocas las estaciones espaciales que hay en el planeta. Los nostálgicos humanos quisieron que Nurdon fuera lo más parecido posible a la originaria Tierra, y construyeron las ciudades y sus infraestructuras energéticas y de transporte tal como eran allí antes de que la catástrofe nuclear la destruyera por completo. Por eso, para continuar su viaje, debe subir ahora a un tren, en el que hará un viaje de tres horas a nivel del suelo.

El traqueteo de los vagones sobre las vías le adormece. El sol, que está casi en lo alto del cielo, le calienta a través del cristal. Comienza a soñar que camina por un frondoso bosque con varios jedi más, y que a cada paso siente más y más calor en su rostro. Se gira y ve como al paso del grupo va quedando un reguero de fuego que lo destruye todo.

Despierta sudando y con la respiración agitada. Afortunadamente, el paisaje por el que viaja el tren es todo lo contrario a su pesadilla. Las enormes montañas, con su base tapada por bosque y su cumbre de roca desnuda cubierta de nieve, recortan el horizonte con sus formas caprichosas y, debajo, el salvaje río forma cascadas en agujeros que el terreno dibujó hace miles de años. Solo con ver la espuma que forma el agua al estrellarse, siente su frescor y olvida la pesadilla. Nunca imaginó que sería tan gratificante volver a casa.

Recuerda la última vez que estuvo en Nurdon, hace poco más de un año. Los empresarios madereros habían irrumpido en las tierras de la tribu Tihanka, devastando sus bosques. La tribu Tihanka se conserva en su modo de vida original, ya desde que en la Tierra fueran cercados por la civilización de los combustibles fósiles. Se les reconoció el derecho a preservar sus tierras y sus costumbres, y al ser destruida la Tierra fueron trasladados a Nurdon, a un paraje prácticamente idéntico al que era su hogar.

El Gobierno del lugar no había conseguido frenar a los madereros, y los Tihanka pidieron ayuda directamente a Corussan. El Senado y el Consejo decidieron rápidamente enviar a un jedi, y siempre que era posible, el elegido era alguien procedente del lugar del conflicto. De ese modo, el jedi disponía de más conocimientos sobre las civilizaciones enfrentadas, y estas se mostraban más predispuestas a negociar.

La llegada de los jedi a la tribu fue algo digno de recordar. Nadie quería acercarse a Alainiz, por su piel y cabello tan claros, en contraste con la piel tostada y el cabello negro de los nativos. Por más que Erson trataba de convencerles de que era humana igual que ellos, no osaban siquiera mirarla. Fue su Chamán quien, después de examinarla concienzudamente y pedir opinión a los espíritus del Valle, dio su visto bueno y ordenó que se la aceptara como a uno más. Erson hizo mucha amistad con él, y aprendieron mucho el uno del otro. Al recordarlo, le apetece verle de nuevo.

Mander, un hombre alto y robusto, de edad casi avanzada, llega a su casa tras su jornada laboral y encuentra a su esposa, Levana, preparando la comida. El puchero contiene una cantidad de comida más del doble de lo habitual.

—¿Cuántos somos hoy para comer, mujer?

—Se me ha ido la mano, no sé en qué pensaba. Bueno, tendremos para repetir mañana.

Se saludan con un beso rutinario, el que se da un matrimonio después de 32 años, más otros cinco de noviazgo, y Mander va a asearse.

Llaman a la puerta, y a Levana le da un vuelco el corazón. Abre y…

—¡Erson, hijo mío! —exclama hinchada de felicidad mientras se abalanza sobre él a abrazarle y besarle—. ¡Mander, está aquí Erson!

Mander acude todo lo rápido que puede. Cuando le ve, se queda observándole a unos metros de distancia, y en su rostro se dibuja una sonrisa enorme.

—Hola, papá —dice, correspondiendo con otra sonrisa igual.

Avanzan y se abrazan fuerte, felices. Los dos son aproximadamente de la misma estatura, Erson un poco más alto.

—¿Cómo estás? —pregunta Mander, y le mira esperando su respuesta.

—Bueno… estoy —contesta Erson, manteniendo la sonrisa, pero entristeciendo su mirada. Su padre va a decir algo, pero se lo piensa y decide volver a abrazarle. Erson empieza a sentirse seguro, en casa.

A unas diez manzanas de allí, un pequeño de apenas tres años de edad y lengua de trapo dice:

—Mama, tío Esson a casa a abela.

—¿Qué? —dice su madre, asombrada.

—A casa a abela. ¡Amos! —insiste el pequeño, cogiendo a su madre de la mano y tirando de ella.

Ella va al comunicador y hace una llamada a casa de su madre, que es respondida de inmediato.

—Hola, Nora. Estaba a punto de llamarte —dice Erson al otro lado del monitor.

—¡Erson! —exclama incrédula—. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo. ¿Vienes para aquí?

—No sé… Iba a empezar a preparar la comida, Lorian se pone muy pesado si se le pasa su hora.

—¡Vente, Nora, tengo comida para todos! —dice Levana a gritos desde más atrás.

—Está bien, vamos para allá. En media hora llegamos —cede finalmente, con una mezcla de emoción y molestia.

En casa de los abuelos, Mander dice a Levana al oído:

—Tu instinto todavía funciona.

Y ella ríe para sí misma, mientras mueve la comida y su marido, desde atrás, la coge por la cintura y le da un beso en la mejilla.

Levana apaga el fuego, la comida ya está lista. Erson percibe cerca a su hermana, y sale a la puerta a recibirla. El pequeño Lorian se suelta de la mano y corre hacia él.

—¡Tío Esson!

—¡Hola, Lorian! ¡Cuánto has crecido, ya mismo serás tan grande como yo!

—¿Voy, cotigo?

—¿Cómo?

—A Ousan, cotigo.

—¿A Corussan?

—Sí.

—No, cielo —contesta Erson entre risas—. Eres grande, pero no tanto. Todavía tienes que crecer mucho si quieres venir conmigo.

Nora se ha quedado más atrás, viéndoles. El niño corre a saludar a sus abuelos, y ella queda frente a Erson, que percibe al instante que algo no va bien.

—Hola, hermana —dice, intentando inútilmente mantener la sonrisa.

—Hola, Erson —responde ella, muy seria.

Nora no hace ni el intento de acercarse a Erson a darle un beso, y él se da cuenta de que si lo hace él, no será recibido como desearía.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —pregunta ella.

—No lo sé. Unos días, unas semanas tal vez.

—Ya…

Levana sale a buscarles con el niño en brazos.

—¡Vamos! ¿Qué hacéis ahí? ¡La mesa ya está puesta!

Los hermanos se concentran en empatizar con la alegría del niño y así recuperar la sonrisa, y que sus padres no se den cuenta de nada.

Mander preside la mesa; a su derecha, su esposa, a su izquierda, Erson, y el pequeño Lorian a continuación, que se ha empeñado en sentarse junto a su tío. Nora se resigna a sentarse frente a su hijo, junto a la abuela. El niño está feliz como si fuera su fiesta de cumpleaños, y hambriento. En cuanto la abuela sirve la comida en su plato, va a coger la cuchara, con tantas ganas que la trae hacia sí con la Fuerza. Nora lo ve y se queda perpleja. Mira a Erson, pero él no ha visto nada. En buena armonía, comen juntos, y unos y otros explican novedades del último año.

—¡Qué bien que esta vez te quedes unos días, Erson! La última vez me dejaste con la miel en los labios —dice Levana.

—Estaba en misión, mamá. Da gracias a que pude escaparme un par de horas.

—¿Qué tal con tu aprendiz, sigue contigo?

—No, ya no. Terminamos la tutoría hace unos días.

—¡Qué pena! Era una chica muy maja. Dale recuerdos de mi parte cuando vuelvas a verla.

—Lo haré, mamá —responde Erson sonriendo feliz.

El pequeño hace muecas, dedicándoselas a Erson. Él no tiene más remedio que reírse y seguirle el juego. Nora deja ver una leve sonrisa, y luego la reprime.

—Lorian, no seas pesado. Deja al tío tranquilo, o nos vamos a casa.

—Tranquila, no me molesta, al contrario.

Nora resopla. Los demás no saben muy bien cómo interpretarlo, aunque a nadie le extraña demasiado, porque es una actitud habitual en ella.

Con unas natillas caseras ponen fin a la comida familiar. Las mujeres recogen la mesa, Erson sale al jardín con Lorian, y el abuelo repara una silla que hasta hoy no habían visto que cojeaba, por no soler utilizarla. El niño saca unas espadas de juguete, blandas, da una a su tío, y le insta a jugar. Erson accede y hace como si le entrenara. El niño rebosa alegría. Su madre los ve desde la ventana y se queda paralizada, con un plato en las manos y el grifo abierto.

—Nora, venga, que te alcanzo —le dice Levana, y ella vuelve en sí y continúa ayudando a lavar la vajilla.

Al acabar, Nora sale también al jardín. Erson la percibe seria, pero prefiere no estropear el juego con el niño y sigue con él un rato más. Al poco tiempo, Nora reclama a su hijo:

—Lorian, tenemos que marcharnos. Papá llegará pronto y se preocupará si no estamos en casa.

El niño no disimula su fastidio, y Erson interviene apoyando a la madre.

—Muy bien, jovencito. El entrenamiento ha terminado por hoy. Mañana seguiremos. ¡No faltes! Recoge las espadas, que yo tengo que hablar con mamá.

Lorian queda conforme ante la expectativa de continuar el día siguiente, y obedece, diligente. Erson se aparta de él y, discretamente, habla a su hermana.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué? —dice ella, pero en su tono se detecta que algo le pasa pero no quiere hablar de ello.

Erson se da cuenta, y ante la negativa a hablar, intenta leer su pensamiento. Pero Nora tiene cierto control sobre la Fuerza, que utiliza tan solo en ocasiones y para cosas muy concretas, y ha levantado un escudo impidiendo a Erson entrar en su mente.

Nora es tres años menor que Erson. Antes de que Erson se marchara para iniciar su formación de jedi, los hermanos estaban muy unidos. Fue una niña muy precoz, y con apenas dos años jugaba con su hermano utilizando la Fuerza. A ella le sentó muy mal que Erson se fuera. Cuando le llegó la edad de analizar su nivel de midiclorianos, ella se negó rotundamente, y no hubo forma de convencerla, ni siquiera argumentando que solo era un dato, y que aunque saliera elevado, si ella no quería marcharse no tenía por qué hacerlo.

La familia se reúne en la entrada, despidiéndose. Levana tiene a su nieto en brazos, comiéndoselo a besos.

—¿Qué quieres que haga mañana para comer? —pregunta la abuela al nieto.

—Guizo e ayak.

—¿Guiso de layak? ¡Estupendo! Y de postre, tarta de frutas.

—¡Ziiii! —exclama el niño, emocionado.

—¿Vendrá Sam también? —pregunta Levana a Nora.

—No lo creo. Tiene una semana para entregar un encargo importante y van a toda máquina en el taller.

—Entonces volveremos a ser cinco. ¿Hasta mañana?

—Sí —contesta Nora. Y ella y el niño se despiden de todos hasta el día siguiente.

Las horas restantes de la tarde, Erson se relaja sentado en el jardín con sus padres, Levana haciendo labores manuales de tejido, y Mander leyendo. Inconscientemente, echa su mano al bolsillo, pero entonces se acuerda de que dejó su libro en el Templo, bajo custodia de Gon-Adí. Suspira contrariado y cierra los ojos. En el fondo no lo necesita, se lo sabe prácticamente de memoria, pero echa en falta la seguridad de sentir cerca a su amada Maestra.

Sus padres le ven, y se miran el uno al otro. No es que puedan leerse el pensamiento mutuamente, pero se conocen tan bien después de tantos años que no necesitan palabras para entenderse. Levana, como casi siempre, es la que habla:

—¿Nos vas a explicar por qué estás aquí?

Erson sale de sus pensamientos, casi sobresaltado. Mira a su madre, luego a su padre, que le transmite sentimientos de apoyo sin esperar que responda a la pregunta, y suspira tristemente, pero no llega a contestar. Levana recoge los utensilios de sus labores y se dirige al interior de la casa.

—Voy a ir preparando la cena.

Padre e hijo se quedan solos. Ambos son de pocas palabras. Levana siempre dijo que Erson es igual que su padre. Ciertamente, se parecen mucho, tanto físicamente como en personalidad. Durante un rato más se quedan allí los dos, sin hablar, viendo ponerse el sol, y finalmente, Mander se levanta, pone la mano en el hombro de Erson un momento, y entra también en la casa, para ayudar a su esposa.

—¿Has averiguado algo? —pregunta ella.

—No, no le he preguntado.

—¿Por qué no?

—Lo está pasando mal. No le agobiemos.

—Pero ¿por qué lo está pasando mal?

—¿Qué importa eso?

—¡Claro que importa! Si no sabemos lo que le pasa, ¿cómo vamos a ayudarle?

—Mujer… Si pudiéramos ayudarle, nos lo pediría. De momento solo ha pedido nuestro cariño y alojamiento.

Mientras ellos preparan la cena, Erson cierra los ojos de nuevo. El sol se ha puesto, pero unas nubes han tapado el cielo y no dejan apenas ver estrellas. El aire se mueve y es más frío de lo que le gustaría, y aún arrastra malestar de la noche en que se mojó, así que decide volver adentro.

Al entrar, sus padres se callan de repente. Él se da cuenta. Los mira en actitud interrogativa, y ella disimula cambiando de tema:

—He preparado sopa de glaspa.

Es su plato favorito. Erson se siente querido de pronto y sonríe abiertamente, y se acerca a ella, la abraza, y la besa en la cara.

—Gracias, mamá. No hay nada como estar en casa.

Más animados ya todos, se sientan a cenar. El calor de la sopa, no solo calienta el estómago de Erson, también su corazón. Y se enfrascan en conversaciones familiares sobre tiempos pasados y los comparan con los tiempos presentes.

—¿Qué te parece cómo está Lorian? —pregunta Levana.

—Me ha dejado asombrado, se ha espabilado muchísimo desde la última vez que le vi. ¿Va a la guardería?

—Sí, a la misma que fuiste tú.

—¿Todavía existe?

—Claro, y a cargo de la misma directora que entonces.

—¡Guau! Me gustaría ver otra vez a mi maestra, ¿ella también sigue allí?

—Sí, ahora es la maestra de Lorian.

—Era un encanto… —dice Erson, animado cada vez más con la conversación—. ¿Crees que se acordará de mí?

—¿Cómo va a olvidarte, con la que le liaste en el grupo?

Erson ríe al recordarlo. Tenía tres años, y ya daba muestras de uso de la Fuerza, y no se cortaba en absoluto a la hora de hacer demostraciones.

Un día, el grupo estaba alborotado. Habían hecho una salida, a visitar los aserraderos, y hacía calor, mucho calor. El grupo estaba en un merendero, a la salida del aserradero, comiendo lo que llevaban en sus mochilas, preparado por sus madres, y jugando al aire libre. Llegaba la hora de marcharse, y la maestra pidió a todos que recogieran sus cosas y tirasen a las papeleras los desperdicios, pero estaban todos tan alterados que no hacían caso. La maestra les dio un ultimátum: «¡Nadie va a volver a casa hasta que todo esto esté tan limpio como cuando llegamos!»

Erson se puso a recoger sus cosas, pero sus compañeros seguían jugando. Parecía que él era el único que tenía prisa por volver a casa, para ver a su hermana recién nacida, y al ver que los demás no colaboraban, usó su poder y arrebató a todos de las manos sus juguetes, y los metió en sus correspondientes mochilas. Ellos trataban de cogerlos de nuevo, pero parecía que los hubieran pegado con cola instantánea al fondo de las mochilas. Pronto empezaron todos a llorar. Erson les decía que dejaran de llorar y recogieran la basura, pero nadie le obedecía. Entonces empezó a usar la Fuerza para recoger todos los desperdicios y echarlos a las papeleras. Los compañeros y la maestra se quedaron boquiabiertos, todos mirándole a él, mientras él dejaba todo en perfecto estado de revista y acababa diciendo: «Ya está, vámonos».

Durante el regreso, todos estuvieron más formales que nunca, y al llegar a la escuela, la maestra llevó a Erson aparte y le dijo: «La próxima vez, tú te irás a casa y ellos se quedarán a recoger lo que les corresponde». Y desde entonces, la relación entre Erson y la maestra fue muy especial.

—Mañana iré con Nora a buscar a Lorian, y así la veo.

Erson y Nora esperan la salida de Lorian. La maestra asoma por la puerta y va dejando salir a los pequeños conforme comprueba que sus respectivos padres están esperándoles allí. Lorian acude junto a ellos, y después esperan a que todos hayan salido para acercarse.

—¿Danilla? ¿Te acuerdas de mí? —pregunta Erson a la maestra, que se queda mirándole tratando de hacer memoria.

—Eh… ¿Erson?

—¡El mismo!

—¡Madre mía, quién iba a decirlo! ¿Cuántos años han pasado?

—Veinticinco, desde que me fui.

Danilla saluda a Erson con besos y abrazos.

—Te convertiste en jedi, ¿verdad?

—Sí.

—Haces que me sienta orgullosa, no como otros de tu edad. Gracias por librarnos de ellos, Erson.

—Es mi obligación.

—Sí, pero debe ser muy duro enfrentarse a alguien a quien conoces de toda la vida.

Erson siente de pronto que no está entendiendo a qué se refiere la maestra. Solo se ha encontrado una vez en la situación que ella menciona, y ha sido con Vert. Pero lo de Vert no ha trascendido fuera de la Orden… ¿O sí?

—¿A quién te refieres?

—A Calanis, ¿a quién si no?

Mientras Erson se queda pensando en Calanis y tratando de recordar, llaman a Danilla desde el interior de la escuela.

—Me reclaman, lo siento. Ya seguiremos hablando si puede ser. Ha sido un placer verte de nuevo.

—Sí, ya seguiremos. Lo mismo digo. Gracias.

Camino de casa de los padres, Nora piensa en la conversación de Erson con la maestra. Le extraña que Erson diga que seguirán hablando, generalmente no se queda tanto tiempo como para eso.

—¿Cuánto tiempo vas a estar por aquí?

—Aún no lo sé, puede que unos días, unas semanas, o unos meses.

Ella pone cara de escepticismo.

—Parece que no te alegras de que esté aquí —dice Erson.

Ella no contesta, y él piensa: «*El que calla, otorga*».

El niño camina delante, parándose, cogiendo cosas del suelo, retrocediendo para enseñárselas a ellos y correteando de nuevo para adelantarse. Cuando su destino está a la vista, Lorian corre hacia Levana, que está en la puerta, y ella lo toma en brazos y lo lleva adentro. Erson aprovecha para hablar con Nora a solas.

—¿Qué pasa, Nora? Suéltalo, vamos.

Ella se para y se cruza de brazos, y él se pone frente a ella. Nora mira hacia la casa, pensando en lo que va a decir, y después le mira a él.

—Lorian percibe.

Erson levanta las cejas, sorprendido solo a medias.

—Bueno… Lo lleva en los genes, ¿no? Pero, ¿cómo estás tan segura?, es muy pequeño aún.

—Ayer me dijo que tú estabas en casa de mamá. Por eso llamé.

Erson silba, eso sí que le asombra.

—¿Y por eso estás así?

Nora le mira boquiabierta, indignada de que él no lo entienda.

—¿Tienes idea de lo que pasa mamá cada vez que te vas?

—¿A qué te refieres? —pregunta Erson, confundido.

—No, claro, tú nunca estás aquí para verlo.

Nora hace una pausa, pensando cómo explicarse, y después continúa.

—Cada vez que te vas, mamá llora durante días, pensando si volverá a verte o morirás en alguna de tus misiones.

—Nora, mamá aceptó en su día que yo me fuera para formarme como jedi. Es natural que sufra, pero lo acepta.

—¡Por supuesto! —protesta Nora—. ¡Pero yo no pienso pasar por lo mismo!

Erson frunce el ceño mientras trata de entender a Nora. Ella se da cuenta, y continúa con su explicación.

—Yo no permitiré que Lorian se vaya.

Erson suspira, decepcionado, pero acepta su postura.

—Bien, estás en tu derecho. Si tú no consientes, no se irá.

—Así de fácil, ¿no?

—Sí, así son las normas.

—¡Ya! Y mientras tanto, ¿qué hago? ¿Le dejo soñar que se convierte en jedi, y se lo niego cuando llegue el momento, y que me odie el resto de su vida?

Erson no sabe qué contestar a eso.

—¡No, Erson! ¡No voy a consentirlo! ¡No quiero que se haga ilusiones, no quiero que conozca ese mundo, no quiero que siga tu ejemplo! —y bajando el tono concluye—… No quiero que te vea.

Erson se queda pálido.

—¿Me estás negando ver a tu hijo?

—Sí —contesta ella, con pesar—. No quiero que vuelvas a verle, a menos que vengas para no irte más.

Erson siente una gran puñalada. Su propia hermana le rechaza. Pero siguiendo una norma establecida entre ellos desde niños, no dejará que sus padres noten que han discutido: comerán todos juntos como si no pasara nada, y lo que tenga que ser después, será.

Al final de la tarde, Nora decide que es hora de marcharse, y Lorian se resiste, como siempre.

—Déjale esta noche aquí. —Dice Levana.

—No, mamá, no me lo malcríes.

—¡Vamos, hija, si mañana no tiene clase, déjanoslo esta noche!

—¡He dicho que no, mamá! ¡Su madre soy yo y tiene que obedecerme! ¡No contradigas mi autoridad!

—Está bien… Tampoco hace falta que te pongas así. Vendréis mañana, ¿no?

—No lo sé —dice Nora muy secamente.

Erson y Mander, que presencian la escena, se miran un momento. Mander se retira a su taller sin hacer comentarios, y Erson se queda más atrás, de brazos cruzados y mirando al suelo, levantando la vista a duras penas para mirar a su sobrino una vez más.

—Dame un beso, cariño —dice la abuela al niño, y éste se lanza hacia ella a besarla y abrazarla. Luego, Nora y Lorian se alejan. Levana se queda en la puerta viéndolos marchar y diciendo adiós con la mano al niño, que se gira continuamente a hacer lo mismo, y Erson vuelve adentro, y se tumba en su cama con la vista fija en el techo.

A la hora de preparar la cena, vuelven a reunirse los tres en la cocina, en silencio, un silencio tenso y triste. Erson ayuda a su madre a pelar unos tubérculos.

—Erson, ¿no hay nada que puedas hacer para que tu hermana no esté así?

—Sí, irme de aquí —contesta él con tono sarcástico, sin dejar lo que está haciendo.

—Hablo en serio, hijo.

—¡Yo también, mamá! —replica con mal humor.

Erson suelta el tubérculo y el cuchillo, respira agitadamente y se echa las manos a la cabeza, empujando su cabello hacia atrás. Su madre deja también lo que está haciendo, y suplica una explicación con su mirada.

—Me está haciendo chantaje emocional: no me permitirá ver a Lorian a menos que abandone la Orden. ¡No quiere que el niño siga mi ejemplo!

A Levana le duele, como madre, el enfrentamiento entre sus hijos.

—¿Y tú vas a ceder a su chantaje?

—¡Noo! —contesta él, ofendido por la duda. Y sale a la puerta de la casa, alterado y dolido, a respirar aire fresco que le calme.

Mander se acerca a su esposa, la rodea por los hombros y la besa en la frente. Ella, llorando, retoma la tarea, y él le ayuda.

Esa noche, la cena es silenciosa, al igual que las comidas y cenas de los días posteriores.

Capítulo 16.- Atascados.

En Corussan, la vida sigue con su rutina habitual. Hace tres semanas que Erson se fue, sin despedirse más que de Gon-Adí, y sin que lo supiera nadie más que los miembros del Consejo.

Alainiz intenta no pensar en él, pero no le resulta fácil. Está resignada, pero triste. Windu procura estar al tanto de su estado. Ahora que acabó su tutoría, la chica está como huérfana, sin rumbo, y Windu se ha convertido en su tutor temporal, espontáneamente.

—¿Cómo estás? —pregunta Windu a Alainiz en el comedor. Ella sonríe levemente, agradecida de que se preocupe, y contesta:

—Viva.

—¿Seguro?

—No —contesta ella riendo, y suspira después, mientras Windu la observa con una amable sonrisa.

Alainiz vuelve a agachar la cabeza, melancólica, pero se da cuenta de que él la mira, y le mira un momento. Él le hace un gesto interrogativo.

—No entiendo por qué dicen que eres tan hueso.

—Con la edad he perdido facultades, ya no impongo tanto respeto como antes.

Ambos se ríen, y después continúan desayunando juntos, en silencio. A Alainiz se le hace extraño. No hace ni un mes, era Erson quien compartía mesa con ella cada mañana, cada día, durante tres años. No puede evitar suspirar. Windu la mira, pero no pregunta, y a ella le inspira confianza, de modo que empieza a hablar de ello.

—Le echo mucho de menos. —Windu asiente, dando a entender que lo sabe, que se nota—. Me gustaría poder charlar con él, como amigos. Siempre hemos sido buenos amigos —hace una pausa—. ¿Estará mucho tiempo en misión?

Windu se piensa lo que contestar. No era consciente de que ella no sabe por qué Erson no está en el Templo. Se plantea si mentir o no, pero la mentira no es algo con lo que se sienta cómodo.

—No está en misión.

—¿Dónde está?

—Dónde, exactamente, no lo sé. Pidió una excedencia.

—¿Por qué? —pregunta ella, estupefacta.

—Pues… No sabría explicártelo, porque yo mismo no acabo de entenderlo, pero… según dijo, han pasado una serie de cosas que le han hecho perder la confianza en la Orden, e incluso en sí mismo.

Alainiz deja los cubiertos sobre el plato, apoya los codos en la mesa, y la cabeza en sus manos. El estómago se le ha encogido de repente, ya no podrá terminar su desayuno.

—¿Qué te pasa, Alainiz?

—Que yo tengo la culpa de que se haya ido —dice acongojada, a punto de echarse a llorar.

—La culpabilidad es un sentimiento bien extraño. Yoda siempre me ha dicho que una de mis virtudes es no sentirme nunca culpable.

—No te entiendo.

—¿De qué te sirve sentirte culpable?

Alainiz no sabe qué contestar.

—¿Y a él, de qué le sirve?

Tampoco sabe contestar a eso, o más bien no contesta porque la respuesta es muy evidente: No le sirve de nada.

—Si te sientes mal por haber hecho algo que repercute en él, ¡cambia eso, haz algo para volver a sentirte bien, algo que tenga una repercusión positiva en él!

Alainiz se queda pensativa. A primer vistazo, Windu tiene mucha razón. Pero, qué puede ella hacer para que Erson se sienta mejor, si ni siquiera sabe dónde está?

—Piensa en ello, ¿de acuerdo? —ella le mira y asiente, y él termina su desayuno y se va.

En Nurdon, los días pasan. Al principio, Erson trata de no parecer triste, al menos ante su madre, pero al cabo de dos semanas sin que Nora aparezca por allí, no puede seguir disimulando, y acaba enmudecido. A duras penas suelta un «buenos días» por la mañana, un «gracias» cuando le sirven la comida en el plato, un «ya lo hago yo» cuando quiere ayudar a su madre. Cualquier droide tendría más vida que él.

Mander, que nunca ha sido muy hablador, le pregunta cómo está, con un simple movimiento de cejas, y Erson contesta con una mueca y encogiéndose de hombros. Levana, que no soporta tanto silencio, le interroga insistentemente…

—¿Por qué no vas a verla?

—¿Para qué, mamá?

—Para hacer las paces con ella.

Y a eso, Erson, tan solo contesta con un bufido de incredulidad.

Tras largo silencio, ella intenta de nuevo sacarle algunas palabras…

—¿Por qué estás aquí? ¿Te han expulsado?

—No —contesta Erson tras poner cara de extrañeza.

—¿Entonces…?

—He pedido una excedencia. No estoy en condiciones de cumplir con mi deber.

—Eso ya se ve. Pero, ¿por qué?

—Mamá… No me apetece hablar de ello. Por favor, no insistas.

—¡Sí que insisto! ¡Eres mi hijo, y me preocupas! Quiero ayudarte, Erson, te veo atascado. —Él agacha la cabeza, renegando—. Llevas aquí más de dos semanas, y estás cada vez peor. ¿De qué sirve que pidas una excedencia si no mueves un dedo por salir de la depresión en que estás? ¡Ni siquiera nos dejas ayudarte!

—¿Depresión? —pregunta Erson, estupefacto. Y mira a su padre, que asiente levemente—. ¡Depresión…!

Está claro que Levana tiene razón. Se levanta de la butaca, que ya parece haber adquirido la forma de su cuerpo, y sale a la puerta. Falta poco para que se oculte el sol tras el horizonte, y está justo frente a él, y le deslumbra. Se da la vuelta para proteger sus ojos, y al hacerlo se encuentra con su sombra proyectada sobre la fachada de la casa, dibujando en ella un oscuro mini-Erson, con largas piernas tendidas en el suelo, como si la sombra le estuviera diciendo «este eres tú». Parece una conspiración para hundirlo más de lo que está, pero él se rebela: no se dejará atrapar por las arenas movedizas de la depresión.

Vert continúa con su rehabilitación. Yoda está completamente seguro de que el arrepentimiento es sincero, por cómo le ve. Pero Vert parece estar muerto en lo más hondo de su corazón. Sigue a rajatabla las órdenes que recibe, pero no se siente bien al hacerlo, sino, más bien, indigno.

—Maestro —dice Vert a Yoda—, nada de lo que hago me ayuda a sentirme mejor.

—¿Qué crees que a sentirte mejor te ayudaría?

—No lo sé… A veces me gustaría volver a Urumai, pero por otra parte, ese es el lugar donde todo comenzó. No sé, la verdad, estoy muy perdido.

—¿Y por qué lo que haces no te ayuda?

—No consigo descargar mi conciencia —dice casi llorando—. Si pudiera hablar con Erson y afrontar que me diga todo lo que quiera decirme, soportar su enfado… ¡Pero no lo hace! Habría comprendido que él votara mi expulsión, al menos estaría donde merezco estar. ¡Pero eligió rehabilitación, no lo entiendo! Rehabilitarme significa volver a ser el que era, y no puedo. No puedo borrar lo que hice, no puedo olvidarlo, no puedo perdonármelo, no hasta haber pagado por ello, y no tengo ocasión de pagar. Maestro, tengo que pagar por lo que hice, ¿cómo puedo hacerlo?

Yoda mira a Vert, suplicante, apretando los dientes y derramando lágrimas. Pensará en ello, y hablará con los demás maestros comprometidos con la rehabilitación de Vert.

A la mañana siguiente, Erson se levanta con la determinación de no quedarse en aquella butaca. De buena mañana, tras desayunar, sale a caminar por el frondoso bosque al otro lado del río, con la intención de meditar. No se había dado cuenta siquiera de que había dejado de meditar. Esté o no esté en activo como jedi, debe hacerlo. Recuerda los motivos que le han llevado a pedir la excedencia… La decepción con Vert, y con Alainiz, dos de las personas en las que más confiaba; sus pesadillas, en las que él mismo cruza la

línea y pierde el control… Creía que alejándose de allí se acabarían las decepciones, y ahora su propia hermana le da una tremenda puñalada.

Con sus lecciones bien aprendidas, mecánicamente piensa en cómo reaccionaría a todo eso si no le doliera. Las respuestas llegan rápidamente: con Vert, votaría rehabilitación, puesto que es evidente su arrepentimiento e inapropiado provocar en él más frustración; con Alainiz, le reprendería una vez más y le obligaría a hacer algo que compensara el daño causado, justo lo que ha hecho; con Nora, no cedería a su chantaje, sacrificaría el aprecio familiar en favor de su compromiso con la Orden.

Sin embargo, no encuentra consuelo en estas conclusiones, y duda si se ha liberado realmente de sus sentimientos para contestar así.

Una última conclusión: tiempo. Necesita tiempo para que deje de dolerle y volver a hacerse las mismas preguntas.

De regreso al pueblo, camina por un mercado ambulante. Los diferentes puestos exponen sus mercancías y las anuncian a gritos, como es tradición. Erson ignora toda la información que llega a sus oídos, y casi toda la que llega a sus ojos. Su olfato, de pronto, es sorprendido por un agradable olor a fruta en su perfecto punto de madurez. Se acerca al puesto de donde viene tan dulce aroma y admira los productos expuestos. Se le antoja comprar unas cuantas piezas de varios tipos para llevar a casa. Elige la fruta y la pone en uno de los cestos allí puestos para ello, y lo entrega a la dependienta para que se lo empaquete y cobre.

—¿Erson? —dice la dependienta. Él levanta la vista, la mira, y hace memoria.

—Sí… ¿Nahata?

—¡Sí! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Pero tu cara no ha cambiado nada, solo es un poco menos redonda!

—¡Ja, ja, ja, ja! En cambio, tú… Si no fuera por tus ojos, creo que no te habría reconocido. Estás preciosa.

—¡Anda, bobo! ¿A estas alturas me vas a piropear? ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡No es un piropo, es la verdad!

—Déjate de cumplidos. ¿Qué haces por aquí? ¿Has dejado la Orden?

—No, no… Solo me he tomado unas pequeñas vacaciones. ¿Y tú, qué tal?

—Aquí me ves, ganándome la vida. Me casé con Adius-Han, y estamos esperando un bebé.

Erson no se había percatado del abultamiento de su vientre, porque tras la fruta solo la ve de pecho hacia arriba. Al fijarse, la evidencia le hace sonreír, y solo es capaz de decir:

—Que sea enhorabuena.

—Gracias. Y dime, ¿vas a estar unos días por aquí?

—Sí.

—¿Qué te parece si nos vemos en otro momento y charlamos de aquellos tiempos?

—Genial, cuando tú digas.

—¿Esta tarde, en el Café del Centro?

—Allí estaré.

Y después de comer y ayudar a su madre a recogerlo todo, Erson se dispone a salir de nuevo.

—¿Adónde vas? —le pregunta, curiosa, ya que es el primer día, desde que Erson está allí, que sale de casa por la mañana y también por la tarde.

—He quedado con una compañera de escuela de la infancia.

Levana deja salir una sonrisa pícara sin poder evitarlo.

—Mamá… Soy jedi, y ella está casada y espera un bebé —replica él, que ha percibido los pensamientos de su madre.

—Como si eso fuera un impedimento…

Y Erson ríe el comentario.

En el Café del Centro, Nahata le espera junto a dos hombres a los que su memoria, automáticamente, asocia con nombres: Adius-Han y Meisten. Le da verdadera alegría reencontrarse con personas que, todo recuerdo que tiene sobre ellas, es bueno o inocente. Tras unos saludos muy afectuosos, y con unos cafés y bollería en la mesa, empiezan a charlar de sus recuerdos de infancia.

—Nahata tenía razón —dice Meisten—: Estás igual, Erson.

—Tú también. Bueno, un poco más alto. Ja, ja, ja, ja.

—¡No tanto como tú, grandullón!

Al oírlo, Erson se acuerda de Alainiz.

—He intentado localizar a más compañeros, pero los únicos de los que tengo datos de contacto están de viaje —explica Nahata.

—Algún día tenemos que organizar un reencuentro de todo el grupo. Seguro que en la escuela nos proporcionan los datos de todos. —Sugiere Adius-Han.

Erson vuelve a acordarse de Alainiz, puesto que el significado de ese nombre es, precisamente, reencuentro. Hasta ahora no la había echado de menos.

—¿Qué sabéis de los demás? —pregunta Erson. Y sus compañeros empiezan a relatar lo que saben de cada uno.

La tarde pasa deprisa. Dejan el café y van a un bar de copas, donde las consumiciones les van animando más. Siguen contando anécdotas e historias de los compañeros de grupo. La maestra es mencionada continuamente.

—Danilla sigue en la escuela, la saludé allí hace unos días —comenta Erson.

—Ojalá siga allí cuando tenga que ir nuestro hijo —dice Adius-Han—. Me haría ilusión que tuviera la misma maestra que nosotros.

—¿Sabéis qué pasó con Calanis? —pregunta Erson al recordar el encuentro con Danilla.

—Brindo por su viaje al infierno —dice Meisten levantando su copa—. Tendría que haberse ido mucho antes ese hijo de perra. Gracias, colega.

Y choca su copa con la de Erson.

—Pero… ¿qué pasó con él?

Los demás se miran unos a otros, sorprendidos, al darse cuenta de que Erson no sabe a qué se refieren. Ninguno parece tener ganas de ser quien se lo explique. Finalmente, Nahata se decide a hablar:

—Calanis era el gerente de Madereras NurCal.

¡Madereras NurCal!, piensa Erson. Fue la empresa que invadió las tierras de la tribu Tihanka, arrasando sus centenarios árboles. La misión de Erson allí terminó cuando, en una encarnizada batalla entre la artillería de la maderera y la del pequeño ejército que dirigía Erson, él mismo alcanzó el generador del aserradero con un certero disparo de cañón láser. Solo hubo una víctima, según se pudo constatar: el gerente de la compañía, que a pesar de que todos sus trabajadores habían depuesto las armas, se empeñó en continuar la guerra a vida o muerte.

Nahata, Adius-Han y Meisten ven como Erson palidece y se le borra de un plumazo la sonrisa que hasta ese momento había lucido.

—Erson, ¿estás bien? —dice Nahata. Y él contesta sacudiendo levemente la cabeza.

De regreso a casa, Erson apenas saluda a sus padres.

—Lo siento, no voy a cenar, no puedo.

Y se va a su habitación y se tumba en la cama.

—No lo entiendo —dice Levana—, cuando se fue esta tarde estaba animado.

—Algo más ha debido pasar, y se le están acumulando los disgustos.

—Y ¿qué podemos hacer, Mander? A mí no me cuenta nada. Intenta tú hablar con él, por favor.

—Lo haré, pero ahora no, mejor mañana. Dejémosle tranquilo un rato.

A punto de amanecer, Erson está despierto, mirando la luz que se empieza a colar por una rendija. Apenas ha dormido un par de horas, y el resto de la noche no ha hecho más que darle vueltas a la idea de que quien menos lo espera le decepciona. La puerta de su habitación se abre despacio, y la cabeza de su padre asoma…

—¿Te apetece venir de pesca?

Un recuerdo de buenos y relajados momentos le alegra el corazón. Levantándose al instante, dice:

—Sí.

En Corussan, Alainiz ha encontrado la respuesta que buscaba. Empezará a ponerse en forma y prepararse para pasar las pruebas.

Esa tarde, pide a Gon-Adí una sesión de prácticas con la espada. Preferiría hacerla con Erson, pero no está. Mientras practican, llega Vert, que tiene cita con Gon-Adí a continuación. Vert reconoce a Alainiz. Ella no le conoce a él. Gon-Adí percibe lo que piensa y siente Vert, e interviene.

—Vert, ¿quieres seguir tú? Será interesante que se enfrente a alguien de mayor estatura.

A Alainiz se le escapa una sonrisa. Está más que acostumbrada a practicar con alguien de mucha más estatura que ella, y le parece buena idea, porque así se sentirá como si estuviera con Erson.

Con prudencia, Vert comienza el ataque, teniendo siempre en cuenta que se trata de un entrenamiento. Alainiz responde eficazmente e incrementa la intensidad del ejercicio. La concentración hace despertar el resto de los sentidos. Alainiz percibe inseguridad en Vert. Se concentra un poco más, y entonces le sobreviene una visión que le pone los pelos de punta. Incrédula, busca un dato para confirmarlo:

—¿Eres de la promoción de Erson?

—Sí. —Contesta Vert tras inspirar profundamente.

—¡Fuiste tú! —empieza a sentir una mezcla de dolor y enfurecimiento—. ¡Tú eras el maestro de Tanrok!

Tras una pausa para armarse de valor, Vert contesta:

—Sí.

Alainiz ha interrumpido por completo el entrenamiento, y respira con dificultad, con ganas de echarse a llorar.

—¡Dios mío! ¿Por qué? ¡No es justo!

—Alainiz… —Dice Gon-Adí—. Vert está en rehabilitación.

—¿Rehabilitación? ¿Por qué? ¡No es justo! ¡Es un monstruo!

Y rompe a llorar y sale corriendo, en busca del maestro Windu.

Vert queda afectado, con un nudo en la garganta, y la mirada perdida en el suelo. Gon-Adí se preocupa por él:

—¿Estás bien?

Y él asiente levemente y en silencio, y continúa el entrenamiento con Gon-Adí.

—¿Por qué te molesta tanto? —pregunta Windu a Alainiz después de que ella, hecha un manojo de nervios, le soltara la retahíla de lo que la tiene tan indignada.

—¿Que por qué? Tú no has visto las tragedias que provocaron en Bunaii, ¿verdad? No se merece ni el aire que respira, no tendría que estar aquí.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo voté expulsión.

—¡Rehabilitación! ¡Qué locura! Tendrían que lanzarlo al pozo de Lonsok y convertirlo en estatua de lava.

—Está arrepentido. Al principio yo pensaba igual que tú, pero debo reconocer que está esforzándose mucho y que ha demostrado un cambio radical.

—Es un monstruo —sigue diciendo mientras su llanto pasa a ser más dulce—. No puedo estar al lado de alguien capaz de consentir semejantes catástrofes. Además —mira a Windu a los ojos—, ¡intentaron matarnos! ¿En serio queréis que le acepte como un compañero más? ¡No puedo!

Windu observa la situación con cierta distancia. Tal como ha dicho a Alainiz, él mismo consideraba injusto que se le rehabilitara, pero el tiempo le ha dado otro punto de vista. Tras haber votado expulsión, cuando volvió a Sitéridas y Midila le contó lo que Alainiz había hecho, durante un fugaz instante comparó ambos casos, y vio que lo que había hecho ella era tan deplorable como lo de Vert, o incluso más, porque fue ella misma y no otra persona quien provocó el incendio. Sin embargo, la empatía que sentía por la situación sentimental de la chica hizo que pensara que ella merecía otra oportunidad. ¿Por qué, entonces, no la iba a merecer también Vert?

—¿Te has parado a pensar que tú también cometiste una atrocidad?

Alainiz se ruboriza y trata de defenderse.

—¡No irás a comparar! Lo mío fue sin querer, y no murió nadie.

—Pero pudo haber muerto alguien si no hubiera llegado ayuda a tiempo. Vert no sabía que se estaban produciendo muertes por lo que él estaba haciendo.

—Intentaron matarnos —replica con ojos suplicantes—. Eso no ocurre sin querer.

—Lo sé.

» Sabes, cuando el Consejo juzgó a Vert, la cuestión de haber conspirado en intento de asesinato contra vosotros no estaba incluida en la lista de acusaciones. Creo que Erson no la incluyó porque para él era una sospecha sin pruebas. Fue el propio acusado quien la añadió a la lista.

—Era lo menos que debía hacer.

—¿En serio? —Windu hace una pausa y continúa—. ¿Has confesado tú ante el Consejo lo que hiciste en Sitéridas? —Alainiz se pone roja—. ¿Lo sabe alguien más que yo?

—Solo Erson —reconoce ella, avergonzada.

—Deberías replantearte por qué te molesta tanto que a Vert se le dé otra oportunidad. Erson se la dio, él votó rehabilitación.

Por la noche, a Alainiz le cuesta coger el sueño. Recordando a Erson, saca el libro de la Maestra Shari y lo lee. A pesar de leerlo entero, su atención se centra principalmente en el capítulo 6, El punto débil. Desde que se dio cuenta de que Erson era su punto débil, a

duras penas puede pensar en otras cosas. Él es tan… ¡tan perfecto! Tan perfecto que hasta reconoce su propio punto débil. ¡Quién iba a pensar que coincidirían también en eso! Aunque… ojalá él se hubiera enamorado de ella, y no de Shari. Su punto débil era Shari… Vert atacó su punto débil. Le atacó a él. ¡Le atacó a él!

Finalmente, entiende por qué no le gusta Vert. Hizo daño a Erson, y eso es mucho peor que hacerle daño a ella misma.

A la mañana siguiente, en el comedor, Vert está sentado solo, como casi siempre, sin prestar mucha atención a su alrededor. De pronto, alguien se interpone entre él y la ventana, tapando la luz. Alza la vista y…

—¿Puedo? —pregunta Alainiz, pidiendo sentarse con él.

—¡Claro! —contesta Vert, con el corazón totalmente desbocado por la sorpresa.

Vert echa un vistazo a su alrededor. ¿Tal vez está lleno el comedor? Pues no… La mira un instante. Ella tiene la vista en el plato. Vert trata de seguir comiendo con normalidad, aunque la mano le tiembla.

—Lo siento —dice Alainiz, y Vert casi no puede creer lo que oye.

—No… Yo, lo siento.

—No me porté bien contigo ayer.

—Yo me había portado peor contigo.

Se crea entre ellos un silencio algo incómodo.

—Alainiz, yo… Ahora lo pienso y no puedo creer que yo hiciera lo que hice. Es como si un extraño se hubiera apoderado de mi ser. Pero sé que fui yo, que Tanrok me obedecía a mí. Él eligió hacerlo, pero… Me obedecía a mí.

Alainiz le escucha, pero no sabe qué decir.

—Me gustaría hacer algo que compensara todo el mal que he hecho. ¡No sé qué hacer! ¿Qué puedo hacer?

Ella ha dejado de comer y le está mirando. Windu tenía razón: está sinceramente arrepentido. ¿Compensar el mal que hizo? No puede hacer volver a la vida a todos los que murieron por su culpa. Y los daños materiales…

—¿Has estado en Bunaii? —pregunta ella.

—No.

—Inderit y Kudar-Kaan están allí, dirigiendo la reconstrucción. Podrías unirte a ellos.

A Vert se le para la respiración imaginándolo.

—No sé… es una idea.

En una pequeña barca, en medio del gran lago Aranhana, padre e hijo, ambos en silencio, preparan las cañas, los anzuelos y los cebos. A Erson le gusta estar con su padre, porque

no le agobia con preguntas. Si, además, van a pescar, la paz está garantizada. A Mander le basta una mirada, un gesto, una sonrisa, para transmitir cualquier mensaje a su hijo. Y así, sin interaccionar más que lo imprescindible, cada uno se sumerge en sus propios pensamientos.

En medio de tanto sosiego, solo se oyen los cantos de las aves que la espesura del bosque impide ver. Erson recuerda el bosque de las tierras de la tribu Tihanka. En apenas un mes, la empresa maderera de Calanis había asolado 50 hectáreas, algo absolutamente innecesario. La empresa gozaba de una estabilidad económica envidiable, utilizando como materia prima únicamente la madera expresamente cultivada para este fin. A pesar de ello, rompió su contrato con los cultivadores de madera y compró cinco máquinas terribles, que manejaban tan solo cinco empleados. Estaba bien claro lo que pretendía: beneficio fácil y rápido.

El tema le hace hervir la sangre, y decide pensar en otra cosa, por ejemplo en lo que le llevó a irse del Templo. Vert, el bueno de Vert… Cuántas veces estudiaron juntos, y cuántas entrenaron juntos. Incluso, alguna noche, Erson se había quedado en la habitación de Vert hasta las tantas, ayudándole a estudiar, y no porque lo necesitara realmente, sino porque se ponía tan nervioso que no tenía fe en su propia capacidad. Lo único que hacía Erson allí era darle apoyo moral. No sería extraño que los fracasos en sus intentos por pasar las pruebas para maestro fueran por la misma razón: inseguridad. ¿Cuánta frustración acumularía para terminar eligiendo el camino fácil y hacerse llamar «maestro» por Tanrok? ¿Por qué tomó ese camino? Era perfectamente capaz de conseguirlo por el camino correcto. ¡Si hasta Inderit lo consiguió, y a ella le costaba mucho más!

¿Qué le aportaba Tanrok para que Vert se volcara en él? Erson no lo comprende. En realidad, Tanrok no tenía mala intención. Lo que tenía era ignorancia, y Vert no supo verlo y sacarle de ella. Tanrok solo quería lo mejor para los suyos, y no se daba cuenta de que él mismo les llevaba a la destrucción.

Levana aprovecha la ausencia de Erson para hablar con Nora.

—Hola, hija. ¿Cómo estáis? —pregunta por el comunicador.

—Bien, mamá. ¿Ocurre algo?

—No… Solo quería invitarte a comer.

—Mamá, por favor… Ya sabes que no voy a ir mientras Erson esté ahí.

—Lo sé, lo sé… Se ha ido con tu padre, de pesca. Ya sabes que eso es para todo el día. Tengo muchas ganas de ver a mi nieto. Había pensado que podíais venir, y marcharos antes de que regresen.

—Está bien, iremos —acepta Nora tras pensarlo unos segundos.

Un tirón en la caña interrumpe los pensamientos de Erson. Recoge el sedal, y un hermoso pez sale del agua coleteando, intentando liberarse de la trampa. Erson lo mira… ¡Estúpido ser, que viviendo en un lago donde dispone de todo el alimento que necesita, se va a dejar la vida en un anzuelo, solo porque el cebo era un alimento fácil de atrapar!

En ese pez, ve identificados a Calanis, a Vert y a Tanrok. La rabia se apodera de él. ¿Cómo es posible tanta estupidez humana? Indignado, libera al pez del anzuelo y lo devuelve al agua; recoge la caña y la deja en la barca, y se tumba, por detrás de su padre, tapándose los ojos con un brazo, para protegerse del sol y evitar que le vea llorar.

Mander no necesita verle: le percibe. Impotente por no poder ayudarle, pone su mano sobre un hombro de Erson, y éste pone la suya sobre la de su padre, aferrándose a ella y rompiendo en sollozos.

Capítulo 17.- Angostos caminos.

Tras unos días de entrenamiento, Alainiz siente que necesita algo más, algo en lo que invertir su energía, un reto. Siente necesidad de crecer, de sentirse viva y bien consigo misma.

Aún hay momentos en que piensa en Erson, y recuerda, por ejemplo, el mal rato que le hizo pasar en el parque, bajo la lluvia. «Quiero verte brillar», le dijo, y eso es lo que su espíritu le pide hacer ahora.

Busca a Windu y lo encuentra en su despacho, contiguo a la sala del Consejo.

—Maestro…

—Hola, Alainiz. Dime.

—¿Ponemos fecha?

Él la mira, sorprendido, sonríe y asiente. Alainiz se acerca a la mesa, con alegría contenida, y ambos consultan la agenda para decidir el día de su examen.

Vert pide a Yoda un encuentro fuera de sus horas habituales de rehabilitación.

—Inquieto te veo. ¿Algo ocurre?

—Maestro… Quiero ir a Bunaii.

—Umh… Demos un paseo.

Yoda le lleva a pasear a los claustros y se toma su tiempo para percibir el estado de ánimo de Vert. Un importante cambio se ha dado en él, sus pensamientos no se centran en el arrepentimiento, aunque éste permanece. Ahora piensa en afrontar el futuro.

—¿Qué es lo que hacer en Bunaii quieres?

—Ayudar en su reconstrucción. Yo soy responsable de su destrucción, es lo menos que puedo hacer por ellos.

—¿Sabes lo que el pueblo de Bunaii te haría?

Vert suspira y agacha la cabeza.

—Odio provocar allí, conveniente no es. En la Orden perderían su confianza. Enemigos no nos debemos crear.

—Maestro, ¿y si no dejamos que sepan que yo tuve la culpa?

—Por ti quieres hacerlo, entonces, no por ellos.

Vert resopla y vuelve a agachar la cabeza. Yoda continúa percibiendo la sinceridad de su petición y la frustración por los inconvenientes planteados, en los que el joven no había reparado.

—La verdadera razón para desear ir debes encontrar.

—Me lo propuso Alainiz y me pareció buena idea.

—¿Con Alainiz hablado has sobre esto?

—Sí.

—¿Sabe ella que tú eres…?

—Sí.
—¿Y cómo te encuentras tras con ella hablar?
—Mejor —responde Vert, mirando a Yoda a los ojos.
Yoda mira al infinito, sentado en el centro del claustro, junto a Vert, que le mira a él.
—Inderit y su padawan allí están.
—Lo sé, me lo ha dicho Alainiz —aclara Vert—. Y necesito enfrentarme a ellos.
Yoda da signos de aprobación y asiente.
—Ese, tu verdadero motivo es. Tu equipaje prepara. Mañana, a Bunaii irás.

Más tarde, Yoda envía personalmente un mensaje a Bunaii, y a los quince minutos lo recibe Inderit:

```
Nvio a Vert par ayaudar os. Cuídale.
Fdo.: Yoda
```

Kudar-Kaan llega y encuentra a su maestra mirando el papel donde se ha impreso el mensaje, con el ceño fruncido.
—¿Ocurre algo, Maestra?
—Un mensaje de Yoda.
—¿Qué dice?
—Que nos envía a Vert para ayudarnos, y que le cuide.
—¿Quién es Vert?
—Un compañero mío de promoción.
—¿Y por qué dice que lo envía? —empieza a extrañarse Kudar también.
—Para ayudarnos, dice.
El chico pone cara de no comprender.
—Yo no he pedido ayuda, ¿y tú? —dice la Maestra, y Kudar se sonríe—. Debe haber algo que el Maestro no nos cuenta. En fin, ya nos encontraremos lo que sea.

Por la mañana, Vert llega a Bunaii. Inderit le recibe en la plataforma, y le saluda cordialmente.
—¡Bienvenido, V. V.! ¡Cuánto tiempo sin saber de ti!
—Hola, Inderit. Me alegro de verte.
Pero el tono de Vert resulta extraño para Inderit. Como buena psicóloga, busca signos de sinceridad en el lenguaje no verbal, y lo cierto es que, sincero, sí parece, pero hay algo

detrás, algo triste, que oscurece el ánimo de Vert. Tal vez por eso decía Yoda que le cuidara…

—¿Estás bien? —pregunta Inderit.

Vert se piensa tanto la respuesta, que antes de encontrarla le vuelve a hablar ella:

—No importa, tendremos tiempo de hablar. Ven, voy a presentarte a mi padawan.

Kudar-Kaan está en las afueras del pueblo, ayudando a varios hombres a demoler las paredes de las casas inutilizadas, sin romper el muro de lava solidificada que se había formado pegado a ellas, para utilizarlo como barrera natural en próximas erupciones. El chico usas sus afinados sentidos y su percepción de la Fuerza para saber cuándo se puede derribar una pared sin peligro de derrumbamiento o de temblor de tierra. Al mismo tiempo, aplicando lo que su maestra le enseña, aprende a detectar cómo se siente cada uno, y a reconducir su energía vital y levantarles el ánimo.

—Kudar, éste es Vert Vertissen. Vert, éste es Kudar-Kaan, mi padawan.

—Encantado —dice Vert, tendiéndole la mano.

Kudar le estrecha la mano, y un escalofrío recorre su cuerpo. Inderit le ve agrandar los ojos y aguantar la respiración, y mira a Vert, que vuelve a tener ese fondo de tristeza, como cuando la saludó a ella. Evitará hablar de ello delante de Vert.

—Ven, te acompañaré a una habitación para que te instales.

Inderit conduce a Vert a una habitación y le deja allí colocando sus cosas. Va en busca de Kudar y sin necesidad de hablar, solo con un gesto, le pregunta sobre lo que ha percibido.

—Hay algo en él que no me gusta —dice el chico.

—¿Crees que no es de fiar?

—No, no es eso… Creo que sí es de fiar, pero hay algo oscuro en su pasado, algo que me produce repulsión.

—Es lo mismo que he notado yo por su lenguaje no verbal.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

—Aún no sabemos gran cosa, pero tenemos una orden del Maestro Yoda: cuidarle.

—Pues te aseguro que no me apetece en absoluto.

—Eso no es excusa, Kudar. Un jedi debe hacer lo que debe hacer, tanto si le apetece como si no.

—No quería decir que no fuera a hacerlo, solo que no me apetece.

—Lo sé, mi padawan. Tampoco pretendía yo reñirte.

Inderit y Kudar-Kaan se entienden bien. Tras superar los malos momentos iniciales han encontrado el ambiente óptimo de colaboración y aprendizaje, y la confianza entre ellos es total. Todos los miedos que ella tenía sobre su capacidad para adiestrar a Kudar son ya cosa del pasado.

—Maestra, ¿acostumbra Yoda a encargarnos cosas que nos desagradan?

—Sí —contesta ella sonriéndose—, y siempre tiene buenas razones para hacerlo.

—Espero que esta vez no sea una excepción en ese sentido.

—No lo será, ya verás.

En vista de que la jornada de pesca no ha dado el resultado que Mander esperaba, decide finalizarla antes de lo habitual. A mediodía, vuelven a la orilla y amarran la barca. Sacan el cesto con la comida y se sientan a la sombra de la frondosidad del bosque junto al río. Pero Erson apenas come, aunque lo intenta, y a Mander se le rompe el corazón de verle así.

Un suspiro triste de Mander hace que Erson se fije en él. Padre e hijo son un libro abierto el uno para el otro en lo que a sentimientos se refiere. Erson percibe la preocupación de su padre.

—Papá, tu compañía me hace mucho bien, aunque no te lo parezca.

Mander vuelve a suspirar, pero esta vez termina sonriendo, y Erson también.

—¿Volvemos a casa? —dice el padre.

—Sí.

Atraviesan el gran parque. Al salir de la frondosidad de los árboles, la casa queda a la vista, a unos 200 metros a lo lejos. Erson se detiene de pronto, pálido.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mander, alarmado.

—Nora está en casa, con el niño.

En la casa, Lorian suelta de pronto los juguetes y corre hacia la puerta diciendo:

—¡Tío Esson!

Nora, que estaba charlando con su madre, lo deja todo y coge sus cosas y al niño de la mano, para marcharse.

—¡Nora!

—No, mamá, no quiero que le vea.

—¡Es tu hermano!

—¡Es un jedi!

Levana ve impotente cómo su hija se lleva al niño a la fuerza, mientras él, llorando, intenta soltarse para correr hacia su tío, cuya silueta ve en la lejanía.

Erson levanta escudos en su corazón para no sufrir esta nueva puñalada. Como un metálico droide, continúa caminando cuando Nora y Lorian se han alejado lo suficiente y están fuera del alcance de la vista.

Llegan a la casa y entre los dos guardan los utensilios de pesca. Después, Levana, angustiada, pregunta a Erson:

—¿Cómo estás?

—Bien —miente él, y sale a la puerta a meditar mirando al horizonte, hasta la puesta del sol, de pie, con las manos a la espalda, firme, sin relajarse ni sentarse.

Anocheciendo ya, Levana le pregunta, con poca esperanza:

—¿Vas a cenar?

—Sí —contesta Erson, con decisión y buena cara, sorprendiendo a su madre gratamente.

Y de hecho, por primera vez desde que llegó, hace ya tres semanas, Erson come como si todo estuviera bien, con ganas, como si hubiera estado realizando un gran esfuerzo físico y necesitara imperiosamente recargar energías. Su madre se alegra mucho de verle así, aunque le resulta contradictorio cuando piensa en Nora. Su padre, en cambio, está pensativo, como desconfiado: esta nueva actitud de Erson le trae un mal presentimiento.

Acabando la cena, ya con el postre a medias, Erson habla de pronto:

—Mañana me iré.

Mander, que ya había terminado el postre y estaba preparando su pipa, le mira un momento y suspira breve y resignadamente. Levana, absolutamente sorprendida, suelta la cucharilla en el plato, y casi sin voz pregunta:

—¿Qué…? ¡¿Por qué?!

—Vine aquí en busca de paz, y no la estoy encontrando. Necesito cambiar de aires.

Ella se lleva las manos a la cara, no puede evitar echarse a llorar.

—Mamá… por favor… —dice Erson, recordando lo que Nora le dijo.

—¿Cuándo podré volver a verte?

—No lo sé, pero volveré, te lo prometo.

La mañana siguiente, bien temprano, Erson se despide de sus padres y emprende camino, a pie, hacia las montañas. Ha decidido ir a ver al chamán de la tribu Tihanka, que se encuentra al otro lado de la escarpada Sierra de los Cielos, llamada así porque sus picos más altos casi nunca pueden verse, ya que unas nubes permanentes los tapan, dando la sensación de ser la frontera con el cielo. Hay otros caminos para llegar hasta allí, bordeando las montañas y entrando por el valle del río Ethian, pero prefiere la dureza y soledad de una travesía de montaña.

El camino le permite entrar en contacto con la energía planetaria. Nurdon es un planeta maduro, estable y lleno de vida, pero sensible a los cambios. El planeta le recibe positivamente, agradecido por lo que hizo por él al luchar contra la empresa maderera; le guía por los senderos más fiables, le lleva junto a las aguas más puras y le proporciona el aire más fresco. Por unos momentos, Erson llega a desear pasar allí toda su vida.

Un alto en el camino, en un lugar con una vista espectacular. Lleva en una mochila unos víveres que su madre le insistió en coger, pero le apetece más buscar algo fruto de la tierra, así que baja hasta un lugar más frondoso en vegetación y encuentra, sin ninguna dificultad, árboles y arbustos frutales. Reservará las provisiones para otra ocasión más complicada.

Continúa su camino. La luz disminuye y unas espesas nubes parecen perseguirle. Tras unos cuantos relámpagos y sus ensordecedores truenos correspondientes, busca un lugar

donde refugiarse. Avista, no muy lejos, una especie de cueva en la pared rocosa, dos laderas más allá, y decide refugiarse allí.

Su instinto protesta: presiente algún peligro. Pero no hay más lugares donde refugiarse, y la tormenta está ya encima. Se mantendrá alerta, por si acaso.

El lugar es sombrío. La abertura comunica con una especie de pasillo que hace curva antes de adentrarse en la montaña, y esto hace que la poca luz que las nubes permiten pasar, no llegue más allá de diez metros hacia dentro.

Se acomoda a unos cinco metros de la entrada. La lluvia cae con fuerza y crea una espesa cortina que no deja ver el exterior. No importa, allí está resguardado. La lluvia varía de intensidad a ratos, pero no cesa. Se hace de noche y la lluvia, en lugar de cesar, se convierte en nieve. Erson trata de mantenerse despierto, pero varias noches seguidas sin apenas dormir, le vencen.

Las imágenes asaltan su mente adormecida. Se ve a sí mismo luchando a espada contra Vert. Suda, peleando en sueños, y siente que sus brazos y piernas pierden fuerza por el cansancio, y que cae al suelo, y un ataque despiadado de Vert está a punto de dejarle sin cabeza. La pesadilla le hace despertar esquivando la espada, y al abrir los ojos tiene ante él un wastaäja, y lo que esquiva es un zarpazo que podría haberle arrancado la cabeza de cuajo.

De un brinco, se incorpora y echa mano a su espada para enfrentarse a él, y no da con ella. No se acordaba de que la había dejado en el Templo. Cuerpo a cuerpo, pues, vigila los movimientos del gigante y salvaje homínido, el doble de grande que él. El wastaäja da otro zarpazo, y Erson lo esquiva con un salto atrás, quedando su espalda contra la pared. Otro zarpazo, décimas de segundo después, le alcanza el vientre al saltar para que no le dé en la cara. Es una lucha desproporcionada, tiene las de perder. El wastaäja está enfurecido: por lo visto, la cueva es su guarida. Es mejor salir de allí.

El wastaäja le persigue afuera, hasta asegurarse de que Erson no va a retroceder. Erson arrastra al vuelo su pequeña mochila con una mano, mientras con la otra intenta sujetarse el vientre herido y taponar la hemorragia. Cuando percibe que el animal ha dejado de perseguirle, se detiene y se retuerce de dolor. La nieve bajo sus pies y sobre su cabeza le obliga a seguir caminando en busca de otro refugio, donde podrá pensar cómo curarse. Y así, sigue caminando, dejando a su paso un rastro de sangre.

Kudar-Kaan da los buenos días a su maestra. Inderit nota al instante que el chico quiere hablarle de algo, y le invita a ello con un simple gesto de sus cejas.

—Llora —dice Kudar-Kaan.

—¿Que llore? ¿Para qué?

—No, que él llora, por la noche. Le oigo.

—Ah… ¿Qué tipo de llanto? Explícame más.

—Atormentado —dice el chico, y hace una pausa pensando más palabras con las que describirlo—. No me salen más palabras: atormentado, eso es.

Inderit queda pensativa y al rato contesta:

—Se va confirmando que necesita que le cuidemos.

Vert se interesa por el trabajo que están realizando Inderit y Kudar-Kaan. Se interesa mucho, y pone mucho empeño en colaborar. Sin embargo, a pesar de que Inderit usa sus estrategias para sonsacarle, no habla en ningún momento de lo que le atormenta, por lo que la maestra se limita a hacerle partícipe de la reconstrucción, puesto que eso parece hacerle sentir mejor.

Una noche, maestra y padawan despiertan sobresaltados por unos gritos de Vert.

—¡No funciona el detector! ¡Vamos, hay que poner las protecciones! —grita Vert mientras va de un lado a otro comprobando los registros de cada uno de los detectores y busca desesperado el modo de enviar un comunicado a todo el pueblo.

—¿Qué pasa? —pregunta Inderit, que sale de su habitación descalza, con una especie de fina bata sobre un camisón.

—¡Va a estallar! ¡Corre!

Sus alojamientos están en la Sede de Gobierno. Allí, en lo que era el despacho de Tanrok, hay detectores autónomos e independientes del del observatorio, y todos ellos indican normalidad. Por otra parte, la luz vigía en lo alto del centro del pueblo está verde, es decir, en el observatorio también se detecta normalidad.

—¡Vamos, Inderit, hay que poner las protecciones!

—Vert, tranquilízate, todo está en calma.

—¿En calma? ¡¿Es que no lo percibes?! ¡Venga, Inderit, por pocos midiclorianos que tengas tienes que percibirlo: el suelo quema!

Inderit se mira sus pies, descalzos, y Vert repara en ellos también. Ella le vuelve a mirar a él, totalmente tranquila, y él no comprende nada. Mueve la cabeza de lado a lado, cada vez más nervioso, absolutamente convencido de que de un momento a otro empezará una erupción.

—¿Cómo lo aguantas? ¡Quema!

Kudar-Kaan se descalza también. Con su extrema sensibilidad, notaría cualquier alteración del planeta sin necesidad de descalzarse, y ni siquiera descalzo nota nada extraño.

—No quema.

Maestra y padawan recuerdan de pronto cómo Alainiz sentía también que quemaba, y cómo Erson le hizo ver que no era así, y le hizo sentir mejor.

—Vert, es tu conciencia —dice Inderit—. El suelo no quema.

Vert, desesperado, no puede creerla. Él siente perfectamente el calor atravesando las suelas de sus botas, y levanta los pies alternativamente, intentando huir de ello.

—Dame las manos —dice Inderit extendiendo las suyas hacia Vert— y arrodíllate.

—¡No! —niega Vert, aterrorizado.

—Confía en mí. No quema.

Con la respiración agitada, Vert mira a Inderit, incrédulo. No soporta más el calor. Unas lágrimas se le escapan, pero sigue mirando a su compañera que, con una mirada firme y tranquila, le insta a tener fe. Extiende sus manos temblorosas hacia ella, y se las cogen, el uno frente al otro.

—Arrodíllate —dice Inderit, a la vez que lo hace ella también. Y entregándose a su destino, Vert cierra los ojos y se arrodilla, comunicando al planeta su más sincero arrepentimiento.

La primera sensación en sus rodillas es como si se las atravesaran con unos clavos. Después, es como si se las anestesiaran y no sintiera más dolor. Por último, vuelve a sentir el suelo en sus rodillas con temperatura suave. El llanto se calma. El corazón baja el ritmo. Los ojos, aún húmedos, se abren, y se refugian en la calma de los de ella. Y por último, los cierra de nuevo, sintiendo la nueva conexión con la energía del planeta.

Inderit le suelta las manos y se levanta. Vert se sienta sobre los pies, relajado, y permanece así unos minutos más.

Ella busca a su padawan con la mirada. Kudar-Kaan está serio, casi se diría que enfadado, y con una expresión en su rostro que dice «no es justo». El muchacho vuelve a su habitación para continuar durmiendo. Tanto para él como para su maestra está bien claro quién es Vert: el maestro de Tanrok.

Alainiz se enfrenta a sus pruebas finales de tercer grado. Las pruebas duran dos días. El primero, responde a todo con una efectividad asombrosa. Ella misma está segura de que lo está haciendo casi perfecto, y eso hace que se le forme de nuevo un nudo en el estómago y se acuerde de Erson. No obstante, y a pesar de ello, sigue adelante el segundo día, y responde a todo perfectamente también. El anuncio, por parte de Windu, del resultado de sus pruebas le sabe agridulce.

Erson ha perdido mucha sangre. El dolor, unido al frío y la humedad, le debilitan a toda velocidad. Él se resiste con todas sus fuerzas, tratando de llegar a un refugio, pero la zona es de roca desnuda y compacta y, tras varias horas nevando, totalmente cubierta de un manto blanco, que hace desaparecer cualquier agujero que pudiera servirle.

Rendido, trata de sentarse bajo un árbol, pero cae y rueda unos metros por la nieve de una pendiente rocosa. La herida es profunda, llega hasta las tripas. Con su mano temblorosa coge un puñado de nieve virgen y la pone en la herida, a ver si con un poco de

suerte, el frío retiene el avance del desastre. Al menos sirve para anestesiarle momentáneamente.

Sin fuerzas para levantarse, hace un último esfuerzo para lanzar un grito que, rápidamente, la nieve amortigua:

—¡¡¡GUÍAAAA!!!

Capítulo 18.- Guía de la Noche.

El chamán de la tribu Tihanka despierta en mitad de la noche, alertado por un sueño: un gran oso herido le miraba a los ojos, suplicando ayuda, y luego se desmoronaba en el suelo.

Es un hombre joven, aproximadamente de la misma edad que Erson, imberbe, de piel rojiza y ojos oscuros. Interpretar sueños es el don que le caracteriza y le distingue de los chamanes que le precedieron, motivo por el cual le llaman Guía de la Noche. Esto, unido a sus conocimientos de las sustancias que contienen las plantas, y a su intuición, hacen de él un guía muy valorado entre los suyos.

Está nevando. Se abriga bien y sale de su tienda, hacia el lugar en el que conecta mejor con el espíritu del planeta. Al comunicarse con él, el presentimiento se confirma: su amigo oso está en apuros y le necesita. Sin perder un instante, prepara un caballo y lo equipa con lo necesario para un rescate en la montaña; llama a su bescán más fiel, y emprende camino hacia las cumbres, guiado por el espíritu de Nurdon.

La travesía se hace cada vez más difícil, por el grosor del manto de nieve recién caída. A cada paso, las patas del caballo y del bescán se hunden hasta las rodillas. Guía baja del caballo para aligerarle peso y que no se hunda tanto. De vez en cuando, se detiene a escuchar mejor al espíritu del planeta, que le indica ir hacia una zona escarpada y boscosa.

Llegados a un punto en que Nurdon no puede concretar más, toca usar la intuición y el bescán. El chamán percibe la energía que busca, muy tenue, y avanza despacio, con el bescán a su lado y, detrás, el caballo, cogido por las riendas. El bescán echa a correr, ladrando, Guía le sigue en la oscuridad hasta donde el animal empieza a escarbar en la nieve. Y allí está, aletargado por el frío, que lo ha conservado con las constantes vitales al mínimo, Dulce Oso Sabio, es decir, Erson.

Guía de la Noche lo lleva al poblado, y se encarga de hacerle las curas necesarias y vigilar su evolución. Erson permanece inconsciente. Cada día, Guía desinfecta la herida, aplica ungüentos que aprendió de sus antepasados y revisa su estado: sigue inconsciente. Le mantiene alimentado echando en su boca unas gotas de concentrado de frutas cada cierto tiempo, y una mujer que le sirve de ayudante se encarga de que esté siempre aseado.

Un día, al abrirle la boca para echarle las gotas, Erson abre los ojos.

—Bienvenido —dice Guía. Pero Erson no cambia en absoluto su expresión. Sus ojos siguen los movimientos del chamán, pero no hay respuesta emocional, como si su cerebro no fuera capaz de procesar lo que sus ojos le envían.

—¿Estar en este mundo? —pregunta Guía tratando de obtener alguna reacción. Erson no contesta, enseguida deja de mostrar interés y vuelve a cerrar los ojos.

Guía de la Noche habla con su ayudante. Ella recibe las órdenes que le da, con una sonrisa cariñosa hacia Erson. Sale, y vuelve con un recipiente, especie de botella con boca bastante ancha, se arrodilla en el suelo junto al lecho de Erson, le destapa, y apartándole la ropa interior, coge su pene y lo mete en la botella. Él abre los ojos, mira un instante a la mujer, que le sonríe, y se deja cuidar. Los cierra de nuevo y alivia su vejiga.

El mundo de Erson vuelve a ser oscuro. Su mente divaga por pesadillas mezcladas con recuerdos de realidad que le hacen sufrir. El dolor de la herida es constante, pero soportable. Lo cierto es que duelen más los pensamientos que la herida, y a pesar de eso sigue sumergido en ellos.

Guía vuelve con un frasco pequeño y un recipiente con agua. Abre de nuevo la boca a Erson, que esta vez no se molesta en mirarle, y echa en ella un par de gotas de la sustancia del frasco. En tan solo dos segundos, Erson abre los ojos, se pone rojo y blanco casi a la vez, y se incorpora de golpe. Guía le ofrece el recipiente de agua, y Erson lo bebe a toda velocidad, intentando eliminar un sabor tremendamente amargo que le ha invadido por entero.

—¡¿Qué diablos era eso?! —pregunta Erson tras acabar con el agua.

—Hiel. No hacer daño, despertar espíritu.

—¿Y no se te ha ocurrido ninguna otra forma más amable de hacerlo?

—Sí —contesta Guía con sonrisa pícara—. Probar primero con bella mujer. —Erson se percata de que la mujer está allí, y también se está riendo—. No funcionar.

Se da cuenta, así, de que ha sido grosero por su parte ignorar a una belleza que le tocaba sus partes. Suspira, lamentándolo. El sabor amargo le tortura los sentidos.

—¿Cuánto dura este sabor?

—Una subida de sol. (El tiempo que va desde el amanecer hasta el mediodía)

—¿Y comiendo algo sólido, no pasaría antes?

—No comer aún. Tripa perforada. Esperar más.

Erson se resigna y se vuelve a tumbar. Su mente vuelve, testaruda, a repasar sus pesadillas y recuerdos. Guía le observa.

—¿Doler?

—¿Qué? —le cuesta procesar la pregunta—. Sí, claro… supongo.

La absurda respuesta indica al chamán que hay un problema mayor que la herida del vientre, pero Erson está demasiado débil para hablar de ello. Esperará a que esté mejor.

Como es costumbre, tras superar las pruebas y alcanzar el grado de Dama jedi, Alainiz dispone de unos días libres que, lógicamente, aprovecha para ir a visitar a su familia.

—¿Otra vez aquí, mi niña? —se sorprende Midila al verla llegar sin previo aviso. Alainiz responde tan solo con una enorme sonrisa, que se contagia a su madre.

—¡Ahora sí da gusto verte!

Madre e hija se abrazan, emocionadas, y luego, Midila proclama por todo el palacete que su hija ya es una jedi.

En Bunaii, tras el desayuno, en el que ninguno de los tres pronuncia ni una palabra, Kudar-Kaan se va sin demora a organizar con los habitantes del pueblo las tareas del día, y Vert, que nota claramente el rechazo por parte del chico, suspira. Inderit observa a uno y a otro, y decide que es el momento de hablar claro con Vert.

—Eras tú, ¿verdad?

Él la mira, como esperando a que ella aclare a qué se refiere, y no sea lo que él cree.

—El maestro de Tanrok —aclara ella.

Confirmado su temor, el rostro de Vert se arruga de dolor, y asiente agachando la cabeza. Luego hace un esfuerzo y mira a Inderit cara a cara.

—Intento ponerme en tu lugar y entenderte. Te honra el estar aquí para enfrentarte a esto, y que te presentes ante nosotros así. Lo que no alcanzo a comprender es por qué lo hiciste.

—Sinceramente: yo tampoco. Puedo decirte lo que pasaba por mi cabeza entonces, pero la razón por la que pensaba así, no la sé.

—¿Y qué era lo que pasaba por tu cabeza?

—Deseaba con todas mis fuerzas ser «maestro» de alguien.

Inderit guarda silencio mientras trata de comprender. Vert sigue hablando tras esta pausa.

—No conseguía el grado de Maestro, ni un destino donde se reconociese mi valía, y no lo soportaba. Me sentía infravalorado y vi la oportunidad de que alguien reconociera mi superioridad.

Inderit sigue en silencio, intentando explicar ese comportamiento con sus conocimientos de psicología.

—Ahora ya sé por qué nadie reconocía mi valía: porque no existía. Yo deseaba ser un buen maestro y no lo era. Y transmití a Tanrok una falsa imagen de mí, una imagen que él se creyó, y así, yo mismo me la creí también.

Mientras habla, Vert mete la mano en su bolsillo inconscientemente, y toca el libro que lleva en él, El Equilibrio de la Fuerza. Inderit lo ve asomar y lo reconoce. Se le escapa una sonrisa.

—¿Cómo te diste cuenta de tu error? —pregunta, sospechando que la respuesta está en el bolsillo. Vert lo saca y se lo muestra, confirmándolo.

También ella estuvo en un error durante muchos años, culpando a Erson de la muerte de Lashmal. También ella se dio cuenta al volver a leer ese libro. ¿Qué diferencia hay, entonces, entre ella y Vert? Quizá murieron muchas personas por el error de Vert, es cierto, pero mirándose a sí misma con cierta distancia, también ella podía haber evitado muchas muertes y no lo hizo. Si no se hubiera obcecado en aquella tragedia, habría superado el tercer grado mucho antes, habría comenzado a ejercer de pacificadora mucho antes, habrían terminado varias guerras mucho antes, habría muerto mucha menos gente.

—Vert —él atiende a su compañera—, has sido muy valiente, puedes estar orgulloso.

—¿Orgulloso? Di orden de matarte, Inderit.

—Yo también te habría matado a ti de haber sido la encargada de dar contigo, igual que en ningún momento dudé de que Tanrok debía morir.

Vert sentía afecto por Tanrok. El comentario de Inderit le produce una punzada.

—¿Quién le mató?

—¿Qué importa eso? —contesta con un resoplido de resignación.

—Supongo que Erson, ¿verdad?

Inderit ríe para sí misma y niega con la cabeza antes de contestarle sonriendo:

—Fue Kudar. Erson trató por todos los medios de solucionarlo sin sangre.

La sorpresa de Vert es mayúscula. Por la ventana se ve a Kudar en la calle trabajando en las demoliciones. Le mira y siente un gran respeto por ese muchacho, y miedo.

—Es un gran chico, pero no esperes que te perdone en dos días. Es el que más afectado está por lo que ha vivido Bunaii.

Erson se va levantando a ratos con el permiso de Guía. Debe empezar a moverse, pero muy lentamente, caminando solo unos pasos y volviéndose a tumbar hasta un par de horas más tarde. El enfermo aprovecha esos momentos para hacer sus necesidades sin ayuda, y así evitar una situación que le avergüenza tras lo ocurrido antes.

Un día después de su despertar, Guía le permite dar pequeños paseos. Erson sale de la tienda y, con mucha precaución camina un poco, hasta llegar a un llano que acaba en una pared de roca clara, casi vertical. El río salta desde lo alto formando una preciosa cascada y, al final de la caída, un lago. Las gotas que salen despedidas al chocar contra el suelo brillan intensamente con el sol que incide frontalmente en la vertical pared a esa hora, y se forma un arco Iris que dibuja un marco a tan preciosa visión. En las proximidades del lago, los indígenas han colocado asientos hechos de porciones de troncos de árboles caídos, perfectamente cortados y después tallados con motivos diversos.

Erson se sienta allí y disfruta del sol que empieza a calentar con fuerza. La nevada que le sorprendió en su travesía fue, seguramente, la última de la estación fría. Ahora viene el deshielo, la cascada adquiere una magnitud impresionante y hace crecer el río.

El chamán le observa. Erson está tan absorto en sus pensamientos que ni le percibe. Guía está preocupado por él: Erson no es muy hablador, pero solía ser cariñoso y abierto con todos, y ahora está encerrado en sí mismo.

—Erson —le habla Guía, sentándose frente a él—, yo encontrarte herido de muerte en cuerpo y espíritu. Tú pedirme curar cuerpo, pero espíritu no. ¿Por qué?

—Eso es cosa mía —contesta él, eludiendo mirarle—. Debo hacerlo yo solo, para hacerme más fuerte.

—¡Bah! ¡Excusas! Oso ya muy fuerte, no necesitar más. ¡Orgullo ser tu razón!

Erson se queda perplejo al oírle.

—Hablas como Yoda.

—Tus palabras honrarme —contesta Guía, que conoce a Yoda por lo que Erson le ha contado de él.

Y se hace el silencio, esperando Guía que Erson explique algo más, pero no lo hace, y vuelve a encerrarse en sus pensamientos. El chamán insiste en ayudarle:

—¿Espíritu hablar?

Erson sabe a lo que se refiere. Cuando estuvo allí para detener la deforestación, hablaron mucho. Guía le decía que los sueños son mensajes del espíritu, que nos habla cuando estamos dormidos porque despiertos no le prestamos atención.

—Solo me habla de dolor —le responde, ya que sus sueños no dicen más que eso.

Guía medita sobre esto. Demasiado herido está el espíritu si sus mensajes solo hablan de eso. Normalmente, un espíritu sano habla de lo que necesita, del camino a seguir, de cómo afrontar las dificultades… Si solo se lamenta, es que está bloqueado. Necesita algo que le haga reaccionar.

El chamán va al huerto donde cultiva las hierbas curativas que utiliza. Piensa en varias opciones que le pueden servir. Se acerca a una de las plantas, la toca suavemente, se concentra en su esencia y… la descarta. Lo mismo ocurre con dos plantas más. Se queda de pie en medio del huerto y cierra los ojos para concentrarse y comunicarse con Nurdon. El planeta le proporciona la respuesta en pocos segundos.

Guía trepa a las ramas inferiores de un árbol que circunda el huerto, saca su navaja, raspa una especie de liquen que crece en la parte inferior de la rama, a la sombra, y corta un racimo de los frutos del árbol. Va a su tienda, coge un recipiente y machaca en él los frutos y las virutas raspadas, y añade agua hirviendo. Tras unos minutos en infusión, decanta el líquido y lo echa en otro recipiente, más apto para beber de él, y vuelve con Erson.

—Beber esto. Hacer hablar a espíritu —dice Guía.

—Te he dicho que quiero solucionarlo yo solo —contesta Erson tratando de no ser antipático, pero Guía se muestra enfadado e insistente.

—¡Yo como Yoda, tú obedecer!

La determinación de Guía de la Noche es tan grande que Erson queda perplejo de nuevo. No se encuentra con fuerzas para discutir con él, y tampoco es su deseo hacerlo.

La mirada del chamán le deja bien claro que hará lo que haga falta para ayudarle, le guste o no, y además, al fin y al cabo, su intención al querer visitarle era encontrar respuestas.

—Está bien… —dice Erson tras un suspiro resignado—. Dame.

Y extiende su mano para coger el vaso.

—Aquí no. Preparar lecho, efecto muy fuerte —replica él apartándolo.

—¡Qué ánimos me das!

Una vez preparado, sentado en el camastro, se toma el brebaje y se tumba. Al cabo de unos segundos, un dolor agudo sube por su columna vertebral, hasta la cabeza, y le hace arquear la espalda y perder la consciencia. Por un momento se siente envuelto de vacío y oscuridad, y luego empiezan a aparecer ante él imágenes.

Primero ve unos oseznos peleándose. Un oso grande que se acerca les gruñe, y los oseznos interrumpen la pelea. Luego ve un animal carroñero rondando la cueva de los osos, y el oso gruñe enseñando los dientes y retroceden, pero al poco vuelven a avanzar, y entonces el oso da un zarpazo a uno de ellos, haciéndoles retirarse definitivamente. Por último, unas horribles máquinas llegan al bosque sembrando la destrucción; el oso gruñe, pero las máquinas avanzan; da un zarpazo, pero las máquinas no se inmutan; y por último, el oso se pone en pie, empuja con sus patas delanteras un lateral de la máquina y la zarandea hasta hacerla volcar, y el resto de máquinas se retira.

Tras eso, duerme durante un par de horas. Al despertar, el dolor de cabeza aún persiste, aunque leve. Guía le pregunta:

—¿Espíritu hablar?

—Sí… —contesta, mientras se toca la cabeza, con gesto de dolor.

—Bien. No explicar. Tú interpretar. Oso, sabio.

Erson agradece el detalle: él quería arreglarlo por sí mismo, y Guía le deja hacerlo. Solo le ha dado un pequeño empujón para ayudarle a salir del bloqueo. El resto, será cosa suya.

—Gracias, amigo.

—No merecer.

En Corussan, Yoda y Gon-Adí coinciden en la sala del Consejo. Los dos están preocupados, ambos por lo mismo.

—Cuatro días ya de retraso lleva —dice Yoda.

—Le debe haber pasado algo. Él es cumplidor, lo sabes. Aunque no fuera a volver nunca más, informaría de ello.

—También eso me preocupa.

—Yoda, debemos esperar.

—Esperar, ¿cuánto? Incumpliendo estamos nuestras condiciones.

—Lo sé, pero… ¡Sé que cumplirá en cuanto pueda, le conozco!

—Que en lo cierto estés deseo —dice Yoda con tono triste—, pero a los demás hay que convencer.

—Lo sé… La última palabra la tienes tú.

—¿Y si nunca vuelve?

—Y si le ha pasado algo grave y decidimos su expulsión y después vuelve? —Yoda suspira—. ¡Maestro, es **Erson**! ¡Desde que fue nombrado maestro ha sido el alma de la Orden, más que el propio Consejo!

—Hundida ese alma está, por eso se fue.

—Lo sé pero ¡mírate tú! ¿Acaso no estás tú tan hundido como él? —Yoda agacha la cabeza—. Maestro, por favor… Yo confío en él, ¿confías tú en mí?

Con los ojos vidriosos, Yoda mira a Gon-Adí y, no sin esfuerzo, asiente.

Por la noche, antes de ir a dormir, Erson da un último paseo para movilizarse. Es una noche luminosa, porque las dos lunas de Nurdon están en conjunción, ambas en fase llena. Guía acude junto a él. Se sientan en las rocas de la orilla del río y contemplan el cielo. Hacía mucho tiempo que Erson no tenía ocasión de observar algo así. De hecho, la última noche en casa de sus padres solo se veía una luna. Erson palidece de repente.

—¡¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?!

—Media luna menor —le informa Guía.

¡Eso son trece días!, piensa Erson, y cuando se fue de casa de sus padres llevaba ya tres semanas fuera del Templo. Ya pasan cuatro días del plazo de un mes, y no ha enviado mensaje alguno.

Se levanta alterado y toma camino de la tienda.

—¿Pasar algo?

—Hace cuatro días que tenía que haber enviado un mensaje a Corussan. Debo enviarlo sin falta, tengo que ir al pueblo.

—Tú no ir a ningún sitio, o morir en camino.

—¡Tengo que ir, ¿no lo entiendes?! ¡Me expulsarán de la Orden!

—Yo entender que si no enviar mensaje no volver a Corussan. Tú no entender que si tú ir a pueblo, tú no volver a Corussan ni a ninguna parte: ¡Tú morir!

—¡Déjame un caballo!

—¡No!

—¡Por favor!

La tensión al caminar deprisa, junto con la alteración al hablar, hacen que la herida se resienta. Erson se retuerce. Guía le sujeta cuando está a punto de caer al suelo.

—¡Oso testarudo! Volver al lecho.

Dolorido, tarda en dormirse. Cuando lo hace, su espíritu le habla. Le cuenta una conversación que tuvo con Shari muchos años atrás, en la terraza del Templo, sobre el miedo. Después, otra más reciente, con Inderit, en la que él mismo le explicaba que el secreto está en plantearse cómo reaccionarías si no tuvieras miedo.

Por la mañana, la interpretación del sueño es sencilla: El miedo a ser expulsado de la Orden le habría costado la vida de no haber estado allí Guía para evitarlo. Y da gracias al cielo por tenerle a su lado en esos momentos, al mismo tiempo que se siente indignado por perder el control sobre sí mismo de esa manera.

—¿Cómo estar? —le pregunta Guía, entrando a su tienda a verle.

—Bueno… Estoy… Gracias.

Y le dedica una sonrisa.

—Parecer más relajado.

—Sí… Al menos ahora soy consciente de mi error.

—¿Tú interpretar ya mensaje de espíritu?

—Estoy en ello —dice Erson con una sonrisa irónica—. Ahora que ha empezado, no deja de hablarme.

Guía de la Noche sonríe a su amigo, satisfecho de que sus ayudas funcionen. Después prepara los utensilios de cura.

—Enseñar herida.

Erson aparta la ropa y se relaja respirando hondo. Por la noche, Guía tuvo que volvérsela a limpiar y vendar, porque con el esfuerzo se había vuelto a abrir, y le aplicó unos ungüentos anestésicos, que con el paso de las horas han dejado de hacer efecto. Ahora, tensa la piel un poco para acceder a la zona abierta y desinfectar. Duele, pero Erson aguanta bien.

—¿Poder levantar? —pregunta una vez finalizada la cura.

—Sí.

—Hoy festejar vida, mucho por hacer. Tú moverte, despacio.

—De acuerdo.

En Sitéridas, Alainiz conecta con el planeta. Ya hizo las paces con él, y ahora el contacto es agradable. Lo que no es tan agradable es el mensaje que le da: Los pueblos vecinos se disponen a atacar.

Alainiz previene al Gobernador y ofrece sus servicios, y lo comunica mediante mensaje al Consejo. Su primera misión en solitario está en marcha.

Las tareas de reconstrucción en Bunaii avanzan con rapidez. Desde que Vert colabora en ello, la velocidad con que se recupera el aspecto inicial del pueblo ha aumentado a más del doble.

Kudar sigue trabajando sin dirigir la palabra a Vert, que lo entiende. Cada uno organiza los trabajos en una zona, hasta que confluyen los dos en la parte más afectada.

La escuela infantil se encuentra en un estado lamentable. Más de la mitad está sepultada por lava, y el resto, casi en ruinas. Su situación, en las afueras del pueblo, la hizo víctima principal de las erupciones súbitas, por no tener automatizadas las protecciones.

—No creo que sea buena idea reconstruirla aquí mismo —dice Vert.

Kudar-Kaan le mira. Le ha quitado las palabras de la boca.

—Es más: lo que debería haber aquí es un muro de contención para todo el pueblo —añade Vert.

Kudar-Kaan se rasca la cabeza. Vert ha vuelto a hablar por él.

—¿Me lees el pensamiento? —Pregunta Kudar con desconfianza.

—No —contesta Vert sorprendido, y sin darle más importancia sigue con el tema que le ocupa—. Tratándose de los más indefensos deberían estar en el lugar más seguro.

Echa un vistazo general al pueblo. Destacando sobre el resto de edificios, la Sede de Gobierno es el lugar más céntrico. El edificio dispone de protecciones automatizadas, un jardín que nadie visita lo rodea por todas partes, y el contorno del jardín está vallado con muros retenedores de lava.

—En el jardín de la Sede… —dicen ambos a la vez, y se callan al darse cuenta, para dejar cada uno que hable el otro.

—Lo siento, habla tú —cede Vert.

—Pues… eso, que… allí hay espacio para construir la escuela, más grande, incluso, que la original.

—Vamos allá, entonces.

Unidos por primera vez, Kudar-Kaan y Vert se dirigen al lugar. Por las calles, muchos andamios tapan las fachadas reconstruidas, que se están pintando. Unos chiquillos corren jugando, ajenos a los trabajos de los adultos, y se cruzan con Kudar y Vert, tropiezan con un andamio, lo desequilibran, y éste se desmorona sobre ellos.

Kudar llega a tiempo de coger a los niños, cuando un montón de hierros se precipita sobre ellos. De rodillas, en el suelo, se encorva protegiéndolos con su cuerpo y espera los golpes en su espalda con los ojos cerrados.

Pero los golpes no se producen. Abre los ojos. Vert sostiene en el aire la estructura utilizando la Fuerza.

—Vamos, salid de ahí.

Kudar pone a salvo a los niños, y Vert deposita los hierros en el suelo, despacio.

Esa noche, durante la cena, Inderit ve que algo ha cambiado entre los dos: no están tan serios como solían estar, y cruzan palabras de vez en cuando, con gesto amable.

En Corussan, Yoda medita en su despacho, frente al comunicador, esperando que algo salga de él. Lo mira durante largos ratos, sin que nada cambie. Aparta la vista y suspira profundamente, y entonces, el ruido de un mensaje imprimiéndose le hace contener la respiración.

Con respecto a Vert, misión cumplida. Con respecto a la reconstrucción, en pocos días habremos terminado.
Saludos afectuosos. Que la Fuerza te acompañe.
Fdo.: Inderit Arsans.

Una buena noticia, desde luego, pero no la que esperaba. Cierra los ojos e imagina con todas sus fuerzas a Erson, regresando.

Capítulo 19.- Fiesta de la vida.

El poblado de la tribu Tihanka bulle de actividad. En el espacio central de su asentamiento han preparado una enorme hoguera, con la que asan un gran animal cazado para la ocasión. En unas plataformas hechas de losas planas de piedra colocadas sobre troncos que hacen de patas, disponen cestos con frutas recién cogidas, en su perfecto punto de madurez. Por doquier hay adornos de flores y hojas y, en el suelo, mantas tejidas con lana de animal.

Guía está preparando una cesta especial para colocarla en un pedestal, en la rudimentaria mesa. En el centro coloca unos pequeños frutos de color azul, dispuestos en raciones de tres unidades, sobre un pétalo de flor de río, y en los alrededores, pequeñas vasijas con una bebida que él mismo ha preparado con las plantas adecuadas.

Todos los demás, mientras se hace el asado, se asean y se visten con ropas de colores y se adornan con flores.

Erson lo observa todo y se contagia de la alegría de la fiesta, aunque por su convalecencia no puede moverse tanto como le gustaría. La ayudante de Guía se acerca a él con un collar hecho de flores, y se lo pone mientras le sonríe con cariño.

—Gracias —responde él con otra sonrisa, y ella sigue con los preparativos.

Una vez asado el animal, lo retiran del fuego utilizando el gran palo que lo atraviesa, y lo ponen sobre una losa limpia en el suelo. Los hombres más fuertes de la tribu empiezan a trinchar la carne con sus cuchillos. Las mujeres reparten las raciones en platos de barro cocido y aderezan la carne con especias en polvo. Todos van comiendo mientras hablan y ríen, creando un ambiente muy animado en que todos disfrutan de la compañía de todos.

Guía lleva un plato a Erson, con una ración más bien pequeña.

—Tú poder comer carne, pero solo un poco.

Erson lo toma con un gesto de agradecimiento. Guía se sienta junto a él y comen juntos, un poco apartados del festejo, pero sin perder atención sobre ello.

Los primeros en terminar de comer cogen los tam-tam y empiezan a marcar ritmos y cantar. La música parece salir de lo más profundo del planeta, las personas sintonizan con el ritmo y salen a bailar alrededor del fuego que continúa encendido, siguiendo los latidos de la percusión. Hombres y mujeres danzan por parejas, como en un ritual de apareamiento. Unos se acercan a la hoguera, otros se alejan tras bailar un rato.

Hay mucho movimiento. La mesa es asaltada a cada momento por manos que cogen frutas. Guía coge unas cuantas piezas y las da a elegir a Erson. Él elige una que le llama la atención por ser blanca, de aspecto lechoso. El sabor hace justicia al aspecto.

—Deliciosa.

—Tú elegir la fruta del nacimiento. Un nuevo Erson estar por venir.

—¿Tú crees? —dice con una tímida sonrisa.

—Yo no creer nada, tú elegir.

De nuevo, las palabras de Guía le hacen recordar a Yoda. Pierde la vista en el infinito pensando en él. Cierra los ojos y le habla mentalmente como si lo tuviera delante, pidiéndole que no le expulse de la Orden, que espere a que su salud le permita viajar y enviar el mensaje. Suspira y abre los ojos de nuevo.

Y los abre… como platos. Junto a una de las tiendas, sobre una manta en el suelo, ve una pareja copulando.

—Guía… —Guía le mira—. Eso… ¿es normal?

Guía queda perplejo con la pregunta.

—¿Tú no ser creado así?

—Sí, claro. Quiero decir… ¿Es normal que lo hagan a la vista de todos?

—¿Acaso ser algo malo?

—No… No, malo, no, pero… Bueno, en mi cultura eso es algo… ¿cómo lo diría…? Íntimo.

—Tu cultura ser extraña. Esconderse para crear vida, y destruirla a la vista de todos.

—Ya… No tiene mucho sentido, planteado así.

Erson sigue observando. Otras parejas, animadas por la visión de la primera, hacen lo mismo. El jedi siente su cuerpo revolucionarse. Si fuera un indígena más, estaría en disposición de hacer lo mismo que ellos, pero no lo es, y conserva el control.

Se siente incómodo y trata de no mirar. Al otro lado de la explanada, los niños juegan con normalidad. Otros jóvenes, menos niños, miran a los adultos y coquetean entre risas.

—A jóvenes no permitir, hasta ser grandes como piedra blanca —dice Guía al ver que los mira, señalándole un monolito junto al río.

Hace un año, cuando Erson estuvo allí con Alainiz, los jóvenes de la tribu la llevaban junto a esa roca para comparar su estatura, y ella era exactamente tan alta como la roca. Eso ayudó a que la aceptaran como alguien a quien debían obedecer.

La vista vuelve a desviarse hacia las parejas, atraída por un invisible imán. Erson se da cuenta de que una de las mujeres está ahora con un hombre distinto al de antes.

—Eh… ¿También es normal hacerlo con varias parejas distintas?

—Todos ser buenos para todos.

—Pero luego no sabréis quién es el padre de cada criatura.

—¿Para qué querer saber?

Erson no contesta, en un primer momento. Le parece muy evidente que es necesario saberlo. Guía, que piensa de otro modo, le lanza a las manos una pieza de fruta.

—¿De qué árbol ser?

Erson entiende lo que trata de decirle, pero no le parece una buena comparación.

—No es lo mismo. Un hijo necesita de alguien que se encargue de su cuidado y educación.

—Todos cuidar y educar. Hijos ser de tribu.

Las costumbres de la tribu son chocantes para Erson, pero con la explicación de Guía resultan muy lógicas, e indican una mentalidad generosa, centrada en el bien común. En la cultura «civilizada» la posesión es tan importante que sería imposible algo así.

Aunque, pensándolo bien, sí se dan situaciones en las que la educación de los pequeños queda a cargo de personas distintas a los progenitores: la escuela, por ejemplo. También en la Orden jedi, todos los padawan son cuidados por todos, aunque existan especializaciones a la hora de enseñar diferentes materias.

Tras asimilar todo esto, no resulta tan incómodo ver la actividad sexual. Sin la obsesión, puede observarlo todo mejor, y entonces ve a la ayudante de Guía sonriéndole sensualmente mientras hace gestos interrogativos.

—¿Son imaginaciones mías, o tu ayudante me está invitando a jugar?

—¡Ah, sí! Tú gustarle, tener pene grande.

—¿Que-que-quée? —tartamudea Erson, abochornado.

—Ella ver mientras cuidarte.

Boquiabierto y acalorado, no sabe qué hacer, qué decir, ni a dónde mirar.

—Ella esperar tu respuesta.

—Yo-yo… Yo no-no puedo.

—Pene grande sin fuerza ser lástima, pero fruta azul ayudar.

—No, no… Si fuerza, sí tiene —*«y bastante, en este momento»*, piensa—. Es que… Los jedi no hacemos eso.

—¿Por qué no? Mujer equilibrar energía de hombre. Tú necesitar ahora.

Una pregunta más que Erson no sabe responder. Resopla con resignación e indica con gestos que no sabe.

—Entonces, ¿no querer?

Erson niega con la cabeza, en medio de una mezcla de sonrisa nerviosa y fastidio.

—¿Ceder a Guía?

—¿Eh? —pregunta Erson, y al cabo de un momento comprende que le está pidiendo permiso para acudir al juego en su lugar—. Sí, sí, claro.

Guía agradece con un gesto y acude junto a su ayudante, le explica la negativa de Erson y se ofrece, y ella acepta de buen grado.

El juego empieza con amables caricias. Erson observa. Hay una gran compenetración entre ellos y se nota que disfrutan mucho del juego. La llegada del contacto más estrecho le ruboriza, y mira hacia otro lado. Entre los niños, uno le llama la atención: es idéntico a Guía. Erson se sonríe. Pierde la mirada en el horizonte y de pronto se encuentra pensando en Alainiz y en lo cambiada que estaba tras volver de Sitéridas.

Decide levantarse para caminar un poco y alejarse de la fiesta, y se dirige de nuevo a la cascada. Al rato, Guía de la Noche se le acerca.

—¿Tú haber jugado con alguna mujer?

—No.

—Tú estar mejor si dejar fluir energía.

Erson no contesta y sigue disfrutando de la tranquilidad de aquel lugar. El ruido incesante de la cascada le resulta de lo más agradable. La fuerza del agua le impresiona y le atrae.

—¿Sabes lo que me gustaría en este momento? —Guía le escucha—. Sentir caer sobre mí ese agua tan pura.

Guía sonríe, complacido. El deseo de Erson tiene un significado muy especial.

—Hacer.

—¿Que lo haga? —Guía asiente—. ¿No será malo para la herida?

Guía niega, sonriendo con complicidad.

Con cierta prudencia, Erson se acerca más a la cascada. El agua salpica y le moja la ropa, y siente el deseo de despojarse de ella. Se la quita, y poco a poco camina adentrándose en el agua, que está helada. Su piel enrojece y le duele, pero quiere continuar, y lo hace, hasta que le cae sobre la cabeza y los hombros, y él aguanta sin doblegarse. El dolor se hace intenso y, llegado a un límite, desaparece, y el agua arrastra todos los dolores de su espíritu.

Al salir de debajo del chorro se siente ligero como nunca. Su piel recupera la sensibilidad y lo primero que siente es calor, por el contraste.

—Dulce Oso Sabio volver a nacer. Nueva vida comenzar hoy.

Esa noche, su cuerpo descansa, pero su espíritu mantiene una tremenda actividad. Sueña con Yoda, con Alainiz, con Nora, con Vert, con Inderit, con Tanrok y, por último, con Shari. Sueña que Shari le cura la herida, y al despertar comprueba que está mucho mejor.

Se levanta cuando apenas hay luz, sin haber salido aún el sol. En la mesa que se preparó el día anterior todavía hay fruta de varios tipos. Elige un par, grandes y rojas, frescas por el rocío, y las come agradeciendo cada bocado. Camina después, guiado por no sabe qué, hasta una pequeña loma donde, sin proponérselo, conecta con el planeta.

Nurdon le recibe con enorme alegría y le transmite energía a raudales. Él recuerda a Shari, toca su herida, y ve como cicatriza en segundos.

Da un paseo por los alrededores del poblado, donde descansan los animales. Entre los caballos, destaca uno por su mayor tamaño. Hombre y animal se miran y se acercan el uno al otro hasta estar cara a cara. Erson levanta una mano, abierta, ante el caballo. El animal la huele y, dando su aprobación, avanza un paso más, poniendo su cabeza sobre el hombro de Erson, que a su vez le acaricia en la base del cuello.

Guía de la Noche se acerca, Erson le percibe y se gira hacia él.

—Bonito abrazo —dice Guía.

—Buenos días, Guía.

—¿Tú pensar ir a pueblo?

—Sí, cuando tú me des permiso.

—Mostrar herida.

Erson levanta su camisa para mostrar su vientre cicatrizado. Guía queda asombrado y complacido.

—Tú, gran chamán jedi. ¿Cómo hacer?

—La Fuerza está conmigo de nuevo.

—¡La Fuerza! ¡Ha! —replica Guía en tono bromista, recordando sus debates sobre la Fuerza y los Espíritus de los elementos—. Nurdon ayudar, decir a Guía.

—Nurdon también conoce la Fuerza —argumenta Erson en el mismo tono.

Y tras unas risas, Guía accede:

—Poder viajar. ¿Volver después?

—Sí.

El viaje al pueblo «civilizado» más cercano transcurre por el valle, por una senda que discurre paralela al río. Con el deshielo, el camino se ve interrumpido con frecuencia por cascadas y arroyos que el caballo, que Erson monta a pelo, atraviesa sin dificultad.

En el pueblo, conviven transportes tecnológicos y rudimentarios. Junto a la zona de aparcamiento de speeders hay un abrevadero y troncos donde dejar amarrados los caballos. Erson descabalga y, ya a pie, lleva el caballo a su lugar, y echa un lazo con la rienda en el tronco, sin apretar. El animal sabe bien que ha de quedarse allí a esperar a Erson, no es necesario atarle con fuerza.

Los cristales de las puertas de viviendas y comercios proporcionan a Erson una imagen de su aspecto bastante deplorable: su cabello ha crecido tanto que los rizos se enredan con la barba, que puebla su cara y su cuello, casi por igual. Si encuentra un lugar desde donde enviar un mensaje audiovisual, no quiere mostrarse al Consejo con ese aspecto. Pregunta a una mujer que pasa por allí:

—Por favor, ¿dónde puedo encontrar una barbería o peluquería?

La mujer alza la cabeza para mirarle, puesto que Erson le saca de altura unas dos cabezas. Ella, morena, de edad madura pero bien conservada, vestida y maquillada provocativamente, contesta repasándole con la mirada de arriba abajo:

—Buena falta te hace, grandullón. Sigue esta calle, dos travesías más adelante. Dile a Feston que vas de parte de Amy.

—Muchas gracias. ¿Y un lugar desde donde enviar un mensaje de larga distancia?

—Eso, aquí mismo —indica señalando una especie de taberna en la esquina más próxima.

—Gracias de nuevo.

Tras recuperar su aspecto habitual, entra en la taberna indicada por Amy y se dirige al hombre que atiende el negocio.

—Por favor, quisiera enviar un mensaje de larga distancia.

—Aha. Ahí tiene —le indica señalando un emisor en una esquina.

—¿Solo emite mensaje escrito?

—Es lo que hay.

—¿Sabe si hay en el pueblo algún emisor audiovisual?

—No lo hay. Esto es todo lo que encontrará.

—Está bien. Gracias.

Erson escribe el mensaje y lo envía al Consejo, en el Templo jedi, Corussan. Por la distancia a la que se encuentra, calcula que tardará unos 30-35 minutos en llegar allí, así que decide pedir algo de beber y sentarse a esperar la llegada de la respuesta, observando a la gente que viene y va.

De una puerta, al fondo, sale un hombre, terminando de colocarse bien la ropa. Unos segundos después, de la misma puerta, sale una mujer, ataviada del mismo estilo que Amy, guardando en su escote unos billetes. El hombre se sienta en un taburete junto a la barra y pide un licor, con pocos modales. Mientras el camarero lo prepara, el hombre pone los brazos sobre la barra sin cuidado, y tira con el codo un vaso que otro hombre, a su lado, tenía a medio consumir.

—¡¡Eh, mira dónde pones las zarpas, animal!! —dice el segundo hombre.

—¡Las pondré en tu cara si no cierras la boca! ¡Largo de aquí! —responde el primero.

—Repite eso si tienes lo que hay que tener.

El primer hombre se levanta del taburete y echa mano a un arma que lleva escondida bajo la chaqueta, pero antes de que pueda sacarla, el otro le está apuntando con la suya en la frente.

—Doscientos noventa y nueve daktarios —dice de pronto Erson, y los hombres le miran extrañados.

—¿Qué? —pregunta el ofendido.

—Un entierro cuesta trescientos daktarios, y la copa que estabas tomando cuesta un daktario. Si le matas, técnicamente deberás pagar a su familia doscientos noventa y nueve daktarios. Me parece un canje desproporcionado: una vida por una copa.

Por otra puerta aparece Amy, que acaba de terminar con un cliente, y se queda a cierta distancia, observando.

—¿Así que te parece desproporcionado? Entonces a ti no te importará que yo tire tu bebida —dice el hombre armado mientras coge el vaso de Erson con la intención de lanzarle el líquido a la cara—, ¿verdad?

Y hace el gesto de lanzárselo pero, inexplicablemente para él, en lugar de lanzarse el líquido hacia adelante y mojar a Erson, sale disparado hacia su propia cara. El otro hombre ríe a carcajadas, mientras su oponente trata de limpiarse los ojos y reponerse de la sorpresa.

El cliente de Amy sale al bar y se acerca a la barra, ve la copa que el camarero preparó al hombre que ahora está riendo, y dice:

—¡Qué bien me conoces, Tim, ya sabes lo que me gusta!

Y se bebe la copa de un trago, ante la mirada atónita del hombre para quien fue servida, que deja de reír de golpe, pasando a ser el de la cara mojada quien ríe a carcajadas. El recién llegado no entiende nada. Erson ríe por lo bajo, saca un billete y dice:

—Una ronda para todos, invito yo.

—De eso nada —dice el camarero, rechazando el billete—. Me ha ahorrado usted unos cuantos destrozos. A esta ronda invita la casa.

—¿Eso nos incluye a nosotras, Tim? —dice una de las mujeres.

—¡Claro, preciosa! Vosotras, siempre.

Las meretrices se sientan en la esquina a tomar sus copas, exhibiendo sus encantos a todo hombre que les eche una mirada, por furtiva que sea. Erson las mira solo un momento, reconoce a Amy, y la saluda con un gesto, y después vuelve a centrar su atención en una gran pantalla que emite imágenes deportivas.

—Kathy —dice Amy a su compañera—, ¿qué te parece el grandullón?

—Muy interesante —contesta Kathy—, pero no parece estar buscando compañía.

—¿Y qué? A veces uno no sabe lo que busca hasta que lo encuentra.

Amy se levanta y coge su copa.

—Voy a por él —dice, encaminándose hacia Erson sin dejar de mirarle fijamente.

—¡Pierdes el tiempo! —replica Kathy riendo.

—¿Apuestas algo?

Amy llega junto a Erson, deja su copa junto a la de él, se sienta, y le saluda:

—Hola, grandullón.

—Hola, Amy —contesta él, cortés.

—Feston ha hecho un buen trabajo contigo.

—Sí —contesta sonriendo—. Trabaja bien. Gracias por tu recomendación.

Ella responde con un gesto y echa un trago a su copa. Luego se remueve en el asiento en busca de una mejor postura, todo ello sin dejar de mirar a Erson, que la observa con curiosidad.

—¿Esperas a alguien? —pregunta ella.

—No. «Algo», en todo caso: un mensaje.

—De larga distancia, ¿no?

—Sí.

Erson no puede evitar sonreír ante la coquetería de Amy.

—Va a tardar un buen rato, entonces. Deja que te amenice la espera.

—Eeeh… —titubea Erson—. No es necesario, gracias.

Pero su sonrisa indica que su negativa no es rotunda.

—¡Vamos! —dice ella dulcemente, cogiéndole de la mano y estirando de él—. No te arrepentirás.

Erson abre la boca con intención de decir algo, pero no le salen las palabras. Le vienen a la memoria momentos del día anterior, durante la Fiesta de la Vida celebrada en la tribu, y se deja arrastrar por Amy a una habitación.

Capítulo 20.- Mensajes a Corussan.

Alainiz lucha ferozmente al frente del ejército de Sitéridas, apoyando a su general. Las tácticas de la joven dama jedi resultan un arma de lo más eficaz. Sin muchas bajas, pero con la certeza de estar siendo derrotado, el enemigo que inició la ofensiva depone las armas.

El general al mando en Sitéridas agradece a Alainiz su aportación, en un mensaje que suena a despedida. Alainiz, sin embargo, replica que ese no es el fin, y que hay que dar solución al fondo del problema.

Junto con el Gobernador, Alainiz se reúne con las autoridades del pueblo atacante, con el fin de acercar posturas. Sin embargo, las conversaciones no dan buenos frutos a pesar de los esfuerzos de los siteridianos y sus concesiones casi excesivas.

Alainiz se siente impotente: reconoce su falta de experiencia y su escasa diplomacia, y decide pedir ayuda enviando un mensaje al Consejo jedi.

En Bunaii, la reconstrucción ha finalizado gracias a los esfuerzos conjuntos de Kudar-Kaan y Vert. Inderit, mientras ellos trabajaban en eso, se dedicó a reorganizar el gobierno del lugar, entrevistándose con las personas que, según su criterio, estaban mejor capacitadas para ello.

Solo queda hacer los nombramientos oficiales y recoger todo lo que llevaron hasta allí en la nave nodriza para poder emprender el regreso, cosa que les ocupará un día y medio o dos. Inderit, como responsable de la misión, informa de ello al Consejo mediante un mensaje.

Yoda mira el comunicador de la Sala del Consejo una vez más, antes de bajar a desayunar. El aparato sigue impasible, como si nunca hubiera funcionado. El Maestro suspira y continúa su rutina.

Tras impartir la clase de moral de hoy a los padawan de segundo grado, está prevista la reunión ordinaria del Consejo. Se tocará, sin duda, el tema de Erson. Yoda siente una punzada al pensar en ello, recuerda la conversación con Gon-Adí, y decide hacer uso de su derecho de última palabra en caso necesario, aunque no está del todo seguro de si su decisión es objetiva o está condicionada por sentimientos.

Llega la hora de la reunión. Windu, como de costumbre, ha llegado el primero, y está organizando los puntos del orden del día. Yoda vuelve a mirar el comunicador: ningún papel en la bandeja de recepción. Los miembros del Consejo van llegando y tomando asiento, salvo Menghus, que continúa enfermo, moribundo ya. Una vez todos reunidos, Windu toma la palabra.

—Apenas teníamos puntos a tratar, y de repente se han sumado cuatro cuestiones, resultantes de otros tantos mensajes recibidos en un intervalo de media hora.

Las orejas de Yoda se ponen tiesas. Windu tiene los mensajes en la pila de papeles que tiene en las manos.

—Mensaje de Inderit desde Bunaii:

Windu coloca el papel sobre un proyector, que amplía la imagen sobre unas pantallas holográficas, al tiempo que una voz robótica lee el texto.

La reconstrucción de Bunaii está completa, y su gobierno reorganizado. En cuanto recojamos todo volveremos a Corussan.

Que la Fuerza os acompañe.

Fdo.: Inderit Arsans.

—Estupendo —dice Gon-Adí, expresando en voz alta la satisfacción de todos.

—Mensaje de los clonadores de Kamino —continúa Windu:

La remesa número 258GR ha resultado defectuosa y ha sido necesario destruirla. Se requiere el pago de 800.000 daktarios adicionales para continuar con la elaboración de unidades soldado.

Fdo.: Hu Maas-Tha, director de CLON-INC.

—¡¿Cuánto?! —exclama Yoda.

—Ochocientos mil —repite Windu, confirmando con su expresión la magnitud de la cantidad.

—¿Y por qué a nosotros nos lo solicita? Ese asunto, competencia del Senado es.

—Debe tratarse de un error —añade el Maestro Numbie, portavoz del Consejo jedi en la Comisión del Ejército Clon de la República—. O tal vez se trate de una copia del mensaje original enviado al Senado.

—Con el Senado de ello debemos hablar —determina Yoda—. Sentido no tiene seguir encargando clones, cuando más que suficientes los que hay son. Más de diez años hace que el apoyo del ejército requerido no es.

—Discrepo, Maestro Yoda —vuelve a intervenir Numbie—. De entrada, los clones envejecen. Los que se utilizaron en la batalla de Geonosis, por ejemplo, están muertos. Es necesario renovarlos continuamente, para que estén siempre en perfectas condiciones. Por otra parte, si bien es cierto que no se ha requerido la intervención del ejército clon, se podría haber utilizado, y en lugar de eso se ha estado utilizando personal común, con las consiguientes pérdidas emocionales para sus seres queridos. Por ejemplo, podríamos haber enviado soldados clon a reconstruir Bunaii, en lugar de arriesgar la vida de personas con familia. Lo mismo ocurre con Sitéridas: una decena de bajas de personal

común, ¡en una simple reyerta fronteriza!, cuando se podría haber utilizado el ejército clon. Probablemente habría sido más eficaz, y nadie echaría de menos a los caídos.

—Maestro Numbie —interviene Gon-Adí—, las guerras se producen por discrepancias en la convivencia de los pueblos. Son los pueblos, las culturas, los que luchan unos con otros. Los soldados clon no son más que elementos de ayuda a utilizar en situaciones de emergencia. ¿Qué sentido tendría que si dos personas no se soportan enviaran cada una a un soldado clon a pelear en su nombre? Un soldado clon no defiende unos intereses o una ideología, tan solo obedece unas órdenes de acuerdo a un programa educativo cuyo objetivo nunca ha estado claro.

—¿Me estás diciendo, Maestro Gon-Adí, que prefieres perder en la batalla a dos jedi que a diez soldados clon?

—No. Te estoy diciendo que un jedi lucha por la paz, mientras que un clon únicamente «mata», obedeciendo unas órdenes que pueden estar manipuladas. No es de mi gusto perder a jedi ni a clones, pero prefiero un millón de veces la actuación de un jedi a la de una legión de clones.

—¿Para obtener unos resultados como los de Vert, por ejemplo?

Gon-Adí, que nunca ha sentido mucha simpatía por Numbie, se muerde la lengua para controlar la ira que siente crecer en su interior.

—Gon-Adí, tu sentido práctico no está muy desarrollado —concluye Numbie—. Los de la vieja escuela tendéis a aferraros a métodos anticuados. Debéis abrir la mente a nuevos procedimientos y recursos.

—Tal vez tengas razón —responde Gon-Adí con tono sarcástico—. Quizá sea buena idea sustituir a los Maestros del Consejo jedi por clones.

—¡No seas demagogo, por favor!

—¡Basta! —exige Windu—. Yoda ya ha dicho que se consultará el tema con el Senado. Estamos en una reunión del Consejo jedi, no en una sesión de debate político.

—Lo siento —se disculpa Gon-Adí.

—Tienes razón, Maestro Windu —dice Numbie—: Lo debatiré en el Senado.

—El tema trataremos en otro momento, Numbie —replica Yoda—, puesto que, como portavoz de la Orden en este asunto, es la opinión de la Orden, y no la tuya, la que aportar debes.

—Pero como Senador de Kolisano debo dar la mía, que es la que representa a mi pueblo.

—¿Senador de Kolisano? —dice Windu.

—Sí —reafirma Numbie—. He sido elegido Senador de mi pueblo.

—Un jedi no debe inmiscuirse en política.

—¿Por qué no? No hay nada especificado al respecto en las normas de la Orden.

—¡No hace falta especificar algo así, es lógico!

—No hay nada especificado, Maestro Windu —repite Numbie con tono excesivamente calmado—. Incluso, ilustres maestros han llevado a cabo funciones

políticas a lo largo de la historia, como el Maestro Dooku o el Maestro Kenobi, dignos de mención.

—A ninguna parte nos conduce este debate —interrumpe Yoda, cosa que Windu agradece, puesto que no sabía cómo replicar a Numbie—. Cierto es que norma escrita no hay al respecto: Senador puedes ser, Maestro Numbie. Pero absurdo es, sin duda, que dos dispares opiniones una misma persona defienda. Portavoz de la Orden en el Senado no podrás ser, en ningún asunto, mientras Senador de Kolisano seas.

—Entiendo. Es muy lógico, Maestro Yoda.

—¿Podemos ya al siguiente mensaje pasar?

El silencio de todos otorga el turno de palabra a Windu:

—Mensaje de Sitéridas:

El ejército Rutilense se ha rendido. Sin embargo, los motivos de fondo del enfrentamiento continúan sin resolver. El Gobernador de Sitéridas y yo hemos iniciado conversaciones con los representantes de Rutil, pero no obtenemos resultados positivos. Necesitamos la colaboración de un experto en diplomacia. He pensado en Inderit, si está disponible. En cualquier caso, lo dejo a vuestro criterio.

Que la Fuerza os acompañe.

Fdo.: Alainiz Tramard.

—Inderit es la mejor para eso —dice la Maestra Sidirya, que fue en su día la tutora de Inderit.

—Y no es pasión de maestra, ¿verdad? —dice Gon-Adí en tono amistoso, bromeando, y todos echan unas risas.

—¿Se os ocurre alguien mejor? —dice Sidirya, que acoge la broma con agrado.

—No mejor —dice Yoda—, pero sí válidos para la misión. El inconveniente es que ocupados están, mientras que Inderit en breve disponible estará, y a medio camino se encuentra entre Corussan y Sitéridas.

—Para no retrasar su llegada, le enviaré un mensaje a Bunaii indicándole que acuda directamente allí, sin pasar por Corussan —añade Windu, cerrando el tema, a lo que todos asienten.

—Por último… —anuncia Windu con cara de estar entrando en un tema espinoso— tenemos esto:

Estimados Maestros del Consejo:

Ante todo, pido disculpas por mi retraso en contactar. Me permito la licencia de daros una explicación:

Tuve un percance grave con un wastaäja que me ha tenido 13 días inconsciente, no sabría determinar si en

coma. Tras despertar, mi estado no me permitía viajar hasta un lugar desde donde poder enviar un mensaje, ya que me encontraba en el valle de Ethian, acogido por la tribu amiga de Tihanka. He enviado este mensaje tan pronto como me ha sido posible.

Os ruego reconsideréis las condiciones que establecisteis sobre mi marcha. Mi intención es regresar para ser el que todos esperáis que sea. De hecho, mi estado de ánimo es mucho mejor ahora que cuando me fui.

Quedo a la espera de vuestra respuesta en el lugar desde el que emito el mensaje, respuesta que acataré, sea cual sea.

Que la Fuerza os acompañe.

Fdo.: Erson Estelakaus.

Suspiros y murmullos llenan el silencio dejado por el lector automático. Yoda cierra los ojos y da gracias a la Fuerza por concederle su deseo. Su ceño se frunce para frenar unas lágrimas que casi consiguen escapar.

—¡Gracias al cielo! —susurra Gon-Adí.

—¿Dónde narices se metió para encontrarse con un wastaäja? —increpa Numbie—¡Él conocía las condiciones, debió evitar cualquier situación de peligro que pudiera impedirle contactar!

Once pares de ojos enojados se clavan en Numbie.

—Está bien… Estoy en minoría, claramente.

Windu prepara los mensajes de respuesta:

A Bunaii:

Agradecidos por la información y por vuestra eficacia. Tenemos nueva misión para ti: Deja que Vert se encargue de recoger el material y la maquinaria. Tú viajarás, con tu padawan, a Sitéridas, donde Alainiz te necesita para una conciliación.

Que la Fuerza os acompañe.

Fdo.: Mace Windu, portavoz del Consejo jedi.

A Kamino:

Recibido vuestro mensaje, suponemos que se trata de un error, ya que lo que solicitáis es competencia del Senado. No obstante, trataremos del tema con dicha institución, y seréis respondidos.

Que la Fuerza os acompañe.

Fdo.: Mace Windu, portavoz del Consejo jedi.

A Sitéridas:

Agradecidos por tus esfuerzos. Inderit ha sido llamada para acudir a Sitéridas lo antes posible.

Que la Fuerza os acompañe.

Fdo.: Mace Windu, portavoz del Consejo jedi.

Y a Nurdon:

Nos tranquiliza saber que te encuentras bien, pues estábamos preocupados por ti. Nos alegra, además, que tu ánimo haya mejorado. Cuídate y tómate el tiempo que necesites. Esperamos noticias tuyas el próximo mes.

Que la Fuerza te acompañe.

Fdo.: Mace Windu, portavoz del Consejo jedi.

Bonus Chapter nº 1.- Amy

El fragmento que viene a continuación tiene dos versiones. Aquí tienes la versión corta.

Amy seduce a Erson en la habitación. Con habilidad felina le distrae con conversación y con increíbles placeres mientras le birla la billetera del bolsillo del pantalón y la lanza bajo la cama. Erson lo nota, a pesar de las dificultades que tiene para conservar la calma ante el aluvión de sensaciones en que se encuentra, pero decide no interrumpir el momento.

El encuentro transcurre muy distinto a los del resto de clientes. Erson es dulce, amable, delicado y considerado. Por unos instantes, Amy olvida que es una prostituta, y vibra en los brazos de él, y los dos quedan exhaustos y complacidos.

Solicita la versión extendida enviando un e-mail a mmblazquez@hotmail.com indicando tu nombre y el año en que finalizaste los estudios de primaria.

Capítulo 21.- El nuevo Erson.

Tras recuperar la compostura, Erson va al aseo contiguo a lavarse y se pone de nuevo la ropa interior.

—Si me devuelves mi billetera podré pagarte —dice con una amable sonrisa.

Amy había olvidado aquello por completo. Al ver la reacción de Erson se ríe, encantada.

—Lo siento, se lo hago a todos los nuevos. Aquí no puedes fiarte de nadie. ¡Si supieras cuántos se largan sin pagar!

Se agacha bajo la cama a cogerla y se la devuelve.

—¿Qué te debo?

—Nada, corazón. Para ti es gratis.

— ¿Por qué? —pregunta Erson gratamente sorprendido.

—Hace dieciocho años que me dedico a esto, y es la primera vez que un hombre me hace sentir como una reina.

Erson sonríe agradeciendo el cumplido y suspira. Se pone el pantalón y guarda la billetera. Ella, semisentada en la cama, no hace más que mirarle. Él lo ve, corresponde, y se sienta también en la cama, de frente a ella.

—¿Qué hace alguien como tú en un antro de vicio como éste? —pregunta la dulce mujer que hay bajo el batín de tela vaporosa y transparente.

—Tenía que enviar un mensaje —contesta él con aire misterioso, a sabiendas de que esa no es la respuesta que ella espera.

Amy se ríe, invitada por la expresión pícara de él.

—En serio… Tú no perteneces a este lugar, eres un hombre de verdad.

El tono de Amy llama a la sinceridad. Erson abre su alma.

—Estoy buscándome a mí mismo.

Amy levanta las cejas, incrédula, y se ríe por lo bajo.

—Pues si en todo eres tan entregado como en el sexo, te encontrará todo el mundo antes de que lo hagas tú.

Erson sonríe agachando la cabeza, sonrojado. Amy se recuesta en la cama para acercarse más a él, y sigue mirándole. Pensativo, cautivado por el recuerdo del placer, acaricia furtivamente algunas partes no cubiertas del cuerpo de ella.

—Si yo hubiera conocido antes a un hombre como tú, no estaría aquí.

—¿Y por qué estás aquí?

Ella se pone muy seria.

—Hace años, los hombres me hicieron mucho daño. Juré que me vengaría, que me aprovecharía de su vileza todo lo que pudiera, que viviría a costa de su estupidez.

—La venganza no sirve para calmar el dolor, sino para multiplicarlo.

—Es fácil decirlo para alguien como tú. Tú eres capaz de perdonar, yo no.

Erson se acuerda de Vert. Aún no ha podido perdonarle.

—Supones mucho sobre mí sin conocerme.

—¿Sabes qué hizo el último que me pilló cogiéndole la cartera? —dice Amy, y apartando el cabello muestra una cicatriz que va desde la oreja hasta la nuca—. Esto. No hace falta ser muy listo para ver que tú eres distinto, y no solo por cómo te comportas tú, también por cómo influyes en los demás. Esos dos tipos se habrían matado el uno al otro de no ser por tu intervención.

Erson sonríe ruborizado.

—Lo malo de ser como tú —continúa Amy—, es que tarde o temprano alguien te hace mucho daño.

Erson borra su sonrisa y baja la vista. Amy, que a lo largo de sus años como prostituta ha aprendido mucha psicología, comprende el por qué.

—Ya lo han hecho, ¿verdad?

Erson responde con un simple suspiro.

—Pero tú no responderás con venganza, no puedes, no eres esa clase de hombre.

Él la mira sin decir nada. Recuerda el momento en que iba a enfrentarse a Vert en un entrenamiento con la espada, y se negó por miedo a llevar a cabo una venganza.

—Por eso estás aquí —sentencia Amy—: Buscas el modo de superar el dolor sin devolverlo.

Erson aprieta los ojos y respira hondo. Sin conocerle, Amy ha descrito perfectamente su situación.

Se incorpora y termina de vestirse. Amy hace lo mismo. Luego, de pie el uno frente al otro, se sonríen.

—Que tengas suerte —dice Amy—. No cambies, impón tus reglas. Eres fuerte y puedes cambiar el mundo que te rodea.

—Ha sido un placer, Amy.

—En realidad mi nombre es Ángela, pero no es muy apropiado para este trabajo.

—Pues te queda muy bien tu verdadero nombre —añade él, haciéndole sonreír de nuevo—. Gracias por todo, Ángela.

—A ti, por existir.

Amy le coge por la nuca y estira hacia abajo, alzando los labios hacia él, hasta conseguir besarle.

Kathy detecta al instante la satisfacción con que sale Amy. Disimuladamente le pregunta con un gesto, a lo que Amy responde con expresión de picardía.

—¿Ha llegado ya mi mensaje? —pregunta Erson al camarero.

—Sí, aquí está —y se lo entrega.

Erson tarda pocos segundos en leerlo, y se vuelve hacia Amy de nuevo, le coge la mano y se la besa.

—Cuídate —dicen los dos a la vez, y Erson se va.

Amy le observa alejarse, y Kathy la observa a ella.

—Veo que te ha ido bien con el grandullón.

—Sí, muy bien —responde, altiva.

—¡Caramba! Yo habría jurado que no había nada que rascar con él. ¡Eres la mejor!

—¿Lo has dudado en algún momento? —se divierte Amy.

Amy vuelve a la barra. Allí ha quedado el papel con el mensaje para Erson.

«Que la Fuerza te acompañe» —lee Amy— *¿Un jedi?* —piensa. Y en ese momento se siente muy especial, por haber tenido el honor de conocerle. Se queda pensativa, y finalmente decide irse a casa.

—He tenido suficiente por hoy —dice en voz alta, dirigiéndose al camarero y a Kathy—, me voy a casa.

—¡¿En serio?! ¡¿Con solo dos clientes?! ¡Guau! ¿Cuánto te ha pagado el grandullón?

—¡A ti te lo voy a decir…! —contesta Amy con picardía mientras se marcha.

De regreso al poblado, Erson lleva el caballo a su lugar y le despide con unas caricias. Guía de la Noche le ve y acude a su encuentro.

—¿Viaje, bien?

—Sí. Envié el mensaje y recibí la respuesta. Todo está en orden.

Ambos caminan juntos hacia el centro del poblado. Guía observa con atención a Erson.

—Tú oler a mujer.

Erson se detiene, estupefacto. Mira a Guía. No puede creer que el chamán detecte algo tan sutil.

—¿Me estás vacilando? —pregunta Erson, con los brazos en jarra.

—¿Equivocarme?

Erson sigue sin creerlo. Guía le mira con complicidad, esperando la confirmación de lo que percibe. Erson se sonroja, suspira, reprime una sonrisa pícara y baja los brazos.

—No.

Por la tarde, el sol incide de frente en la cascada, y la hace más bella aún. Erson rodea el acantilado por un camino serpenteante y a tramos abrupto, hasta alcanzar la parte superior. El río discurre allí por una meseta que queda cortada de repente, precipitando el agua sobre el valle. Mira hacia abajo, al borde del precipicio, en la orilla izquierda del río, y siente dentro de sí la fuerza del agua. En la orilla derecha, un gran oso se alza sobre sus patas traseras, mirando también hacia el valle. Oso y hombre se miran unos instantes, y Guía los observa desde abajo.

De nuevo abajo, se sienta junto al río a meditar. *«No cambies, impón tus reglas. Eres fuerte y puedes cambiar el mundo que te rodea»*. Le dijo Amy. Ahora se siente fuerte

como el oso que miraba el valle desde lo alto igual que él, como el que en su sueño pacificaba a los oseznos, espantaba a los cazadores y volcaba las máquinas. El oso impone sus reglas en el bosque.

Echa una mirada a sus recuerdos. Alainiz le viene a la memoria la primera. Está muy satisfecho con la labor que hizo con ella, aunque ella lo pasó mal, pero así debía ser, y la prueba de ello es el gran cambio que hizo. Toda una mujer ya, fuerte y bellísima. Tan fuerte como para enfrentarse a un planeta ofendido por su descuido y ganarse su perdón, y tan bella que le despierta deseos de tenerla muy cerca.

Este pensamiento le hace recordar de nuevo a Amy: *«Tú eres distinto, y no solo por cómo te comportas tú, también por cómo influyes en los demás»*. Ciertamente, ha influido mucho en Alainiz.

La pureza del agua y del aire limpian su mente, que de pronto empieza a trabajar a toda máquina y sin esfuerzo. También ha influido en Inderit, y en cierto modo en Vert, que leyó de nuevo el libro y decidió poner fin. Aunque en realidad, el mérito de eso no lo tiene él, sino Shari. Shari… ella sí que tenía gran influencia. *«Quiero llegar a ser como la Maestra Shari»*. Shari era dura cuando era necesario. *No estaba siendo lo bastante duro con Alainiz, hasta que me di cuenta e hice lo correcto, y le dolió, pero eso fue lo que la convirtió en lo que ahora es*.

No siempre soy así, a veces soy demasiado blando. No influí lo suficiente en Tanrok ni en Calanis. Ellos no tenían remedio, tuvieron que ser eliminados. Tanrok… Si alguien le hubiera enseñado a controlar el miedo… Nora… veo mucho miedo en ti.

Vert… Sé que es sincero, pero me sigue doliendo lo que hizo. Lo de Alainiz no me duele, me decepcionó en su momento, pero ahora no. En Alainiz puedo confiar, pero en Vert aún no. Necesito algo para volver a confiar en él. ¿Cómo puedo estar seguro de que no volverá a fallarme?

Un rugido de oso se oye a lo lejos: el señor de la montaña impone sus reglas. Erson cambia de postura. Al hacerlo, la herida le duele un poco. Se levanta la ropa y mira la cicatriz, aún tierna. *Dichoso wastaäja, voy a recordarte toda mi vida. Nunca más me meteré en una cueva sin comprobar antes si pertenece a alguien, sin duda. Un gruñido habría sido suficiente para echarme, no era necesaria tanta violencia… Sí, sí era necesaria, defendía lo más importante para él: su casa*.

Erson ordena sus pensamientos escribiendo en la fina arena que hay junto al río los nombres de las personas que en los últimos tiempos le han decepcionado o hecho sufrir y, junto a cada una, si se ha resuelto o no el conflicto, y qué grado de influencia ha tenido él mismo en la solución.

Alainiz: resuelto. Mucha influencia. Ha pagado por su error, voluntariamente.

Tanrok: resuelto por la fuerza. La influencia no fue suficiente.

Vert: no resuelto. Leve intervención. Tiene voluntad de pagar por su error.

Nora: no resuelto. Sin intervención.

Calanis: resuelto por la fuerza. No hubo influencia.

Se queda mirando sus notas en la arena y decide ampliar la lista:

Inderit: resuelto con influencia.

Clientes de Amy: resuelto con influencia (refiriéndose a la pelea que evitó)

La conclusión llega con claridad, acompañada del recuerdo de las palabras de Gon-Adí sobre el castillo y su torre, y del oso de sus sueños, que se impone más cuando más necesario es. Erson vuelve al poblado y se dirige a Guía:

—Mañana me iré.

A lo que Guía responde con una sonrisa resignada:

—Guía saber. Nosotros añorarte. ¿Tú volver algún día?

—Por supuesto.

Esa noche, Erson y Guía de la Noche toman juntos, alrededor de una hoguera, una bebida preparada por el chamán para sugestionar las mentes a conectarse entre sí. Por la mañana, Guía le despide cuando aún no ha salido el sol:

—Espíritus ir contigo, Dulce Oso Sabio.

—Que la Fuerza te acompañe a ti también, amigo Guía. Te agradezco todo lo que has hecho por mí.

El camino de regreso se ve distinto tres semanas después. La primavera inunda la montaña, y no solo la vegetación ha recobrado la vida, Erson también. Sus sentidos están afinados, detecta cualquier detalle, y la comunicación con el planeta es constante y clara.

En el río, recoge una hoja de nenúfar gigante, y la guarda en el pequeño fardo con forma de mochila donde lleva lo poco que necesita. Después, por el camino, va recogiendo frutas de diferentes tipos.

Llega junto a la cueva del wastaäja. Extiende en el suelo la hoja y pone las frutas en ella, la acerca a la entrada de la cueva, con cautela, y retrocede hasta quedar medio arrodillado en la ladera, unos metros más abajo de la cueva, pero sin esconderse, con la cabeza alta.

La bestia sale de la cueva, olfateando el aire. Ve la fruta y se acerca, y desde allí ve a Erson, al que olisquea a distancia. Le ha reconocido. Erson espera, con la cabeza erguida, pero arrodillado. El wastaäja inspecciona la ofrenda que su invasor le trae, observándole de nuevo a cada momento. Con sus nudillos de primate, empuja una de las piezas de fruta ladera abajo hacia Erson. Él coge la fruta y la come, sin dejar de mirar al wastaäja y de mostrarse respetuoso hacia él. La bestia, finalmente, ruge mirando al cielo y se lleva la hoja con las frutas a su guarida.

Nora está terminando de recoger la casa. Dentro de poco rato irá a recoger a Lorian a la escuela.

—Hola —dice Erson detrás de ella, sobresaltándola.

—¡¿Qué haces aquí?!

—He venido a hablar contigo.

—No tenemos nada que hablar, ya está todo dicho.

—Me vas a escuchar.

Nora intenta replicar de nuevo, pero no puede: Erson le ha bloqueado las cuerdas vocales, como hace años hizo Shari con él.

—Te voy a contar el motivo de mi última misión.

Tras unos intentos más de protestar, incluso por gestos, Nora desiste y se sienta a escucharle.

—Tanrok era un hombre con 12.000 midiclorianos. Cuando era niño, sus padres no dieron su consentimiento para que se convirtiera en jedi, así que creció como un niño «normal». Pero Tanrok deseaba hacer uso de su don, e incluso lo utilizaba sin darse cuenta. Su deseo era tal, que buscó a alguien que le enseñara a utilizar la Fuerza, a sabiendas de que la Orden ya no le admitiría por ser demasiado mayor. Y eligió mal, le enseñaron mal, e hizo un mal uso de la Fuerza, provocando catástrofes humanas sin saberlo.

»Lorian tiene don, lo sabemos. Tú puedes tratar de alejarle del mundo jedi cuanto quieras y puedas, y eso no garantiza que algún día, cuando sea mayor, no trate él mismo de aprender por su cuenta. Siempre será mejor que aprenda de los auténticos maestros, que de cualquiera que tenga nociones sobre la Fuerza y delirios de superioridad, ¿no crees?

—No me entiendes, Erson —dice Nora afligida, una vez liberada su voz—. Tanrok no tenía una madre conocedora de la transcendencia de ese don, Lorian sí. Yo me encargaré de que sea consciente de su poder y no lo utilice, sé muy bien a lo que me enfrento, lo he vivido de cerca contigo. Confía en mí, yo no permitiré que Lorian se convierta en un falso jedi. ¿Serás capaz de confiar en tu hermana?

—Nora, no me preocupa la educación de Lorian, en absoluto. Pero tú sí me preocupas.

Nora presta atención a la explicación de Erson, ya que su nuevo enfoque la ha dejado aturdida.

—Tanrok empezó a usar su poder inconscientemente para proteger a sus hijos. Tenía miedo de que algo malo les ocurriera, principalmente de que fueran víctimas de una erupción del volcán. Sin darse cuenta siquiera, utilizaba su poder para reprimir al volcán, y eso fue lo que lo desestabilizó y provocó erupciones violentas, que después él frenaba conscientemente, hasta que no podía más y todo se descontrolaba.

»¿Crees que evitando que se convierta en un jedi lo apartarás de todo peligro? Sabes que no. Todos estamos expuestos a peligros, y nunca sabemos cuándo nos llega la hora. Por mucho que le protejas, seguirás temiendo por él, tu miedo nunca desaparecerá. Y ese

miedo puede ser tan poderoso que anule ese «control de no uso» de la Fuerza que tienes, y puedes ser tú quien, sin darte cuenta, cometas una barbaridad.

Nora frunce el ceño y agacha la cabeza. Creía que nadie sabía que ella podía utilizar la Fuerza.

—Además —continúa Erson, levantando la cabeza de Nora para que le mire—, con un buen entrenamiento estará más preparado para salir airoso de cualquier percance. Piénsalo, Nora.

Cumplido su cometido, Erson se aleja, y Nora le mira marchar, con una punzada en el corazón.

—*¡Erson!*

Gratamente sorprendido, Erson se detiene y se gira hacia ella, que se le acerca, temblorosa, hasta quedar cara a cara con él.

—¿Has ido a ver a papá y mamá?

—No.

—Deberíamos ir juntos a verles —propone, con lágrimas en los ojos.

Erson asiente, abraza a su hermana, y tras recoger a Lorian en la escuela, juntos, dan una agradable sorpresa a Mander y Levana.

Capítulo 22.- El precio justo.

En Sitéridas, Alainiz recibe a Inderit y Kudar-Kaan, que reaccionan con asombro al cambio que ven en ella.

—¡¿En serio eres Alainiz?! —bromea Kudar-Kaan.

—¡Sí! —contesta ella, rebosante de alegría.

—¡Me vas a tener que contar cómo lo has hecho!

—¡Por supuesto! Ya tendremos ocasión, ahora tenemos trabajo.

Inderit se ha quedado un metro más atrás, observándola, maravillada. Alainiz le devuelve la mirada, sonriente, y se acerca a ella.

—¡Vaya! Una gran jedi, sin duda —dice Inderit antes de darle dos besos.

Alainiz responde solo con una gran sonrisa. Las dos recuerdan los tiempos en que no se llevaban bien, como una simple anécdota.

—Es un placer tenerte aquí. Ven, te pondré al corriente de las negociaciones.

—Perfecto. Vamos.

En Bunaii, el nuevo Gobernador ha tomado posesión del cargo, y ha nombrado como principal consejero al geólogo. Vert ha asistido a la ceremonia, ya con toda la maquinaria recogida y embarcada en la nave nodriza. Solo queda terminar su equipaje personal.

Vert se siente triste. A pesar de haber trabajado en la reconstrucción de Bunaii y de haberse enfrentado a los reproches de Kudar-Kaan y de Inderit, el no poder confesar ante el pueblo su culpabilidad le hace sentir deshonesto.

Va al cementerio. Allí visita en primer lugar la tumba de Lonsok, que no es una tumba en sí misma, sino más bien una escultura. Inderit y Kudar-Kaan lo sacaron de la casa-taller para darle una sepultura digna, y como el cuerpo estaba totalmente cubierto de lava, en lugar de meterlo en una caja y enterrarlo, decidieron ponerlo sobre un altar funerario, tumbado, tal como lo encontraron, convirtiéndolo en una estatua de sí mismo.

Al fondo del camposanto, en una esquina, una triste lápida con el nombre Tanrok Larsuss, sin epitafio ni comentario alguno sobre la identidad del personaje. Había muchas susceptibilidades sobre si considerarlo héroe o villano, por lo que finalmente no se definió ninguna de las dos cosas.

Vert se para ante la lápida. Una mezcla de sentimientos contradictorios le oprime el pecho. Le tenía aprecio, mucho aprecio, pero su muerte es símbolo de la muerte de su error. *Tanrok no tuvo la culpa, él era tan solo un pobre ignorante que creyó en mí.*

Se quita el brazalete que lleva en el brazo derecho, regalo de Tanrok, y lo deposita sobre la lápida.

—Adiós, mi desafortunado aprendiz.

Ya en Corussan, Yoda percibe que la estancia en Bunaii no ha tenido el resultado esperado.

—Mejor no pareces sentirte.

Vert niega con la cabeza hundida.

—¿A Inderit y Kudar-Kaan enfrentado no te has?

—Sí… No fue difícil. Inderit me perdonó muy pronto. Kudar tardó un poco más, pero… Siento que no he hecho nada para ganarme ese perdón.

Yoda trata de percibir lo que Vert siente, y lo que el joven siente es decepción de sí mismo. Desde que se le sentenció a ser rehabilitado, Vert se ha comportado de manera ejemplar, pero eso, a él, no le basta.

—Mi aprendiz pagó su error con su vida. Yo, en cambio, recibo vuestra atención, me perdonáis, os preocupáis por mí… —Vert frunce el ceño y sacude la cabeza a los lados nervioso— Necesito pagar por lo que hice. Necesito pagar el precio justo.

—¿Cuál crees que el precio justo es?

—No lo sé, Maestro… No lo sé…

—En ello pensaré. Ahora, a meditar ve.

Y Yoda se retira a su despacho, mientras que Vert va al claustro y se sienta a leer El Equilibrio de la Fuerza.

En el centro de entrenamiento, Gon-Adí ordena los utensilios hechos servir durante la última clase individual del día. La percepción de una presencia le sobresalta. Se gira a mirar.

—Saludos, Maestro —dice Erson desde la entrada.

—¡Erson! —exclama Gon-Adí casi eufórico mientras acude a recibirle con un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. He vuelto. Vengo a recuperar mis cosas.

De la maceta de la entrada sacan la llave del cajón que durante poco más de un mes ha custodiado sus objetos más queridos.

—¿Me haces un favor? —pide Erson a Gon-Adí—. Comunica tú al Consejo que ya estoy aquí. Yo tengo algo importante que hacer. Os pido que no intentéis detenerme, sé bien lo que hago.

—De acuerdo.

Mientras Gon-Adí informa al Consejo, Erson divisa a Vert en el claustro, desde dos pisos más arriba.

—¡Vert Vertissen! ¡Tenemos algo pendiente!

De un salto, Erson se planta delante de él y enciende su espada. Vert no da crédito y se queda paralizado.

—¡Erson…!

—¡En guardia!

—Pero…

—¡Defiéndete! ¡Esto va en serio!

Pero Vert sigue incrédulo y no levanta su arma contra él. Erson le ataca rasgándole la ropa y haciéndole un pequeño arañazo en la mejilla. Vert se lleva la mano a la cara, estupefacto.

—No volveré a avisarte. ¡En guardia!

Vert enciende su espada y la mantiene a media altura, en posición de defensa. Observa a Erson, que le mira con ojos de fuego. Sigue sin entender la razón de ese cambio de actitud en él. Vert no quiere luchar contra él, no tiene motivos para ello.

Erson ataca y Vert para el golpe, pero no contraataca. Erson vuelve a atacar, Vert vuelve a parar, varias veces, y sigue expectante.

Arriba, en los pasillos que rodean el claustro, empieza a acumularse público. Los miembros del Consejo también se asoman, escandalizados. Gon-Adí les avisa:

—No intentéis detenerle, sabe lo que hace.

Nuevos ataques de Erson, y Vert sigue en la misma tónica. Erson utiliza la Fuerza y le empuja varios metros atrás, golpeándose con una columna y cayendo al suelo.

Se acerca a él mientras trata de recuperar la respiración.

—¡Lucha por tu vida! —increpa Erson a Vert, hablándole en voz baja, apenas a cinco centímetros de su cara—. Eres un jedi, ¡demuéstralo!

Vert, casi jadeando, mira a Erson a los ojos, aprieta los dientes y le empuja utilizando la Fuerza, al tiempo que blande su espada y alcanza a Erson en el brazo izquierdo.

Erson aprovecha el empujón y se impulsa más atrás aún. Se mira el brazo. Sonríe casi cínicamente.

—Eso está mucho mejor —y continúa el duelo.

Varios embistes más tarde, la lucha les lleva a los pasillos del Templo. Espadas, Fuerza, astronómicos saltos… una pelea dura, que va dejando cada vez más heridas en ambos, ninguna de ellas mortal hasta el momento.

—¿Por qué haces esto? —pregunta Vert, que todavía no entiende que Erson actúe así—. ¿Qué quieres de mí?

—¡Todo!

—¿Mi vida?

Las dos espadas chocan. Ellos empujan hasta que sus armas se tocan casi por las empuñaduras y ellos quedan cara a cara, muy cerca.

—Si es necesario, sí —le contesta Erson. Y de un fuerte empujón envía lejos a Vert para descansar un instante y despojarse de la capa y la chaqueta.

Con solo una camisa, numerosas manchas de sangre delatan las correspondientes heridas. Vert hace lo mismo, pero se quita la camisa también, quedando a pecho descubierto.

El duelo es cada vez más intenso. El cansancio empieza a pesar. Sus respiraciones se intensifican y sus corazones se aceleran. Las gargantas, resecas, solo emiten de vez en cuando alaridos que apoyan el esfuerzo de los ataques.

Yoda siente partirse su corazón con cada embestida. Windu tiene el ceño fruncido desde el principio. Gon-Adí, gesto preocupado, pero determinación en la confianza que ha puesto en Erson.

Un ataque certero de Vert marca el pecho de Erson en diagonal. Se resiente, pero resiste. Inspira hondo, cierra los ojos un instante, y responde con una Z en el vientre de Vert, que cae al suelo de rodillas y se retuerce.

Erson se impone sobre él, empujándole hacia abajo la cabeza con una mano, y aproximando con la otra su espada al cuello de Vert.

—Esto es para que recuerdes que si vuelves a desviarte del camino acabaré contigo —dice Erson, y su voz resuena en las paredes, de forma que todos le oyen—. ¿Te ha quedado claro?

Erson aparta su mano de la cabeza de Vert y aleja la espada de su cuello, y así, el vencido puede levantar la cabeza, mirarle, y con las manos en su vientre, llenas de sangre, y jadeando, responde:

—Totalmente… Como el agua…

Erson, erguido, señala con la espada, aún encendida, a los espectadores.

—¡El mensaje es para todos!

Un silencio excepcional indica que el mensaje ha sido oído. Erson repasa con la mirada a todos los presentes hasta asegurarse de ello. Después guarda su espada y recoge la de Vert y, cogiéndole por un brazo, le ayuda a levantarse y le lleva, caminando, hasta el centro médico, bajo la mirada de todos.

Los droides médicos llevan a Vert al quirófano. Fuera, en la sala de curas, limpian las heridas de Erson, todas de poca gravedad. Yoda entra en la sala, con rostro afligido. Erson le saluda, serio, con una reverencia.

—Maestro…

—¿Cómo está? —pregunta Yoda.

—Sobrevivirá —contesta Erson, aunque la respuesta no parece consolar al Maestro.

Uno de los droides médicos sale del quirófano.

—Tenemos un problema —dice el droide a los jedi presentes—. El paciente se niega a ser anestesiado.

Erson y Yoda se miran un instante. «¡*Qué valor*!», piensa Erson, y le parece muy respetable.

—Si ese es su deseo, obedeced —responde Erson al droide.

—Eso no es posible, Señor, incumple la primera directriz.

Erson repasa la primera directriz del programa de los droides: Toda acción o inacción de un robot tendrá como primer objetivo proteger la vida de los seres vivos, con prioridad de los seres vivos inteligentes.

—¿Por qué la incumple?

—Porque debemos operarle, la operación será delicada y dolorosa, el dolor hará que se mueva, y al moverse le infligiremos heridas mortales.

—Ah… Y, ¿tenéis medios para inmovilizarle a la camilla sin anestesiarle?

—Sí, Señor.

—Bien, pues hacedlo.

El droide se queda inmóvil, como atascado.

—¿Ocurre algo? —le pregunta Erson.

—Tenemos un problema —contesta el droide—. El paciente se niega a ser anestesiado.

—Ya hemos tenido esta conversación. Atadle a la camilla.

—No podemos obedecer esa orden, Señor.

—¿Por qué?

—La prioridad es salvar la vida del paciente. Tenemos un problema, Señor.

Erson frunce el ceño. El droide ha entrado en un bucle. Como responsable de la programación, Erson conoce las directrices, y las repasa mentalmente:

> 1ª: Toda acción o inacción de un robot tendrá como primer objetivo proteger la vida de los seres vivos, con prioridad de los seres vivos inteligentes.
>
> 2ª: Todo robot obedecerá órdenes de seres inteligentes, previa verificación de la primera directriz.
>
> 3ª: En caso de recibir varias órdenes, prevalecerá la que haya dado el ser con mayor jerarquía o, en caso de igual jerarquía, la orden más reciente. La jerarquía es, de mayor a menor: jedi, Militar, Civil. Dentro de cada categoría se tendrá en cuenta también la jerarquía interna.
>
> 4ª: Toda nueva orden anulará la orden anterior si supera las validaciones de las directrices 1, 2 y 3.

Erson piensa en las órdenes que ha recibido el droide:

> 1: Salvar la vida de Vert. Esta orden está implantada por defecto y no se omitirá hasta haberse cumplido.
>
> 2: No anestesiarle.
>
> 3: Atarle a la camilla.

Entonces se da cuenta: la 4ª directriz hace que el droide interprete que debe atar a Vert a la camilla, anulando las órdenes anteriores, omitiendo la cura. Al incumplir la primera directriz, la 1ª orden se recupera, y anula las anteriores.

—Hay un error en tu programa. Reprogramación.

El droide se prepara para comprobar la identidad de quien le pretende reprogramar. Abre el obturador de su lector óptico, Erson pone su mano derecha en la superficie y mira a los electrónicos ojos del robot. Sus huellas dáctilo-palmares y su retina son reconocidas como las de persona autorizada para programar.

—Autorizado —dice la voz metálica—. Esperando modificaciones.

—Borrar directriz 4.

—Directriz 4 borrada.

—Añadir directriz 4: Toda nueva orden anulará las tareas pendientes de cumplir únicamente en el caso de ser incompatible con ellas. Si la nueva orden es compatible, se validará la suma de las órdenes anteriores junto con la nueva, según directrices 1, 2 y 3.

—Añadida directriz 4.

—Fin de reprogramación.

El droide vuelve al modo de funcionamiento habitual.

—Repasemos tus órdenes —le dice Erson—: Debéis operar a Vert para salvar su vida. El deseo de Vert es no ser anestesiado. Debéis atarle a la camilla.

—Entendido, Señor —contesta el droide al instante, y vuelve al quirófano.

Una nave aterriza en la plataforma 4 y de ella desembarcan Inderit, Kudar-Kaan y Alainiz. Los tres se dan cuenta rápidamente de que algo inusual ha ocurrido, porque todo el mundo murmulla comentando unos con otros.

—¿Qué ha pasado? —Pregunta Inderit.

—Un duelo, entre Erson y Vert —le contesta Aldinaruumm.

Los tres quedan sobrecogidos.

—¿Y cuál ha sido el resultado? —pregunta preocupada Alainiz.

—Bueno… Ha ganado Erson, y ha llevado a Vert al Centro Médico. Creo que vivirá, pero aún le están operando. Ha sido… impresionante. Erson ha dejado muy claro lo que hará con cualquiera que se desvíe del buen camino.

En los sótanos del Templo, entre la maquinaria de calderas y generadores, alguien enciende un viejo comunicador de larga distancia que supuestamente está allí porque no funciona, y envía un mensaje a Kamino:

Debemos acelerar el proceso. Uno de los sujetos se ha vuelto muy peligroso. Hay que iniciar cuanto antes las pruebas de sustitución.

Fdo.: Lord Predatel

Los que llegan de Sitéridas se presentan en la Sala del Consejo para informar, pero allí solo están el Maestro Windu y dos más.

—Maestro —habla Inderit—, la misión en Sitéridas está cumplida. ¿Informamos ahora?

—No es buen momento, la verdad. Estamos pendientes del Centro Médico. Os avisaremos cuando el Consejo pueda reunirse, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Lo fundamental es que está cumplida, el resto puede esperar.

—Sí —contesta con leve reverencia—. Y… Maestro, ¿podemos saber cómo van las cosas en el Centro Médico?

—No os preocupéis, correrá la voz.

Unos gritos de dolor se oyen, lejanos, procedentes del Centro Médico. El oído más fino identifica la voz.

—Es Vert —dice Kudar-Kaan.

Desde la sala contigua al quirófano, los gritos suenan desgarradores y espeluznantes. Erson conserva la calma, serio. Yoda se resiente con cada grito. Gon-Adí, sentado, con las manos cruzadas y los codos apoyados en sus rodillas, aprieta los dientes. Unos a otros se miran y siguen esperando.

Un último grito más fuerte, y cesan. Durante unos segundos se mastica la tensión. Después, unos leves gemidos, acompañados de respiración agitada, les hacen saber que sigue vivo. Erson cierra los ojos y suspira.

El droide sale de nuevo.

—La operación ha concluido con éxito. El paciente se recuperará sin dificultad. Están terminando de aplicarle los vendajes. En cuanto terminen podrán visitarle, puesto que se encuentra consciente.

Erson, Yoda y Gon-Adí se miran unos a otros, aliviados.

—Gracias por todo —dice Erson al droide.

—No se merecen, Señor; solo cumplimos con nuestro deber.

El droide se retira mientras su compañero termina la tarea. Yoda comunica con la Sala del Consejo.

—Fuera de peligro Vert está —dice Yoda a Windu por el comunicador.

El droide enfermero sale del quirófano, y Erson se apresura en ser el primero en ver a Vert.

—¡Gracias a la Fuerza! —exclama Windu con un suspiro de alivio—. Aquí también han llegado buenas noticias: el conflicto de Sitéridas está resuelto, Inderit y Alainiz ya están aquí.

—Un día de buenas noticias al fin tenemos después de tanto tiempo.

Erson encuentra a Vert en la camilla, con la cabeza inclinada hacia atrás, respirando intensamente, extasiado por la adrenalina. Una gran sonrisa ilumina su rostro, sus ojos brillan, fijos en el techo, y de ellos parte el rastro dejado por lágrimas pasadas.

Erson se acerca a él tímidamente, y Vert le mira.

—¿Cómo estás?

—Bien… Muy bien… Genial —dice Vert entre gemidos de cansancio.

Confuso, pero emocionado, Erson sonríe levemente. Vert alza su mano hacia él, pidiendo estrecharla, y Erson se la da.

—Gracias, Erson, muchas gracias.

Y ambos se estrechan las manos enérgicamente, felices de reencontrarse como amigos.

—¿Está Yoda ahí fuera?

—Sí, ahora entrará a verte.

Erson sale del quirófano respirando hondo, conteniendo sus emociones, casi por miedo a que sean solo un sueño. Yoda le ve y no sabe cómo interpretarlo.

—¿Cómo está? —pregunta el Maestro.

—Es mejor que lo veas por ti mismo.

Erson se retira a su habitación, y Yoda entra a ver al herido.

—¡Maestro! —le recibe Vert con entusiasmo—. ¡Lo he conseguido! ¡He liberado mi conciencia!

Erson mira la ciudad desde su ventana. Corussan parece igual que siempre, nada parece haber cambiado en el mundo, pero sí su percepción y actitud en él. Mete las manos en los bolsillos y encuentra el libro. Lo saca y lo mira. Durante quince años se ha apoyado en él y ahora ve que no lo necesita, que todo lo que contiene forma ya parte de su propia esencia, que podría, incluso, reescribirlo él mismo.

Lo guarda en un cajón de su mesilla y vuelve a la ventana. Unas nubes tapan momentáneamente el sol, y la diferencia de luz entre el interior y el exterior hace que, superpuesto al paisaje de rascacielos, aparezca su reflejo, como si de un fantasma se tratara. Intenta enfocar la vista en esa imagen, y la ve a ella, a Shari, sonriéndole con gesto de aprobación. El sol reaparece y la imagen se esfuma. Y nota otra presencia de mujer que se acerca y le revoluciona cuerpo y mente. Está en su puerta.

—¡Alainiz! —dice, recibiéndola con alegría.

—Hola —responde ella con una amplia sonrisa—. ¿Cómo estás?

—¡Muy bien! —responde mirándola de arriba abajo, con brillo en los ojos—. Pero no tan bien como tú.

Entre risas, la hace pasar. Ella mira a su alrededor y recuerda la última vez que estuvo allí. Las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? —pregunta Alainiz.

—Por ahí —contesta él misteriosamente, y la hace reír.

—Vienes cambiado.

—¿Sí? ¿Para bien o para mal?

—Eso depende de en qué bando esté uno.

Erson ríe el comentario. No deja de mirarla, de escrutarla, disfrutando de su presencia.

—Me han contado lo que has hecho con Vert.

—¿No lo has visto tú misma?

—No. Acabo de llegar de Sitéridas.

A Erson le extraña que haya estado de nuevo en Sitéridas. Hace apenas dos meses que la enviaron allí para alejarla de él. Piensa en qué razones ha podido tener para volver, estando él lejos. La percepción de los pensamientos de ella, al tiempo que recuerda lo habitual que es visitar a la familia tras superar cada grado, le hacen caer en la cuenta, y se sorprende gratamente.

—¡No! —dice Erson, emocionado.

—¡Sí! —contesta ella, feliz.

—¡Síiiiiii! —grita con expresión triunfal, abrazándola y levantándola del suelo—. ¡Esta es mi chica!

En volandas, la besa en la mejilla con euforia. Al dejarla de nuevo en el suelo, se quedan mirándose el uno al otro, aún con los brazos de él rodeándola. Siente deseos de besarla… Se separa de ella con cuidado y busca la forma de salir del aprieto, siguiendo la conversación.

—Y ¿qué tal?, ¿te has estrenado ya en alguna misión?

—Sí —contesta ella, concentrada en la mente de él—. Hemos tenido conflicto en Sitéridas. Inderit me ayudó a concluir.

—¿Inderit, contigo? ¡No me lo creo! —bromea él.

Ríen un poco más, y se sientan en la cama los dos. Erson huye de los ojos de ella, que le espían los pensamientos.

—¿Lo has hecho alguna vez? —pregunta Alainiz.

—¿El qué?

—No te hagas el loco. Tus pensamientos no tienen secretos para mí.

Él intenta esconder lo que piensa, pero con Alainiz le resulta difícil, porque su presencia le invita a abrirse. Mientras piensa lo que contestar, habla ella:

—Mucho te lo piensas para responder. Eso es que sí.

Erson se sonríe, nervioso, admitiendo ruborizado que ella tiene razón. Parece haber aprendido mucha psicología desde que la dejó.

—¿Cuánto tiempo has pasado con Inderit? —pregunta él.

—¿Aparte de lo de Bunaii? Dos días.

—¿Solo? —rebufa fingiendo incredulidad—. ¡Qué peligro tienes!

Alainiz disfruta controlando la situación mientras Erson sigue tratando de conservar su secreto, aunque sin esforzarse demasiado en ello.

—¿Cómo es? —insiste ella en el tema.

Él sonríe, ruborizado. Siente como si ella se le estuviera ofreciendo abiertamente, y no puede dejar de mirarla.

—Es… —busca la manera más neutral posible de describirlo— saludable.

Ella arquea las cejas, sorprendida. No deja de mirarle a él directamente, mientras él intenta inútilmente escabullirse de esa mirada, que le atrae sin remedio.

—Me gustaría probarlo.

Erson contesta simplemente con un gesto, dando a entender que le parece bien lo que ella dice.

—Contigo.

—¿Conmigo? —repite Erson, poniéndose serio.

—¿Por qué no?

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—¡Alainiz…!

Se hace un breve silencio, pero ella insiste en el tema.

—¿Con quién fue?

—¿Qué importa eso?

—¿La conozco?

—No.

—¿De qué la conoces tú?

—De nada —contesta rápidamente Erson, que empieza a inquietarse de nuevo y vuelve a tener esa sonrisa nerviosa.

—¿De nada? ¿Una profesional? ¡¿Pagaste por ello?!

Acribillado a preguntas, Erson reconoce la supremacía de Alainiz en la situación, y decide no resistirse más.

—En realidad… no.

—¡¿Te fuiste sin pagar?!

—¡Ella no quiso!

—¡¿Y eso?!

—Le gustó —explica, encogiéndose de hombros—. Eso me dijo.

—¡Vaya…! —exclama ella, gratamente sorprendida—. Si tratabas de quitarme las ganas, vas por muy mal camino.

Erson se sonríe, moviendo la cabeza de lado a lado. Ella le sigue mirando, hasta conseguir que él la mire también sin intentar escabullirse. Tras un minuto de silencio y mirada ininterrumpida, ella vuelve a hablar.

—Quiero probarlo contigo, Erson —le susurra ella, a muy poca distancia.

—No es buena idea, Alainiz —contesta, serio ya.

—¿Por qué no?

—Sabes bien por qué.

—¡Te estoy hablando solo de sexo!

—¡Es muy fácil confundirlo!

—¡¿En serio?! ¡Tú lo hiciste con una profesional!

Erson resopla. No sabe cómo rebatir.

—Lo que pasa es que no confías en que haya superado aquello —remata Alainiz.

Él no replica. La mira fijamente, serio. Esa hermosa joven es muy distinta a la que se atascaba ante la idea de separarse de él. No quisiera romper la amistad que tienen por desconfiar. Piensa en el riesgo que corre si confía. Cualquier desvío del buen camino, el nuevo Erson lo enderezará.

Antes de que ella pueda reaccionar, él la besa en la boca apasionadamente, sujetándole la cabeza y abrazando su pequeño cuerpo. Cerrando los ojos, busca con su lengua la de ella y la saborea intensamente, manejándola a su antojo. Ella queda a merced de él, sorprendida, y se deja llevar. Finalizado el beso, Alainiz, aturdida, solo abre los ojos al oírle hablar.

—Si conseguimos dormir bien esta noche, consideramos el asunto.

—Vale… —contesta ella susurrando.

Capítulo 23.- El nuevo orden.

Casi dos meses después de haberse ido, Erson duerme de nuevo del tirón en su cama. Ya no hay nada que le atormente. Ahora es más fuerte, más decidido, y también más poderoso. Despierta con el incesante ruido del tráfico, muy distinto al que oía al despertar entre los Tihanka. Recuerda a Guía de la Noche y lo que hizo por él, y al pensar en su herida se acuerda también de Vert.

Desayuna, saludando a cuantos se encuentra y que le echaban de menos. Después va al Centro Médico y visita a Vert. Está durmiendo en esos momentos, y el droide enfermero le informa de la evolución positiva.

Estando allí, percibe la presencia del Maestro Menghus. Se deja llevar por su percepción hasta encontrarle en una de las habitaciones. El anciano está despierto y le reconoce.

—¡Erson! He estado mucho tiempo esperándote.

—Lo siento, Maestro —responde él mientras se sienta junto a la cama y le coge la mano—. No estaba preparado.

—¿Lo estás ahora?

Erson contesta asintiendo con la cabeza.

—Se acaba mi tiempo. Tengo ganas de descansar por fin.

Erson se mantiene en silencio.

—La Orden ha envejecido mucho, Erson. A ti te corresponde renovarla.

El joven, de nuevo, responde solo con un gesto. Menghus se quita el anillo distintivo de ser miembro del Consejo jedi, y se lo pone a su sucesor. Ambos aprietan sus manos en un último saludo.

—Me voy ya. Que la Fuerza te acompañe.

Las máquinas pitan indicando el fin de la actividad cardíaca y cerebral. Entran los droides, y Erson sale y va a la Sala del Consejo. La noticia ha llegado antes que él.

En una ceremonia breve, de puro trámite, le nombran oficialmente miembro del Consejo y le adjudican un despacho junto a la Sala, el que era del Maestro Menghus.

Una vez incorporado, presencia la primera reunión para escuchar el informe que aportan Inderit y Alainiz. Todo funciona como debe, todos cumplen con su cometido.

Cumplidas ya las obligaciones como miembro del Consejo, Erson vuelve a ser el amigo cordial de siempre. Se reúne con Inderit y ambos se cuentan las experiencias vividas durante los últimos dos meses. Vert ocupa parte de su conversación. Los dos opinan que se ha ganado de nuevo el respeto de sus compañeros, y se alegran de ello.

También Yoda busca su rato con él, y se lo lleva a pasear por el claustro.

—Todavía contado no me has, tus experiencias en el exilio.

Erson sonríe. Se siente muy bien acompañado por el gran Maestro, y le toca la fibra que se interese así por él.

—No hay gran cosa que contar. Estuve unas tres semanas en casa de mis padres, después fui a ver al chamán de la tribu Tihanka, y a medio camino me encontré con un wastaäja que casi me borra del mapa.

Yoda pone cara de fastidio. Eso no es lo que le interesa saber sobre su viaje, y Erson lo sabe, y se ríe.

Se detienen y se sientan, Yoda en uno de los bancos allí colocados y Erson en el suelo, con las piernas cruzadas; le gusta quedar por debajo de él.

—Tenía demasiado dolor en mi alma. Durante años, Inderit me había odiado. Alainiz llevaba tres años conmigo y se… se negaba a ser la jedi que debía ser. Y el remate fue Vert… ¡Me dolió tanto! Me parecía increíble que alguien con quien yo había crecido, alguien en quien había confiado plenamente, pudiera cometer semejante error. Me preguntaba si a mí podía sucederme lo mismo, y de hecho temía que me pudiera ocurrir.

Erson hace una pausa y respira hondo. Yoda se empapa de sus emociones.

—Quería ponerme a prueba, encontrar mi límite. Y por otra parte necesitaba paz. Busqué refugio en mi familia, y mi hermana me dio la mayor puñalada. Quise evadirme de todo, y las traiciones me perseguían. Y cuanto más duros eran los golpes que recibía, más me retraía, y menos se manifestaba el lado oscuro de mí que andaba buscando.

—¿Lo encontraste?

—No —contesta Erson reforzando su respuesta con la cabeza—. Lo que encontré fue mi mayor miedo: miedo a hacer daño a quienes aprecio, me costaba afrontar conflictos con ellos. Comprobé que no tenía ese problema cuando se trataba de alguien a quien no me unía lazo alguno. Me di cuenta de que, ante los que aprecio, solo reaccionaba correctamente cuando me guiaba mi ángel.

—¿Shari?

—Sí —continúa Erson—. Cuando conseguí que Inderit entendiera que no podía culparme por lo de Lashmal, lo conseguí aludiendo a las lecciones de Shari. Y cuando fui duro con Alainiz como debía serlo, no lo hice por convencimiento sino, de alguna manera, en nombre de Shari. Me daba miedo hacerlo por mí mismo.

—¿Pero por qué ese miedo? No lo entiendo.

—¿Recuerdas una ocasión en que yo estaba con Shari en la terraza hablando sobre el miedo, y te uniste a nosotros en la conversación?

—Algo recuerdo, sí.

—Ella, entonces, ya vio en mí ese defecto. Me dijo que yo daba mucha importancia a lo que pensara de mí la gente que me importa. Cuando alguien a quien aprecio se equivoca o hace algo malo, sé que debo sacarle de su error o enderezarlo, pero tengo tanto miedo a que se enojen conmigo por ello, que me quedo sin hacer nada, o tan solo les digo algo con palabras dulces y cariñosas.

—¿Con Alainiz así te ocurría?

—En parte, sí. En general me metía en el rol de maestro y todo iba bien, pero debí ser más estricto y no permitir que retrasara sus pruebas un año.

»En mi viaje he aprendido que esos enojos no dependen de cómo les hable yo, sino que son consecuencia de su bloqueo, y que para romperlo no siempre basta con buenas palabras. Así que volví con mi hermana a hacer lo que debía hacer.

—Y resultado dio…

—Sí.

—Lo que no entiendo es por qué a Vert retaste. Él reencaminado ya estaba.

—Era necesario. Vert ya no estaba bloqueado, pero yo no había hecho lo que me correspondía. Él había matado mi confianza, y hacía falta una nueva base sobre la cual volver a construirla. Vert necesitaba equilibrar la balanza y hacer las paces conmigo, mediante una ofrenda, y yo necesitaba imponer las nuevas condiciones.

—Algunas caras asustadas vi por tus nuevas condiciones.

—Malas conciencias —replica Erson con picardía, y Yoda ríe con él.

—Todos dicen que a Shari te pareces, y cierto es. Pero en una cosa distinto eres.

—Ella era mucho más guapa —vuelve a hacer reír Erson a Yoda.

—Cuando un problema tenía, ella acudía a mí. Tú, en cambio, de superiores prescindes.

Erson no acaba de comprender si lo que dice Yoda es positivo o negativo.

—Por ti mismo los resuelves. Madera de líder tienes, Erson. Algún día, mi lugar ocuparás.

Erson le mira desde el suelo. No le inquieta lo que dice Yoda, ahora ya no.

Dando por finalizada la conversación, Erson se levanta, y coge a Yoda en brazos, como si fuera un bebé, para transportarlo de regreso, cosa que a Yoda le encanta. Y caminando así con él siguen hablando distendidamente.

—Fuerte y poderoso eres —dice Yoda—, y testarudo también. Algo más hay que no me cuentas, lo percibo.

—No es importante —se excusa, sonriéndose al verse delatado—. Y hablando de percibir… Deberías salir más a menudo de Corussan. Se perciben cosas, al volver aquí, que desde dentro pasan desapercibidas.

—No desapercibidas me pasan. Sé a lo que te refieres.

—Vamos a tener que hacer un repaso de esas caras asustadas que viste.

—El tiempo no pierdas, empieza por las no asustadas.

Erson entiende rápidamente lo que dice Yoda. Alguien se está desviando del camino, pero no tiene mala conciencia por ello, y cree poder vencer a quien se enfrente a él.

—¡Un número cuatro…! —dice Erson, aludiendo a la fábula de los cinco individuos.

—Con prudencia actuar debemos hasta pruebas tener.

A media tarde, Erson descansa por fin en su habitación. Alguien llama a su puerta. Al abrir encuentra a Alainiz, que muestra en su mano un pequeño envoltorio: un preservativo.

—He dormido bien —dice ella, con total seguridad.

Erson también ha dormido bien, así que no se lo piensa dos veces. Mirándola fijamente, la hace pasar, le coge lo que lleva en la mano y lo deja en la mesilla.

Bonus Chapter nº 2.- Alainiz

Solicítalo enviando un e-mail a mmblazquez@hotmail.com indicando tu nombre y el año en que finalizaste los estudios de primaria.

Tras la experiencia, satisfactoria e inolvidable, descansan en la cama, boca arriba.

—¿Qué tal? —pregunta Erson, a lo cual responde Alainiz con un soplido y una expresión de felicidad.

—¿Repetiremos? —pregunta entonces ella.

—Con condiciones. Bajo ningún concepto debe afectar esto a nuestro rendimiento. Si ocurriera eso, lo dejamos.

—Vale —responde Alainiz, un poco intimidada por la seriedad con que ha hablado él.

Erson percibe lo que siente ella.

—¡Alainiz! ¿A estas alturas vas a tenerme miedo?

Ella no contesta, pero en su cabeza está la imagen de Vert, gravemente herido, fabricada por su imaginación en base a lo que le relataron. Erson se pone en pie frente a ella, totalmente desnudo.

—¿Qué ves?

Alainiz se sonroja. Él separa los brazos del cuerpo, con las palmas de las manos hacia adelante, mostrándose claramente. A ella se le ocurren muchas cosas que decir, pero ninguna le parece una respuesta acertada hasta que, encogiéndose de hombros, dice:

—A ti, entero.

—¡Exacto: todo de mí! No hay nada de mí que no hayas visto ya, por dentro y por fuera. ¿Por qué habrías de tener miedo?

Ella suspira. Él vuelve a la cama, junto a ella, acaricia su cabello, mirándola muy de cerca, y la besa un instante.

—Repetiremos, cuando el cuerpo nos lo pida.

Los droides médicos dan el alta a Vert, con indicaciones de empezar a moverse despacio. En su habitación, da paseos por delante de la ventana cada dos o tres horas, y el resto del tiempo lo pasa meditando y leyendo.

Alguien llama a su puerta. Vert percibe mucha Fuerza al otro lado. Abre, y se alegra de ver a Erson.

—¡Hola! —le recibe, sonriente.

—Hola, Vert. Iba a salir a dar un paseo y tomar algo y… he pensado que tal vez te apetezca venir conmigo.

—¡Claro! —responde Vert, ilusionado—. Pasa, y deja que me ponga algo más apropiado.

Ya en la calle, caminan despacio, al ritmo que Vert puede llevar.

—¿Cómo va la herida?

—Duele…

—Lo sé.

Vert le mira, un poco sorprendido, y Erson levanta un poco su ropa y le enseña su cicatriz.

—¡Vaya! ¿Quién te ha hecho esa obra de arte?

—Un wastaäja; muy majo, él.

Los dos ríen en buena sintonía. Vert respira hondo. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz. La ciudad le parece hermosa con sus millones de luces encendiéndose tras el ocaso. Igual que si se tratara de él mismo, tras la oscuridad se hace la luz.

—Este es un buen sitio —dice Erson, y entran en un bar—. Al fondo hay un rincón bonito.

Según avanzan, el rincón al que Erson se refiere, al cual apenas llega la luz, se ve ocupado por un grupo de gente que se pone en pie y, mirando hacia ellos, empieza a aplaudir. Vert se detiene, confuso. Erson se coloca junto al grupo y aplaude también. Es entonces cuando Vert les reconoce: sus compañeros de promoción.

La emoción le embarga y unas lágrimas escapan mejilla abajo bordeando una sonrisa que no tiene suficiente espacio para lo grande que quiere ser. Inderit se acerca a él.

—¡Bienvenido!

Le da dos besos. Tras ella, el resto de compañeros y compañeras se acercan a él y le estrechan la mano, le abrazan, le besan… Y finalmente le llevan hasta el mejor asiento de la mesa. A su derecha, Erson; a su izquierda, Inderit; y los demás completando el círculo alrededor de una mesa con bebidas y aperitivos para acompañar una reunión de amigos.

La reunión se anima con anécdotas de sus tiempos de academia. Erson se echa hacia atrás, se tapa la cara con su capucha, protegiéndose del foco que cae sobre él, y se relaja. Está felizmente cansado. Ha sido un día intenso e inolvidable: despedir al Maestro Menghus, comenzar con sus funciones como miembro del Consejo, intimar con Alainiz, y poner un broche de oro a la rehabilitación de Vert. Todo está en orden. Confía tanto en los compañeros que le rodean en ese momento que dormiría como un bebé.

Aldinaruumm le ve y hace señas a los demás para que se fijen en él. Hace una bolita con una servilleta y la lanza a Erson a la cabeza. Erson levanta una mano y la hace rebotar, devolviéndosela a su vaso. Todos estallan en carcajadas.

—Si os quedáis todos en silencio de repente se nota mucho —explica Erson, que se divierte serenamente, haciéndoles reír más aún.

Vert se encoge y sujeta su vientre con las manos, risueño como los demás.

—¡No me hagáis reír, por favor, que duele!

Y recibe un montón de gestos de cariño de los demás.

—Fijaos, volvemos a estar todos juntos —dice Aldinaruumm.

—Todos, no —le rectifica Tritenssen, uno de los compañeros—. Falta uno.

Se hace un silencio general con el recuerdo de Lashmal. Inderit y Erson se miran.

—No falta nadie —añade Inderit—. Está presente aquí, en nuestros corazones.

Erson sonríe y levanta su vaso, acercándolo al centro. Inderit le sigue al instante y brinda:

—Por Lashmal.

Índice